EL ASESINO DE París



SOFÍA DURÁN

EL ASESINO DE PARÍS

Sofía Durán

Mayra L. Morales

Derechos de autor © 2025 Sofía Durán

Derechos de autor 2024 ©Sofía Durán
©El asesino de París
©Mayra L. Morales

Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Mayra L. Morales
Copyrigth 2024 ©Sofía Durán
Código de registro: 2501050561506
Fecha de registro: 05 | 01 | 2025
ISBN: 9798305925746
Sello: Independently published

Primera edición.

A mi madre, quien siempre ha estado a mi lado en los momentos más oscuros de mi vida, llenándolos de luz y esperanza.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
1 Arrogancia
2 Caprichosa
3 Despiadada
4 Impaciente
5 Impostor
6 Vanidoso
7 Violento
8 Vengativo
9 Mentiroso
10 Insoportable
11 Ignorante
12 Egocéntrico
13 Indiscreto
14 Despiadado
15 Farsante
16 Agresivo
17 Hipócrita
18 Envidioso
19 Arrogante
20 Orgulloso
21 Provocador
22 Terco
23 Tirano
24 Dañino
25 Inocuo

26 Perverso
27 Pérfido
28 Esperanza

PRÓLOGO

Podía sentirla cerca de su oído, susurrando su nombre como cuando se le habla a un amante.

Lo sentía, su cuerpo sucumbía en escalofríos al sentir de cerca la muerte, rondándola, tocándola ligeramente para que no hubiera duda hacia dónde se dirigía.

Cerró los ojos, derramando las primeras lágrimas silenciosas.

No podía culpar a nadie más que a sí misma de lo que estaba sucediendo, porque prácticamente se puso en bandeja de plata; confió en quien no debía y estaba pagando las consecuencias.

Corrió a las manos de la persona más peligrosa en todo París, fue dispuesta hacia el asesino al que buscó tan enardecidamente y ahora estaba muriendo en sus manos; moriría, eso lo sabía, pero antes, esa persona lo disfrutaría, la torturaría como lo hizo con las demás.

Era terrorífico, porque conocía el proceso, lo investigó tan a fondo, que no tenía duda de los pasos que recorrería hasta morir.

«Será de una forma espantosa, caray», se molestó a sí misma.

Siempre pensó que tendría una muerte de lo más vistosa, heroica más que nada, quizá salvando a un niño o interponiéndose en un disparo, de tal forma que quedaría inmortalizada en la historia.

«De esta forma pasaré a ser otra víctima», se quejó. «¡Peor! Seré la estúpida que prácticamente le suplicó al asesino ser la próxima en llegar a la mesa del forense».

¿Qué dirían sus padres?

Sabía que sufrirían y sabía que no se lo merecían, sobre todo, porque confiaron en ella, le dieron alas para volar, pero ella fue demasiado cerca del sol y se quemó, como Ícaro.

Ahora solo aguardaba por la estrepitosa caída.

Cerró los ojos.

Esperaba que al menos fuera rápido.

EL ASESINO DE *París*

SOFÍA DURÁN

1 ARROGANCIA

Adoraba París. Le gustaba cada calle, cada farol y cada piedra en el asfalto; le gustaban sus monumentos, su arquitectura, su río y sus jardines; amaba los olores que salían de las cafeterías, el sabor de los postres en las panaderías, la variedad de personas que llegaban de visita, la música que salía de cada esquina, los artistas que se sentaban a pintar en sus balcones o a fumar en un bar.

Millie estaba enamorada de todo lo que representaba París y era por eso que no podía perdonar el hecho de que alguien se atreviera a manchar el romanticismo que afloraba con la sola mención de su nombre. Le molestaba que las pláticas en los cafés se hubiesen transformado de un intercambio intelectual a uno cargado de terror.

Era por esa razón que estaba dispuesta a todo con tal de darle un fin a esa situación; no le importaba ser la única persona que no quisiera esperar sentada a que ocurriera otro ataque. Ella quería actuar antes de que algo peor pasara; no necesitaba seguir viendo cadáveres de mujeres pasar frente a sus ojos para darse cuenta de que la policía era incapaz de seguir la pista del invicto criminal que andaba por las calles como si estas le perteneciesen.

Normalmente, andar en París a esas horas hubiese sido seguro, pero como era de imaginarse, desde hacía poco más de un año las personas tomaban sus precauciones. Si bien las muertes ya no ocurrían en serie como sucedió en el tiempo en que Maelle Auclair llegó a la vida de Lucca Aigrefeullie, se sabía que por lo menos una vez al mes, sin fecha en específico, alguien moría.

Concretamente, una mujer.

Pero no una cualquiera.

Millie logró descubrir un rastro casi imperceptible, pero resultaba que todas ellas tenían algo en común: todas eran hermosas.

No solo eso, sino que eran diamantes en bruto, con mentes únicas y distintas entre sí. La joven Charpentier descubrió que entre las asesinadas había actrices, pintoras, pianistas, cantantes,

escritoras e incluso artesanas. La realidad era que no importaba el oficio o las pasiones que tuvieran, pero siempre había una característica resaltable que nadie conocía, puesto que eran talentos ocultos, más que nada porque la mayoría no podía exponerlos con libertad al ser señoritas de sociedad que no tenían permitido mover un dedo o, en su defecto, se trataba de mujeres tan desfavorecidas por la vida, que nadie nunca se enteraría de sus virtudes.

En ambos casos era triste, pero seguía siendo una realidad a pesar de que los tiempos cambiaban y muchas mujeres comenzaban a pensar diferente, de forma más audaz, buscando oportunidades.

Como hacía ella justo en ese momento al asomar su cabeza por un callejón oscurecido, maloliente y húmedo, tratando de no ser vista por los hombres que rodeaban un cuerpo tendido en medio de la acera.

«Colocado ahí, seguramente».

Para esos momentos, Millie sabía perfectamente que el cuerpo aparecía lejos del lugar del asesinato. ¿La razón? En realidad, no lo sabía, pero jamás se había encontrado el lugar preciso donde las víctimas morían. Ella tenía la sospecha de que el asesino las llevaba a un lugar específico, las asesinaba y luego las dejaba a la deriva precisamente para ser encontradas, para infundir temor.

«Maldito desgraciado».

Sin duda era un hombre; solo un depravado e impotente podría hacer algo así. Era obvio que tenía un odio férreo contra la mujer; quizá era un viejo que siempre fue engañado por sus esposas, o quizá un inadaptado que jamás pudo conseguir una.

—Millicent Charpentier, ¿por qué no me sorprende verte aquí?

—Porque yo huelo al asesino —sonrió la joven, volviéndose lentamente hacia la Sombra que parecía estar a cargo de ese caso.

—Es peligroso que salgas a esta hora —dijo el hombre—. ¿No te das cuenta de que es una mujer la que está tendida en la calle?

—¿Viste algo?

—No. Este demente siempre nos lleva un paso.

—Me sorprende que pueda tomar de bajada a una Sombra.

—Seguimos siendo seres humanos.

—Claro, aunque esperaba más.

Millie conoció a esa Sombra en lo que fue una grata casualidad, puesto que podía afirmar que gracias a él seguía con vida. Prácticamente se arriesgó al salvarla de un grupo de embrutecidos hombres que pretendían atacarla en medio de las desoladas calles de un París convulso en medio de la festividad del Día de la Bastilla.

Desde entonces lo consideraba algo parecido a un amigo de aventuras, puesto que a partir de ese momento coincidieron en variadas ocasiones, sobre todo cuando se desató el caos del asesino que parecía empecinado en castigar jovencitas sin razón aparente.

—¿Qué tienes?

—Nada —apuntó con la cabeza hacia el conjunto de oficiales que les impedirían el paso en cuanto los vieran acercarse—, harán lo de siempre, bloquearán la calle y luego todo desaparecerá.

—¿Has tenido suerte con los cuerpos?

—Por supuesto que no, dicen que es confidencial, pero estoy segura de que lo único que hacen es desaparecerlos.

—Es inteligente este loco —asintió—. Elige a mujeres hermosas que no tienen familia que se preocupe por ellas.

—Incluso si la tienen —Millie parecía enojada al revelar este punto y rio con amargura—. ¿Puedes creer que ningún padre ha puesto queja alguna? Pareciera que sus muertes no significaran más que la ruptura de un plato de porcelana; prefieren ahorrarse el escándalo que representaría que su hija murió a manos de un asesino.

—Escoge bien a sus víctimas.

—No solo eso, las estudia detenidamente; seguramente las sigue por días hasta que encuentra el momento perfecto.

—Es una buena suposición.

—Las caza, eso es un hecho.

Millie se volvió ligeramente hacia el hombre que no dejaba ver ni una pizca de su piel. Si no fuera por su voz, ella no sabría el género de la persona con la que hablaba, puesto que su cuerpo era delgado y tampoco era tan alto, apenas unos centímetros superiores a ella.

Lo único destacable en toda su persona eran las máscaras que utilizaba para cubrir su identidad; parecía tener una colección de ellas, todas igual de escalofriantes y de fondo blanco, pero la pintura alrededor de los ojos, nariz y boca era siempre diferente.

Era una característica particular de él, puesto que conocía a otras Sombras y ninguna hacía algo parecido. Millie era dada a tomar nota de esos pequeños detalles, porque pensaba que en algún momento podrían llegar a ser relevantes para sus historias.

«Historias», suspiró y cerró los ojos por unos segundos.

Eso le recordaba algo importante.

—¿Por qué la cara larga?

—Tengo algo importante que hacer por la mañana.

—Eres la mujer más ocupada que conozco.

—Llevo una agenda —mostró el cuadernillo hecho de cuero flexible que siempre llevaba consigo—. Pero aun así me doy el tiempo para encontrarme contigo.

—Nos interesa lo mismo.

—Supongo —aceptó—, lo sorprendente es que no sepa tu nombre después de todo este tiempo.

—Ni lo sabrás.

—Es injusto que tú conozcas el mío, pero yo no sepa el tuyo.

—Tú no me lo dijiste, yo lo averigüé.

—Eso quiere decir que te interesé lo suficiente como para hacerlo.

—Bueno, ¿cómo no iba a hacerlo? —se giró hacia ella. No todos los días te encuentras con una jovencita husmeando en una de las zonas más dudosas de la ciudad.

—Estaba siguiendo a un hombre en específico.

—Claro, para tu artículo.

—Sí —. La mención de su antiguo trabajo la hizo decaer—. Y pensar que en ese tiempo

odiaba ser la chica de los chismes, pero ahora extraño al menos tener ese empleo.

—¿Es la cita importante que tienes mañana?

—Lo encontraré, lo juro.

—No me has dicho a quién; podría ayudarte.

—Ni yo misma lo sé —se recargó en la pared sucia y húmeda—, tan solo un buen día me dijeron que estaba despedida y ¡tan, tan! Fin para Millie y su carrera como periodista.

—No eres de las que se dan por vencidas.

—Con este hombre está resultando difícil conservar mi voluntad.

—¿Por qué?

—Creo que se ha empeñado en evitarme.

—Pensaba que no lo habías visto.

—No lo he hecho, una vez lo vi de lejos siendo perseguido por un grupo de lambiscones que ni siquiera me dejaron acercarme —gruñó enfurecida, subiendo un pie a la pared—. De ahí en más, jamás he logrado localizarlo en su oficina. Creo que tiene un sexto sentido para saber cuándo estoy por llegar.

La Sombra rio divertida y negó.

—Eres insistente, quizá por eso huye.

—¿Qué más puedo hacer?

—Nada, seguir insistiendo.

Millie sonrió. A pesar de que siempre estaba la barrera de su vestuario que buscaba ocultarlo, ella podía considerarlo como un buen amigo; solía escucharla, darle consejos y apoyarla, lo cual convertía sus encuentros en momentos especiales.

No lo quería admitir, pero casi estaba segura de sentir algo por él, aunque también podía ser una ilusión que se había formado en su cabeza gracias al misterio que lo envolvía.

Siempre que lo tenía cerca no podía evitar preguntarse cómo era debajo de toda aquella faramalla de las Sombras. Alto sabía que no era, pero al menos le ganaba con algunos centímetros; tampoco era corpulento, pero ella imaginaba que debía estar fortalecido por el tipo de trabajo en el que se desenvolvía.

En su imaginación era guapo y varonil.

—¿Millie?

—¿Ah? ¿Qué?

—Te he dicho que te acompañaba a tu casa.

—Nah, no importa, puedo ir sola.

—Es peligroso.

—Ya llegué hasta aquí, seguro que puedo regresar.

—No, espera —sonrió al levantar la vista de ella y notar varios puntos moviéndose a la distancia—. Olvídalo, tendrás compañía suficiente en unos segundos.

—¿De qué hablas?

La joven apenas logró girarse cuando de pronto se vio levantada del suelo por un par de manos, ocasionando que sus pies se sacudieran un poco y bufara de la impresión.

—Te es imposible dejar de ser un dolor de cabeza, ¿cierto, pequeña pilla? —. La voz conocida de uno de sus hermanos la relajó hasta que dejó que su cuerpo perdiera toda voluntad.

—¿Cómo me encontraron?

—No deberías estar aquí.

—Ni ustedes tampoco.

—Somos hombres.

—¿Y eso qué? —volvió el rostro con el ceño fruncido.

—Que no somos objetos de su devoción —la soltaron los trillizos, quienes fueron los enviados por su padre para encontrarla.

—Sabes lo peligroso que es que una mujer salga a esta hora; el asesino de París tiene predilección por las de tu género.

—Eso lo sé, pero no soy el blanco este día, soy una joven de clase, no se arriesgará a matarme a mí.

—Demasiado optimista, hermana —dijo otro de los trillizos—; con tal de no ser descubierto, te asesinaría.

—No quiero ni pensarlo —negó otro—. Nos vemos.

Millie era una de las pocas personas que podía diferenciar sin equivocarse a los trillizos que fueran sus hermanos. Si bien parecían ser copias idénticas físicamente, sus personalidades no podían ser más diferentes, por lo que solo había que escucharlos unos segundos para poder indicar el nombre de cada uno sin temor a equivocarse.

Aunque en medio de la oscuridad la cosa se complicaba y en esos momentos, Millie ni siquiera lo intentaba.

—¿Papá está muy enojado? —inquirió, caminando con docilidad junto a sus hermanos, escribiendo presurosa en sus notas.

—Tanto como es de esperarse al comprender que su única y adorada hija salga todas las noches a ponerse como carnada.

—Como he dicho, no es su patrón usual.

—¿Y crees que eso le importa?

—Supongo que no —se lamentó—. Pero esto realmente me está limitando, ¿cuándo es que dijeron que irían de regreso al internado?

—¿Tan pronto te quieres deshacer de nosotros?

—Por supuesto, son un arma que padre usa contra mí.

Los trillizos negaron ligeramente y la siguieron escoltando hacia el destino al que todos iban, porque era realmente tarde y lo indicado era que estuviesen en casa; de todas formas, París se había sumido en el silencio desde hacía horas. En esos tiempos nadie se arriesgaba a hacer una fiesta que pasara de la una de la mañana por el temor del cual todos querían hacer caso omiso.

—Escuché que el nuevo jefe del departamento del periódico regresa mañana —informó Brand—. ¿No deberías estar feliz?

Millie negó.

—Lo he buscado por días; para este momento sé que me evita.

—Conocí a alguien hoy —dijo Thiago—. Se decía parte del grupo periodístico y parecía conocer bastante bien al dueño ese.

—¿En serio? —Millie se entusiasmó—. ¿Dónde? ¿Quién es? ¿Cómo puedo encontrarla? Oh, dime que no te acostaste con ella.

—¡Qué dices! Claro que no.

—Entonces no me odiará cuando sepa que soy tu hermana —sonrió despampanante—. ¿Cómo puedo encontrarla?

—Bueno, quedé de invitarla a desayunar mañana…

—Perfecto, iré contigo.

—No, estás loca, no llevaré a mi hermanita.

—Iré.

—Ya te dije que no.

—Sabes que llegaré —dijo contenta.

—Es verdad, lo hará —acusó Brand—. No sé cómo lo hace, pero la pilla lo descubre todo, en serio, es un dolor de cabeza.

—Dah, a eso me dedico —sacó su libreta—. ¿Recuerdan?

—Y yo que pensaba que te dedicabas a ser una espina en el trasero de todos —sonrió Nick, recibiendo un golpe de su hermana.

—Sí, eso también se me da bastante bien.

—¿Y bueno? ¿Qué tienes que decir de tus averiguaciones?

—No mucho, tal parece que el asesino decidió espaciar su serie de asesinatos, quizá porque estaba siendo demasiado obvio y nos estábamos acercando a su identidad.

—Que yo sepa, no se tiene ni idea de quién sea —apuntó Thiago.

—Pero hay patrones, es evidente, todos los asesinos seriales los tienen —dijo entusiasmada —. Dejan una marca personal, una firma.

—Pareciera que quisieran ser descubiertos —dijo Brand.

—Al contrario, son tan vanidosos y megalómanos, que no creen que serán capturados; se burlan de los investigadores.

—Claro que lo hacen —dijo Nick—, no son más que idiotas.

—Eso es verdad, han sido flojos con el caso —asintió Millie—. Pero con todo lo que sigue pasando, seguramente mandarán a alguien con más recursos y una buena reputación.

—No cualquiera lo tomaría; los casos difíciles pueden ser evitados por tener una mancha en

el historial —dijo Brand.

—Eso sería cobarde —asintió Millie—. Aunque inteligentes a nivel de estatus, desde mi punto de vista seguirían siendo perdedores y pésimos investigadores.

—Acéptalo, Millie —Thiago le revolvió el cabello—, solo un idiota se ofrecería a sí mismo para un caso como este.

—Pues no lo admito —elevó la cabeza—, porque entonces estaría aceptando que soy idiota, porque no dejaré este caso.

—Es porque tú no tienes un trabajo que perder —hizo hincapié Nick—. A ti no te importa, sigues en esto porque no pierdes dinero.

Ella bajó la cabeza, porque su hermano tenía razón. Siendo hija de un acaudalado hombre, podía guiarse por pasiones, por sus anhelos, muy a diferencia de lo que haría el resto del mundo, que tenía que concentrar su tiempo y esfuerzo en los trabajos que les fuesen a dar un beneficio para pagar sus cuentas.

—No tenías por qué hacerla sentir mal —se quejó Brand.

—¿Qué? Le digo la verdad.

—No tenías que ser cruel —dijo Thiago—. ¿No ves que es apenas una pequeña bebé? Nuestra pequeña bebé.

—¡Ya no lo soy! —se quejó la susodicha—. Al menos, no cuando no me conviene, como ahora.

La sonrisa malvada de su hermana los hizo sonreír también.

Todo París sabía que en la familia Charpentier había una y solo una princesa, y esa sin duda alguna era Millie, la única mujer en una familia donde predominaban los varones.

Cuando llegaron a su hogar, Millie sintió un escalofrío recorrer su espalda al darse cuenta de que el salón de su madre seguía encendido, lo cual quería decir que estaban esperando por ellos, más bien por ella, porque sus hermanos podían hacer lo que querían, pero ella definitivamente no; era mujer, así que, por más liberales que fueran sus padres, ponerla en peligro inminente no entraba en su vocabulario, mucho menos con lo que estaba sucediendo en París últimamente, casi desde que Maelle Aigrefeullie se había integrado a la familia de su primo, Lucca.

Millie sabía que aquello no era más que una coincidencia y que Maelle no podía ser una bruja que maldijo París, pero realmente parecía haber una conexión entre esa familia y el asesino, quizá porque su nueva prima solía moverse en los bajos mundos, que era de donde posiblemente podía salir un asesino.

De hecho, antes de infiltrarse a la cita de Thiago con la persona que era reportera del periódico al que quería inmiscuirse, tenía una reunión en casa de su primo Lucca para desayunar con Maelle, quien tenía prohibido salir de su hogar gracias al nacimiento de su bebé.

Bueno, si es que su padre no decidía castigarla por el resto de sus días después de haber mandado a sus hermanos a buscarla a uno de los lugares más peligrosos de París, que eran las zonas bajas donde había ladrones, prostitutas y matones.

—¡Millicent Charpentier! —gritó su madre en cuanto la puerta del hogar fue abierta por el mayordomo.

—Buena suerte, niñata.

Los trillizos decidieron ahorrarse el regaño que ninguno de ellos merecía —para sorpresa de todos— y subieron a sus habitaciones, seguramente planeando escaparse por las ventanas para seguir con su velada en la casa de cualquiera de sus amantes, disfrutando de los últimos momentos antes de regresar al internado.

Millie tomó aire y entró al salón donde sus padres la esperaban con una copa de vino en las manos por la larga espera, por lo que seguro su padre habría añadido un puro, era su costumbre cuando se encontraba estresado por alguna razón que se saliera de su control.

Entró con la cabeza baja y un ojo apretado, esperando el inmediato regaño por parte de ellos, pero se encontró con silencio, lo cual era indicación de que la estarían mirando de forma desaprobatoria, lo cual quería decir que estaba en más problemas de los que se imaginó en un principio.

—Supongo que de nada servirá decir que lo siento.

—Toma asiento, Millicent.

La voz de su padre era severa, como cuando estaba a punto de despedir a alguien por haber cometido una falta garrafal. Se sentó de prisa, moviendo inquieta los pies al estar bajo dos miradas intensas como para no poder soportarlas o siquiera echarles una ojeada.

—Millie, espero que entiendas que lo que estás haciendo no solo te pone en peligro, sino que simplemente es una locura.

La joven levantó su mirada violeta para encontrarse con la de su madre, quien era severa e inapelable.

—No pasó nada, mamá, yo estaba en casa de la tía…

—Deja las mentiras a un lado, Millicent —la voz de su padre era calma, pero sus ojos eran feroces—. Hablamos con tu tía Giorgiana y también con Lucca; no estabas en ninguna de las dos partes.

«Atrapada».

—Bien, digamos que no fui sensata, pero ¿quién a mi edad lo es? Todos mis hermanos se han metido en más de un problema.

—Sí, pero no había un asesino suelto queriendo marcar mujeres por mero placer —indicó Alice—. ¿Estás loca? ¿Qué te propones?

—Yo… solo quiero ser alguien en esta vida —bajó la mirada—. No quiero estar bajo la sombra de mi padre o la tuya; quiero que mi nombre, mi propio nombre, tenga su peso.

—Eres joven aún —dijo su padre—. No te presiones tanto.

—No lo soy; a mi edad, muchos de ustedes estaban casándose, teniendo hijos o puestos políticos, ¡incluso títulos!

—Eran otros tiempos, Millie —dijo Alice—. Ahora hay oportunidades por doquier; no te digo que no luches por lo que quieres, pero no a costa de tu propia vida.

—Lo entiendo, mamá, pero esto es lo que me gusta hacer; quizá si lo hago bien, si cubro esta nota, al fin puedan tomarme en cuenta en el periódico —dijo un tanto desesperada—. Sé que ninguno lo entiende; yo tampoco sé por qué me apasiona esto, pero lo hace.

—Más que un periodista, pareces un detective privado —negó William—. No es por cortarte tus sueños, Millicent, tan solo quisiera que entiendas la dimensión de lo que haces; ¿crees que tu madre y yo estamos tranquilos sabiendo que te pones en peligro constantemente?

—No.

—Si lo que quieres es un lugar en ese periódico, entonces yo mismo iré a decir…

—¡No! —gritó—. ¡Papá, por favor, eso es lo último que quiero!

Los tres quedaron en un completo silencio, sin lograr decirse nada porque simplemente entendían lo que los otros sentían y no podían hacer nada para evitarlo.

—Ve a tu habitación, Millie —pidió su madre.

Ella acató en seguida, subió las escaleras, a sabiendas de que sus padres seguirían con una conversación que la involucraría a ella y a las próximas acciones que tomarían con respecto a su vida.

Alice no se movió de lugar, simplemente siguió con la mirada a su marido, quien se posicionó estático en la ventana, fumando su puro, viendo el exterior de forma pensativa, casi melancólica.

—¿Qué haremos, William?

—¿Qué hacer? —reflexionó—. Nada.

—¿De qué hablas?

—Ella no tiene tu carácter, Alice, ni tampoco el mío —se volvió hacia ella y sonrió de lado, casi con cansancio—. Sé lo que sucede cuando a alguien con su carácter se le intenta retener. No funcionará, se irá de nuestras manos y podríamos no volverla a ver.

—¿Hablas por Giorgiana?

—No quiero perderla —suspiró y volvió su mirada hacia la ventana con aún más melancolía —. Tendremos que dejarla fluir a su propio aire.

—Pero…

—Lo hará de todas formas, Alice, si nos ponemos de su lado, al menos podrá avisarnos lo que piensa y lo que hace —suspiró—. Nos tocará rezar a tu Dios, suplicarle por nuestra hija para que esté bien.

—Jamás la he dejado de encomendar.

—Está creciendo, lo único que podemos hacer es darle apoyo.

—William, con todo lo que está pasando…

—Los peligros del mundo siempre han sido los mismos —suspiró el hombre—. Tendremos que confiar en ella.

Alice negó con un rostro compungido, se levantó y fue hacia él, abrazándose a su cuerpo, tratando de ocultar su rostro preocupado.

—Todo estará bien, tranquila.

Millie sonrió ligeramente y se alejó de ahí; tenía unos padres excelentes, pero tampoco quería hacerlos sufrir, eso nunca.

2 CAPRICHOSA

Le fue imposible dormir el resto de la noche gracias a las muchas deducciones que se acumulaban en su cabeza. Aceptaba que, en un inicio, el interés por el caso fue meramente egoísta, porque pensaba que no habría un mejor titular para una novata estrella que el de un asesino; pero conforme avanzaba en su investigación y profundizaba en el método de matanza, se dio cuenta de que aquello era más grande e importante que obtener un puesto en el periódico.

Las mujeres realmente estaban muriendo de una forma espantosa sin que nadie pudiera hacer algo al respecto. Era como si a nadie le interesara que las mujeres de París estuvieran siendo arrasadas sin razón alguna, como si no valieran más que un tapiz de estancia. Las familias preferían olvidar las circunstancias de la muerte para evitar escándalos, enfocándose en hacer un vistoso funeral en donde pudieran manifestar bajo las luces su *enorme pena*.

Millie pensaba que, si realmente les afectaran esas muertes, harían algo para vengarlas, pero no, todos tenían demasiado miedo como para alzar la voz y aceptar que había un malhechor rondando la ciudad, aterrorizando mujeres que terminaban tiradas en medio de la madrugada en alguna calle de París.

Si bien era cierto que continuaba con el afán de poder publicar su noticia, ahora era con un objetivo mucho más altruista; quería informar al público interesado con la intención de que estuvieran más atentos y tomaran precauciones extras.

Lo mínimo que le debían a la población era hacerlos partícipes de algo que los afectaba directamente; eso era lo que Millie pensaba, pero tal parecía que el nuevo dueño no opinaba igual.

Sabía que ella no era suficiente para acabar con ese rastro de sangre, pero se enorgullecía en pensar que era de las pocas personas que no habían quitado el dedo del renglón, así como su amigo Sombra, quien parecía igual de interesado en hacer que todo acabara.

La joven suspiró sonoramente y giró sobre su cama, encarando el ventanal que mostraba la

luz de una luna menguante, la cual se cargaba con un lunar especial, puesto que una estrella de gran tamaño tintineaba en sus cercanías; a Millie siempre le gustó ese tipo de luna, porque se le figuraba a una sonrisa maquiavélica, como la de ella.

Estaba decidida a intervenir en el desayuno de su hermano, aunque le daba algo de pena por él, pero estaba decidida a conocer a Monsieur Lefevre, y sí, era lo único que Millie conocía de él: su nombre. Pero ahora la suerte estaba de su lado, y gracias a su hermano, podría encontrarse con la única persona que quizá tendría la suerte de ser parte del grupo selecto -por no decir que inexistente- del hombre al cual pretendía convertir en su jefe.

Salió de su casa a pesar de que sabía que era temprano como para que Thiago hubiese hecho una cita para desayunar, pero ocurría que tenía otras cosas que hacer antes de interponerse en la posible relación que su hermano trataba de consolidar con la mujer que sería su entrada a la vida que quería.

Antes de partir hacia su destino, volvió el rostro hacia su casa, desde donde pudo ver a su padre, asomado desde la ventana de su habitación. Estaba solo, seguramente su madre seguía dormida, pero era un caso diferente con William Charpentier; él parecía tener una intuición para saber cuándo algo dentro de su casa estaba saliéndose de su control.

Lo miró por varios minutos, esperando a que él diera la orden de que regresara a casa, pero en lugar de ello, su padre simplemente se alejó e incluso cerró las cortinas; no parecía ser un acto de desaprobación, sino uno de libertad, en el cual le decía que no pensaba volver a intervenir en sus asuntos. Ese gesto le dio el alivio de poder seguir con su camino sin culpabilidad.

Afianzó su morral de cuero sobre su hombro y prosiguió con su día, esperando que todo saliera como lo tenía planeado… aunque normalmente eso nunca sucedía, ella no perdía la esperanza.

Le gustaba caminar a horas tempranas, más que nada por la quietud que se suscitaba antes del alba, cuando las casas comenzaban a iluminarse para iniciar un nuevo día de trabajo, muy a diferencia de los acaudalados, quienes se daban el lujo de despertar cuando el sol ya estaba en la cima del cielo y el desayuno servido.

Millie no podía asociarse del todo con esa opulencia a pesar de que su familia la poseía; si no fuera porque su parecido con su madre era innegable, ella habría apostado a que fue fruto del

amor clandestino de su padre con alguna amante aventurera, trabajadora y amante de conocer el mundo.

Aunque no volvería a cometer el error de hacer mención de ello, el día que lo hizo, su madre lloró desconsolada por una hora y su padre jamás la había reñido con tanta fuerza. Millie sonrió divertida al recordar el momento. Lo había dicho de broma, por supuesto, pero a ninguno de sus padres le agradó conocer sus suposiciones, y lo único que Millie había querido exponer era que no compartía los ideales que muchas de sus amigas de sociedad tenían.

En fin, se alegraba de que sus padres lo hubiesen comprendido, porque ni siquiera tenía aspiraciones de casarse, mucho menos tener hijos. De hecho, lo último lo tenía más que decidido; por más que lo pensara y le agradaran los niños, no quería truncar su vida por un bebé. Aún tenía mucho que vivir y sentir; era joven y de lo único que tenía hambre era del mundo.

Nadie podía culparla por eso.

Quizá el instinto llegara de forma tardía para algunas personas, o tal vez no se hiciera presente nunca, ¿pero eso tenía algo de malo? La sociedad parecía pensar que sí, porque, ¿qué sería de una mujer sin hijos que cuidar? ¿Sin un marido? ¿Sin una familia?

Era una presión que sin dudas la atribuló por un tiempo, cuando salió a sociedad y no tuvo pretendiente alguno que lograra seguir su mente progresista o sus ideales determinantes.

Aunque no le desagradaba del todo tener una pareja, repudiaba la idea de tener un marido que se encargara de contenerla, encerrarla o pretender que entrara en un molde en el cual nunca se ajustó.

—¿Millie? —La interrupción le vino como anillo al dedo, puesto que estuvo a punto de pasar de largo el lugar a donde se dirigía—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Seguro que viene a causar problemas.

Se volvió de prisa, observando a Delaila y a Maelle, quien se encargaba de empujar la silla de ruedas de la primera.

—¡Ah! ¡Qué bueno que me han hablado! —regresó sobre sus pies—. Estuve a punto de irme de una vez.

—Como siempre estás subida en una nube —negó Delaila.

—Estaba pensando —especificó Millie y miró a Maelle—. ¿Vienes a una cita con el doctor Anton?

—Ya sabes que Deli siempre quiere ser la primera —sonrió hacia la joven en la silla de ruedas, quien de inmediato se sonrojó.

—¡Claro que es así! —chilló ofendida—. Es la forma en la que podré caminar, ¿no es cierto?

—Por supuesto —Millie y Maelle contestaron a la vez, aunque su tono era de una clara burla.

—Agh, cuando se juntan no las soporto.

Delaila tomó las ruedas de su silla y se dedicó a empujarse a sí misma hacia el interior del hospital, siendo atendida de inmediato por una enfermera, quien miró de forma desagradable a sus dos acompañantes, seguramente juzgándolas por no ayudarla.

—En todo caso —Maelle se volvió hacia la joven que caminaba a su lado—. ¿Por qué estás aquí?

—Quiero hablar con el doctor Anton.

—¿Hablar o interrogar?

—Es casi lo mismo.

—Seguro que tú piensas eso —se rio la esposa de su primo.

Millie se sentía cómoda con Maelle, mucho más que con Delaila, con la que compartía sangre. El asunto era que se parecían; eran mujeres intrépidas a las que les gustaba llevar el mando de su vida. Quizá por ello Millie detestaba tanto la idea de tener hijos, porque sabía que era gracias a ello que su amiga había dejado de lado muchos de sus antiguos intereses.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —cuestionó la joven madre.

—¿Yo? ¿Mirarte de qué forma?

—Como si estuvieras decepcionada.

—No es eso.

—Claro que lo es. Dime por qué.

—Bueno, ¿no te pesa haber dejado de ser quien eras por mi primo y por tu hijo? —bajó la cabeza, un tanto avergonzada por la brutalidad de su pregunta—. Me refiero a…

—Sé lo que quieres decir —Maelle contestó con gran tranquilidad—. No he dejado de ser yo,

Millie, tan solo me transformé en algo mejor. ¿Crees que era feliz luchando todo el tiempo? ¿Qué era divertido vivir con miedo?

—Supongo que no.

—Me acostumbré tanto a estar a la defensiva, que cuando llegó alguien que quiso cuidarme, no supe qué hacer. Me merezco la paz en la que vivo y el no pensar qué haré mañana para sobrevivir. No cambiaría nada de mi pasado, pero tampoco nada de mi presente.

Millie asintió despacio.

Lo que decía Maelle tenía mucho sentido; sus situaciones eran completamente diferentes, porque ella se arriesgaba por gusto; Maelle en realidad no tuvo otra opción más que hacerlo.

—Siento lo que te dije.

—No te preocupes —le colocó una dulce mano sobre su hombro, lo cual era extraño, porque había sido ella quien le heredó las garras de plata—, sé lo que te acongoja y ten por seguro que no tienes que hacer nada que no desees, ve a tu ritmo, y si el amor llama, solo hazme el favor de intentar responder.

—Lo haré —dijo segura—, tampoco es que no pase por mi cabeza jamás tener una relación coital.

—Qué palabras tan graciosas usas —se divirtió un poco.

—¿Qué? ¿Está mal decir coito?

—No —rio de nuevo—, es una buena palabra, es la palabra técnica, pero algo elevada para… olvídalo, está bien usarla.

—¿Qué? —se avergonzó al pensar que dijo algo mal.

—Nada, por Dios, nada —Maelle comenzaba a sonrojarse—. Tan solo recuerda que el amor no es lo mismo que tener relaciones… coitales, ¿de acuerdo? No lo confundas.

—Sí, sí —rodó los ojos—, aunque no hay nada de qué preocuparnos de momento, no hay nadie que me guste.

—Oh, conociéndote, seguro que serás una pesadilla cuando te enamores —. Maelle solo podía temer ese momento—. Tan solo no te aceleres como sueles hacerlo, ¿de acuerdo?

—¿Por qué todos piensan que me desquiciaré cuando me enamore? —dijo ofendida—. No

eres la primera que me da esta charla, ¿acaso me creen tan salvaje?

—Claro que sí —dijo Delaila, con la que se habían reunido—. Te obsesionas por todo, Millie; seguro que, si te gusta alguien, no te importará perseguirlo hasta el fin del mundo.

—Mmm… sí, lo obligaría a quererme —admitió—. Aunque bueno, ¿por qué alguien no me querría?

—Porque estás loca —acusó su prima.

—Tan solo ve con calma —irrumpió Maelle—. Piensa las cosas.

—¡Ya dije que no está pasando! ¡Dios!

Esperaron tan solo diez minutos cuando el doctor Anton salió de su consultorio con aquella gran sonrisa que provocaba que los demás le respondieran de la misma manera. Millie podía notar la forma en la que Delaila parecía brillar cada vez que lo veía y, si no se equivocaba, el doctor Anton también mostraba un interés especial en ella, aunque eso podría ser para con todos sus parientes.

—Buenos días, señoritas —inclinó de forma rápida y ligera la cabeza para saludarlas—. ¿Tres el día de hoy?

—Ella se pegó —Delaila apuntó a su prima.

—Hola de nuevo, doctor Anton.

—Millie Charpentier, tú de nuevo —dijo amistoso—. Supongo que estás enterada de lo que sucedió ayer.

—Naturalmente.

—Y sabes que no puedo hablar de ello.

—¿Qué pasaría si es algo extraoficial?

—Lo siento.

—¿Por qué tienes que ser tan correcto, Anton?

—Es parte de mi código de ética, Charpentier —sonrió de vuelta.

Maelle colocó una mano sobre el hombro de la irreverente entrevistadora y prosiguió a tomar la silla de ruedas de Delaila para introducirla al consultorio, dejando momentáneamente solos al doctor y a Millie, a sabiendas de que era posible que le dijese algo si acaso no había nadie a su

alrededor.

La joven tomó aire y lo soltó despacio, cerrando los ojos para acumular la paciencia que necesitaba para intentar que un doctor tan recto como Darius Anton le dijese algo sobre la noche anterior.

—Por favor, sé que no va acorde contigo crear chismes ni mucho menos, tampoco va conmigo, solo quiero descubrir a esta persona.

—Te pones en riesgo, es lo único que haces.

—Sé que no es normal ver a una mujer en esta situación, pero te aseguro que nadie más está haciendo nada —dijo desesperada—. Si acaso logro formular un caso aceptable, podría crear interés en un periódico y, al salir la noticia, presionaría a las autoridades a actuar.

—Es un sueño hermoso lo que tienes ahí —el médico apuntó hacia la frente de la joven—, pero debes centrarte en la realidad.

—¿Cuál es?

—No quiero decirlo, pero eres mujer, Millie —la voz del médico era agradable y conciliadora, como debía ser la de un hombre que se dedicaba a dar malas noticias a las personas —, por mucho que hagas, es difícil que alguien te crea.

Le partió el corazón, no porque no lo hubiese pensado antes, sino porque el que alguien más se lo dijera lo hacía real.

—Lo sé —bajó la cabeza de forma apesadumbrada.

El doctor Anton suspiró ligeramente y asintió.

—Era hija de una familia en ascenso, Bardot, creo recordar.

Millie levantó la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias! —Le tomó la mano con firmeza—. Sé que no soy la persona en la que confiarían, pero lo conseguiré, haré que pongan atención a estas mujeres.

—Lo sé —el médico cerró los ojos y apartó la mano con delicadeza—, no aprietes tanto, soy cirujano, ¿lo olvidas?

—¡Lo siento! —ella no cabía en su efusión—. ¿Les dirá a Deli y a Maelle que me he marchado?

—Por supuesto.

No tardó ni un segundo más en el lugar, pero al salir, se tomó la dedicación de anotar el nombre brindado en su libreta. Para esos momentos, las calles se encontraban en el barullo mañanero a disposición de los compradores que se paseaban por el lugar para llevar a sus hogares el pan a la mesa. Era un ambiente alegre en el que Millie se podía perder con facilidad; era agradable pasar desapercibida del ojo público. Para su desgracia, era una delicia que experimentaba en pocas ocasiones debido al linaje de su familia.

Sus padres eran reconocidos en el mundo político de Francia y sus hermanos en el social; el estar a su lado era un inconveniente para una persona que necesitaba permanecer oculta para recaudar la información necesaria para su caso.

Aunque de vez en cuando, su apellido le era conveniente, porque gracias a ello podía tener acceso a lugares exclusivos, como aquel restaurante en el que acababa de plantarse con la determinación de entrar a pesar de que estuviese abarrotado de gente.

—Buenos días, Madeimoselle Charpentier —saludó el encargado de recibir a las personas—. ¿Ya la esperan?

—Sí, de hecho, seguro que mi hermano ya se encuentra adentro —sonrió—. Llegó con una acompañante, ¿no es cierto?

—Claro, Monsieur Charpentier llegó hace media hora.

—Perfecto, entonces, me adelanto.

—Mademoiselle —el hombre se interpuso en su camino—. El caballero nos ha indicado que, si llegase a venir alguien a preguntar por él, no lo dejasen pasar por ninguna razón.

«Claro, debí suponerlo».

—Por supuesto —. No encontraba ninguna buena mentira en su arsenal; de hecho, no se le daban del todo bien. Maelle siempre la descubría, pero ella era una cosa y el resto del mundo otra —. De hecho, no venía con él, tan solo era para cerciorarme.

—¿En verdad? —el hombre elevó una ceja juiciosa.

—Sí, de hecho —miró de un lado a otro, tratando de encontrar a alguien de imponencia con quien entrar—. Ah, claro, vengo con él.

Se aferró al brazo de un hombre alto, bien parecido, de ojos dorados como el oro y cabellos resplandecientes como el sol, aunque oscurecidos al estar peinados de forma cuidadosa hacia atrás.

—Lo lamento, Monsieur —el encargado parecía nervioso ante el arrebato de la joven que claramente estaba mintiendo—, seguro que Mademoiselle Charpentier no quería molestarlo.

Millie frunció el ceño y levantó la mirada hacia el apuesto caballero que la miraba igual de extrañado, pero sonriente, lo cual lo hacía parecer aún más apuesto.

—No te preocupes, Arthur —inclinó la cabeza de forma conciliadora—, como ha mencionado, la dama viene conmigo.

—Oh, por supuesto —el hombre se hizo a un lado—, pase, por favor, tenemos su mesa preparada.

—Le agradezco.

La joven no pudo más que mostrarse agradecida y hasta un poco fanfarrona cuando el caballero que le impedía el paso no pudo hacer otra cosa más que negar con la cabeza en total desaprobación.

Entró del brazo de ese hombre, siguiendo sus pasos sin cuestionar, pero mirando a su alrededor, tratando de encontrar a las personas que eran de su interés. Desafortunadamente, el restaurante realmente estaba abarrotado de gente y era imposible que su visión lo abarcara todo, mucho menos al ir caminando a una mesa alejada.

—He de suponer que busca a alguien.

—¡Oh! —. Millie se soltó rápidamente del brazo del hombre—. Lamento mucho lo que pasó, pero agradezco que me siguiera la corriente; resulta que es de vida o muerte que me encuentre con mi hermano y su cita, más con su cita.

El hombre la miró por unos segundos antes de tomar asiento.

—¿Es de la clase celosa, Mademoiselle Charpentier?

—¿Cómo sabe…?

—Lo mencionó, Arthur, el hombre de recepción.

—Claro —asintió al recordarlo—. No, no soy celosa, pero resulta ser que la señorita con la

que se ha citado conoce a alguien que es de mi interés. Tengo la esperanza de que pueda presentarme con él.

El hombre asintió despacio, levantando la mano hacia un camarero que de inmediato se acercó a tomar su orden.

—¿Piensa retirarse o se tomará la libertad de beber algo conmigo?

Millie lo dudó un poco, puesto que consideraba que lo había incordiado lo suficiente, pero algo en la mirada del hombre la obligó a tomar asiento y pedir su acostumbrada taza de café.

—Nuevamente le agradezco —dijo sin mirarlo a los ojos—, me avergüenza haberlo incomodado.

—Para nada —sentenció, amigable—. Si me permite preguntar, ¿a quién busca con tanta determinación?

—Bueno, resulta ser la persona más escurridiza del planeta, porque le juro por mis padres que soy buena encontrando lo que quiero, incluso tengo suerte al hacerlo —dijo introductoria—, pero se trata de un tal Monsieur Lefevre, es el nuevo dueño de un periódico en el que yo solía trabajar.

—Entiendo —. El hombre tomó la taza de café que le habían traído y bebió un poco—. ¿Por qué la despidieron?

—Fue un cambio de personal; supongo que tenía su equipo de trabajo establecido y yo no cuadraba en él.

—¿Y qué piensa que le hará cambiar de opinión? —elevó una ceja—. Si la corrió, quizá fue porque evaluó la situación, ¿no lo cree?

—Eso lo sé. Incluso puedo entender que lo hiciera, ¿sabe? Soy la hija de alguien conocido; tenerme en la nómina seguro es una patada en el… —Cubrió sus labios apenada—. Oh, lo siento.

El hombre rio de forma reservada.

—Si es alguien acomodada, ¿por qué le interesa trabajar?

—No quiero depender del nombre de mi padre —negó, frustrada—. Deseo ser recordada por lo que yo haga, no por donde nací o con quien me casé.

—Revolucionario.

—¿Lo cree? —sonrió lastimera—. Debería ser algo ordinario.

—No en estos tiempos.

—Supongo, aunque tengo buenos ejemplos en casa, se lo aseguro.

—No lo dudo, de algún lugar debió sacar la motivación.

Ella sonrió sin mostrar los dientes; era más una sonrisa conmovida, complacida por ser comprendida.

—Tengo algo importante que contar —prosiguió con más seguridad, puesto que el hombre se lo inspiraba—. Nadie lo toma en cuenta, pero si acaso un periódico lo sacara a la luz, se podrían hacer exigencias que llevarían a una resolución.

—¿Y cuál es ese tema tan importante a contar?

Fue entonces cuando Millie apretó los labios; de eso no estaba dispuesta a hablar con un desconocido, aunque, siendo honesta, no era nada que las personas de París no se entusiasmaran en esconder. La realidad era que todos lo sabían, pero nadie quería alzar la voz para buscar que se hiciera una justicia.

—Yo… no sé si debería sacar un tema del estilo en un momento que claramente es de relajación para usted —trató de buscar una salida que fuera creíble—. Resulta obvia su importancia y opulencia por cómo fue tratado en recepción, así que puedo entender que es un magnate o algo parecido.

—No se equivoca.

A pesar de que acababa de autoalabarse, a Millie no le pareció presumido ni tampoco la hizo sentir incómoda como en otras ocasiones cuando tuvo el infortunio de escuchar a hombres ufanos que pretendían impresionarla al sacar un listado de sus posesiones económicas o virtudes familiares.

—Es usted un hombre claridoso.

—Lo soy —aceptó—, por eso me gusta que cuando una persona saca un tema a la luz, lo termine como es debido.

El corazón de Millie se estrujó con fuerza; el hombre tenía una presencia imponente muy diferente a lo usual. En esencia, parecía tranquilo, amable y bastante receptivo, pero no había duda de que no era de la clase de persona que iba jugando por la vida; sus ojos exigían con

determinación abrumadora que doblegaba sin utilizar la fuerza.

Si acaso Millie fuera otra clase de persona, se hubiera escurrido de la silla, huyendo de aquella mirada penetrante y sagaz que erizaba la piel. Afortunadamente, Millie tenía la costumbre de confrontar sus miedos y problemas, por lo que reconstruyó su posición y prosiguió.

—Hablo del asesino de París.

El hombre elevó una ceja tan lentamente, que Millie por poco sonríe, pero no lo hizo al notar que era él quien lo hacía.

—No muchos se atreven a hablar de este tema.

—Es algo que debe cambiar.

—Quizá.

—¿Por qué lo duda?

—Es difícil publicitar algo así, aunque comprendo que lo haga con una buena intención; podría resultar contraproducente, sobre todo para la persona que lleva la noticia.

—No me importa exponerme.

—Puedo notarlo, aunque… —El hombre colocó su brazo sobre la mesa para inclinarse cerca de ella y comenzar a susurrar: —¿No le parece despreocupado decírselo a cualquiera? No sabe quién sea el asesino, ni siquiera tiene la más leve sospecha. ¿Quién le dice que no soy yo o cualquiera que esté a su alrededor?

Millie entrecerró los ojos, alejándose de su presencia perfumada.

—Era por eso que no quería decirlo —reclamó.

—Pero se dejó presionar —hizo notar.

Acababa de caer en una trampa, ahora lo sabía; ese hombre lo hizo con toda la intención, lo cual la hizo sentir ofendida.

—Yo… tengo que irme.

—Por favor —levantó una mano para detenerla—. Termine su café; no era mi intención hacerla enojar.

—No lo ha hecho.

—Entonces, ¿por qué se marcha?

Millie apretó los puños debajo de la mesa.

Estaba enojada, pero no con él, sino consigo misma, porque nuevamente habían dejado en evidencia que no tenía madera de periodista. Le pasó lo mismo con Maelle; de alguna u otra forma, revelaba información que debía mantener refundida en su cerebro.

Se puso en pie de forma elegante, dejando la servilleta de tela sobre la mesa que tenía enfrente.

—Lamento tener que marcharme, pero como le he dicho antes, tengo que encontrar a alguien.

—No tiene que encontrar a nadie —dijo tranquilo—, ya lo encontró; de hecho, lleva hablando media hora con él.

No estaba segura si dijo la maldición en voz alta o solo en su cabeza, pero el hombre de todas formas rio, quizá por su vocabulario, quizá por su expresión. Como fuera, acababa de tener una conversación con Monsieur Lefevre y lo peor de todo dejó en evidencia que era una pésima reportera, lo cual se traducía en una negación al puesto que tanto había pretendido.

Se sentó de golpe y cerró los ojos con pesadumbre; después, simplemente cubrió su rostro y negó varias veces con la cabeza.

—Realmente he quedado en ridículo con usted.

—Me agradan las personas determinadas —sinceró el hombre con amabilidad—, pero aún no tiene madera para este trabajo.

Ella se descubrió la cara en seguida.

—Puedo hacerlo, cerraré la boca.

—Su entusiasmo es evidente y me agrada, pero es usted muy joven e inexperta —apretó una sonrisa—. Mi decisión sigue siendo la misma de antes, lo lamento.

Millie asintió despacio; no podía poner réplicas, ni siquiera podía enojarse, porque el condenado hombre estaba siendo amable y justo al decirle que no la contrataría.

Quería llorar, pero no lo hizo; al menos, no lo haría frente a él, así que prosiguió con una conversación diferente, tratando de mostrarle que no era tan idiota como había demostrado ser. Monsieur Lefevre sonrió a todo momento y contestó amablemente a cada una de sus preguntas referente a la compra del periódico, pero una vez que ella terminó su café y se despidió, él no la

detuvo más.

Lefevre se quedó sentado en su lugar; seguía bebiendo café mientras esperaba que la persona que lo observaba se acercara.

—Tenías razón —le dijo con tranquilidad—. Habla demasiado.

El hombre salido de la nada tomó asiento frente a Lefevre, recostando su espalda en la silla y abriendo las piernas con desfachatez de quien no le interesa conservar buenos modales.

—Aunque, siendo honesto, cualquiera hablaría teniéndote del otro lado de la mesa —se cruzó de brazos—, eres de la clase de persona que saca información sin que el otro se percate.

—No, fue demasiado sencillo, y yo le era un desconocido.

—Lo peor es que puedo asegurar que sabe más de lo que debería; le gusta meterse en donde no la llaman. Me la he encontrado demasiadas veces vagando en las noches por las calles.

—Quizá deberías darle un susto —sugirió Lefevre.

—Dudo que sea suficiente —suspiró—. Quizá hubiera sido mejor tenerla en el periódico; al menos así la tendríamos dominada y cerca.

—Lo dudo, esa chiquilla parece incontrolable, lo lleva en los ojos. —Lefevre respiró despacio, dejando su taza con algo más de fuera de lo necesario—. Mantén un ojo sobre ella.

—Es lo que hago.

Lefevre esperó a que su amigo se marchara para pagar la cuenta; se dio cuenta de que Millie había dejado el dinero de su taza de café, lo cual le fue sorpresivo, pero sumamente interesante.

3 DESPIADADA

No recordaba la última vez que se había sentido tan abatida. Ahora no había oportunidad alguna de que la volvieran a contratar; prácticamente tuvo una entrevista con su jefe y le demostró su incapacidad de discreción, fundamental en un periodista.

Lloró un poco en una de las bancas de los *Jardins du Trocadero*. Lo último que quería era encontrarse a alguien conocido, pero como era de esperarse al estar en un lugar tan público y concurrido, Millie no tardó en ser llamada. Empeorando las cosas, se trataba de su hermano Thiago, quien seguía en compañía de la dama que conocía a Monsieur Lefevre.

Mientras los veía acercarse, Millie de pronto se sintió enfadada, porque si su hermano no hubiera dejado la orden de retenerla, ella no habría mentido y, por consecuente, aun no conocería a Monsieur Lefevre. Quizá si hubiera ido a una entrevista como tal, la sensatez estaría en su cabeza como un precepto fundamental.

—Millie, me sorprende que no cayeras del techo —sonrió Thiago, por completo inconsciente de la molestia creciente de su hermana—. Mira, te presento a Mademoiselle Dubois.

—Un placer —se presentó la hermosa mujer—. La verdad es que Thiago te estuvo esperando durante todo el desayuno; casi apostaba a que en algún momento llegarías.

—Lo hice —admitió, esperando que eso fuera suficiente para hacerlos desaparecer—. No me dejaron pasar.

—Eso no pudo detenerte— dudó su hermano, porque la conocía.

—Naturalmente. Pasé, pero lo hice con otra persona.

—Así que aplicaste esa táctica. —Tal parecía que no era la primera ni la última mujer en utilizar ese método para lograr lo que quería— Dime, ¿el hombre fue interesante?

—Lo fue —aceptó, decaída—, resulta que era Monsieur Lefevre.

—¿Qué? —la mujer saltó en su sitio y rio con descaro—. Vaya que tuviste mala suerte, él no

suele desayunar hasta más tarde.

—¿Cómo sabes que fue mala suerte? —inquirió Thiago.

—Por lo decaída que se ve tu hermana, no creo que haya sido un encuentro fructífero —los ojos cafés de la dama se volvieron hacia Millie—. ¿Me equivoco?

—Tal parece que sí lo conoces.

—Somos amigos.

—¿Amigos? —se sorprendió la joven.

—Sí, desde hace algunos años.

—¡Por eso me quería encontrar contigo primero! —chilló molesta, mirando a su hermano—. Es tu culpa, ¡¿por qué pediste que no me dejaran pasar al restaurante?!

—Creo que es obvio —miró hacia la dama a su lado.

—¡Agh! —Se tomó el cabello con desesperación, importándole poco despeinarse—. Me dijo que no podía darme el trabajo porque no estaba lista ni madura para ello. ¡Me dejé ver como una tonta!

—Fuiste auténtica —corrigió Mademoiselle Dubois—, eso le agrada a Lefevre, aunque no sé por qué pudo decirte algo así.

—Me lo merecía, no lo puedo negar.

—No lo dudaría —sonrió Thiago.

—¡Me engañó!

—Sí, eso hace Lefevre, te da confianza y te confunde con su cara de ángel, pero te regresa el golpe como un demonio.

—Manejó perfectamente la situación —admitió Millie con disgusto—. Claramente es inteligente.

—Demasiado, diría yo; es una pesadilla como jefe.

—No me importaría —se cubrió el rostro—. Era para mí un sueño estar en el periódico; me siento fatal de ya no poder hacerlo.

—Lo siento —Mademoiselle Dubois apretó una sonrisa—, pero quizá pueda ayudarte un poco.

—¿En serio? —Millie la miró esperanzada—. ¿Cómo?

—Ya te dije que lo conozco bien, somos amigos.

—¿Le hablarás sobre mí?

—Sí —sonrió—. Me agradan las personas decididas y con voluntad de hierro; es notorio que realmente te apasiona.

—Oh —juntó sus manos en una plegaría—, lo hace, amo esto, si acaso pudiera lograr estar en una de las páginas…

—Ya trabajabas ahí antes, exagerada —Thiago se vio en la necesidad de parar el dramatismo.

—Ya sé —lo miró con reproche—, pero en ese tiempo hacía algo que no me gustaba; ahora quisiera hablar del caso que me interesa.

—¿Otra vez con lo del asesino? —se quejó Thiago.

—Por supuesto, ¿es que no ves todo lo que está pasando?

—Es preocupante —dijo Mademoiselle Dubois—, así que de eso es de lo que quieres escribir en el periódico.

—Es necesario que acabemos con la oleada de sangre inocente.

Mademoiselle Dubois era una mujer de poco más de treinta años, hermosa, llena de vida y color. Sus largos cabellos rubios y ojos de un cálido café eran un recordatorio del estereotipo de mujer ideal en otros tiempos, cuando se buscaba la perfección angelical de una apariencia frágil y enfermiza por el insano color de piel.

Millie se consideraba muy diferente, no solo porque ella había heredado el cabello negro de su padre, sino porque su composición física era más bien saludable. Su rostro no tenía las protuberancias angulosas de Mademoiselle Dubois y tenía más relleno en cada una de sus curvas, lo que la podía volver “menos estética a la vista”.

Tampoco tenía su encanto femenino que se basaba en la atracción despreocupada; si bien Millie podía ser coqueta si lo necesitaba, la realidad era que su energía se focalizaba en lo masculino, y justo como lo dijeron Maelle y su prima, si algo le gustaba, iba a por ello, como lo haría un caballero con su enamorada… solo que al revés.

—Me agrada tu entusiasmo, pero me parece que te olvidas de algo importante. —La mujer se

adelantó hasta sentarse junto a Millie—. Eres solo una persona y al asesino le gusta cazar mujeres como tú.

—¿Cómo yo?

Mademoiselle Dubois sonrió dulcemente.

—Hermosas.

—¿Yo? —se burló Millie—. ¿Hermosa?

—Me preocupa que no lo sepas —dijo con sinceridad—. ¿O es solo una falsa modestia? Porque eso me molesta.

—No es falsa, no me considero hermosa.

—Pues te equivocas —los ojos de la dama estaban llenos de matices interesantes para Millie, quien se perdió en ellos por unos momentos—. Volviendo al tema, Lefevre es de temperamento sereno, paciente, pero inamovible; si decidió algo, seguro que no dará marcha atrás, no te dejará participar en el periódico.

—Lo supuse —suspiró, bajando la cabeza al recordar que estaba triste; acababa de perder la oportunidad de estar en su empleo soñado.

—Sin embargo —interrumpió su bruma melancólica—, también le gusta la gente decidida y con talento, demuéstraselo.

Millie levantó una mirada sorpresiva.

—¿Lo dices en serio? —La dama simplemente sonrió—. Pero no me permitirá verlo, eso lo sé; fue casualidad encontrármelo.

—Nada con Lefevre es casualidad.

—¿Dices que sabía que estaba ahí?

Mademoiselle Dubois se encogió de hombros.

—A saber, ese hombre es raro en todos sentidos —asintió—. Pero te aseguro que brindarte esos minutos de su tiempo no fue casualidad; incluso si se encontraron inesperadamente, él sabía perfectamente quién eras desde que te vio.

—No dudaría que se acercó cuando me vio en conflicto para entrar —asintió Millie—, prácticamente sentí que apareció a mi lado.

—He escuchado de ti —dijo la mujer, mirando hacia el trillizo que se mantuvo callado durante toda la conversación, más que nada porque no le interesaba intervenir de ninguna manera —. Todos en el periódico lo han hecho. Debes ser más discreta, es fundamental en una periodista investigadora, ¿comprendes eso?

—Sí.

—De acuerdo —se puso en pie—, creo que hemos dejado a tu hermano en el aburrimiento y es hora de seguir con el paseo.

—Pero… —Millie se puso en pie de un brinco—, ¿cómo he de convencer al señor Lefevre? Dudo que le guste mi insistencia.

—La odiaría —aceptó—, pero no te daré todo en bandeja de plata; piensa un poco, ¿cómo convencerías al dueño de un periódico para que te deje entrar a su grupo de trabajo?

Millie frunció el ceño.

—Escribiendo —solucionó Thiago.

La joven buscó la comprobación de Mademoiselle Dubois, obteniendo un asentimiento que le paralizó el corazón.

—¿Pero he de llevarlo a sus oficinas? Porque me ha sido imposible dar con él en el pasado, dudo que ahora sea diferente.

—Es difícil dar con Lefevre debido a que tiene muchas oficinas —elevó una ceja—. Sabrás que es un ávido inversionista.

—Lo sé —dijo segura—, lo perseguí el tiempo suficiente.

—Pero incluso él tiene un lugar en específico al cual vuelve sin falta y siempre lo vas a encontrar.

Millie abrió sus ojos con sorpresa cuando al fin lo entendió.

—Su casa, ¿no es cierto? Tiene que descansar en algún momento.

Mademoiselle Dubois cerró los ojos ligeramente por unos segundos, dándole una respuesta silenciosa que la envalentonó.

—No puedo decir nada más porque sería traicionar demasiado a mi amigo —sonrió—, pero seguro que no te costará trabajo investigar en dónde vive, ¿no es cierto?

—Déjamelo a mí, ni siquiera verá venir que nos conocemos.

—Seguro —dijo alegre, nuevamente reconfortada por la perseverancia de la joven—. Buena suerte.

—Muchas gracias por su gentileza, Mademoiselle Dubois.

—Solo Ivette, no soporto las formalidades entre amigos.

Millie mostró su más bella sonrisa.

—Ni yo —tomó la mano que la mujer había colocado sobre sus muslos de forma perfecta y elegante, notando entonces un anillo muy particular en su dedo—. Gracias por todo.

La dama asintió ligeramente y se puso en pie, tomándose del brazo de Thiago para seguir dando un paseo por el hermoso lugar. Millie, por su parte, permaneció ensimismada por un buen rato; no podía sacarse de la cabeza el diseño tan inusual de lo que parecía ser un anillo para sellar las cartas. No sabía por qué, pero creía haberlo visto en alguna otra parte.

4 IMPACIENTE

Llevaba dos semanas enteras de una persecución continua hacia Monsieur Lefevre.

Prácticamente lo seguía de día y de noche en lo que fue una constante cacería que no rendía frutos pese a sus esfuerzos sobrehumanos, porque en más de una ocasión se quedó despierta en la seguridad de uno de los autos de su padre, el cual, por cierto, nadie sabía que ella podía conducir.

Había sido cuidadosa de no ser vista por nadie en aquel comportamiento tan vergonzoso, porque seguro que, si alguno de los conocidos o amigos de su padre lograra reconocerla, iría en seguida con su padre a darle la mala noticia de que su hija se había vuelto completamente loca, que había perdido todo pudor y escrúpulo al perseguir a un hombre que claramente no tenía intenciones de corresponder los posibles sentimientos que tuviera.

Nada más lejos de la realidad.

Si bien Monsieur Lefevre era un hombre apuesto y encantador, Millie no sentía atracción por él… no tanta al menos. Lo que quería de él era un pase directo hacia los titulares del periódico, porque sabía que se avecinaba otro asesinato; era uno cada mes, y no había tiempo si quería salvar a la siguiente desafortunada.

El problema era que, incluso de noche, Monsieur Lefevre era tan imprevisible como en el día. Vagaba de un lado a otro; en ocasiones solo caminaba por las calles de París, rondando casas sin entrar a ninguna de ellas. Parecía asechar sin hacer nada por inmiscuirse, incluso aunque lo llamaban al reconocerlo.

Era extraño, por decir poco, sobre todo porque no parecía dormir en el mismo sitio en ninguna ocasión, y de seguir así, ella terminaría con un torzón de cuello permanente junto con un dolor lumbar imposible de soportar, sin mencionar el hoyo en su estómago.

Quizá debía darse por vencida; era obvio que ese hombre hacía hasta lo imposible para que no se le pudiera seguir la pista, tenía un comportamiento misterioso, y a pesar de que no parecía peligroso, Millie no descartaba a nadie, porque el asesino seguía suelto y Monsieur Lefevre

podía encajar con el perfil seductor que llevaba señoritas hasta la tumba.

No sería raro, de hecho; pero cuando estuvo frente a él, no percibió un atisbo de perversidad, pero las personas así son buenas mintiendo, capaces de colocar fachadas convincentes delante de las personas para lograr sus objetivos.

Siendo el caso, ella estaba siendo muy idiota.

—¿De nuevo por aquí?

Gritó. Por supuesto que lo hizo.

—¡Qué planeas, demente! —le gritó molesta al encontrar a la Sombra sentada a su lado en el automóvil.

—Nada en particular, te vi en este lugar tan poco indicado para una dama y decidí saber tus motivos.

—Estoy en una misión.

Casi pudo sentir la sonrisa de la Sombra detrás de su máscara.

—Seguir a un hombre no es una misión.

—Para mí sí. Es de vida o muerte, literal.

—No creo que él pueda solucionar el tema del asesino.

—Es el dueño de un periódico importante, uno conocido, el pueblo lo lee, así que sería el lugar perfecto para…

—Deberías irte, ¿sí sabes que esto es un burdel?

—¿En verdad? —lo miró con sorpresa—, realmente no pensé que Monsieur Lefevre necesitara de esas distracciones, es guapo.

La Sombra rio con facilidad.

—Es una distracción, no un cortejo —dijo tranquilo—. Además, dudo que esté interesado en alguna señorita; en estos lugares hay muchos hombres importantes pasando el rato.

—Así que es una fuente de negocios.

—Tomando en cuenta el comportamiento de Lefevre, estará más enfocado en ese ámbito que en el del placer.

—¿Lo conoces?

—No mucho, lo investigué cuando llegó.

—Claro, tiene sentido. La verdad es que es muy raro, jamás parece ir a casa —. La Sombra volvió a burlarse de ella, en esa ocasión con un resoplido que le encrespó los nervios—. ¿Qué?

—Lamento decirte que él ya no está ahí.

—¿Qué? —chistó—. Pero si no lo he visto salir.

—Creo que se ha dado cuenta de tu presencia y ha hecho todos esos circuitos para despistarte —dijo, obvio—. Incluso yo me he percatado, y eso que no me estás siguiendo a mí.

—Maldición, es más consciente de su entorno de lo que imaginé.

—Los hombres como él así son.

Millie dejó salir un suspiro lastimero antes de comprender algo importante, por lo que miró a su amigo Sombra con una sonrisa perversa que podía causar escalofríos.

—Si lo investigaste, entonces sabes dónde vive.

—Ah, no. No soy esa clase de persona.

—Oh, ¡pamplinas! Eres una Sombra, eres cualquier tipo de persona menos una con escrúpulos.

—¿Disculpa?

—Habla ahora —se acercó a él.

—No veo qué gano yo.

—Ay, por favor, ¿qué podrías necesitar de mí?

—Por ahora nada, pero me gusta acumular deudas.

—Bien, lo que quieras, pero dime dónde vive.

—¿Qué harás cuando lo sepas? —indagó—. Dudo que te sirva de algo si no tienes un plan; no es como si pudieras llegar a su puerta y obligarlo a hacer algo que no quiere.

—Supongo que no… —mordió sus labios pensativa—. ¿Qué me dices de un chantaje?

—¿Qué?

—Sí. Si descubro algo que quiera mantener escondido, puedo hacer lo que quiera con él, ¿no es cierto?

—Maquiavélico en verdad.

—Es un buen plan.

—Dudo que funcione.

La Sombra sabía varios secretos que podrían doblegar a Lefevre, pero dudaba que se dejara enmarañar por los deseos de una caprichosa y voluntariosa señorita. Lo veía más capaz de matarla para librarse al mismo tiempo del acoso y del problema.

—Sí, no creo que sea una buena forma de iniciar una relación de negocios. —Millie se desparramó en su asiento, abatida por sus constantes fracasos—. Estoy perdida, ¿debo perder la esperanza?

—¿Qué fue lo que te la renovó?

—Una mujer —sonrió—. Me dio la esperanza de que podría convencer a Lefevre de que era buena en lo que hacía.

—¿Y lo eres?

—Sí, lo soy —dijo segura—, pero también soy una bocazas, eso fue lo que me terminó por aniquilar frente a él.

—Tiene sentido.

—Sí, pero puedo mejorar.

—Bien, volviendo al tema, si te doy su dirección, ¿qué harás?

—Quizá solo le lleve un borrador de la noticia que quería publicar; lo haría de forma anónima, para que juzgue sin tenerme en la cabeza —sonrió—, eso podría ayudar.

—Eso suena más lógico —aceptó la Sombra, sacando un trozo de papel de alguna parte entre sus ropas y comenzando a escribir apoyado en su pierna—. Toma, esta es su dirección.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. La verdad es que me preocupa que estés persiguiéndolo de noche. Sabes que el asesino no tardará en atacar, así que ten cuidado.

—Oh, no pensé que te pondrías protector, sobre todo por las muchas veces en las que me dejaste morir.

—Nadie me puede ver —se inclinó de hombros— y tú eres bastante obvia, no tuve otra

opción.

—En esa ocasión fue bueno contar con mi apellido; de lo contrario, habría terminado en la cárcel.

—Pienso igual —el hombre meneó la cabeza para enfocarse—. En todo caso, la casa de Lefevre es grande y tiene custodia; no podrás entrar con facilidad. Como verás, cuida mucho de su privacidad.

—¿Custodiada?

—Así como te dije.

—Eso es raro, ¿no es cierto?

—Tu casa también es custodiada.

Millie sonrió divertida.

—Tienes razón, a veces lo olvido.

—Tiene pocos empleados; creo que los ha traído con él, por lo que debe ser gente de su entera confianza.

—Empleados… ¡Claro! —tronó los dedos—. Me infiltraré.

—¿Qué?

—Sí, entraré como una sirviente, eso podría funcionar.

—Estás loca, te acabo de decir que es gente de su confianza —la Sombra parecía desesperada —. Además, la servidumbre de ese tipo de casas duerme en el lugar.

—¡Perfecto! Mucho mejor.

—No has trabajado ni un día de tu vida y tus padres no te dejarán seguir con esta comitiva de locos.

—¡Oye!

—Digo la verdad.

—Puedo aprender.

—Realmente dudo que puedas entrar.

—No me cuesta nada intentarlo.

La Sombra suspiró con fuerza; parecía realmente desesperada con su insistencia, pero a Millie poco le importaba, tenía su dirección y eso era lo único que importaba de momento.

—De acuerdo, puedes bajar del auto —indicó la joven con entusiasmo, lista para seguir con su noche.

—Espero que estés pensando en volver a casa.

—¡Por supuesto! —lo miró agotada—, he perseguido demasiadas noches a ese maldito, necesito descansar como es debido.

El hombre bajó del auto, esperando hasta que se marchara para seguir con sus asuntos. Sonrió. Acababa de mandarle un buen regalo a Lefevre. Ojalá que lo apreciara como era debido.

Millie regresó a su hogar sin imaginar que su madre seguía despierta; de hecho, parecía haber pasado toda la noche en vela, posiblemente aguardando el momento en que ella llegara.

—Mamá, ¿qué haces despierta?

—Ah, por fin llegas, Millie —su madre la abrazó—. Me preocupa de muerte que salgas de esta manera.

—Pensé que ambos estaban de acuerdo en dejarme hacer esto.

—Claro que lo estoy —sonrió, tomando sus mejillas—, pero es imposible para una madre no preocuparse.

—Lo entiendo, mamá —posó sus manos sobre las de ella—. Estoy bien, no tienes de qué preocuparte, ¿de acuerdo? Estoy bien.

—Mmm —Alice entrecerró los ojos con una sonrisa—, ¿por qué presiento que tienes algo en mente?

—Bueno… lo tengo.

—¿Puedes platicarlo?

—Claro, si no te molesta acompañarme a mi cama, porque me encuentro agotada, me duele absolutamente todo mi cuerpo.

—¿Qué esperabas si te la pasas durmiendo en un auto?

—¿Lo sabías, mamá?

—Hija, por Dios, hace un escándalo, incluso tu padre lo sabe.

—Oh —se avergonzó—, y yo que me creía tan lista.

Alice rio dulcemente, encaminando a su hija a las escaleras.

—¿Y bien? —la miró de soslayo—. ¿Qué es lo que tienes pensado? ¿A quién persigues en esta ocasión?

—Monsieur Lefevre.

—Ah, sigue siendo él.

—He conseguido su dirección, pero tal parece que es precavido y no le gusta que invadan su privacidad.

—Pero es lo que harás.

—Es lo que quiero —sonrió angelical—, pero me dijeron que no acepta empleados que no conozca.

—¿Pensabas entrar como empleada? —se escandalizó.

Millie volvió a castigar su boca suelta, lo cual le hizo recordar que era la razón de que Monsieur Lefevre no le diera la oportunidad de trabajar en el periódico con él.

—No, madre, ¿cómo puedes pensarlo?

—Lo ibas a hacer.

—Para qué te miento, de todas formas, lo descubrirás.

—Hija, no hagas locuras, ¿qué crees que pensaría cuando lo descubriera? —negó—. Es una ofensa considerable.

Ella bajó la cabeza y aceptó.

—Tienes razón, quizá solo le envíe mi manuscrito.

—Eso sería mejor.

En realidad, Millie lo decía para dejarla más tranquila, pero pensaba encontrar la forma de estar cerca de Lefevre, porque de alguna manera, algo en él despertaba sospecha.

Se vio en una regresión a su niñez cuando su madre prácticamente la arropó en su cama, masajeando su espalda donde anteriormente le dijo que le dolía, escuchándola mientras le hablaba de su día, de sus hermanos y su padre. Le gustaba, siempre le gustó pasar esos momentos con su madre, porque no importaba qué tan diferentes fueran entre ellas; no había

nadie con quien se sintiera más segura además de su padre.

Sonrió un poco y se quedó dormida, dejando a su madre con la sensación de que podrían ser las últimas veces en las que pudiera estar junto a ella de esa manera. Su niña se escapaba de sus manos con más rapidez de la prevista.

5 IMPOSTOR

Abrió los ojos con el salir del sol y cuatro horas de sueño; no sabía la razón, pero no sentía el cansancio, quizá por el hecho de que su emoción vencía a la pesadez de su cuerpo. Ahora que tenía la dirección de Monsieur Lefevre en su poder, no podía esperar el momento de poder entregarle el manuscrito, aunque debía encontrar la forma de que no la viera actuar; de lo contrario, ni siquiera se tomaría la molestia de leerlo.

Tampoco confiaba en entregárselo a alguno de sus empleados, porque bien podrían tener una orden de tirar todo o simplemente olvidarlo. No quería correr ningún riesgo, por lo que solo había una opción, que no era la óptima, pero sí la necesaria.

—Llegas temprano, Millie —le abrió la puerta su primo con una gran sonrisa cansada, natural en un padre con un bebé pequeño.

—¿Maelle te informó que vendría?

—Lo hizo —asintió—. Pero no estoy de pie solo para abrirte la puerta, tengo que irme. No te metas en problemas.

—Sí —sonrió—. Suerte.

Lucca se despidió con una gran sonrisa y se subió al automóvil que esperaba por él, partiendo de inmediato hacia algún lugar desconocido, aunque últimamente sabía que se estaba involucrando de forma más activa en la política, siguiendo los pasos de su padre. Con suerte, podría haber un segundo presidente Aigrefeuille.

—¡Ah, Millie! —sonrió la mujer a la que buscaba, quien iba bajando las escaleras con su bebé—. Supongo que estás impaciente.

—Lamento haberte llamado tan tarde.

—No estaba dormida, yo nunca estoy dormida —miró al bebé—. ¿Y bien? ¿Por qué necesitarías un uniforme de doncella?

—Era la única solución, no puedo tomar uno de la casa de mis padres porque lo notarían las muchachas y me acusarían —dijo—, espero que la casa de Lefevre utilice el mismo que ustedes.

—Puede que no; todas las casas visten diferente a su servicio.

—Bueno, esperemos practicidad de él.

—Es un hombre solo, no tiene esposa, así que no creo que se fije demasiado en nimiedades como esas —la tranquilizó—. A no ser que tenga un ama de llaves dominante.

—No. —Rechazó esa idea en cuanto la escuchó—. Ese hombre no dejaría que nadie tomara sus decisiones.

—Creo que lo estás elevando demasiado; los hombres no suelen pensar en su hogar tanto como piensas, por eso se casan.

Millie rio sin poder evitarlo.

—Lo siento, pero no te veo a ti pensando en tu hogar más que en tus otros intereses —elevó una ceja.

—Es verdad, pero tu hermano no quería eso de mí.

—Sí —su sonrisa se amplió—, quería otras cosas.

—No seas grosera.

—Yo solo decía —levantó las manos.

—En todo caso, ve a cambiarte y vete de aquí; tengo muchas cosas que hacer como para que me estorbes.

—Quieres decir que ahora que Lucca se fue, puedes hacer lo que quieres, ¿no es cierto? —entrecerró los ojos.

—Siempre puedo hacer lo que quiero, mi matrimonio no es una prisión —se cruzó de brazos —. Ahora, ve a cambiarte.

—Sí, sí. Como digas.

Millie tomó las ropas que estaban dobladas en una de las sillas del recibidor y se fue corriendo a una de las habitaciones, esperando no encontrarse con su tía o su prima, porque de ser el caso, la explicación sería larga y complicada. Seguro que Delaila la regañaría, mientras que su tía se mostraría fascinada, pero la entretendría demasiado.

Afortunadamente, no ocurrió y simplemente salió de la habitación pareciendo una más del servicio. El único problema era su cabello; lo tenía tan corto que no lo podía peinar adecuadamente en una coleta, así que lo peinó lo mejor que pudo y se colocó la cofia que identificaba a las doncellas de los hogares.

—Bien, ¿cómo me veo? —regresó al recibidor, sin esperar que estuvieran ahí su tía y su prima—. ¡Oh, no…!

—¡Pero qué disfraz! —sonrió Giorgiana.

—¿Qué demonios traes puesto, Millie? —negó Delaila.

—Eh… ¿Cómo decirlo? Pues…—. Trató de buscar ayuda en Maelle, pero su amiga le dio la espalda y se justificó con el bebé, quien estaba callado y dormido—. Traidora.

—¿Qué pretendes ahora, Millie?

—Nada —sonrió—. Bueno, tal vez algo, pero tengo la sensación de que, si lo digo, no se hará realidad.

—Eso es con los deseos.

—De eso se trata, precisamente, solo que yo soy más activa al tratar de conseguirlo —justificó.

—Bueno, de todas formas, lo sabremos; esa nueva chica de los chismes del periódico de *Le Petit* es exquisita y muy bien informada.

—Ivette —asintió la joven—. La conocí hace poco.

—Realmente deleitante.

—Sí, supongo que lo es —dijo Millie.

En realidad, Ivette le había quitado el puesto, por decirlo de alguna manera, porque estaba claro que Lefevre la hubiese quitado de todas formas al no creerla capaz de ser profesional fuera de las horas de trabajo, en lo cual no se equivocaba del todo, porque en una ocasión, le reveló a la misma Maelle lo que había escrito.

—Bueno, me tengo que ir, pero veo que están bajándoles maletas. —Millie se volvió hacia los mozos; el equipaje parecía para algo más que una semana—. ¿Se van por mucho tiempo?

—Solo yo, querida, Delaila se niega a dejar su terapia.

—O al terapeuta —sonrió Millie.

—Eres irritante, Millicent —gruñó su prima.

—¡Ey! Te he dicho que no me digas así.

—Así te llamas.

—¡No!

—Basta, niñas, por favor —pidió Giorgiana—. Me iré con Beth unos días; está pasando por un mal momento. Después de la guerra, todo se complicó en su país.

—¿Su marido sigue en prisión?

—Sí, pero Beth no puede venir, porque, aunque el reino haya caído, las tierras siguen teniendo un título.

—Mmm, espero que pronto se solucione.

Su tía le dirigió una sonrisa de gentileza y comenzó su despedida, dejando a su hija en manos de su nuera, en quien confiaba ciegamente y con razón, puesto que se había ganado ese lugar. Fue ella quien motivó a Delaila a ir al médico a tratar su lesión, que más que física, era meramente mental, más bien, sentimental.

Una herida del corazón.

Millie también tomó su camino hacia la salida, despidiéndose de su tía en la acera, quien parecía divertida de verla vestida así.

Su tía siempre fue su gran confidente de locuras; compartían rasgos de personalidad que sus hijas carecían, siendo ellas más parecidas a su padre. De hecho, William Charpentier solía decir que su hija casi parecía parida por su hermana, y encontraba risible el hecho de que la preocupación que anteriormente sentía por Giorgiana seguía presente, aunque ahora por su hija, como una maldición de la cual no lograba deshacerse por mucho que lo intentara.

Millie podía darle la razón a su padre, pero jamás pensaría en cambiar a su familia, ni siquiera por la de los Aigrefeuille; sin embargo, era gracias a ellos que muchas de sus aventuras se realizaron, así que no podía más que estarles agradecida.

A sabiendas de que no podría correr hasta la dirección que tenía grabada en el cerebro, tomó uno de los carros de su primo y esperó impaciente en la parte de atrás. Trató de permanecer

callada, pero de un momento a otro se encontró teniendo una interesante plática con el chofer de los Aigrefeuille, quien no se limitaba en expresar el temor que los padres de familia comenzaron a tener por sus hijas.

Ella no pudo evitar sonreír, porque estaba claro que las familias que en apariencia eran *menos afortunadas*, resultaban ser las que estaban llenas de corazón y sentimientos. Seguro que ese hombre no le creería si le dijera que la gran mayoría de los padres afectados ignoraban el hecho de que sus hijas fueron asesinadas con brutalidad.

La dejó a unas calles de la propiedad, porque estaba segura de que ninguna doncella podría llegar en un automóvil como ese. Caminó el resto del camino, notando que no era la única que parecía estar formada para el trabajo en el hogar.

Frunció el ceño un poco y se acercó a la fila de candidatas.

—¿Disculpa? —Millie interrumpió una conversación—. ¿Qué están haciendo todas aquí paradas?

—Esperamos encontrar un trabajo en la propiedad; nos han dicho que están contratando por un evento especial.

Millie se mostró sorprendida, porque le acababan de decir que Lefevre no solía aceptar servidumbre de personas desconocidas; es más, casi podía asegurar que el hombre contrataba solo al personal indispensable para mantener un hogar limpio y en óptimas condiciones; de ahí en más, todo era innecesario.

¿Qué estaría festejando como para ocupar personal?

Miró hacia la casa; pese a estar ubicada en una de las zonas mejor valoradas de París, no era grande ni imponente, tenía un tamaño adecuado, quizá un poco más grande de lo necesario si se consideraba que solo vivía una persona, pero era de esperarse en alguien que poseía el dinero y las conexiones de Monsieur Lefevre.

Seguro que sería una ocasión especial y las personas que se contrataran serían solo por ese día; aun así, dejar pasar a alguien a su casa debía ser algo a lo que no estaba acostumbrado a juzgar por cómo se hablaba de él y la extrema protección de su privacidad.

—Usted ya forma parte del personal, ¿verdad, Madame?

Millie agitó la cabeza para enfocarse y miró a la mujer que parecía sentir que encontró una oportunidad para entrar como empleada.

—Sí, lo soy.

—Oh, yo soy muy buena en mi trabajo, se lo aseguro —se adelantó la joven—, tengo dos hijos y mi esposo murió hace poco. Sería de mucha ayuda contar con un puesto fijo en algún lugar… aunque sé que no están buscando eso en esta ocasión.

—Lo comentaré.

—¡Se lo agradezco, Madame! —Le tomó la mano—. Gracias.

Millie sonrió, sintiéndose fatal por no ser capaz de hacerlo, pero en dado caso, ella misma podría hacer algo por la mujer, metiéndola a trabajar a casa de sus padres. Soltó la mano de la mujer y se dirigió con seguridad a la casa, pasando entre las aspirantes con tranquilidad, puesto que, si aquella otra mujer la confundió como parte del servicio de la casa Lefevre, era porque contaban con el mismo uniforme.

Se alivió de que hubiese tanto movimiento dentro de la propiedad, puesto que no solo estaban contratando personas, sino que estaban organizando en ese momento la velada; se podía ver a los mozos acomodando el comedor y el gran salón para recibir a los invitados.

Ella prácticamente se escurrió entre la gente, manteniendo la mirada baja para no llamar la atención, puesto que sabía que, sin la particularidad de sus ojos, ella pasaba totalmente desapercibida. Necesitaba llegar a la oficina de Lefevre para dejar los papeles sobre su escritorio; no admitiría otra posibilidad.

Era una locura, podía comprenderlo; si alguno de los sirvientes le prestaba atención, seguro sabría que era una intrusa, pero nadie parecía especialmente interesado en frenar el proceso de los demás, así que ella prácticamente caminó con libertad por los pasillos del primer piso, abriendo de puerta en puerta con cautela hasta que se encontró con la única que tenía un escritorio, así que entró.

Era un área vacía; no había libros, no había adornos, estanterías o algo que diera muestra de que se habitaba ahí con regularidad, lo cual le causó un poco de ansiedad, puesto que cabía la posibilidad de que Monsieur Lefevre no utilizara el despacho de su hogar para nada de importancia, ni tampoco regularmente.

Se acercó al escritorio lentamente, tocando suavemente la superficie de madera que tampoco tenía ni un solo objeto personal. Hubiera querido abrir los cajones para ver si al menos había algo ahí. Pero antes siquiera de intentarlo, tuvo la sensación de que un ánima sin descanso aparecía detrás de su espalda; su cuerpo reaccionó con un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero, por lo que ni siquiera se atrevió a volverse, simplemente se petrificó en su lugar.

—Supongo que sabes que él no está —la voz sonó fuerte y clara, incluso con eco por lo vacío del lugar—. No te conozco, por lo que eres una intrusa, ¿qué debería hacer? ¿Matarte?

Sus nervios incrementaron cuando escuchó el conocido sonido de un arma siendo cargada para disparar, pero sintió que la sangre se iba a sus pies cuando de pronto tuvo el arma contra su cabeza.

—Y-yo…

Se vio atragantada con sus palabras; era incapaz de moverse para otra cosa que no fuera temblar. Aquella voz era fría, distante, sin una pizca de arrepentimiento o duda de su amenaza.

—Dime, ¿por qué has venido hasta aquí?

—Quería… yo quería —tragó con fuerza—, solo vine a entregar estos papeles a Monsieur Lefevre.

—Si trabajaras aquí, sabrías que él no utiliza este lugar.

Millie cerró los ojos, porque el hombre no apartó el arma de su cabeza en ningún momento y ahora se sentía atrapada, posiblemente a punto de morir a manos de alguien que ni siquiera miraría a los ojos.

No sabía si fue torpeza o una inútil valentía, pero se dio vuelta para encararlo, porque si iba a morir, al menos quería ver a su asesino a la cara; era lo menos que merecía al estar persiguiendo a una persona del estilo, tal vez y fuera el mismo a quien buscaba.

Tragó despacio cuando tuvo el arma frente a sus ojos. Por unos segundos no pudo ver nada además de la pistola, pero cuando logró calmar un poco sus nervios y levantar la mirada, se encontró con un hombre de apariencia descuidada, mas no andrajosa.

Tenía un aspecto peligroso, con una barba de al menos tres días; no estaba fajado y utilizaba botas de marinero. Parecía relajado, como quien no teme quitar una vida, pero sus ojos… sus

ojos eran los más perturbadores que había visto, porque el delicado gris claro se veía contrastado por un mortífero brillo que solo podía nacer de una perversa forma de ser.

—¿Quién es usted? —inquirió consternada.

—Esa es mi pregunta.

—Soy una de las doncellas que vinieron a servir para la velada de esta noche —dijo, de pronto muy tranquila—. Me entregaron estos papeles y pensé que este era el lugar adecuado.

—¿En serio? —El hombre dibujó una sonrisa que se torcía hacia un lado, mostrando un canino alargado y puntiagudo, parecido al de los dibujos de vampiros—. No te creo.

—Así es —aseguró—. Puede preguntar.

—Hagámoslo.

El hombre bajó el arma y la tomó del brazo con determinación, llevándola hacia la salida de la habitación.

Millie no sabía qué hacer; se encontraba a punto de la histeria y la consternación cuando de pronto la puerta se abrió de nuevo, dando paso a Monsieur Lefevre, quien observó detenidamente la escena para después soltar un suspiro ligero.

—Basta, De Valois, déjala ir.

—Ha dicho que es una de las doncellas nuevas —aseguró, adelantándola hacia él—, quiero comprobar que ha dicho la verdad.

—No la ha dicho —levantó una mano pacificadora—, suéltala.

El hombre la soltó con desgana y se cruzó de brazos, guardando el arma que había mantenido afuera hasta que llegó Lefevre a escena.

—¿Qué haces aquí?

—Yo… —seguía impresionada—. Solo quería entregar algo.

—¿Qué cosa? —Lefevre tampoco parecía feliz de verla.

—Nada —negó suavemente—, cometí un error.

—Eso es evidente —dijo el hombre detrás de ella.

—¡Solo quería que lo leyera! —se volvió hacia él con enfado, y después regresó hacia Monsieur Lefevre—, sin prejuicios.

—¿Le parezco prejuicioso? —elevó una ceja rubia.

—No. —Para esos momentos, se encontraba conflictuada—. Sé que me gané la mala impresión, pero si acaso leyera mi reporte, quizá se daría cuenta de que no soy tan torpe como parezco.

—Sin duda es torpe —acusó Lefevre—, pero no creo que sea tonta. Estoy seguro de que el artículo será impresionante, pero sigo pensando que no tiene materia de periodista.

Millie bajó la cabeza; le dolían sus palabras a pesar de que el hombre las dulcificara. ¿Por qué nada le salía como quería?

Sentía que la vida le estaba quitando lo único que quería, lo único que amaba hacer. Era desesperante y provocaba que cimbrara toda su vida. Si no podía ser periodista, si no podía escribir, ¿qué haría de su vida? Basó todo su destino en orden a ello y ahora…

—Lo siento —habló tan despacio que los dos hombres se acercaron por instinto—. Lamento haber entrado sin permiso.

—No le creo —sonrió Lefevre para después cerrar los ojos—. ¿Por qué no viene esta noche a la velada?

—¡Lefevre! —se quejó el hombre detrás de ella.

—¿Qué sucederá esta noche? —levantó la cabeza la joven, de pronto sintiéndose entusiasmada.

—Vendrán personas interesantes para usted; quizá pueda encontrar el rumbo de su vida, sea cual sea.

La joven sonrió encantada y lanzó una mirada burlesca hacia el hombre que se mostraba mortalmente enfadado por la invitación extendida sin su aparente consentimiento. Millie no sabía quién era, pero parecía ser de importancia para Lefevre, así que procuraría tener cuidado con él, porque era lo que indicaba su presencia.

Ella pudo notar la forma en la que las miradas de ambos hombres rivalizaban en una guerra que aparentemente Lefevre ganó, porque De Valois suspiró y cerró los ojos primero, perdiendo la contienda.

—Bien, como sea, ahora fuera de aquí.

—¡Agh! —chistó la joven—. No tiene por qué ser tan grosero.

—Es verdad, no tiene por qué, pero así es él —habló Lefevre—. Sin embargo, haría bien en marcharse; la velada será a las ocho.

—Estaré aquí, sin lugar a dudas.

Lefevre asintió y se hizo a un lado, indicando con una palma que saliera de la habitación, esperanzado en liberar a su casa de la presencia de esa escurridiza intrusa por unas horas.

Cuando ambos hombres se quedaron en soledad, De Valois no tardó en mostrar su descontento.

—¿Te has vuelto loco?

—Para nada —dijo tranquilo—, de hecho, lo más indicado sería que te acercaras a ella sin intentar matarla.

—Entró aquí —puntualizó lo obvio—, no teme a nada.

—Tú mismo sabes lo peligrosa que es para nosotros, no nos conviene levantar sospechas a una mocosa tan acomodada como ella —elevó una ceja—. ¿Comprendes lo que digo?

—Maldición —negó, inconforme—. ¿Quieres que persiga a una mocosa mimada como ella? No lo toleraré.

—No es tan idiota como piensas —sonrió Lefevre—, quizá hasta llegue a caerte bien. Lo logró conmigo.

—La has visto una vez, cuando mucho tres.

—Por eso te lo digo.

—Es un estorbo, eso es lo que es.

—No puedes eliminarla sin más, en esta ocasión no.

De Valois asintió despacio.

—Lo sé.

—Si quieres quitarla de tu camino, tendrás que encontrar otras formas de hacerlo; seguro que puedes si quieres.

—Claro que puedo; el problema es que no quiero.

—No te queda otra opción, sigues decidido en continuar, ¿no es cierto? —elevó una ceja—.

¿O has cambiado de opinión?

—Claro que no —dijo tajante—. Se acerca la luna.

Lefevre asintió con gravedad.

—Lo sé. —Desvió los ojos hacia el escritorio—. Veamos qué tanto sabe la mocosa; nos ha dejado un buen indicio aquí.

Los dos imponentes hombres leyeron con rápidez el reporte, por el cual la joven dama, que les causaba tantos dolores de cabeza, se había atrevido a infiltrarse en la casa de un hombre soltero.

—Solo ha escrito lo adecuado para un periódico; estoy seguro de que sabe mucho más de lo que ha revelado.

—Yo pienso igual —asintió—. Por eso te lo digo.

—Veremos qué resulta de esta velada —suspiró—. Con lo poco que me agrada que la casa se llene de gente.

—Eres experto en desaparecer.

—Con ella junto a mí, lo dudo.

Lefevre sonrió, porque al menos había conseguido que el cabeza dura de su amigo cediera ante sus palabras. No era difícil; De Valois no era un idiota y solía comprender cuando él hacía algo porque era lo que más le convenía a sus planes.

6 VANIDOSO

No podía sentirse más feliz que en ese momento. Sabía que el que Monsieur Lefevre la invitara a la fiesta no quería decir nada, pero al menos estaba tratando de conectarla con personas que podrían ayudarla en su camino; quizá hasta hubiera personalidades que estuvieran involucradas en el mismo ámbito que ella.

¿Qué tan influyente sería Lefevre? ¿Tendría las conexiones suficientes como para hacerle volar la mente? Porque de ser así pensaba jamás despegarse de su lado; resultaba que ser la hija de William Charpentier no era suficiente y, en ocasiones, incluso era contraproducente para las relaciones con los artistas.

Ellos se clasificaban por su excentricidad y pensamiento crítico de la vida. Exploraban los bordes más expresivos, emocionales y profundos de la existencia humana, explotándolos a su máxima expresión al transformarlos en una obra maestra.

Por supuesto, Millie tenía una inclinación por la literatura, pero se podía decir que estaba versada en todas. De hecho, una de sus preguntas favoritas para conocer a una persona era que le dijesen el orden de favoritismo entre las bellas artes. Aquello le resultaba primordial para, en primer lugar, saber si al menos las conocían y, en segundo, cuál era su sistema de gustos.

Ella las acomodaba de esta manera: literatura, pintura, escultura, arquitectura, música, cine y, en último lugar, la danza. No porque no le gustara ver un buen ballet, pero siendo muy honesta, ella no era particularmente buena moviendo los pies de ninguna manera. En ocasiones, se le podía dificultar incluso caminar correctamente.

Eso hablando de las reconocidas, pero Millie solía incluir la fotografía como una de las bellas artes, porque requería de un grado de visión de belleza y expresión personal que a ella le fascinaba. Entre sus favoritos estaban sin duda Man Ray, Manuel Álvarez Bravo y Henri Cartier-Bresson, a quienes consideraba genios innovadores para la época.

Ahora, lo único que tenía en su cabeza era lucir impresionante, porque sabía que a ese tipo de

gente les impresionaba no solo la belleza, sino la presencia de una persona; su personalidad y cultura eran fundamentales para lograr un lugar entre su círculo selecto, que tenía como su centro de reunión las calles de Montparnasse.

—¡Ah, Madame!, nos volvemos a encontrar.

Millie ni siquiera se había dado cuenta en qué momento salió de la casa, pero al encontrarse con la linda muchacha que sonreía dulcemente hacia ella, recordó la promesa que no había cumplido, porque estaba en sus posibilidades.

—Cómo lo siento —se acercó a ella y rascó su cabeza con vergüenza al tener que confesar—, en realidad, te he mentido, no trabajo en esta casa. Pero he pensado en algo que podrá ayudarte.

La mujer la miraba con dudas.

—¿Qué cosa?, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Millie y soy de la familia Charpentier.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Yo puedo darte trabajo si es lo que necesitas; podrías ser mi ayudante personal, ¿qué te parece?

—Quiere decir que seré su doncella —aspiró ilusionada.

—No, doncella no, quiero que seas mi ayudante; solo te dedicarás a estar conmigo y hacer una que otra labor, como una secretaria. ¿Qué te parece? ¿Te agrada la idea?

—Pero, Mademoiselle, yo no sé escribir bien, mi caligrafía es deficiente y dudo que pueda usar esas horribles máquinas.

—Tranquila, aprenderás todo lo que necesites —aseguró.

—¿Está usted segura de que no necesita alguien con experiencia?

—Claro que no, todos somos novatos en algún momento, ¿no es cierto? —le guiñó el ojo—. ¿Conoces la propiedad Charpentier?

—Por supuesto.

—Llega ahí a eso de las cuatro; nos pondremos de acuerdo.

—Oh, se lo agradezco mucho.

—No te preocupes por eso, lo siento por haber mentido, pero por el momento tengo que

correr, así que nos veremos después.

La doncella asintió, dándose cuenta de que la mujer ni siquiera se tomó la molestia de pedirle su nombre, aunque podía aceptar su despiste, puesto que realmente parecía apurada por ir a algún lado.

Millie corrió prácticamente todo el camino a pesar de que no tenía prisa. Entró a GICH con el ímpetu arrollador de un desastre natural; Millie se podía describir de esa manera, al igual que su tía Giorgiana, quien desafortunadamente no estaría para ayudarla, pero con suerte, podría convencer a Delaila de que lo hiciera en su lugar.

—¡Deli, Delaila! —gritó, mirando de un lado a otro.

—¡Mademoiselle Charpentier! —salió un encargado de la tienda con un claro y conocido fastidio—. ¿Cuántas veces he de repetirle que no debe gritar de esa manera? Es una tienda exclusiva.

—Sí, sí —le quitó importancia—, me portaré bien. ¿Sabe dónde se encuentra mi prima? Necesito de su ayuda.

—Mademoiselle Aigrefeuille está en su despacho.

—No tienes que ser tan formal, Bastián.

—Sí, tengo que.

Millie rodó los ojos y prosiguió hacia el despacho de su prima. Ese hombre la ponía de nervios, porque prácticamente los irradiaba: sus pasos dubitativos, el temblor en las manos y la voz quebradiza lo hacían el perfecto ejemplo de un hombre que vive en constante estrés o falta de confianza. En el caso de Bastián, podían ser ambos.

Una vez que estuvo en frente de la puerta, no pudo evitar sonreír con malicia ante lo que estaba a punto de hacer.

—¡DELAILA DE MI CORAZÓN!

Ante el llamado sorpresivo, su prima soltó el lápiz y el papel que tenían en las manos, gritando asustada y después muy enojada.

—¡¿Estás loca o qué?!

Millie reía al punto en que se tenía que tomar el estómago para frenar el dolor ante la

constante contracción de su vientre; estaba al borde del llanto cuando de pronto fue aventada por la llegada del resto del personal de GICH, quienes se acercaron para verificar si Delaila se encontraba sana y salva.

—Lo siento, lo siento —reía Millie—. Ha sido culpa mía.

Las personas la miraron con cierta recriminación, recogieron las cosas que Delaila tiró al suelo y finalmente salieron del lugar a sabiendas de que las primas querrían hablar.

—¿Se puede saber por qué siempre haces eso? —se quejó.

—Porque es increíblemente divertido —dijo con fantasmas de risa—. En todo caso, vengo a pedirte un favor.

—¿Después de lo que has hecho?

—Sí. Se te cumplirá tu gran deseo.

—Lo dudo.

—Bueno, uno que has tenido conmigo —sonrió con amargura—. Podrás cambiarme el estilo; me harás una reina de la belleza si quieres. Seré tu muñeca de porcelana.

—¿De qué demonios hablas?

—Pero qué grosera. Iré a una velada importante y vestiré lo que quieras, me peinaré como quieras, todo —aseguró—. Puedes cambiarme toda si quieres.

—¿Tan importante es?

—Puede que sea uno de los momentos más importantes de toda mi vida —asintió con firmeza.

—¿Lo que yo quiera? —Delaila elevó una ceja—. ¿Cualquier cosa? Eso podría salirte caro.

—Te confío mi apariencia.

Delaila dibujó lentamente una sonrisa hasta que se hizo inquebrantable, mostrando que estaba encantada con la idea a pesar del enojo que le había hecho pasar hace unos momentos. Millie sabía que era una apuesta arriesgada, pero finalmente era lo único que podía hacer para estar presentable para la velada.

Siendo honesta, su aspecto físico jamás le interesó; era un arma que no le gustaba utilizar. De hecho, era preferible para ella que no se notara su belleza, puesto que, pasando desapercibida, fue

como logró recaudar más información.

Solía llevar el cabello recogido de forma desordenada; usaba ropas femeninas, pero conservadoras, reservadas, de tal manera que su figura quedara oculta a los ojos de todos. El uso de maquillaje era nulo en ella; ni siquiera sabría escoger un colorete y no sería capaz de amenizar un arreglo completo de su rostro. Pero Delaila era una experta en proponer una belleza natural pero arreglada; eso le gustaba a Millie, por lo cual confiaba en ella. Aunque si era totalmente honesta, no le gustaría dedicar horas a su aspecto físico.

Ese podría ser el único día en el que su prima tendría acceso y disposición completa de su persona y parecía ser que no pensaba desperdiciarlo ni un segundo, por lo que no tardó en llamar a todo un equipo, el cual incluía peluqueros, diseñadores y varios ayudantes que traían vestidos de múltiples colores, zapatos que a todas luces parecían incómodos y adornos que sin dudas eran excesivos.

Decir que sufrió era decir poco, pero se aguantó sus quejas con magistral estoicismo, se dejó hacer y deshacer por el grupo experto que trabajaba bajo las órdenes de su tía Giorgiana.

Una vez terminada, le fue imposible reconocerse. Se miraba al espejo y simplemente no sabía quién era la persona que se movía a la par de lo que su cerebro ordenaba; extrañamente se sentía ella misma, su prima tenía un don. Era como si comprendiera a la perfección sus gustos y estilo, elevándolo a una potencia desconocida que la hacía lucir increíble sin dejar de lado su personalidad.

—Deli…

—Lo sé, lo sé —dijo, orgullosa de sí misma—. Soy genial.

—No puedo negarlo —admitió—. ¿Realmente soy yo?

—Una mejorada tú —asintió.

—Vaya que sí —movió la cara de un lado al otro—, estoy genial.

—Ahora podrás asistir a esa velada. Llamarás la atención de todos en cuanto entres por esa puerta. Espero que puedas retener tu usual seguridad en ti misma, porque la necesitarás.

—Lo comprendo —aceptó—. La tendré.

—Ahora, ¿me puedes decir a dónde es que irás?

—Monsieur Lefevre me ha invitado a su velada esta noche.

—Pensé que te odiaba.

—¡Ey! —se quejó—. ¿Por qué me odiaría?

—Me dijiste que te evitaba.

Millie decayó notoriamente.

—Es verdad, pero ve algo en mí, eso lo sé.

—Quizá era una forma de deshacerse de tu insistencia.

—Sí, también lo pensé —dijo tranquila, aún frente al espejo.

Delaila dejó salir una tierna risilla. Siempre había disfrutado cuando las personas se quedaban tan anonadas con sus cambios. No era para menos, porque Millie lucía hermosa; hizo todo en su poder para resaltar los atributos únicos de su prima, como sus ojos o su cuerpo curvilíneo tan poco común entre la gente de la zona.

—No es por cortar tu narcisismo frente al espejo, pero sigo teniendo trabajo que hacer.

—Lo entiendo, me corres. —Millie seguía frente al espejo—. ¿Cómo quieres que te devuelva el favor?

—Ya veré.

—Eso me da miedo, pero lo acepto.

—No tienes otra opción.

—Sí, bueno. Sabía dónde me metía.

Se despidió de su prima media hora más tarde y sintió una diferencia tan solo al salir a la calle. Era sorprendente el cambio abismal en el trato de las personas que la veían; no podía creer que la sociedad se basara tanto en el aspecto físico de las personas, era una triste realidad que tenía que aceptar, ya lo hacía. Era por eso que fue hasta Delaila para que hiciera los cambios pertinentes en ella para estar a la altura de la situación que enfrentaría.

Si bien no le gustaba la idea, sacaría el mayor provecho. Si a las personas les gustaba la belleza y cedían su mentalidad ante ella, entonces la utilizaría a su favor.

Era extraño experimentar ese grado de amabilidad y respeto; llegó el punto en el que se sintió incómoda. ¿En verdad era tan bonita? Nunca se había sentido de esa forma, sobre todo cuando su

madre era tan dulce, hermosa y femenina; no había persona que la conociera que no quedara encantada, alabándola por sus buenos modos y apoyo incondicional a su padre.

Nunca lo quiso admitir, pero era una presión enorme la que las personas depositaban en ella; todos esperaban que fuera tan perfecta, recatada y amable como su madre. Desafortunadamente, ella no se parecía en nada a sus padres; era rebelde, voluntariosa e impertinente. No le interesaba la moda o el arreglo personal, mucho menos comportarse bien todo el tiempo; a ella le gustaba la espontaneidad, la locura y la autenticidad de las personas. Era por eso que en ocasiones se sentía tan ajena a sus progenitores, aunque ellos lo negaran.

Entró a su casa con una sonrisa llena de satisfacción al notar la sorpresa que representaba para sus padres verla arreglada como una dama de su categoría. Por poco creyó que sería capaz de irse sin que pudieran decirle una palabra, pero al tocar el primer escalón, fue detenida por la voz recompuesta de su madre.

—Millie, espera un momento.

—Madre —se volvió—. La verdad es que tengo prisa.

—Seguro, pero —se cruzó de brazos—. ¿Se puede saber quién es esta muchacha que se hace llamar tu ayudante personal?

—Ah, así que ha venido. —Asintió conforme—. Me gusta más la palabra asistente, ¿qué dices?

—Millicent, ¿quién es esta muchacha?

—Ah, la conocí hace poco y realmente necesita el trabajo, así que le propuse ser mi ayudante, ¿hay algún problema?

—Supongo que eso quiere decir que no será tu doncella.

—Sabes que no me gustan esas cosas.

Alice asintió despacio, mirando a su hija con sospecha, como lo hacía siempre, porque Millie era dada a decir mentiras que luego se convertían en problemas para todos.

—Sabes que no puedes contratar a personas extrañas.

—Por favor, tienes una familia que mantener —comenzó a subir las escaleras—, seguro que puedes ser un poco empática, madre.

—No es por eso.

—Ya lo sé —sonrió amable—. ¿Dónde está ella?

—Tu padre la tiene en el despacho.

—¿Podrías decirle que suba? Necesitaré de su ayuda.

Alice intentó detener su escape, pero su hija ya se había alejado una gran distancia, e incluso creía que la hubiera ignorado de haberle llamado.

—Esta niña no tiene remedio.

—¿Qué ocurre, madre?

—Ah, Philip, justo eres la persona que necesito.

El mayor de los Charpentier frunció el ceño.

—Eso me da mala pinta.

—Tu hermana trae algo en manos —elevó una ceja—. Sea lo que sea, sería más seguro que tú estuvieras cerca.

—Así que me condenas.

—Un poco —aceptó la mujer—. Anda, la vi arreglada como para ir a un baile, ¿podrías acompañarla?

—Oh, madre, no —rezongó—, estar con ella en un baile es una pesadilla, inicialmente porque no le gusta bailar y además es incontrolable.

—Te hará bien salir un rato con tu hermana —aseguró—. Así que espero no tener más réplicas.

—Madre, por favor —frunció el rostro entero.

—Ni una palabra más, Philip —tronó la voz de su padre.

El muchacho sintió que su espalda se erguía en una reacción involuntaria, pero no dijo ni una palabra más. Lo normal era que su madre abogara por todos ellos ante la inflexibilidad de su padre, pero, en esa ocasión, estaban de acuerdo.

—Padre, yo diría que lo mejor sería que Millie se quedara aquí esta noche —aseguró—. Sé a qué velada quiere ir y no es algo a lo que esté acostumbrada o que haya visto.

—Sé a lo que te refieres —aseguró William—, pero tu hermana es capaz de escaparse por la

ventana con tal de ir.

Philip podía darle la razón, pero seguía sin estar convencido; realmente él no quería ir, más bien, no podía ir, mucho menos en compañía de su hermana. ¿Qué pasaría si alguien lo reconociera?

Negó.

Lo mejor era mantener esa parte de su vida separada de la de su familia; sin embargo, no tendría opción, sus padres no se lo permitirían y, una vez siendo el encargado de Millie, era su responsabilidad mantenerla a salvo, lo cual era difícil, porque esa chiquilla caminaba por la vida sin ver el suelo; bien podía caer en un hoyo por ir totalmente distraída.

—Bien, si es lo que quieren, la acompañaré.

—Gracias, hijo. —William tomó el hombro de Philip y siguió con su camino hacia la salida, sin decirle a nadie a dónde se dirigía.

Philip vio la acción con cierto desconcierto, por lo que regresó una mirada interrogante hacia su madre. Ella se inclinó de hombros, al parecer poco interesada, e igualmente se marchó, aunque ella en dirección a la habitación de Millie.

—Oh, Monsieur —sonrió una joven—. Lo lamento, pero ¿podría decirme en qué dirección está la habitación de Mademoiselle Millie?

—Eh, ¿quién eres?

—Su nueva asistente.

—No me digas —sonrió mientras negaba con la cabeza—. Claro, te indicaré yo mismo el camino.

—Gracias.

Subieron las escaleras en silencio, pero a mitad del pasillo, Philip decidió iniciar una rápida conversación.

—Y dime, ¿cuál es tu nombre?

—Soleil.

—Singular.

—Lo sé, pero no me desagrada.

—A mí tampoco.

La joven sonrió disimuladamente y continuó en silencio, dejando una distancia prudencial tanto en distancia como en sus pasos, lo cual Philip parecía querer evitar, porque constantemente se detenía para que le diera alcance, provocando que la joven parara en seco por unos momentos para no igualarlo.

Comprendiendo que era una forma de respeto que ella tenía en su presencia, decidió no incomodarla más y siguió en silencio. Finalmente, llegó a una habitación cerrada desde la que se escuchaba una conversación que comenzaba a tornarse en regaño.

—Te aconsejo que les des un momento.

—¿Está Madame Charpentier ahí dentro?

—Lo más seguro es que mi madre esté intentando frenar la locura de Millie —sonrió lacónicamente—, un esfuerzo en vano; creo que deberían de aceptar su individualidad y la fortaleza que tiene para mantener su autenticidad.

—Dudo que lo hagan para que sea diferente —dijo la joven sin duda en su hablar—. Creo que se preocupan por ella.

Philip se volvió hacia ella con cierta sorpresa, porque no pensó que sería capaz de decirle algo y mucho menos de darle la contraria.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¡Lo siento! —bajó la cabeza—. No debí…

—Está bien —tranquilizó—, ha sido un buen argumento.

Ella asintió despacio, pero no levantó la cabeza por un buen rato, ni siquiera cuando supo que se había marchado, puesto que sus pasos se oían por la escalera a unos metros.

Tomó aire y asintió, mirando hacia la puerta. Quizá lo más adecuado sería tocar, así podría detener una pelea entre madre e hija que carecía de todo sentido, porque, como había dicho aquel hombre, ninguna de las dos cambiaría de parecer: la madre siempre se preocuparía y la hija buscaría su destino de la forma que pudiera.

Levantó la mano y tocó un par de veces, escuchando la inmediata respuesta de la voz más joven, Soleil supuso que acababa de ser la salvación de la persona que amablemente la había

empleado.

Abrió la puerta lentamente, encontrándose con una habitación espaciosa, desordenada en su mayoría, aunque no tirada. Tal parecía que era una persona con una mente muy activa que no podía detenerse demasiado en un mismo sitio o haciendo una sola cosa a la vez.

—Ah, así que has venido. ¿Mi padre te ha hecho pasar un mal rato? —sonrió Millie, alejándose de su madre.

—Lamento interrumpir.

—Para nada, de todas formas, no estábamos llegando a ningún lado, ¿no es cierto, madre? —miró a la mujer detrás de ella.

—Supongo que no —suspiró derrotada—. Espero que puedas acomodarte bien, Soleil, las dejo solas.

—Mamá —la detuvo la joven—. Tendré cuidado.

—Al menos espero eso de tu parte.

Alice Charpentier salió de la habitación con tranquilidad, sonriendo amablemente hacia la joven que parecía avergonzada por haberlas interrumpido, y cerró la puerta sin hacer ningún ruido.

—No te preocupes por ella, no se toma a mal nada.

—En realidad, toqué a sabiendas de que las interrumpiría.

Millie elevó una ceja, pero sonreía.

—Cada vez me caes mejor.

—En todo caso, sigo sin saber lo que debo hacer.

—Serás mi compañía, me ayudarás con papeles y cosas por el estilo —se inclinó de hombros —. Y supongo que dependeré de ti si sabes peinar este tipo de cabello, porque yo estoy en blanco.

—¡Claro que sé! —dijo entusiasmada.

—Genial. Algo me dice que tienes estilo y sabes comportarte. —Entrecerró los ojos—. ¿Qué tan buena es tu memoria?

—Excelente.

—La mía igual, pero me refiero a aprenderte rostros.

Soleil dudó un poco, pero asintió.

—Soy excelente.

—Eso a mí se me da muy mal, así que tendrás que ser muy avispada —la apuntó—. Vamos, tienes que cambiarte esas ropas.

—¿Cambiarme?

—Claro, te dije que serías mi compañía, así que no puedes ir con ese soso uniforme de doncella.

—Pero… escuché que su hermano la acompañaría.

—Sí, y tú también.

—¿Está usted segura?

—Ajá —asintió, rebuscando en el armario de su habitación—. Ahora, ¿qué te parece usar algo así?

—No creo que sea adecuado —negó casi asustada al ver el vestido negro que se le ofrecía—. Tengo algo que quedará bien para sus propósitos. Es recatado y no resalta; creo que es mejor que una *asistente* no llame la atención y se quede cerca sin ser notada.

—Mmm… Me agrada cómo piensas. Bien, si aseguras que sabes lo que haces, confiaré en ti. Tienes que estar lista antes de las ocho.

—No se preocupe.

—Otra cosa —Millie se recargó en su escritorio rebosante de papeles y libros abiertos—. Debes tutearme; nuestra relación tiene que ser más de amigas que de trabajo.

—¿Está bromeando?

—Para nada —Millie caminó hacia su cama—. Me puedes llamar Millie de tajo y yo te llamaré Sol, porque me agrada acortar nombres.

—No me molesta.

—De acuerdo, Sol, ve a arreglarte; yo tengo unas cosas que hacer.

—¿Saldrás?

—No. Tengo que poner en orden mis pensamientos.

Soleil salió de la habitación sintiéndose extraña, porque no había otra forma de describir sus emociones. Era como si esa chica la hiciera sentir parte de algo importante; quizá era la forma en la que hablaba o como se movía, pero motivaba sin siquiera intentarlo.

Por otro lado, Millie esperó a que nadie estuviera cerca para ir a su habitación especial, aquella escondida entre el tapiz de una pared. Ahí era donde realmente se escondía quién era ella. Si bien su recámara podía dar una pequeña muestra de su personalidad y de lo que solía habitar en su cabeza, no era nada comparado con estar ahí.

Era pequeña en comparación con su habitación, pero adecuada. Solo había un escritorio con una máquina de escribir, un tapete con varias almohadas por si se quedaba dormida, pero lo que más le gustaba de su escondite, eran sus pizarrones con ideas, con nombres que se unían por hilos de colores; ahí estaba su mente entera.

Fue hasta uno de ellos y tomó la tiza, escribiendo los nombres de Lefevre y De Valois; de esos dos nombres no salían más que interrogantes, todos ellos sin respuesta.

—Son raros, sin duda —se llevó el gis a la barbilla—. ¿Qué es lo que estarán escondiendo con tanto cuidado?

Sin duda, eran personalidades opuestas.

Mientras Monsieur Lefevre parecía pulcro, inteligente, recto y amable, el hombre De Valois expedía una naturaleza salvaje, brutal, incontrolable y peligrosa. El cielo y la tierra desde su punto de vista, pero igual de peligrosos. Lefevre parecía tener dominado el arte de manipular a las personas con una sonrisa, mientras que De Valois no parecía interesado en utilizar otra cosa más que la fortaleza de su intimidante presencia.

Luz y oscuridad, ambas peligrosas dependiendo de la situación.

Trataría de descubrir lo más que pudiera esa noche; era de su interés observarlos, más no acercarse a ellos, mucho menos a De Valois. Admitía que le tenía un poco de miedo; en su mirada parecía no haber duda cuando la apuntó con el arma y algo le decía que no le interesaba quitar una vida, quizá porque ya había tomado muchas.

—Sí, en definitiva, evitaré al loco —. Miró hacia el nombre de Lefevre—. ¿Por qué me has invitado? ¿Qué quieres de mí?

Esas respuestas las obtendría hoy… tal vez.

7 VIOLENTO

La velada en la casa de Lefevre no era lo que Millie se esperaba de un hombre que lucía recatado y grave a cada momento. Aquello era una sorpresa grata para la joven, quien sin dudarlo tomó una de las máscaras que se ofrecían en la entrada y se la colocó con un entusiasmo que su hermano y Sol no compartían.

—Sabía que no debíamos venir —se quejó Philip.

—Quiere decir que sabías que sería algo así —reclamó su hermana—. ¿Por qué no me dijiste que sería tan genial?

—Tenía esperanzas de equivocarme.

—No puedo colocarme esto —se quejó Sol, teniendo problemas con anudar los lazos detrás de su cabeza.

Philip actuó por instinto al instalarse detrás de ella y hacer el amarre correspondiente para facilitar la vida de la mujer que se mostró mortalmente avergonzada, pero aceptó la caballerosidad.

—¿Lista? —sonrió Millie sin darle importancia—. ¡Vamos!

—Modérate, es lo único que te pido.

—Sí, sí —. La joven le quitó importancia—. En todo caso, tratemos de no separarnos, pero de hacerlo, pongamos un punto de encuentro, ¿les parece?

—No pienso separarme de ti —dijeron sus acompañantes a la vez.

—Bueno, digo por si acaso.

—De acuerdo. —Philip tomó el brazo de su hermana y la apuntó con un dedo—. Volverás aquí a la medianoche, ni un segundo después. ¿Has entendido, Millie? Porque sé que buscarás perderte.

Millie sonrió con socarronería; tal parecía que su hermano la conocía bastante bien, aunque la

advertencia salía sobrando, porque, por desgracia, tenía la mala costumbre de llegar unos minutos tarde a todas sus citas. Por más que lo intentaba, era un hábito que no podía romper, quizá creado por la rigurosidad de su padre al momento de hablar de la puntualidad.

—Lo intentaré, lo prometo.

Philip suspiró, más que nada dándose por vencido. Se volvió hacia la jovencita que venía como compañía de su hermana y se dirigió a ella directamente al momento de hablar.

—No te despegues de ella, cuídala.

—Lo haré, no se preocupe.

Philip asintió, siendo rápidamente tragado por la muchedumbre eufórica que festejaba sin tapujos al tener cubierta su identidad.

—Vamos, Sol, nosotras también tenemos que perdernos.

—No lo sé, esto parece fuera de control.

—Es alucinante, ¿a que sí? Apenas va iniciando y parece que estas personas llevaran bebiendo días —dijo energizada—. ¿Y sabes lo que creo? Que no tienen ni una gota de alcohol encima todavía.

—Imposible.

—De veras te lo digo. —Millie sabía lo que era estar rodeada de gente fuera de sus cinco sentidos; esa gente no lo estaba.

Aquello no era una simple mascarada. Las personas no solo usaban antifaz o máscara, sino que estaban revestidos en disfraces exuberantes que hacían de aquello una fiesta extravagante y exótica que la fascinó desde que puso un pie en el salón.

«Quizá me sea imposible encontrarlos».

Como era de esperarse, las normas de etiqueta y las reglas de la sociedad no estaban presentes en ese lugar, por lo que no esperaba que Lefevre estuviera parado en la entrada recibiendo con cordialidad a sus invitados. Al contrario, estaba pasando desapercibido, brindando el protagonismo a la temática y al resto de personalidades ocultas que seguramente serían sumamente interesantes.

Para ese momento, Millie había pasado un grupo de discusión de filosofía, otro de política,

arte y música. Parecía haber toda clase de personas con un criterio formulado en el saber y la erudición. No sabía en qué círculo social detenerse hasta que de pronto escuchó algo que la paralizó en su lugar.

—¡Por favor, Hemingway! Dices tonterías.

—¿Las digo? Creo que no lo has pensado bien, Joyce.

—Los dos se están saliendo de contexto, quiero que lo sepan —apuntó una mujer con una voz resuelta, a la que Millie solo pudo reconocer como Gertrude Stein.

No lo podía creer, acababa de descubrir que detrás de esas máscaras se encontraban personas que solo creyó tener cerca en sus sueños. Hablar con ellos sería una locura. Ansiaba acercarse, pero se encontró paralizada y con la lengua seca. ¿Cómo es que podría acercarse a entablar una conversación con sus ejemplos a seguir?

—¿Ocurre algo?

—Sol, ¿no has escuchado quiénes son?

—Han dicho sus nombres, pero de que sepa quiénes son… No.

Por supuesto que no lo sabría, no todos se tomaban la molestia o tenían la oportunidad de conocer a los que seguramente serían figuras representativas de su época; bien podría no ser cierto, pero Millie tenía la sensación de que algún día podría vanagloriarse en decir que estuvo cerca de ellos.

¡Qué decir de entablar una conversación!

—Oh, dame un buen tema, Sol —la tomó de los hombros—. Necesito algo que me dé el beneficio de la duda.

—No lo sé —dijo nerviosa—. ¿Cómo que?

—¡Algo! No sé, algo inteligente.

La muchacha parecía perdida en la intensidad de la petición. Negaba involuntariamente, queriéndose librar de la situación.

—¡Ah, miren quién va llegando! —sonrió Hemingway, extendiendo los brazos hacia un hombre que prácticamente pasó por en medio de ellas—. No pensé que fueras a venir, Pound.

—¿Por qué no lo haría?

—Me hacen falta tus palabrerías; ven, que desde aquel evento afortunado en Shakespeare Company no he tenido mejor compañía.

—Alcoholizarnos estará en tu plan, como de costumbre.

—Es una fiesta, finalmente.

Millie no salía de la impresión. Tan solo a unos pasos tenía escritores, poetas y editores; no dudaba que estuvieran los artistas que Gertrude Stein adoptaba como parte de su cerrado grupo social. ¿Estarían acaso por ahí Picasso, Miró y Modigliani? No lo dudaba.

Ahora entendía cuando Monsieur Lefevre le dijo que le interesaría y que, si era lista, encontraría el rumbo de su destino. Porque esa fiesta estaba repleta de todos los artistas y escritores expatriados del barrio Montparnasse, que siempre quiso conocer.

—Pareces sufrir un colapso mental —sonrió Soleil.

—Es que… jamás imaginé que esto me fuera a pasar a mí.

—Entonces, deberías disfrutarlo.

—Sí —tragó con fuerza y se giró hacia el grupo cada vez más abundante y diverso que tenía a las espaldas—. Deséame suerte.

Sol asintió, no dijo nada, pero sonrió cuando vio a la joven entrar a la fuerza al grupo social que era de su anhelo. Ella nunca había visto una sonrisa tan esplendorosa como cuando Millie Charpentier sonrió hacia las personas que rápidamente la aceptaron en su conversación; más que nada, parecían interrogarla y, al no encontrarla común, la aceptaron en su grupo. Soleil estaba segura de que esas personas se sentían halagadas al ver el permanente sonrojo con el que la joven se desenvolvía, dando muestra visible de su nerviosismo, pero también de su exaltación por encontrarse justo al lado de sus héroes.

Soleil sabía lo que eran esos hombres y mujeres. Conocía lo vanidosos que podían llegar a ser; al fin de cuentas, eran artistas y para ello se necesita un cierto grado de sentimiento de superioridad. Seguro que cada uno de ellos tenía la autoestima de un dios, lo cual en cierto modo era correcto, puesto que tenían que defender sus ideologías con uñas y dientes, porque las críticas nunca faltaban.

La velada prosiguió sin ninguna intervención por parte de Lefevre, lo cual motivó a Millie a

separarse de su fascinante grupo social para reintegrarse a la búsqueda. Ahora estaba sola, no sabía en qué momento perdió a Sol, pero tampoco haría nada por buscarla.

Caminaba entre las risas y los chorros de vino que se perdían de las copas ante los movimientos bruscos de los invitados perdidos entre el elixir que parecía no tener fin. Millie sabía que muchos de ellos experimentaban con cosas más fuertes que solo alcohol, pero en eso jamás quiso meterse; nunca le gustó la idea de perder facultades o dominio de sí misma, ni siquiera solía beber.

—¿Buscas a alguien? —la voz a sus espaldas le heló la sangre—. O pretendes volver a escurrirte a donde no debes.

Se volvió despacio, como quien tiene todo el tiempo del mundo para mostrar su falta de interés, más que nada, su reticencia.

—Ah, Monsieur de Valois.

—No olvida nombres.

—Ni voces —asintió—, es bueno en estas situaciones, aunque… No. En realidad, no me sorprende que no lleve máscara.

—Esta es mi máscara.

—No lo dudo, aunque luce francamente diferente.

—Por su mirada de depredador, puedo decir que mejor —sonrió de lado, engreído ante el sonrojo en las mejillas de Millie.

—Es verdad, mucho mejor, casi puedo decir que es un poco apuesto, pero solo un poco, que no se le suban los humos.

—No es lo que dicen tus ojos —apuntó con un movimiento de cabeza—. ¿Sabe que la atracción tiene una reacción física?

—¿Ahora es doctor? —se burló.

—Digamos que tengo experiencia.

—No me diga —dijo con clara apatía—, ¿no sabe que es tedioso oír a los hombres que se jactan de su libertinaje?

—Debería agradecerlo hasta cierto punto.

—¿Por qué? —frunció el ceño—. ¿Se piensa que disfrutaré más?

Los ojos relampagueantes del hombre brillaron peligrosamente antes de echarse a reír descaradamente.

—No tiene pelos en la lengua, ya lo veo.

—Será que lo escucha, porque uno no ve las palabras a menos que estén escritas, Monsieur De Valois.

—Oh, he leído suficiente de usted —dijo con labia—. Y corte a De Valois, eso de *Monsieur* me causa sarpullido.

—No se preocupe, a partir de este momento me dejo de dirigir hacia usted —ladeó la cabeza y sonrió—. Resulta que no es de mi interés. Me marcho.

—Así que no soy de su interés —habló cuando ella ya se había dado la vuelta y comenzaba a caminar.

—¡Lamento lastimar su ego, señor vampiro! ¡Adiós!

De Valois era la clase de hombre que no se sentiría ofendido ante tales ofensas, y tampoco le importaba su aparente rechazo; pero como había dicho Lefevre, era necesario tener a esa chica cerca, entre más vigilada la tuvieran, mucho mejor.

La siguió a pesar de que era notoria la forma en la que intentaba despistarlo. Seguramente le estaría arruinando los planes, pero a De Valois no podía interesarle menos; simplemente quería que esa chica no metiera la nariz en donde no debía, mucho menos que notara que Lefevre no estaba en la velada.

Eso le crearía sospecha, por eso mismo él estaba en total desacuerdo de invitarla. Confiaba en Lefevre ciegamente, pero no comprendía del todo por qué le era preciso tener a esa chica en un día tan importante, en una velada que sería tan reveladora.

Para Millie solo le estaba resultando molesto. Cada vez que se acercaba a un grupo social que le fuera interesante, ese tal De Valois también se unía solo para arruinarle el momento, acaparando la atención de las personas que se mostraban interesadas en él, como si tuvieran una eternidad sin verlo, lo cual parecía ser una suposición correcta, lo que después de un rato se convirtió en un hecho.

—Muy bien, me ha enfadado —se volvió hacia él—. ¿Qué quiere? ¿No ve que estoy intentando hablar con estas personas?

—Lo noto, pero he de decirte que no les resultas interesante, de lo contrario no se volcarían sobre mí.

—Es obvio que a usted lo conocen y no lo habían visto, es normal que se interesen por usted.

—Esta gente no es como la que conoces; a ellos les importaría un pepinillo si acaso les fueras interesante.

La joven sintió la ira subiendo por sus venas, pero creía que, en ocasiones, la mejor respuesta era el silencio, así que fue prudente, lo cual no estaba en sus costumbres.

—Con su permiso.

La joven hizo además de marcharse, pero el hombre la detuvo al tomarle la muñeca con fuerza, regresándola a él. Como era de esperarse, ella se mostró mortalmente enfadada, sobre todo cuando chocó contra su pecho, en donde se le enredó el cabello.

—Vaya, si tanto ansiabas estar cerca de mí, lo podrías haber dicho —sonrió divertido—. Mira nada más el desastre que has hecho.

—¿Yo? —se quejó indignada—. ¡Agh! ¿Cómo es posible que un cabello tan corto pueda enredarse?

—Pues ya ves —se inclinó de hombros—. Aunque veo posible que fingiera debilidad para caer en mis brazos. Apenas la jalé.

—Oh, por favor, preferiría caer en un charco que en sus brazos —trató de apartarse, pero se vio en la necesidad de soltar un alarido—. ¡Haga algo, por Dios! Realmente duele.

—Bien, quédate quieta.

Siendo honesta, Millie pensó que el hombre le arrancaría el cabello con tal de acabar con el problema, pero se sorprendió al darse cuenta de que era sumamente delicado al momento de desenredar hebra por hebra. Era extraño sentir sus dedos acariciando con suavidad su cabello para reacomodarlo en su lugar, como si deseara volver a peinarla, desapareciendo la evidencia del incidente.

Cuando al fin se sintió liberada, se apartó con rapidez, arrancando los últimos cabellos que

terminaron lánguidos y enredados en el botón de oro de la chaqueta de gala.

—Ay —se masajeó la zona.

—Pudiste ser más cuidadosa —miró hacia su pecho, notando el daño que se había hecho—. ¿Me lo dejarás como recuerdo?

—Claro que no, quién sabe, lo que podría hacer con ellos.

De Valois se echó a reír.

—¿Qué podría hacer?

—No lo sé, yo no sé de las brujerías.

—Pensé que era vampiro, no brujo.

—Uno nunca sabe, podría ser ambos.

—Claro. Entonces quítamelo.

Millie no lo dudó y dio un paso enfrente, rompiendo su cabello para apartarlo del botón, sin notar que estaba siendo el centro de atención de varias miradas que pasaban a susurros divertidos.

—Deje de moverse.

—Déjalo así.

—No, ya casi acabo.

De Valois bajó la mirada y sonrió al verla afanada con su tarea; era una muchachita voluntariosa con una cara de princesa. Admitía sin vergüenza que quedó impactado cuando la vio entrar al salón revestida en telas hermosas, alhajas y maquillaje. Si bien De Valois pensaba que no necesitaba tales adornos, verla arreglada como una dama fue un delicioso regalo, a pesar de que valoraba aún más su belleza pulcramente natural y despreocupada.

Procuraba no ser un hombre pasional, pero tampoco se veía conflictuado en admitir cuando una dama merecía sus halagos.

Había algo en los ojos de esa mujer que lo impactaba. Fuera del color sublime de sus iris, lo que más le llamaba la atención a De Valois era el brillo de su tenacidad; seguridad y vanidosa rebeldía irradiaban una luz que no había visto en mucho tiempo.

—Listo.

Hizo ademán de alejar su mano, pero De Valois colocó la suya sobre la de ella, provocando que la palma suave se extendiera sobre el pecho que retumbaba en un ritmo constante y sin perturbación.

—¿Quieres bailar?

—¿Lo dice en serio? —ella negaba con rotundidad, con una expresión de claro desconcierto —. ¿Por qué?

—¿Por qué se baila?

—Dudo que la respuesta se adecue a sus verdaderas intenciones.

—¿Cómo lo sabes?

—Usted sabe para qué se baila, no se haga tonto.

—Vamos, acepte el baile.

—No.

—¿A razón de qué?

—¿De que no me agrada? —dijo irónica.

—No le agrado —repitió a conciencia—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —soltó una risa burlesca—. A ver, ¿será porque es un grosero o porque es un demente que me apuntó con un arma?

—Nimiedades. Si a esas vamos, tú eres una mentirosa y engañosa mujer que prácticamente allanó una propiedad para lograr sus cometidos —elevó una ceja—. Aceptémoslo, los dos podemos tener malos epígrafes y esas vilezas nos obligan a emparejarnos.

—Realmente está loco —afirmó—. Qué pena.

—Lo siento, no aceptaré un no por respuesta —tomó su mano y la jaló hacia la pista de baile.

Resultaba sorprendente ver a De Valois interactuando con tanta naturalidad en una concurrencia como aquella, más que nada porque la gran mayoría de personas lo creía desaparecido o quizá en otro país, pero resultaba ser que a él simplemente le disgustaba la sobreexposición de su persona gracias a una infancia donde no tuvo otra opción más que soportar el presuntuoso proceder de sus padres a pesar de su decadencia económica.

Todo resultó en un rápido enfado con la sociedad, lo que dio origen a su preferencia por una

vida de anonimato y soledad, aunque lo último también acabó con la llegada de Lefevre, quien no dudó en incluirlo en su familia, con sus amigos y su extravagante vida social.

—¿Qué cree que está haciendo? —la voz recriminatoria lo regresó a la realidad del momento —. ¡Oye! ¡Suéltame de una vez!

—De esa forma no podría bailar contigo.

—Ese es el punto.

—Estás haciendo todo un espectáculo, Lady Mimos, deberías darte por vencida de una vez y bailar conmigo.

Los ojos de Millie se despegaron del cautiverio de las pupilas de ese hombre, pudiendo enfocarse entonces en la sociedad que parecía encantada con la escena que estaban montando a plena pista. Si bien a Millie en otra situación no le hubiera tomado importancia, en esa ocasión no quería quedar en ridículo frente a tantas personas que admiraba, así que de mala gana se obligó a tomar el hombro de ese supuesto caballero y, sonriendo angelicalmente, le encajó las uñas.

—Me las pagarás.

—Seguro —sonrió—. ¿Eres un gato espinado o algo así?

—Mereces el sufrimiento.

—¿Eso quiere decir que me piensas lastimar durante todo el vals?

—Pero qué perceptivo puedes llegar a ser cuando quieres.

—Bien, lo acepto.

Millie lo cumplió, no se reservó ni una sola vez. Lo pisó, le clavó las uñas, incluso en una ocasión se las arregló para darle en la nariz con la cabeza al levantarla demasiado rápido, pero sus muestras de desprecio parecían divertirlo sobremanera, lo cual llegó a ser compartido, porque ambos bailaban con toda la intención de lastimar al otro, porque claro que él se las regresaba.

La apretaba con fuerza de la cintura, le daba vueltas demasiado rápidas para hacerla trastabillar, la atraía con ímpetu innecesario; aquello parecía más una danza española que un vals, pero se estaban divirtiendo, lo cual era extraño en De Valois.

—¿Qué demonios está pasando ahí? —frunció el ceño Philip.

—No lo sé, pero parece interesante.

Philip se volvió hacia la voz inesperada que se posaba a su lado. Era un hombre alto, de cabellos rubios bien peinados, perfectamente afeitado para mostrar su sonrisa resplandeciente. Tenía unos ojos extraños, dorados como el oro, acompañados de largas pestañas del mismo color que su cabello, quizá un poco más rubias.

—Lefevre —reconoció el hermano de Millie.

—Charpentier —asintió ligeramente, a forma de saludo—. Me sorprende encontrarte por aquí; pensé que lo evitarías a toda costa.

—No me quedó opción.

—Ya veo.

—¿Qué hace De Valois aquí?

—Bailando, parece ser.

—Me refiero…

—Sé a lo que te refieres —sonrió aún más—. La verdad es que no es de su total agrado, pero ahora veo que lo está disfrutando.

—Es mi hermana con la que baila.

—Lo sé.

—¿Por qué la has invitado?

—Creo que es obvio —se volvió para encararlo—. Este lugar está lleno de personas que para ella serán interesantes.

—Naturalmente. Pero no es una velada típica, no es el tipo de evento que me gustaría que ella frecuentara.

—Qué va. Sabe cuidarse sola.

—No me vengas con bromas, Lefevre, sabes a lo que me refiero.

—Te aseguro que no se saldrá de control.

—Lo dudo. —Lefevre mostró su expresión más relajada, lo que hacía sentir a Philip como un loco sobreprotector—. En todo caso, ¿por qué está bailando con ella? Sé que a De Valois ni siquiera le gusta estar en veladas, ¿qué lo motiva? —Lo miró con sospechas—. Supongo que ese

eres tú.

—Yo no me daría tanto crédito, a pesar de que tengo el don del convencimiento involuntario. De Valois es terco como una mula; nada entra en su cabeza a menos que quiera hacerlo.

—Me disgusta.

—Puedo notarlo —asintió—. ¿Qué harás? ¿Irás a arrebatarla de sus garras? Porque espero que sepas que tendrás la reacción opuesta. A lo poco que la conozco, los retos y prohibiciones son su debilidad; hará lo imposible por descubrir la razón de que quieras alejarla de él y simplemente ocasionarás que lo persiga.

—Maldición.

—Hasta el momento parece odiar cada segundo junto a él; te recomiendo que lo dejes así.

—Parece que has entendido bien su personalidad.

—Es bastante transparente, no hace nada por ocultarlo.

—Prefiero pensar que es auténtica.

—Eso también. —Lefevre volvió la vista hacia la pista—. Y no soy el único que lo ha notado; le ha de ser una noticia refrescante.

—¿Te refieres a De Valois?

—Así es. Piensa que todo el mundo tiene dos caras, pero la franqueza de tu hermana le habrá dado un buen revés.

—¿Era tu propósito?

—Quién sabe.

En ese momento el baile daba su final, por lo que ambos caballeros se dispersaron, dejando a Soleil con una extraña sensación. Era como si esos dos se conocieran desde hacía mucho tiempo, lo cual no tenía sentido, porque, para ese momento, hasta ella sabía que Monsieur Lefevre acababa de llegar a París, al igual que De Valois.

Soleil volvió la vista hacia Millie, quien discutía acaloradamente con el caballero con quien bailó, por lo que se vio en la necesidad de ser nuevamente el rescate de la joven que ahora era su empleadora… o, más bien, su muy problemática amiga.

—Ah, Millie, te he buscado por doquier. —Sonrió la muchacha, llegado a tiempo para evitar

que la nombrada propinara una poderosa bofetada en la mejilla del caballero que sonreía de lado.

—Soleil —se volvió con alegría—, realmente eres de la clase de persona que llega en los momentos adecuados.

—Ya veo —la joven dirigió una mirada hacia De Valois—. Me disculpo por interrumpir, Monsieur.

—Como ha dicho tu señora, has llegado justo a tiempo para salvarla de mí —elevó una ceja que le causó un profundo sonrojo.

—¿Cómo que *tu señora*? —se quejó Millie.

—Eso es lo que eres —la miró el caballero.

—No vivimos en la Edad Media —negó—. Es mi amiga.

—Pero le pagas, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

—Y le das órdenes.

—Claro, pero…

—Entonces eres su señora.

—Prefiero pensar que soy su jefa.

—Por supuesto —suspiró sin energías—. En todo caso…

El grito horrorizado de una mujer los interrumpió en seco. Millie se volvió en seguida, al igual que muchos otros, ansiando ver aquello que causó tal alarido, pero al estar lejos del lugar, se encontró con un mar de gente que se aglomeraba, sin permitirles ver lo que sucedía.

De Valois fue el primero en reaccionar, avanzando entre la gente a base de empujones que le abrían paso a Millie, decidiendo quedarse tras de él para llegar con facilidad hacia la fuente de su curiosidad. Soleil no hizo lo mismo, puesto que cualquier persona con sentido común se alejaría de los problemas, sobre todo si se trataba de una dama que poco o nada podría hacer.

—¡Apártense! —gritó con autoridad De Valois, ocasionando que las personas brincaran en su sitio y se hicieran a un lado.

Millie entendió que estaban saliendo del salón para regresar al recibidor, encontrándose con un cuerpo sin vida a los pies de la escalera. A simple vista podía entenderse que había caído por

accidente y se golpeó fatídicamente la cabeza, pero algo le decía a Millie que nada tenía que ver con una casualidad.

—¡Aléjense todos! ¡Para atrás! —se inmiscuyó Lefevre, sorprendiendo a la joven que no lo había visto en toda la noche—. ¡Llamaremos a las autoridades, es hora de irse!

Los murmullos espantados e indagatorios se unieron para formar un estrépito que se hizo tan insoportable, que sacó de quicio a De Valois, quien abandonó su postura inclinada sobre la mujer para volverse con una mirada asesina que puso en marcha a las personas.

Millie pudo pensar con facilidad conforme se vaciaba la casa y el silencio se hacía aplastante. Muy lejos del impacto que sintió el resto de personas, ella estaba intrigada, se agachaba sin tocar el cuerpo y evitaba la sangre a pesar de que era obvio de dónde venía.

—Se golpeó la cabeza, pero dudo que haya sido la causa de muerte —ella levantó la cabeza para mirar la altura de la escalera—. La aventaron desde arriba, no hizo el recorrido por las escaleras.

—Es verdad, no hay rastro en ellas —concordó Lefevre.

—Pudo estar muerta antes de caer —asintió De Valois.

—Bueno, sabemos cómo comprobar las teorías. —Millie se volvió hacia ellos, observando el vestido mal colocado en la joven.

—No podemos intervenir —dijo Lefevre—. Las autoridades…

—Ellos no harán nada. —Millie apretó los dientes—. Al menos necesito comprobar si es otra víctima o no.

—¿Te refieres al escrito en el abdomen?

—Sí.

—Bien.

—¡Eh, De Valois! —Lefevre le tomó la mano—. No te metas en problemas, sabes que no debemos tocarla.

—No es nada que no se vaya a ver después.

De Valois sacudió la mano de su amigo con un movimiento duro y no hizo otra cosa más que pegar la tela del vestido al abdomen de la mujer. La tela que fuese color champán se impregnó

con el matiz escarlata de la sangre, develando que había cortadas debajo de ella.

—La cortaron —dijo De Valois, mirando a Millie—. Fue el asesino, como has pensado.

Millie asintió con gravedad, sintiendo que su corazón subió hasta su garganta, donde palpitaba de forma abrupta.

—¿Hay algo más?

—¿Cómo que algo más? —inquirió Lefevre.

—El asesino utiliza otra seña más, su firma.

De Valois enderezó su cuerpo, recargando su brazo en una de sus rodillas para mirarla mejor.

—Así que también sabes eso.

—¿Quién…?

—¡Millie! —gritó Philip, quien parecía volver del exterior—. Por todos los infiernos, ¿estás de broma?

—Phil, yo solo estaba…

—Sé lo que hacías —su hermano la tomó del brazo y la levantó con extrema facilidad—. Nos vamos.

—¡No puedo irme! ¿No ves lo que ha pasado?

—Si nuestros padres se enteran de que esto ocurrió, me matarán por no llevarte de regreso inmediatamente —acusó—. Vamos.

—¿Tienen cómo marcharse? —inquirió Lefevre.

—Traemos automóvil —asintió Philip—. Gracias.

Los hermanos salieron a base de gritos y resistencia, dejando solos a Lefevre y De Valois; el primero permanecía elevado, sin acercarse; el segundo bastante cerca, pero sin tocar el cuerpo.

—Sabe demasiado —susurró Lefevre.

—Me marcho.

—Será lo mejor.

Lefevre tomó camino hacia su despacho, con la intención de llamar a los oficiales, aunque pretendía darle el tiempo necesario a De Valois para que hiciera sus propias averiguaciones.

8 VENGATIVO

No estaba nada complacido; a pesar de que tuvo un tiempo con el cadáver, no lo pudo mover a placer y mucho menos quitar prendas para inspeccionar las marcas. Como era de esperarse, las autoridades llegaron en tiempo récord, lo cual dejaba en evidencia la importancia que tenía el caso, sobre todo para esconder la realidad del ojo público, lo cual ya no sería posible, puesto que en esa velada estuvieron demasiadas personas que se encargarían de esparcir lo acontecido esa noche.

Lefevre estaba de malas, pero no tanto como lo estaba De Valois, quien se mantuvo alejado de la escena, con los brazos cruzados y una actitud poco cooperativa ante los interrogatorios. Su mirada era afilada, preparada para atravesar a quien se atreviera a hacerle una pregunta que considerara estúpida.

Quería que toda aquella faramalla terminara para poderse largar de una vez. Tenía algo en mente y era de la clase de personas que gustaba de actuar conforme a las demandas de sus pensamientos.

—Nos llevaremos el cuerpo en cuanto llegue el grupo forense.

—Apreciaría que fuera lo más rápido posible —presionó Lefevre—. Soy un hombre ocupado y realmente no tengo tiempo ni paciencia para soportar esto.

—Lo entiendo, Monsieur, pero comprenderá que es el proceso ordinario. Al fin y al cabo, su casa es la escena de un homicidio.

—¿Y de quién es la culpa de que un asesino siga suelto? —De Valois separó su espalda de la pared en la que estaba recostado y se acercó al hombre que rápidamente se envalentonó contra él —. Es un descuido de su parte que esto siga ocurriendo. Incluso una chamaca como la hija de los Charpentier entiende lo apremiante de la situación; no dudaría que sepa más que ustedes.

—Millie Charpentier —asintió el hombre con desgana—. Sí, esa muchachita entrometida nos ha dado varios dolores de cabeza.

—Parece ser un rasgo de su personalidad —afirmó Lefevre.

—¿Estuvo aquí esta noche?

—Sí. —Contestaron De Valois y Lefevre a la vez.

—Maldición —se quejó un hombre que recién hacía intromisión en la casa—. ¿Lo dicen en serio?

Los ojos de todos se posaron en el hombre con bata que lentamente se agachaba hacia el cuerpo, revisando de forma profesional a la joven que supuestamente habían asesinado.

—La conoce —afirmó De Valois.

—Más de lo que quisiera —sonrió—. Atiendo a su prima.

—Así que lo ha incordiado con el caso debido a que está encargado de ver los cuerpos tras la muerte —dijo Lefevre.

—No todo el tiempo soy el asignado —aseguró el hombre, agachándose hasta el suelo para comprobar el cráneo—, pero sí, desafortunadamente he estado demasiado presente.

—¿Le ha dicho algo, doctor Anton? —inquirió el oficial.

—Por supuesto que no, pero ahora sé que me espera una visita de su parte por la mañana. Gracias por el aviso.

De Valois lanzó una rápida mirada a Lefevre, quien pareció entender lo que quería y se adelantó, acaparando la atención mientras su amigo se escabullía con libertad y salía sin que nadie lo notara. Seguramente le harían preguntas de su paradero, pero confiaba en Lefevre; su pico y sonrisa solían salvarlo de las peores situaciones y, en ocasiones, incluso lo sacaban a él de problemas.

Se dirigió hacia el hogar de los Charpentier, esperando que la inquieta damita siguiera despierta. Sabía que sería así; dudaba que ella pudiera dejar ir con facilidad un tema de su interés, mucho menos una noche como la que experimentó, y no solo se refería al asesinato.

Conocía París a tal profundidad, que para él era sencillo llegar a todas partes como traído de las alcantarillas. Si era su voluntad, nadie sabría dónde encontrarlo, ni tampoco dónde aparecería la siguiente vez; esa era su gran habilidad: permanecer oculto parecía adecuado para alguien tan conocido como él.

Sin embargo, al llegar a la casa de los Charpentier, se sorprendió al darse cuenta de que no era el único que pensó en visitar a la joven entrometida. Entrecerró los ojos; por la ropa y complexión debía tratarse de un Hombre Sombra. No tenía idea de que la chiquilla tuviera tal comunicación con la congregación, aunque sabía que era pariente del *Hombre Siniestro*.

Esperó pacientemente a que la Sombra se fuera del balcón en donde hablaba con la muchacha y solo entonces fue su turno de entrar al hogar. Sí, haría allanamiento de morada, justo como la había acusado de hacer hace unas horas, pero a él no le importaba; no contaba con la moral que a ella le enseñaron.

De hecho, quizá debió abstenerse por mera decencia, puesto que ningún caballero pondría el honor de una dama en entredicho al visitarla a esas horas de la noche, a escondidas y en su habitación. Pero ni la creía una dama, ni él era un caballero. Ahí terminaba la discusión y sus cargos de conciencia.

Trepó por la enredadera pegada a la pared de la propiedad, la cual era un mal recurso, tomando en cuenta que facilitaba la entrada a las habitaciones y también la salida de esa loca señorita hacia la libertad.

—Fue condenadamente fácil —miró hacia el lejano césped y sonrió—. Uno podría matarla a placer.

—No lo creo.

Aquello lo impresionó, porque aún sin volverse podía sentir su postura tensa, llena de energía y determinación que solo comprobó al girarse hacia ella, mirándola con pistola en mano, apuntándolo.

—Vaya, así que Lady Mimos tiene cómo defenderse.

—¿Qué hace aquí?

—Tengo preguntas que hacerte.

—No diré nada, ustedes me despreciaron como investigadora —apuntó hacia el balcón—, vete por donde llegaste.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es? Deberías decirle a tu padre que corte esa enredadera. —Se cruzó de brazos, aparentemente relajado—. Aunque supongo que no lo harás,

por ahí es por donde escapas, ¿no es cierto?

—No es algo que le incumba.

—Cierto —descruzó los brazos y caminó hacia ella, quien no se movió, pero levantó el arma hasta colocarla bajo la barbilla del hombre—. ¿Qué harás, Lady Mimos? ¿Me dispararás?

—Sería prudente hacerlo.

—Por favor —sonrió divertido, levantando la barbilla cuando ella aprontó el cañón contra él —. Oh, eres impetuosa sin dudas, pero… —El hombre actuó rápidamente, tomó la muñeca de la joven con tal fuerza que la obligó a soltar el arma para después tomarla y apuntarle en la frente —. Lady Mimos, no lleves un arma a menos que estés preparada para usarla —jaló el martillo, colocando la bala—, y no la uses si no estás preparada para sobrellevar lo que sucederá después.

Esa vez no tenía miedo, no apartó la mirada; al contrario, la endureció al punto en el que parecían un par de balas color violeta.

—Apártala —ordenó.

—Has sido tú la que inició el juego.

—No. Esta es la segunda vez que me apuntas.

—Es verdad —dijo relajado, apartando el arma—, resulta aburrido ahora, tal parece que has sacado agallas.

—La vez pasada me tomaste por sorpresa, fue todo.

—Yo creo que te doy confianza.

—Confiar en ti sería igual que acariciar a un tigre y pensar que no te arrancará la mano de una mordida.

—En todo caso, me considero una pantera.

—Quizá sería mejor decir que eres un gato, uno que araña.

De Valois sonrió de nuevo y le tendió el arma.

—Vengo a proponerte algo.

Ella observó con detenimiento la mano extendida con su arma y la tomó en seguida, porque necesitaba sentir esa protección al tenerlo cerca, invadiendo la paz de su casa y su habitación.

—¿Qué quieres?

—Trabajemos juntos.

—Estás loco.

—No lo estoy. —De Valois la evitó y entró a la habitación, recostándose en la cama con total desfachatez—. Resulta que yo sé cosas y tú sabes otras. Sin mencionar tus contactos.

—¿Ahora te importan? —Ella entró a la habitación, pero se mantuvo lejos de la cama, mirándolo con ojos entrecerrados.

—Sí —colocó sus manos debajo de su cabeza, mirándola con seriedad—. Llegó un médico que dice conocerte.

—Anton —asintió—. ¿Y eso qué?

—Dijo que nunca te ha dado información —elevó una ceja—, pero mintió, lo noté en seguida. Admito que fue medianamente convincente, pero no lo suficiente para mí.

—No mintió, no me ha dicho nada.

—Ahora la que miente eres tú.

Millie trató de mostrar impenetrabilidad, pero finalmente se dio por vencida, porque la había descubierto. Ese hombre realmente era infalible; no sabía si era porque mentía todo el tiempo o porque en verdad era perspicaz, pero estaba claro que no era fácil engañarlo.

—¿Y qué si lo hiciera?

—Vamos, preciosa, sabes que me lo dirás, porque puedo ver en el brillo de tus ojos desde que te dije que podemos ser compañeros.

La joven trató de no inmutarse nuevamente. ¿Realmente era tan transparente? Pero era verdad; desde que dijo esa simple frase, su corazón se aceleró al punto en el que creyó que se desmayaría, porque eso le abría paso a Lefevre, que era su gran meta.

—De acuerdo, digamos que acepto.

—Quita la suposición, ya has aceptado, di tus términos.

Lo detestaba, en verdad detestaba lo engreído que era.

—Bien —apretó los puños—. ¿Qué ganaría yo de unirme a ti?

—Protección, compañía, información, acceso a Lefevre —elevó una ceja—. ¿Crees que no sé

cuál es tu objetivo?

—¿Y qué ganas tú?

—Dime de una vez lo que te ha dicho ese doctorcito.

—¿Por qué lo minimizas? Es un hombre gentil y recto.

—No tanto; si te ha dado información, no ha cumplido del todo su código de ética, ¿no es cierto?

—Lo más probable es que lo hiciera para librarse de mí.

—Entendible.

Millie sintió un espasmo en su ojo, pero finalmente accedió.

—Me dio el nombre de la última víctima.

De Valois deshizo su postura relajada y se sentó.

—¿Quién es?

—Ah, no. No te lo diré, nada me asegura que al tener el nombre simplemente desaparezcas —se cruzó de brazos—, tendrás que depender de mí para llegar a esa respuesta.

—Me lo imaginé —volvió a echarse en la cama—. Entonces, ¿cuándo se supone que iremos?

—No lo sé, mañana.

—De acuerdo. —De Valois se volvió sobre la cama, dándole la espalda a ella—. En ese caso, buenas noches.

—¿Disculpa?

—¿Qué se supone que he de disculpar?

—No. No te estoy pidiendo disculpas, estoy intentando saber por qué sigues recostado en mi cama.

—Nada en especial. —Sonrió a pesar de que ella no lo veía—. Pero tampoco confío en ti; con lo que ha sucedido el día de hoy, puedes esperar despierta hasta el amanecer y salir hacia allá sin mí.

—¿Tan mala me crees?

—Estamos en iguales circunstancias, ninguno confía en el otro.

—¿Y por eso piensas vigilar mi sueño?

—Para nada, dormiré también, pero si acaso intentas salir de esta cama, lo notaré en seguida, eso te lo aseguro.

—No sé por qué piensas que lo permitiré.

—Quiero ver que me muevas.

—Entonces, tírate en el suelo como un caballero.

—Habrás notado que no lo soy.

—Pero…

—¿Tanto te altera? —se volvió un poco—. ¿Te gustó tanto?

—¡Jamás podría gustarme alguien como tú!

—Entonces, ¿qué problema hay?

—¿Acaso no eres hombre? —se cruzó de brazos—. No tengo idea si podrías atacarme mientras duermo.

De Valois rio con burla.

—No te preocupes, no me veo tentado por ti en lo más mínimo, no eres mi estilo de mujer, lo siento.

—¿Por qué lo sientes? Para mí es un halago no serlo —dijo orgullosa—. Si no soy tu estilo, es porque tienes gustos terribles.

El hombre volvió a recostarse en la almohada.

—Me agradan las personas que son seguras de sí mismas, aunque creo que tú te pasas bastante. No eres tan bella como crees.

Millie sonrió, porque en eso sabía que él mentía. Descubrir la mirada de los hombres era una habilidad que adquirió al pasar el tiempo con ellos. Aceptaba que no era la belleza recatada que a muchos les gustaría, pero algo le decía que su personalidad desencadenada le agradaba a ese tal De Valois.

—Si te atreves a tocarme, te dispararé.

—¿Dormirás con la pistola en la mano?

—Por supuesto.

—Aunque nada te asegura que yo no te mate a ti, ¿no es cierto?

—En ese caso, será una noche de insomnio.

Millie fue hacia su armario y sacó un camisón ligero de seda. Nunca tuvo una esencia pudorosa, pero en esa ocasión decidió que era prudente al menos esconderse entre las puertas del armario, aunque de inmediato descubrió que no era necesario, porque al salir de su escondite se encontró con un hombre dormitando en su cama.

No le pareciera una amenaza con los ojos cerrados.

—¡Ey! ¡Vampirito!

—¿Mmm…? —inquirió adormilado.

—No dormirás con zapatos en mi cama, y si algo de ti apesta, será mejor que vayas al baño y te laves.

De Valois dibujó una sonrisa discreta en sus labios, pero no abrió los ojos, apartó sus zapatos con ayuda de sus pies, dejándolos caer sobre el suelo sin moverse de la posición que le parecía tan cómoda. Ella no estaba del todo conforme; al menos pensaba que podría incordiarlo un poco, pero finalmente no había remedio.

Se movió con libertad por la habitación, sabiéndose ignorada por él, quien yacía aparentemente dormido en su cama. Era extraño, pero no le incomodaba; por alguna razón era capaz de sentirse tranquila a pesar de que en más de una ocasión la había amenazado con un arma… aunque ella hizo lo mismo.

Quizá se debía a que su cerebro estaba ocupado tratando de encontrar una explicación a la repentina muerte de la velada de anoche. Desde su punto de vista, aquello había sido una clara advertencia, aunque aún no sabía descifrar para quién iba dirigida.

Fue hasta la cama, levantó las sábanas en las que esperaba él no se metiera y le dio la espalda, tratando de ignorar la idea de que sería la primera vez que dormiría con un hombre que no fuera su padre o hermanos. Reemplazó ese pensamiento con la pregunta que seguía rondando su mente desde que lo vio llegar: ¿Sería Monsieur de Valois parte de la solución, de la causa o de la destrucción del asesino?

Inesperadamente, cayó dormida en lo que fueron solo unos minutos, sorprendiendo al hombre

que incluso se vio en la necesidad de levantarse sobre su codo para cerciorarse si en verdad esa chiquilla era de mente tan ligera como para relajarse aún en presencia de alguien que la amenazó en dos ocasiones.

—Incluso sonríes, desgraciada.

Estaba claro que no sentía tensión sexual alguna, ni tampoco la desconcertaba tanto como él hubiera pensado. Ella simplemente se hizo a la idea, aceptó la situación y cayó dormida como una tabla, como si su presencia no le incomodase o simplemente no existiese.

—Condenada mujer, sí que eres descuidada.

Se recostó a su lado, observando los frescos que había en el techo. Había algo interesante en la mujer que dormía a su lado; de lo contrario, él jamás se habría sentido tentado a ir a buscarla hasta la habitación de la casa de sus padres. Sabía que era arriesgado meterla en sus asuntos; podría resultar herida o muerta, pero era necesario tenerla cerca. Eso le había encomendado Lefevre.

Aunque dudaba que se refiriera a meterse en su cama.

Cerró los ojos, pero no dejó de pensar que había algo raro en esa muchacha. No solo por su extraña obsesión con un asesino, sino por la forma en la que parecía no temerle a la muerte. ¿Era así o simplemente creció tan sobreprotegida que llegó al punto en el que necesitaba de emociones fuertes para sentirse viva?

Siendo el caso, entendía la preocupación de Lefevre y las ganas que tenía por alejarla del caso, que dejara de lado sus descubrimientos, porque una persona que no tenía miedo a morir era simplemente peligrosa. Ellos sabían mejor que nadie lo que podía ocasionar una mujer voluntariosa; conocían su destino.

No quería pensar que le agradaba, porque eso estorbaría en su trabajo. Debía seguir posicionándola como un blanco a poca distancia, un peldaño en una escalera o una simple víctima.

Era risible la forma en la que se entregaba a sí misma en bandeja de plata y él no debía hacer nada para evitar su destino; debía dejar que las cosas fluyeran, así como lo había hecho el mismo Lefevre.

9 MENTIROSO

A la mañana siguiente, De Valois despertó sintiéndose extraño, pero lo encontró prudente al darse cuenta que se encontraba en una habitación que le resultaba totalmente desconocida. Tal vez muchos pensaban que un hombre como él estaría acostumbrado a tales situaciones, pero la realidad era que De Valois tenía la costumbre de dormir siempre en su cama; no importaba lo que ocurriera, él prefería su conocido colchón maltrecho a la suavidad de plumas en la que se encontraba.

La mujer a su lado soltó un leve ronquido que le alteró los nervios, puesto que otra cosa a la que estaba poco acostumbrado era a dormir con alguien. No porque le incomodara, ni siquiera era porque apreciara la soledad o despreciara la compañía femenina, sino porque no confiaba en nadie lo suficiente como para compartir una cama.

Sin embargo, al mirar a la joven coloreada por los tonos azulados del amanecer, le recordó otro cuerpo más joven, un semblante mucho más delicado y el rostro angelical, al menos desde su percepción.

Cerró los ojos y meneó la cabeza.

Millie Charpentier era más un delicioso desastre, con los cabellos cortos, despeinados y esparcidos alrededor de su rostro, las tupidas cejas despeinadas por el roce con la almohada; las mejillas sonrojadas por el frío que parecía experimentar al haber pateado las sábanas y cobijas, dejándola enredada entre su camisón y la almohada que tenía entre las piernas y pies descalzos.

Sin embargo, rápidamente perdió el interés en ella, pues tenía el tiempo encima. No tenía idea de la hora ordinaria en la que esa chiquilla abría los ojos, pero investigó lo suficiente a su familia para saber que sería temprano.

Se levantó de la cama con sumo cuidado e inspeccionó la habitación con la mirada, buscando un indicio que le señalara hacia dónde debía ir, aunque estaba resultándole difícil, porque esa mujer no tenía la organización como parte fundamental en su cerebro.

Tomó lo primero que encontró abierto, leyendo las anotaciones que Millie hacía al pie de las páginas, los tachones, las marcas, todo lo que le fuera interesante o relevante para el tema que trataba. Sin embargo, no había ni un indicio satisfactorio del caso en cuestión; si bien las marcas y las notas eran relacionadas al tema, no había conclusiones a la vista, lo cual resultaba decepcionante.

Ella era cuidadosa con sus indagaciones, lo cual era bueno, pero no para él, porque la única razón de que estuviera ahí era para descubrir qué tan avanzada estaba en el caso o qué tan cerca navegaba a la identidad del perpetrador de París.

—No encontrarás nada —dijo ella en medio de un bostezo—. Te darás cuenta de que no tengo un pelo de tonta.

—Al menos eres discreta en algo —cerró el libro.

—¡Oye! ¡Espero que sepas en qué página iba! —se quejó.

De Valois dejó el libro en su lugar y se volvió hacia ella.

—¿A dónde iremos?

—Bueno, primero al baño, después a desayunar y luego no sé.

—Hablo en serio.

—Bueno, está bien —sonrió—. Prepárate, porque nos iremos en unos minutos. Pero no mentía con lo del baño, en serio tengo que ir.

—No eres nada delicada, ¿verdad?

—Hasta las mujeres tenemos que hacer nuestras necesidades.

—Anda ya, no tengo todo el día.

—Yo creo que sí.

La joven acomodó su camisón al levantarse, pero se paseó frente a él en tirantes sin ningún tipo de conflicto.

—No hagas nada raro —lo apuntó, tomando el libro que él había cerrado y entró al baño.

De Valois negó con la nariz fruncida para después seguir inspeccionando la habitación; ya no sabía qué artículos ella pudiese llevarse al baño, pero realmente deseaba no descubrirlo.

Comenzó de nuevo su investigación, observó los libros, las anotaciones, la ropa sin ordenar.

Tocó paredes, se agachó en el piso hasta que finalmente encontró lo que buscaba; una corriente de aire le susurró el escondite de Millie Charpentier. Sonrió. La chica era lista, pero él tenía de su lado la experiencia.

Presionó la puerta que se disfrazaba con el tapiz de la pared y esta saltó como si le diera una invitación a entrar. No hubo rechinido alguno; estaba claro que ella mantenía en óptimas condiciones el lugar para escabullirse sin ser notada, aunque seguro sus padres tendrían el conocimiento de la zona secreta. Y tampoco se inmiscuirían en el asunto, respetando su privacidad.

Los Charpentier eran esa clase de personas.

Mal hecho a su parecer.

Entró y encendió la luz. Era una habitación pequeña pero llena de un sinfín de información que le fue agradable, descubriendo que la joven mantenía un orden esquematizado de los sucesos, las personas sospechosas e incluso de las víctimas, tratando de ligarlas entre sí para encontrar un significado.

No le sorprendió encontrar su nombre y el de Lefevre en una pizarra. Había un gran signo de interrogación junto a ambos; claramente los encontraba sospechosos, pero no tenían hilos de color hacia ningún sitio, lo cual quería decir que no logró ligarlos a ninguno de los casos. De Valois volvió a sonreír. Al menos estaban a salvo.

De momento ella no tenía idea de qué hacer y eso los beneficiaba, la ponía a su disposición para poder enmarañar aún más sus ideas y alejarla de la única e incierta realidad. De Valois observó con rapidez los apuntes en las pizarras, sirviéndose de su mente prodigiosa para no olvidar ningún detalle, ni siquiera de aquellos que le parecían sin sentido. Debía recordar que estaba memorizando las suposiciones de ella, no las realidades que él conocía.

Miró detalladamente cada pedazo de la habitación, notando que no había ventilación, lo cual lo extrañó, porque estaba seguro de haber sentido el silbido del viento; finalmente encontró la causa: una trampilla de aire lo suficientemente grande como para que la habitación no fuera un horno que le quitara la vida al habitante.

Asintió cuando su cerebro procesó la información y salió de ahí, encontrándose a salvo cuando notó que ella seguía en el baño.

«Descuidada. Nuevamente descuidada».

De Valois fue hacia el teléfono que había en la habitación de la joven —nada usual a su parecer— y marcó deprisa, susurrando sus palabras para que la joven no tuviera ni idea de que lo utilizó.

Una vez terminada la llamada, se apresuró a recostarse de nuevo sobre la cama, tomó uno de los libros que se encontraban en la mesita de noche, sorprendiéndose al notar que el tema era la filosofía y que ella hacía notas del posible pensamiento del asesino.

Millie estaba siendo más racional y profunda de lo que realmente debía; si bien una persona que quitaba vidas solía tener un pilar en el cual se recargaba para darse una justificación y no sucumbir ante la demencia de lo que hacía; este caso era diferente, era visceral y sin sentido, motivado por una emoción que nadie comprendía a menos que hubiese vivido lo mismo.

—¿Te divertiste?

—¿Mmm? —De Valois levantó la mirada—. ¿De qué hablas?

—Seguro esculcaste —dijo tranquila—. Me decepcionaría si no lo hubieras hecho, eso querría decir que no me tomas en cuenta, lo cual dudo, porque debe haber una razón de que estés aquí.

—Ya te dije, la información que quiero la tienes en la cabeza —se sentó, dejando el libro en la mesa de noche—; lo que sea que creas que sabes del caso no me interesa, lo más seguro es que estés errada.

Ella entrecerró los ojos, claramente sin creerle.

—¿Cómo podrías saberlo si no eres el asesino?

—Haces bien en dudar de mí —se puso en pie, acercándose a ella con pasos lentos y una mirada peligrosa—. Pero no pareces comprender del todo la psicología de una mente perturbada.

—Es lo que intento.

—Los libros que tienes, los filósofos y pensadores de la psique no te darán un resultado satisfactorio de la mente de un criminal.

—Es lo que estudian.

—Aún están muy verdes en cuanto a eso.

—¿Y debo entender que tú ya has madurado ese pensamiento?

—No intento comprender a nadie, es un desperdicio de tiempo y energía; el mundo de la mente es un misterio que se complica conforme acontecen situaciones traumáticas o apremiantes. Tratar de entenderlo siempre será desde una perspectiva de incomprensión; las reacciones siempre son diversas, ni siquiera dos hermanos que pasan por la misma situación actúan de la misma forma.

—Supongo. Pero resulta que siempre hay dos caminos.

—Explícate.

—Todo se resume en cómo actúas tras los sucesos. O confrontas lo que viviste, lo comprendes, tratas de aprender y haces las cosas diferentes; o te sumerges en la amargura y desolación, en un ciclo de autoflagelación y victimización que busca *justificar* todas las carencias de carácter, moral y falta de empatía hacia uno mismo.

—Mmm… ¿Qué me dices del dolor?

—¿Qué con eso?

—Cuando se siente dolor al punto en el que se entume el resto de los sentidos y no eres capaz de sentir otra cosa, ¿qué sucede?

—¿Sería un profundo dolor justificación suficiente para una venganza? —elevó una ceja—. ¿Eso es lo que quieres decir?

—La venganza es fruto de la pérdida del amor.

—Todo sentimiento negativo es fruto de uno positivo que ha sido dañado —dijo tranquila—, pero no ves al mundo destruyéndose, eso quiere decir que hay otro camino para sobrepasar la pena.

—¿Entonces desacreditas el dolor del otro?

—Digo —puntualizó— que no es la única persona sintiéndolo. No es que no dé crédito a lo que siente, pero no se puede ensimismar en ello. El egocentrismo provoca que la persona crea que todo su sentir, sea bueno o malo, no tiene comparación; pero eso no es cierto, ¿verdad? Siempre habrá otra persona sufriendo, quizá pasando por algo peor; el saber volver la cara hacia el otro y comprenderlo provoca la empatía y valentía para recurrir a la sanación.

—Vaya, vaya. —De Valois colocó un dedo sobre la frente de la joven y la empujó con ligereza, haciéndola dar un paso atrás—. Esa mentecita tuya piensa. Eso es bueno, funcionará.

—¿De qué hablas?

—Vamos, quiero ir con la familia de la víctima.

—No sé si nos dirán algo.

—Seguro que encontraremos la manera.

Millie estaba casi completamente arreglada; había salido del baño con el cabello corto mojado y cambiada a sus ropas prácticas para pasar su día sin llamar demasiado la atención. De Valois no tenía opción, porque no tenía otro cambio más que el que tenía puesto.

—Vi algo interesante ayer que llegué —mencionó mientras se colocaba los zapatos—. ¿Acaso la nenita tiene amigos peligrosos?

Millie se volvió con rapidez, despegando sus ojos del espejo para admirar al hombre que le daba la espalda.

—Viste a mi Sombra.

—Conque no me equivoqué. Me sorprendes.

—¿Por qué?

—Son personas peligrosas.

—Te considero más peligroso a ti que a él.

—¿En serio? Pues gracias —se puso en pie—. ¿Cómo fue que la conociste? Dudo que haya sido casualidad.

—En realidad, lo fue —tomó su morral, donde comenzó a meter cosas que parecían al azar y lo miró—. Resulta que también está interesado en el caso que tratamos.

—No me digas —se cruzó de brazos—. Ahora resulta que tienes todo un ejército a tu disposición y aun así el asesino sigue invicto.

—Parece ser muy listo.

—O todos los demás muy tontos.

—Eso te incluye.

—No dije lo contrario.

Salieron del hogar por lugares diferentes. Millie tomó la ruta en la que los empleados podrían informarle a sus padres que salió de la casa, mientras que De Valois hizo la misma hazaña que en la noche, bajando por la enredadera y la esperó en la entrada de la casa.

—Espero que lo que sucedió el día de hoy no se repita —insinuó ella al momento de cerrar la puerta de su hogar.

—Depende de ti, ¿seguirás escondiendo información?

—Ya te lo dije, no te tengo confianza.

De Valois sonrió y metió las manos en los bolsillos de su gabardina, caminando junto a ella sin escuchar su parloteo.

No sabía hacia dónde se dirigían, pero estaba seguro de que Millie Charpentier no desperdiciaría su tiempo, porque, a lo que entendía, ella también era una persona dinámica no solo de cuerpo, sino de mente. Lo había sorprendido su pizarrón, pero aún más el intercambio de palabras que habían tenido hace unos momentos.

Cerró los ojos con una sonrisa.

Fleur.

Ese nombre regresaba a su cabeza cuando quería y lo llenaba de una sensación placentera, llena de estímulo y emociones, pero también de desazón. Se encontraba pensando en ella últimamente, casi desde que conoció a Millie Charpentier.

—¿Me estás escuchando, bribón?

—Ni un poco —se volvió hacia ella—, pero he de suponer que no eran más que tonterías o mi mente lo hubiese almacenado.

—¿Te crees un prodigio? ¿En qué pensabas?

—No es de tu incumbencia.

—Seguro no —rodó los ojos—. Como sea, hemos llegado; por favor, no seas inhumano, estas personas perdieron a su hija.

—Que recuerde, no le dieron tanta importancia.

—Juzgas demasiado rápido —apuntó con la mirada hacia una ventana, desde donde se veía una figura fantasmal que de pronto se escondió al ser atrapada—. Vamos.

De Valois guardó silencio incluso cuando fueron recibidos por el mayordomo paliducho de expresión amargada. Dudaba que hubiese sido así en otro tiempo; sus arrugas correspondían a la alegría y no a la tristeza. Millie también tomó nota de ello, pero siguió al hombre en total mutismo, entrando al salón donde un caballero de fastuoso comportamiento y rostro severo los esperaba.

—Me preguntaba cuánto tardaría en venir, Mademoiselle.

—Lamento incomodar.

—Al menos nos ha dado una semana de descanso; francamente, con lo impertinente que es, la esperaba esa misma noche.

—Estuve, pero no incordié, Monsieur Bardot.

—¿Qué es lo que quiere?

—Saber.

—No hay nada que saber, ese maldito atacó a mi hija y listo.

—Sí, pero… ¿Por qué no decir nada?

—Carece de sentido.

—¿Lo cree? ¿No le preocupa que esto siga ocurriendo?

—Tan solo sé que no me puede volver a ocurrir a mí.

Millie asintió despacio.

—No le interesa.

—En lo más mínimo —aceptó—. ¿Eso era todo?

—Quisiera saber la razón de que ella estuviera sola.

—No lo estaba —aseguró el padre—; había toda clase de empleados y cuidadores, incluso su nana dormía en la habitación adjunta. Asegura no haber escuchado nada.

Millie entrecerró los ojos, sacó una libreta de su maletín de cuero y comenzó a escribir con rapidez.

—Ella tenía algún pretendiente o amigo.

—No, era una muchacha decente, no conocía a nadie que no le hubiese presentado yo antes. Planeaba casarla dentro de poco.

—¿Puedo preguntar con quién?

—Labbé.

—¿Parecía interesado?

—Tanto como una dote de la categoría de mi hija le resuene.

Millie asintió y volvió a escribir.

—Usted… ¿La encontró?

—Mi mujer. Después de ver el espanto en la habitación, salió a buscarla a la calle; había escuchado sobre las manías del asesino, supuso que no estaría lejos de aquí. Creyó que la encontraría viva.

La joven solo pudo imaginar el horror de ver una habitación ensangrentada, pero sin cuerpo. Aquello daba esperanzas de supervivencia. Pero dejando eso de lado, le acababa de dar una clave única; tal parecía que la sociedad no estaba tan desinformada como Millie creía. La gente sabía, pero prefería ignorar, tal vez pensando que de esa forma se salvaban de que les pasara a ellos.

El miedo estaba corriendo por las calles de París como un viento silencioso que asolaba los hogares que se llenaban de escepticismo. Miró rápidamente al hombre que permanecía junto a ella, simplemente escuchando sin tratar de hacer ninguna intervención.

—¿Vio usted el cuerpo?

—No. Solo mi esposa; después de que llegaran las autoridades, nos separaron de ella y no la volvimos a ver.

—Sin cuerpo —asintió ella con firmeza—. Les aseguro que no es la primera vez que sucede que no regresan a la víctima.

—Cenizas, es todo lo que tenemos de ella.

Millie no pudo evitar dudar de que fueran de la joven Bardot.

—¿Puedo hablar con su esposa?

—No. Por supuesto que no.

—Comprendo bien. Gracias por hablar conmigo.

El hombre asintió solo una vez, estiró el brazo indicándoles la salida, pero De Valois no estaba satisfecho.

—Nos está mintiendo.

—¿Disculpe?

—De Valois —. Millie le tomó el brazo con fuerza y negó ligeramente con la cabeza—. Vámonos.

—¿Y usted quién es para saber lo que ocurrió?

—Nadie. Pero su historia no tiene sentido.

—Ahora resulta que sabe más que yo.

—Sí, en realidad sí.

—De Valois —exigió Millie.

—Es usted un buen mentiroso, incluso la recibió para fortalecer su historia, pero todo ha sido mentira desde el principio.

Los ojos de Monsieur Bardot vibraron de ira.

—Largo de mi casa.

—Por supuesto —aceptó—, pero antes, he de hablar con la verdad para que esta chica no piense que aquí hay un caso que seguir.

—Fuera.

—Ese día en específico no hubo reunión o velada que requiriera de su presencia. Usted y su esposa se quedaron en casa —dijo el hombre—. Falsificó precariamente la firma del asesino porque, como dijo, su esposa escuchó rumores, pero lo hizo mal; las autoridades lo saben y están sobre usted ahora, ¿no es cierto?

—Está usted levantando falsos, señor; debería guardarse sus comentarios para con un doliente.

—No hay ninguno —dijo De Valois con extrema dureza—. Asesinó a su hija de un impulso al atraparla en medio de su intento de fuga con un amante y, al notar lo hecho, actuó en su salvación e hizo toda esa artimaña del asesino.

Estaba atrapado, De Valois lo sabía, Millie lo sabía, el mismo Bardot lo sabía, pero dar su brazo a torcer sería aceptar la culpa.

—A partir de ahora, no son bienvenidos en esta casa.

—Nunca lo fuimos, nos dejó entrar porque sabía que esta chica colocaría su historia en boca de todos y le añadiría verdades inexistentes a su conveniencia —dijo con certeza—. Se le acabó el teatro, acepte lo que hizo y sufra las consecuencias.

—Las autoridades añadieron el caso a la lista de asesinatos sin resolver —apuntó con orgullo —. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Que lo engañaron bien.

Nuevamente el matiz de los ojos del señor Bardot se ensombreció, como quien no sabe discernir lo que está ocurriendo.

—¿De qué habla?

—Como dije, trató de falsificar la firma del asesino, pero le faltaron piezas importantes que no están a disposición de la muchedumbre, por las cuales no encaja el caso de su hija con el resto.

—No es verdad.

—Lo es —dijo seguro—. Además, su esposa se está cayendo a pedazos; la culpa la invade al punto de la demencia. ¿Está seguro de que si hablo con ella no dirá la verdad?

—Dijo bien, está enloqueciendo.

—Hay más testigos de esa noche, Bardot, no únicamente su mujer —. De Valois actuaba tan seguro que Millie no dudó que ya poseyera la información—. No tiene sentido que lo siga escondiendo, porque al final, usted nunca supo quién era el amante de su hija, ¿no es cierto?

El hombre titubeó y su cuerpo lo mostró.

—No es posible que fuera de esta casa.

—Pero lo es, y estuvo presente; incluso le pidió que le ayudara con el cuerpo y el resto de la faramalla.

Negó, el hombre negó con rapidez, tratando de quitar el pensamiento que se le vino a la mente para no hacer notoria la verdad.

—No puede ser.

—El mayordomo que nos abrió la puerta le doblaba la edad a su hija, es verdad, pero cuando hay ausencia de padre, lo que una jovencita como su hija busca de forma desesperada es a

alguien que ocupe ese lugar —elevó una ceja y sonrió de lado—. Se acabó.

En ese momento, la puerta de la entrada se abrió con estruendo, provocando que Millie brincara en su lugar y asomara su cabeza con el ceño fruncido, observando a los uniformados que entraban con decisión para esposar al hombre que no pudo moverse de su sitio.

—Monsieur Bardot, queda detenido por el homicidio de Marcelle Bardot, falsificación y alteración de pruebas en un caso criminal.

Millie nunca había estado presente en un arresto, pero podía sentir cada una de sus venas palpitando y su cabeza maquinando con el flujo de los acontecimientos que parecían ocurrir en segundos, sobre todo cuando las autoridades procedieron a hacer el mismo proceso con la mujer de Bardot, quien estaba acusada de encubrimiento.

Siempre pensó que era una buena observadora, pero De Valois iba un paso adelante desde el momento en el que ingresaron.

—Lo sabías —susurró ella.

—Por supuesto que lo sabía.

—¿Cómo?

—Descarté a esta víctima desde el primer momento —la miró—. Yo también estuve presente ese día, tuve acceso al cuerpo y nada tenía que ver con las víctimas anteriores, pero cuando lo vi en tu pizarra, supuse que tú aún la contemplabas como una posibilidad.

—¿Cómo tuviste acceso al cuerpo? —. Pero Millie abrió los ojos y comprendió algo importante—. ¿Cuál pizarra?

—De Valois —uno de los oficiales con mayor rango se acercó al hombre, dándole una palmada en el hombro—. Gracias por la llamada, no sabíamos que vendrías en persona.

—No era mi plan, pero era obvio lo que pretendía; si acaso surgía un rumor de su inocencia, el caso podría venirse abajo.

—Es verdad —asintió el oficial—. Seguirá siendo un caso difícil; Bardot tiene dinero e influencias.

—Tiene todo en contra.

—Aun así, no esperes justicia, sabes cómo funciona esto.

—Por desgracia, lo sé.

Millie lo comprendió todo en ese momento. De Valois trabajaba en conjunto con los oficiales de París; de algún modo logró contactarlos antes de salir de su casa al averiguar hacia dónde se dirigían. Encontró su pizarra en el tiempo que estuvo solo en la habitación y se divirtió con sus altaneros silencios donde creía tener el poder de la información que pensó que él desconocía.

Adivinó sus conjeturas y decidió desmentirlas en seguida al ser contraproducentes para el caso, haciéndola a un lado como una libreta que es inservible una vez que se tiene la certeza de que no hay contenido relevante en ella. La trató como una idiota y eso le disgustaba. No pensaba dejar las cosas así, encontraría la forma de vengarse de él, porque la utilizó y jugó con ella, haciéndola creer parte de algo que claramente la superaba… por mucho.

10 INSOPORTABLE

Después de rendir declaraciones en la comandancia, De Valois decidió que tenía demasiada hambre para continuar, Millie se vio obligada a seguirlo a pesar de que era notorio que lo único que quería era alejarse de él. Sin embargo, su curiosidad fue mayor que su orgullo herido y solo por eso accedió a acompañarlo.

—Pareces enojada.

—Lo estoy.

De Valois sonrió sin poder evitarlo, recostándose en la silla que ocupaba en el agradable café de *La Closerie des Lilas*, uno de sus favoritos debido a su agradable estancia al aire libre.

—Lamento haber descubierto tu secreto.

—No es eso lo que me molesta —lo miró—. Me dejaste comportarme como una idiota cuando tú sabías la respuesta.

—Eso te pasa por no comunicarme lo que piensas.

—¿Qué iba a saber yo que tenías conocimiento que no era un asesinato más del perpetrador?

—Y volvemos a la falta de comunicación, fuiste tú la que no quisiste decirme a dónde íbamos, ¿no es cierto?

—Me preguntaste por la última víctima.

—Así es, pensé que me llevarías ahí.

—Eso hice.

—Esa mujer no fue la última víctima —elevó una ceja—. ¿No es acaso obvio? Si el asesino no cometió ese homicidio, entonces debió cometer otro. Desafortunadamente para Monsieur Bardot, ocurrió el mismo día. Tal parece que nuestro asesino es orgulloso y no permite que nadie se atañe con su éxito.

—¿Dices que lo hizo a propósito?

De Valois elevó ambas cejas.

—Esta persona debe tener algún complejo de Dios, no le gusta que nadie le robe protagonismo, así que dejó en claro que no fue él, haciendo aún más evidente su homicidio.

—La policía lo encontró en seguida.

—Casi lo dejó afuera de la comandancia —asintió.

—¿Quién era?

—Pensaba que tú lo sabrías —se cruzó de brazos y echó la cabeza hacia atrás—. Ahora sé que estás en blanco.

Ella mordió el interior de su mejilla.

—¿Así que soy inútil en sus averiguaciones?

—No del todo —sonrió—. Noté que me tienes anotado, al igual que a Lefevre, ¿por qué?

Millie se encogió de hombros.

—Fueron un hogar con un asesinato. Esa persona se tomó la molestia de colocar una víctima ahí, me parece interesante.

—Te parece una advertencia.

—¿Cuánto dice que alcanzó a leer?

—Lo suficiente.

—No tengo idea de parte de quién están.

—Eso está bien.

—¿Así que me dejarás con la duda?

—¿Qué quieres creer?

—No lo sé, todo parece encajar a que son de los buenos, pero… —Se inclinó de hombros—. Puede ser una gran pantalla.

—¿Por qué?

—Parece que lo tienen controlado y pueden manejarlo a su favor —. Ella quería medir sus reacciones, pero el hombre apenas movía los párpados para pestañear—. El periódico, la policía… todo.

—Así que somos inteligentes en nuestro desenvolvimiento delictivo —asintió—. Me enorgullezco de mí.

—¿Estás admitiendo algo?

—¿Lo estoy? —sonrió de lado, mostrando los colmillos que resultaban tan atractivos para Millie—. ¿Qué decides? ¿Confiar en un sospechoso y seguir en el caso, o alejarte de tu única posibilidad de acercarte a lo que más deseas?

—¿Y tú sabes lo que más deseo? —dijo con burla.

—Quieres que tu nombre resuene en el mundo —se acercó a ella, inclinándose sobre la mesa —. Quieres ser recordada y admirada, no por tu apellido, sino por lo que hagas con él.

Los ojos de la joven se encendieron, lo que fue agradable de ver.

—¿Serías capaz de matarme?

—Por supuesto. Si me estorbas, es lo que haré.

—No parece conveniente.

—Tienes algo a tu favor —De Valois alejó su intimidante presencia y tomó su taza de café con una elegancia que no parecía encajar con el salvajismo de sus ojos y de su ser—. Tú estás en las mismas condiciones, ¿no es cierto?

Ella sonrió de lado, tocando el arma que llevaba encima.

—Sí, es cierto.

—¿Entonces qué, Lady Mimos? ¿Cuál es tu respuesta?

—Supongo que no seré la primera periodista en arriesgar su vida.

—Ni la última —sonrió, elevando una ceja—. Aunque tú ni siquiera puedes portar el título, ¿no es cierto?

—El que no esté ejerciendo no me hace menos de lo que soy.

—Si tú lo dices.

Bebieron en silencio por unos momentos en los que fueron muy conscientes de las personas que se sentaban a su alrededor para lograr escuchar su escasa conversación.

—Lamento ser tan vistosa.

—No te preocupes, estoy acostumbrado.

—¿En serio? Pensaba que preferías vivir en la oscuridad.

—Lo prefiero, sí.

—¿Por qué has decidido salir a la luz?

—Es conveniente.

—¿De qué hablas?

—De nada en particular.

—Has dicho que es conveniente, ¿por qué? —reiteró.

—Simplemente es así, no responderé nada más.

—De alguna forma te beneficia que te vean conmigo, ¿no es cierto? Por eso me has invitado al café.

—Puede ser, aunque yo jamás dije que te invitaría.

—Oh, sí serás tacaño.

—No tengo por qué invitarte, no te estoy cortejando, somos algo menos que socios —se inclinó de hombros—. A menos que quieras que eso cambie, porque puedo hacerlo.

—¿Qué dices? —se burló, imitándolo al cruzarse de brazos, aunque no parecía tan relajada como lo estaba él—. ¿Tan rápido has caído en mis encantos?

—Sin duda, no tengo problemas con tu cara o tu cuerpo.

—Serás sinvergüenza.

—No le veo caso fingir, soy un hombre y tú una mujer —. De Valois pasó su lengua por la parte frontal de sus dientes hasta formar una sarcástica sonrisa—. Además, puedo notar lo mucho que me deseas; eres bastante obvia, de hecho.

—Admito que no eres del todo feo o repugnante; aseado te ves mejor —asintió sin pena—. Lo que me da es curiosidad; no eleves más tu ego, que se irá a la luna un día de estos.

De Valois soltó una carcajada poco discreta y asintió.

—¿Qué te da curiosidad?

—Muchas cosas que no puedo decir en un lugar público.

Los ojos de ambos bailaban ardientes y divertidos; claramente no sentían pena por aceptar que se sentían atraídos el uno por el otro. Era un instinto que ninguno parecía interesado en

reprimir, sobre todo Millie, quien, siendo inexperta y demasiado curiosa, tenía las sensaciones a flor de piel, sintiendo el juego de De Valois como algo excitante que la llenaba de emoción.

—¿Quieres ir a un lugar más privado? —invitó con coquetería, a sabiendas de la respuesta.

—¿Por qué no? —elevó un hombro—. Pero, ¿estás seguro de poder lidiar con una persona como yo?

—¿En qué serías diferente?

—Seguro no te has encontrado con una mujer como yo.

—¿Y dices que mi ego está en la luna? —se burló.

—Uno sabe lo que tiene.

—Lo mismo digo.

El intercambio de miradas fue intenso, llegando al punto en que Millie pudo sentir su piel arder y reaccionar con extremosa sensibilidad cuando los dedos de De Valois rozaron su mano.

—No sea atrevido —se alejó con rapidez—. ¿Quién cree que soy?

—Una incitadora, eso eres.

—Quédese con las ganas.

En ese momento, un caballero de melena brillante tomó asiento en la silla disponible entre ambos, sonriendo esplendoroso mientras dejaba de lado sus papeles para centrarse en una conversación en solitario en la cual buscaba esclarecer su mente.

—Lefevre, ¿podrías dejar de hablar solo y decirme qué sucede?

—Esa maldita muerta nos ha causado más problemas de los que pensamos. De Valois, necesito una solución rápida para esto.

—¿En serio? —el azabache blasfemó y volvió a recostarse en su silla con extremoso cansancio—. Maldita sea. Bien jugado, ¿a que sí?

—Demasiado bien. Ahora, mira estos números y ve el error.

—Ahí —dijo tan solo abrir la carpeta—. ¿Qué es?

—¿No te recuerda a algo en específico?

De Valois frunció el ceño un poco y asintió con desgana.

—Qué meticuloso.

—Es una buena tortura, ¿no es cierto?

—A diferencia de lo que crees, esa fecha me gusta.

—¿Fecha? —irrumpió—. Pensaba que hablaban de números.

—Y así es —dijo Lefevre—. Pero alguien se ha metido con mis finanzas y eso es imperdonable.

—¿Hicieron que los números coincidieran con una fecha que les resulta familiar y dolorosa? —sonrió Millie—. Debe ser alguien que los conoce y al mismo tiempo tiene acceso a su contabilidad.

De Valois y Lefevre se lanzaron una rápida mirada.

—Sí, parece ser.

—¿Lo crees?

—¿Qué? —se quejó la joven al ser nuevamente excluida.

—Nada —tranquilizó Lefevre—. En todo caso, no podremos pensar en nadie en este momento; ¿quién podría ser tan idiota como para hacer algo así? Era obvio que lo descubriría en seguida.

—Quizá era lo que quería.

Ambos hombres posaron su mirada en la joven que bebía su té en una total calma, sintiéndose halagada por la sorpresa que había en sus rostros, y aunque era obvio que ellos habían descubierto a dicha persona que logró infiltrarse en las finanzas, eso ya no le interesaba.

—¿Por qué está molesta? —la apuntó Lefevre con la mirada—. ¿Qué le hiciste en tan corto tiempo?

—Ah, pues la amenacé con un arma, dormí con ella y la hice quedar en ridículo en algo que pensaba que era crucial.

—Has tenido una mañana movida. —Lefevre pidió su café al camarero con inusitada tranquilidad.

Millie colocó sus manos sobre la mesa, lanzando una fiera mirada hacia De Valois y después a Lefevre, a quien dirigió sus palabras:

—Debes saber que yo no quedé en ridículo y que yo lo amenacé primero; pude haberlo

matado si hubiera querido.

—No me digas. —Lefevre parecía poco interesado—. ¿Qué tan bueno estará el *éclair* aquí?

—Sabes que no me gusta lo dulce —observó De Valois—, ¿por qué no te pides un *saint honoré* si sabes que es lo que te gusta?

—Quiero probar algo nuevo.

—¡Ey! ¿Me están escuchando?

Los hombres levantaron la mirada con total calma, fijándola en ella sin entender el motivo de su enfado.

—¿Quieres que te aplauda por amenazarlo? —inquirió Lefevre con una ceja arqueada—. Lo haría si al menos tuviera una herida.

—Es verdad, eso sería motivo de una invitación de café —bromeó De Valois—, pero como no lo has hecho, te pagas sola.

—Hola a todos —Ivette tomó asiento en la única silla disponible—. ¿Han tenido una buena mañana? Porque yo sí escuché un rumor… Agh, delicioso, que no saben.

—No quiero chismes a estas horas del día —pidió De Valois.

—Yo sí lo quiero —aceptó Lefevre, mirando a su colaboradora con gravedad—. ¿Lo has puesto en el diario del día de hoy?

—Pero claro, llegué temprano a las oficinas para poder incluirlo.

—Qué trabajadora —sonrió De Valois.

—Es verdad —asintió Lefevre, pero no parecía compartir el buen humor de su amigo—. Debiste estar muy ocupada, ¿no es cierto, Ivette? Digo, con lo difícil que debió ser descuadrar los libros.

—¿Qué? —la chica frunció el ceño—. ¿De qué hablas?

—Míralo tú misma —le tendió los libros contables, señalando la cuenta que aparentemente tenía una fecha importante.

—No he sido yo —negó en seguida—. No me atrevería, lo sabes.

—Eres la única persona que podría entrar a mi oficina sin que yo esté presente —apuntó Lefevre con fastidio—. ¿Qué pensabas?

—He dicho que no fui yo.

—Me parece sincera —dijo De Valois.

—¿Entonces quién…?

—Oigan ustedes tres —Millie plantó sus palmas sobre la mesa, provocando que los utensilios en ella se balancearan y tintinearan—. ¿Se puede saber por qué me excluyen de su conversación?

—Porque no te incumbe —contestó De Valois—. Si estás molesta porque seguías una pista falsa, no es nuestra culpa; ve a desgastar la energía de otras personas, arruinas mi café.

Ivette miró de uno a otro y sonrió con picardía.

—¿Ocurrió algo entre ustedes?

—Dormí con ella ayer y ahora está insoportable —reveló De Valois sin mostrar vergüenza por el malentendido que resultaba el decir esa despreocupada frase.

—¿Qué? —Ivette saltó en su lugar y se volvió hacia Millie—. Quiero todos los sucios detalles; será una noticia intragable.

—¿De qué hablas? —Millie negó en seguida, cada vez más asqueada—. Antes muerta que acostarme con este sucio vagabundo.

—Fue lo que hiciste ayer, ¿no es cierto? —aseguró De Valois.

—¡Se está malentendiendo!

—Ah —De Valois levantó la vista y sonrió de lado—. No, Ivette. ¿Cómo crees que tendría sexo con esta niña?

—Ya decía yo.

—¿Cómo que niña? —se indignó.

—Para este momento, no sé lo que quiere que diga. —De Valois habló bajo y hacia Lefevre, quien asintió en comprensión.

Tarde comprendió que los tres amigos se estaban burlando de ella prácticamente desde que inició su conversación, por lo cual se sintió ofendida y quiso marcharse cuanto antes. Rebuscó en su maletín y sacó unos cuantos billetes para pagar su cuenta, lo cual desconcertó a Lefevre, quien la detuvo en seguida.

—No te preocupes, lo pago yo.

—Oh, no, por favor —pidió indignada—, creo que ha sido suficiente cortesía de su parte el estarse burlando de mí.

—No lo hacíamos, Millie, no seas amargada —sonrió Ivette—. Vamos, no te vayas, termina tu lindo panqué.

—Ni hablar, tengo otras cosas que hacer —levantó la mirada y sonrió con altanería—. De hecho, acaba de llegar mi cita.

—¿Cita? —inquirió Lefevre, lanzando una mirada al ensimismado De Valois, quien estaba mucho más interesado en el menú que en la plática.

—Sí. Entonces, los dejo solos para que descubran quién fue el que puso esa fecha tan importante entre los números de la contabilidad.

Millie le sacó la lengua a su amiga y se apuró a correr hacia la entrada, donde se detuvo para saludar al hombre con el que pensaba pasar el resto de la mañana intercambiando palabras.

—Condenada —sonrió Ivette y miró a Lefevre—, me ha vuelto a meter en el aprieto, pero te aseguro que yo no fui.

—Sabemos que no fuiste tú —dijo De Valois, dejando de lado el menú—, pero necesitábamos que Millie pensara que sí.

—¿Desconfían tanto de ella?

—Sí —confirmó Lefevre—. Esa chiquilla puede llegar a darnos muchos problemas. Afortunadamente, De Valois accedió a encargarse de ella y de su frío corazón.

—¿Frío? —negó el susodicho—. Yo diría que está ardiendo en curiosidad que lastimosamente no verá satisfecha.

—Está hablando con un pintor.

De Valois estiró el cuello y asintió con desgana.

—Modigliani. Seguro que ya descubrió sobre las marcas.

—No puede ser, ¿cómo lo sabría? Habías dicho que no tuvo acceso a los cuerpos de las víctimas pasadas.

—Seguramente mintieron todos —dijo De Valois—. Ella lo sabe y eso la acerca a nosotros; tenemos que ser cuidadosos a su alrededor.

—¿Creen que Modigliani le diga?

—No tiene por qué esconderlo —dijo Lefevre—. Él no sabe nada.

—Pensé que era tu trabajo engatusarla —reclamó Ivette.

—Es lo que hago —asintió tranquilo—, no es una presa tan fácil.

—Será mejor que le pongas empeño —sugirió Lefevre.

—No la dejaré libre, solo le permito volar un poco, pero la tengo de un hilo —simuló como si jalara algo—. Sé cómo traerla de regreso.

—Yo no estaría tan segura —observó Ivette—. Creo que piensas que has atrapado una mariposa, pero ella es un ave.

—Tranquila, no la estoy subestimando. —De Valois levantó la mirada, clavándola en la joven que hablaba animosamente con el pintor que le ponía toda su atención—. Es lista.

—No la admires, destrúyela —pidió la joven.

—Tampoco es necesario llevarlo a ese extremo —dijo Lefevre.

—¿Por qué lo dices? ¿No quieres quedar mal con su familia? —Ivette entrecerró los ojos—. Deja de lado lo profesional, Lefevre.

De Valois lanzó una rápida mirada a su amigo y supo que no había nada profesional en esa petición, pero decidió callar, porque no era el momento ni tampoco el lugar para sacar ese tema a la luz.

—En todo caso, ¿quién habrá puesto la fecha del cumpleaños de Fleur en las cuentas? —inquirió De Valois.

Los tres amigos guardaron silencio, lanzándose miradas cargadas de sospechas en las que los tres coincidían.

—Solo pudo ser él.

—Estamos en problemas.

De Valois era el que estaba más consciente de ello, sus amigos aún no se podían imaginar lo cerca que tenían la soga. Y no solo ellos, sino la impertinente chiquilla que Lefevre le había encomendado mantener cerca, debía encontrar la forma de callarla.

11 IGNORANTE

Millie regresó a su casa sintiéndose a gusto con su día, más no totalmente satisfecha, puesto que aún recordaba el evento de esa mañana, en donde De Valois la dejó en ridículo enfrente de Monsieur Bardot, quien en esos momentos debía estar enfrentando el peso total de la justicia, al igual que su esposa, quien ya de por sí moría de culpa por encubrir tal atrocidad.

Lo único que quería era poder subir las escaleras y dirigirse a su habitación para tomar un largo baño e ir a dormir; pero sus sueños se vieron frustrados cuando de pronto el mayordomo la interceptó para presionarla en su arreglo e inmediata presencia en el salón, puesto que parecía ser que sus padres la esperaban para que atendiera un banquete con el resto de la familia.

Debió esperar algo parecido.

El hogar de los Charpentier era un desfile interminable de personalidades importantes que se autoinvitaban para tener una estimulante conversación con sus padres. Ella no tenía nada que hacer o contribuir en tales tertulias, pero, como era de esperarse, los invitados esperaban poder deleitar sus ojos con la única presencia femenina en la casa, además de la de su madre.

No lo admitirían nunca, pero a la gran mayoría les agradaban las impertinencias de Millie, así como su absoluta y refrescante audacia para hacer preguntas que desconcertaban, pero más que nada los hacía reír a carcajadas al venir de alguien tan joven.

Era un entretenimiento más, Millie lo sabía y le desagradaba, pero lo mínimo que podía hacer para corresponder las libertades que sus padres le brindaban era aparecer de vez en cuando en sus cenas.

Subió a su habitación en medio de quejas sonoras que iban dirigidas solo para ella, pero se detuvo al momento de entrar a su habitación, porque notó con desconcierto que alguien se atrevió a mover todo de sitio… más bien, a ordenarlo, lo cual para ella era un completo desastre, porque su cabeza lo había registrado todo a la perfección y ahora estaba segura de que no encontraría nada.

—Mataré a alguien —asintió—. Lo haré.

—Ah, has vuelto.

—Soleil, dime que alguien más lo hizo o te mataré ahora mismo.

—Sabía que lo notarías —dijo con vergüenza—, pero no te preocupes, lo he ordenado todo, incluso hice anotaciones de todos tus garabatos al pie y los acomodé en orden encima de los libros, así no te costará trabajo encontrar nada.

—No sé si agradecerte o lanzarte por la ventana.

—Tu madre se mostró mortalmente agradecida.

—Así que hiciste esto para congraciarte.

—Para contigo —asintió con firmeza.

—No quiero ser grosera, Soleil, pero nunca me ha gustado que toquen mis cosas, ni siquiera si es para un *bien*.

—Comprendo. En ese caso, me equivoqué.

Millie suspiró, tratando de relajar su propia tensión.

—Bueno, no es para tanto, ¿cierto?

—Te aseguro que te irá bien con las notas.

—Seguro —asintió—. Lamento haberme molestado.

—No, yo fui atrevida. Es solo que no sabía qué hacer.

Era verdad. Millie prácticamente salió todo el día sin dejarle una orden concreta a Sol, lo cual seguramente la puso nerviosa y por ello hizo lo que pensó que la congraciaría a su regreso.

—Bueno, en todo caso no importa, necesito de tu ayuda.

—Ya lo he hecho, tengo el vestido perfecto aquí y la tina está puesta, aunque no te aseguro que esté caliente.

—No importa, me gustan los baños fríos, me ayudan a despertar.

—De acuerdo, te esperaré aquí para peinarte.

Soleil se mostró desmoralizada al darse cuenta de que su exhaustivo trabajo no fue tan beneficioso como pensaba. Había estado por horas esperando ansiosa cada paso cercano para ver la expresión agradecida de la joven que amablemente la había ayudado, pero ahora sabía que se

sobrepasó en su pensar y la había incordiado.

Se concentró mejor en su trabajo; no haría nada que no le pidiera ella, porque a veces la motivación excesiva creaba problemas.

—¿Sigues trasteando, Sol? —la atrapó Millie en sus suspiros.

—No, para nada.

—Lamento haberme alterado.

—Tenías razón, no te pregunté al respecto.

—Dejémoslo en el pasado, ¿te parece?

La joven asintió y pidió que se sentara frente al tocador para comenzar con su arreglo. Soleil tenía la habilidad de una estilista, por lo que Millie resplandeció en lo que fueron minutos y salió casi corriendo de su habitación al deducir que su padre la querría matar al llegar tan tarde a casa. Seguro que le había advertido de esa cena con antelación y lo olvidó, por lo que aceptaría sus miradas asesinas.

Trató de entrar con toda la dignidad que pudo al salón donde las personas estaban fumando y bebiendo como digestivo después de la cena. Era algo positivo, porque así no notarían tanto que de pronto apareció en la velada… o eso pensó.

—Llegas tarde, Lady Mimos.

—No…

Se volvió con impresión hacia Monsieur De Valois, quien lucía impecable en un traje de gala que jamás pensó que tendría.

—¿Qué hace aquí?

—Resulta que soy invitado de tu casa.

—¿Qué? —chilló.

—Ah, Mademoiselle Charpentier —sonrió Lefevre, quien se unió a la conversación—. Debemos aceptar que sus padres son seres humanos excepcionales. No dudaron ni un segundo al vernos en problemas con nuestro hogar.

—¿Problemas? —entrecerró los ojos—. ¿Qué problemas?

—Bueno, al ser un lugar donde hubo un crimen, no nos es posible estar ahí con naturalidad;

los oficiales entran y salen a placer, por lo que decidimos salirnos en lo que todo se resuelve —dijo De Valois, cruzándose de brazos con placer en la mirada.

—No tiene sentido; habrán acudido un día y sacado lo necesario.

—Resulta que no, están tratando de saber por qué ocurrió dentro de nuestra casa cuando el criminal solía sacar los cuerpos a la calle —dijo Lefevre—. Nos recomendaron no quedarnos por las posibilidades de que el asesino sepa cómo entrar y salir y quiera hacer daño a alguno de nosotros o a nuestra servidumbre.

—No me digas —negó la joven mirando a De Valois—, seguro que es una idea implantada, ¿no es cierto?

—Pensaron solos en eso —se inclinó de hombros—, pero además les ofrecimos el lugar como centro de operaciones. Es un caso especial, por lo que hacerlo en la comandancia no es funcional; la información puede salir de esas paredes y esto es de alto riesgo.

—Evidentemente.

—Ah, hija —. Alice Charpentier se acercó—. Supongo que ya conoces a nuestros invitados, ¿no es cierto?

—Mejor de lo que quisiera —dijo con voz apretada.

—Tu padre y yo nos vimos sobrecogidos con lo que sucedió y no pudimos hacer otra cosa más que ofrecerles hospedaje —Alice continuó sin hacer caso a la evidente molestia de su hija —. ¿Cómo va a ser que dos ciudadanos que tratan de ayudar de forma tan activa terminen confinados en un incómodo hotel?

—Hay unos muy buenos por aquí.

—Lo dice en broma. —Alice rio nerviosamente.

—Seguro que sí —asintió De Valois—. En todo caso, espero que nos llevemos bien durante estos días.

—No se preocupe, sé actuar a la perfección.

—Millicent, ¿me permites un momento? —intervino su madre.

—¿Millicent? —inquirieron De Valois y Lefevre a la vez.

La joven se sintió expuesta y avergonzada, sobre todo al ver la transformación en la mirada

de esos dos. Se burlaban y lo harían por el resto de su vida, al menos De Valois lo haría, porque seguro que Lefevre sería reservado con el tema, aunque le causara gracia.

—¡Mamá! —se quejó la muchacha.

—Oh, lo siento, Millie, sé lo mucho que te disgusta —. La miró con disculpas—. Aunque de todas formas lo descubrirían, tu padre te dice así y ellos se quedarán aquí por un tiempo.

—Así que ese es tu verdadero nombre —se burló De Valois.

—Atrévete a mencionarlo y…

Alice interrumpió la amenaza, llevando a su hija consigo, prácticamente tuvo que jalarla lejos de los dos hombres que sonreían amistosamente desde el punto de vista de la madre.

—Mamá, ¿por qué tenían que invitarlos?

—Pensamos que te haría feliz, llevas meses hablando del tal Lefevre y ahora que se presentó la oportunidad…

—Sí, pero… —Se tomó el rostro—. No ahora.

—Están haciendo una gran labor con la comunidad al brindar su casa para ayudar a los oficiales —le hizo ver—, deberías sentirte honrada de ayudar un poco.

—Dudo que lo hagan por eso.

—¿De qué hablas?

—Nada —negó—. En todo caso, ¿cuánto tiempo se quedarán?

—No lo sé, tu padre les dio apertura completa, pero ellos insinuaron que ya están buscando otro lugar.

—¿Comprarán otra casa?

—Eso dicen.

—Vaya, no pensé que el tarado de De Valois pudiera afrontar eso —sonrió con sorna—. ¿Qué digo? Seguro vive a costa de Lefevre.

—Te equivocas de nuevo, hermana.

Alice levantó la mirada y observó a sus tres hijos, cada uno igual al otro, aunque con diferentes matices en los ojos. Hubiera querido intervenir para que no se desatara una nueva pelea, pero el resto de los invitados requería de su atención y se vio en la necesidad de dejar a su

hija lidiar con sus propios problemas.

—¿De qué hablas, Nick?

—El que tiene el capital es De Valois, todo el mundo lo sabe —dijo Thiago—. Lefevre dirige, pero De Valois invierte.

—¿Tiene dinero?

—Bastante —asintió Brand—. Muchos dicen que es mal habido, pero nadie lo sabe con certeza; la familia De Valois ha sido un misterio desde que dejaron la corona.

—¿Corona?

—¿Es que no sabes nada? —sonrió Nick y rodó los ojos—. La familia de Valois es de la rama de la dinastía de los Capetos que reinó en Francia entre los años 1328 y 1589.

—Con razón tiene aires de rey —se volvió hacia el hombre que, al sentir la mirada de Millie, elevó una copa en su dirección.

—En realidad, siempre ha mostrado un perfil bajo; dicen que dejó a su familia hace mucho a pesar de ser el heredero de su casa.

—¿Ya no tiene familia?

—Se dice que es el último.

—Así que al pobre no le quedó otra opción más que aceptar el dinero de su papi —hizo un puchero, fingiendo lástima—. Agh, detesto que papá los haya invitado.

—De hecho, fue madre quien lo hizo, ya sabes cómo es, le tocas el corazón con facilidad —dijo Brand.

No. Millie sabía que su madre lo hizo por ella, porque pensó que sería una forma de acercarla a sus metas sin que arriesgara su vida.

—En todo caso, nunca habíamos visto a Philip tan conversador —apuntó Nick—. Tal parece que él y Lefevre tienen mucho en común.

Los ojos violetas de los hermanos pasaron a las figuras mencionadas, quienes se mantenían en una esquina, bebiendo ávidamente y charlando con una alegría que no era común en Philip.

—Parece que son amigos —asintió Millie—, procuren no meterse, él se merece tener un amigo que no sean ustedes.

—¿Qué? —saltaron los trillizos—. Él solo puede ser nuestro.

—Agh, qué pesadilla —negó—. Me voy.

—¿A conquistar a Monsieur Lefevre? —sonrió Thiago.

—¿Qué?

—Ah, vamos —chasqueó Nick—. Vimos tu mirada de borrego a medio morir. Por mucho que te quejes, te gusta.

—O es a De Valois a quien perseguirás.

—¡Claro que no!

—Esa chillante voz lo comprueba —dijo Brand, cubriendo sus oídos al igual que los demás.

Casi siempre Millie estaba acostumbrada a esa clase de intercambios molestos con sus hermanos, pero en esa ocasión realmente sentía que la querían desquiciar. Aunque admitía que ambos hombres eran todo un deleite para la vista, no sentía nada por ninguno. Bueno, no podía engañarse a sí misma, por De Valois sentía un fuerte resentimiento, pero sobre todo le provocaba el sentimiento de que debía tener mucha precaución. Finalmente, era un hombre temible; si se estaba acercando a su familia, debía tener alguna intención oculta que tendría que descubrir.

Lo marcó como nueva meta; de hecho, planeaba preguntárselo en cuanto sus padres dieran por terminada la velada que, ahora sabía, era una bienvenida para sus invitados.

Normalmente, hubiera huido a la primera oportunidad, pero en esa ocasión resistió; observaba de cerca el comportamiento de Lefevre y De Valois, quienes se paseaban con naturalidad entre el resto de los invitados, que parecían hacerles fiesta.

Eran las doce en punto cuando su padre dictó que sería buena hora para irse a dormir, lo cual Millie atendió en seguida. Sin embargo, antes de dirigirse a su habitación, se tomó la molestia de seguir con la mirada el camino que De Valois hacía hacia su habitación en la planta baja, alejada de la de ella y el resto de la familia.

Asintió, sabía dónde estaba; ahora solo debía encontrar la manera de entrar sin que nadie lo notara.

¿Arriesgado? Sí. ¿Tonto? Seguro. ¿Necesario? Por supuesto.

Millie esperó pacientemente en su habitación, dando vueltas de un lado a otro mientras

esperaba a que Sol regresara con la noticia de que todos estaban en sus habitaciones y ella podía salir sin que alguien viera la locura que estaba por cometer.

—¡Millie! —La puerta se abrió lentamente, pero Sol entró como si la viniera persiguiendo un perro—. Listo, está solo; su amigo el rubio ya salió de su habitación y se encerró en la suya.

—Bien, ahora, necesito que te quedes aquí, Sol, métete a mi cama.

—¿Qué?

—Mi madre tiene la tendencia de venir a checar que estoy aquí —precisó—. Anda, métete.

—No puedo meterme en su cama.

—Que sí.

—No, ni loca.

—Entra.

—No —ella incluso negaba con la cabeza.

—Soleil, si no te metes, te meto.

La muchacha se cruzó de brazos, reacia a hacer lo que le pedía, pero cuando vio a Millie tomar la iniciativa para empujarla, levantó las manos y caminó por sí misma.

—Volverás, ¿no es cierto?

—No es un encuentro de amor.

—¿Entonces?

—Tengo que ajustar cuentas con él —sinceró—. Quiero que se vaya de aquí; descubriré por qué vino y lo echaré.

—No creo que funcione.

—¿Puedes dejar de ser tan negativa?

—¿Tú puedes dejar de hacer locuras? —arqueó las cejas.

—Pues no.

—Pues yo tampoco —replicó—. Imagina que tu madre entra y me quiere dar un beso de buenas noches, ¿qué hago entonces?

—Cubrirte la cara con las sábanas.

—¿Es tu propósito que me dé un ataque?

—Ay, por favor, tan solo entra ahí.

Una vez que Millie comprobó que Sol se metía a la cama, salió de la habitación, asomando primero su cabeza para después correr por el pasillo hacia las escaleras, esperando que no hubiera otra persona medio demente como ella tratando de infiltrarse en otra habitación.

Pero lo hubo.

De hecho, se tuvo que esconder debajo de las escaleras y entre unas cortinas para no ser vista por Lefevre, quien se dirigía hacia la salida, pero no solo, sino que iba en compañía de su hermano Philip, con quien platicaba amenamente sobre arte.

Conocía a su hermano lo suficiente como para saber que le gustaba el movimiento artístico del momento, admiraba a personas como Picasso, quienes estaban revolucionando el arte, aunque para la gran mayoría aquello no fuera más que basura comparada con el arte que se venía manejando hasta el momento.

Ella no sabía mucho de eso; era versada hasta el conocimiento actual, pero no tenía ojo para las innovaciones.

Una vez que salieron de la casa, Millie pudo seguir su camino hasta entrar a la habitación asignada a De Valois. Volviéndose de prisa para cerrar la puerta, colocó ambas manos sobre ella como si alguien de pronto la fuese a empujar.

—Podría decir que me sorprende; aunque no sería verdad.

Millie se giró con tranquilidad, la que persistió sorprendentemente a pesar de que ese hombre se encontraba únicamente con el pantalón para dormir, sin nada que cubriera la parte superior de su cuerpo. Era una vista agradable de la cual no quiso apartar la mirada por varios minutos, disfrutando con deliberado placer de la imagen que tenía enfrente.

De hecho, había olvidado por completo la razón que la había llevado hasta ahí.

Resultaba muy diferente a ver el cuerpo de sus hermanos, que, si bien no estaban mal en cuanto a constitución física, no se podían comparar con la excitación que provocaba el cuerpo de una persona con la que no tenía consanguinidad.

—Haré esto por ti —dijo divertido, cubriendo su cuerpo con una bata de seda color negro—.

Listo. ¿Puedes parpadear ahora?

—Ajá —sentía la boca seca, y después negó con decisión— Mejor quítatela, prefiero la vista de antes.

—Graciosa. —Sonrió de lado—. ¿A qué has venido?

—Quiero saber por qué estás aquí —dijo sin mirarlo a la cara, desinteresada en ocultar su fascinación.

—Ey, acá están mis ojos —apuntó el hombre.

—Sí, pero prefiero esta vista —admitió sin pena.

—De acuerdo, si tanto te interesa saber, nosotros no planeábamos quedarnos; tu madre lo ofreció, esa es la verdad.

—No te creo nada —ladeó la cabeza y frunció la boca—. ¿Podrías abrir la bata al menos un poquito? Eso sería más agradable.

—Puedo quitarme absolutamente todo, Lady Mimos o, mejor dicho, Lady Millicent —. Aquello la enfureció, por lo que levantó la mirada con el ceño fruncido en completo disgusto—. Así que solo volteas ante la mención de tu verdadero nombre.

—No me digas así.

—¿Por qué? Es tu nombre.

—No, no lo es. Millie, me llamo Millie.

—Dudo que esté así en tu acta de nacimiento.

—En todo caso —interrumpió la discusión sin salida—. No creo que tu llegada haya sido casualidad, y quiero que me digas por qué decidiste seguirme hasta mi hogar.

—Acepto un trueque. Te diré a qué vine, si me dices qué era lo que platicabas con ese artista en el café.

—No se te va nada.

—Lo siento, así es la vida de adultos, niñita —se cruzó de brazos.

—Bien —dijo de mala gana, caminando hasta una silla y se sentó mirando hacia él, quien se quedó de pie—. Encontré que en varios cuerpos había una misma marca, probablemente de un anillo o un sello, así que me pareció interesante ir con el artista que parecía ser el creador.

—¿Un anillo?

—Sí —se inclinó de hombros—. El asesino marca a sus víctimas como si se tratara de sellar una carta.

—Pensé que la firma del asesino eran los cortes en el vientre.

—Al parecer, esto también es parte de su ritual.

—¿Y cómo lo sabes si se supone que no has tenido acceso a los cuerpos? —elevó una ceja.

—Tengo mis métodos.

—Así que el doctor Anton es más hablador de lo que parece.

—No ha sido él.

—Por supuesto —condescendió—. Entonces, ahora que descubriste que las marca con ese sello, ¿tienes idea de la razón?

—No —suspiró—. No tiene sentido que deje algo tan personal contra la piel de las personas a menos que tenga un significado especial. Puede estar burlándose de los oficiales de policía, es obvio que es narcisista con tendencias a megalomanía, pero cabe la posibilidad de que esté dejando pistas a alguien.

—¿A qué te refieres?

—Sé que te estás haciendo el tonto —lo apuntó—, me resulta desesperante, pero admito que tus dudas tontas me ayudan a pensar.

—Me alegra saber que me crees más inteligente de lo que soy.

—Has estado trabajando mucho tiempo en este caso —dijo tranquila—, no sé desde hace cuándo o por qué, pero es importante para ti; debió ser algo personal.

—Supongo que te crees muy inteligente y deductiva.

—Sé que te estoy incomodando y eso significa que me estoy acercando. Estás queriendo insultarme con tus sarcasmos, pero no funcionará —lo apuntó con una sonrisa y se puso en pie, navegando por la habitación—. Veamos, tengo contabilizados al menos diez asesinatos, si es que no se me ha traspapelado alguno.

—Lo más seguro es que así sea.

—No, mis fuentes están seguras en esto.

De Valois sonrió; en verdad que el doctor Anton necesitaba que alguien le diera un escarmiento para dejar de dar información. ¿Cómo era posible que se dejara embaucar por una muchachita mimada? Aunque si la idea era librarse de ella, lo comprendía perfectamente. Comenzaba a entender que Millie Charpentier era una astilla difícil de sacar, porque se enterraba con profundidad, pero no se veía; únicamente molestaba cuando se trataba de hacer ciertas cosas.

—Digamos que tienes razón, que el sello es una pista para alguien en específico, ¿para quién sería?

—No lo sé con certeza, pero mi primera teoría es que son para ti. Aunque no tendría sentido que un asesino te retara, ¿no es cierto? Eso significaría que tendría que conocerte; quizá sepa que lo persigues y es una forma de burlarse —lo miró con ojos entrecerrados y la cabeza ladeada—. Oh, por Dios. Es cierto, son para ti.

Millie sonrió con la victoria marcada en su rostro y siguió caminando, porque eso la ayudaba a pensar.

—¿Lo son?

—Deben serlo. Ese sello lo hizo un artista, uno que conoces y que casualmente estaba en la velada de esa noche.

—¿En serio?

—Descubrí que son letras —elevó la ceja, acercándose más a él, tratando de encontrar matices en sus ojos claros—. Tres para ser exactos, tres letras distintas, tres personas.

—¿El asesino, Lefevre y yo? —sonrió.

—Puede ser.

—Es cierto.

—¿Lo aceptas? —se desconcertó.

—No. Acepto que es una posibilidad.

—Deja de jugar conmigo.

—En todo caso, ¿no es peligroso lo que haces? —Fue su turno de avanzar hacia ella; nuevamente tenía aquella mirada espeluznante que hacía creer a Millie que era el mismo demonio—. Estás aquí, sola, a mi entera disposición y piensas que puedo ser parte de un grupo

asesino, ¿no estás siendo descuidada?

Tragó. Lo estaba siendo, pero no creía que le fuera a hacer daño.

—Tienes cara de asesino, pero algo me dice que no lo eres.

—Es la fachada perfecta, ¿no crees? El que pueda engañar a tu lindo e inocente corazón femenino me da la ventaja perfecta —elevó una ceja—. ¿No te parece lógico que atraiga a mis víctimas porque soy encantador y apuesto?

—Sería… muy conveniente.

—Ya lo creo.

—¿Por qué quieres intimidarme?

—Porque parece que no eres consciente de tus acciones —la acorraló contra una pared—. Quitemos el asunto del asesino de la mesa; ¿no te parece una locura que estés en mi recámara? Soy un hombre, uno malo, además. Podría atacarte.

—¿Eso quiere decir que te gusto? —trató de librarse al picarle el orgullo, porque pensó que lo negaría en seguida.

—Todas las mujeres me gustan, son hermosas en general.

Ella lo miró por largos segundos, entrecerrando un poco los ojos para después sonreír; incluso dejó escapar un resoplido burlesco.

—Oh, pero qué mentiroso eres —ahí lo atrapó y lo empujó, recobrando su antigua confianza —. Si algo no cuadra en tu personalidad maquiavélica, es ser flexible con tus gustos. Eres un fijado, quieres simularlo, pero cada cosa que posees o traes encima ha sido minuciosamente seleccionada, ¿no es cierto?

—Pensé que habías dicho que parezco un vagabundo.

—Quizá no te guste, pero te acostumbraron a seleccionar, no solo cosas materiales, sino a las personas —sonrió—. Así que no te creo, no te gustan todas las mujeres.

—Eso me hace más adecuado para el perfil del asesino, ¿no? —se inclinó de hombros—. Porque también selecciona a conciencia.

La mente de Millie colapsó y su sonrisa se paralizó.

—¿Por qué lo proteges?

—No lo hago.

—Sí, lo haces —. A Millie poco le importaba estar acorralada por él. No entendía la razón, pero no la atemorizaba, aunque era notorio que eso quería—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Tienes que irte.

—Dímelo, puedo ayudar, no soy un estorbo, al contrario.

Los claros ojos grises de él recorrían el rostro resuelto de la mujer más insensata que había conocido después de mucho tiempo. Era peligrosa, incluso para sí misma, necesitaba alejarse, sabía lo que pasaba si se permanecía junto a una persona como ella. Meneó la cabeza, cerró los ojos e hizo amago de apartarse, pero no pudo hacerlo, porque de pronto sintió un tirón en el cuello y eso se debía a que ella había tomado las solapas de su bata, jalándolo para que se mantuviera cerca.

Impulsiva, era demasiado impulsiva.

—¿Qué haces?

Ella sonrió.

—Lo que tú no te atreves.

Lo besó. Era completamente irracional que lo hubiera besado. ¿Esa chica no tenía ni una pizca de cerebro o autopreservación? Estaba claro que sospechaba de él, lo dejó claro en su discurso, temía que fuera parte de una sociedad junto a Lefevre y el asesino, pero aun así lo estaba besando, ¿con qué propósito lo hacía? Y más importante aún, ¿por qué se lo correspondía?

De Valois comprendía parte de la locura dentro de esa arrojada chiquilla, pero, ¿qué podía decir de la suya? Se sintió excitado casi al momento de besarla; ni siquiera hubo cabida para la sorpresa. La sintió pasando sus manos por encima de la bata, satisfaciendo la necesidad de tocarlo, la cual observó en sus ojos desde un principio. Estaba curioseando; ese era su único objetivo.

Pero era mucho más que eso, porque la realidad oculta tras ese beso era que lo estaba distrayendo. Desde que entró en la habitación, notó algo interesante, algo que no había visto antes y que ahora necesitaba tener en su poder, o al menos verlo de cerca.

Lo empujó ligeramente, notándolo dócil ante sus peticiones. Encaminarlo a la cama era una tarea fácil porque ningún hombre se podría resistir a una mujer que claramente tenía las intenciones de ir más allá de un simple beso; eso lo sabía Millie y no pensaba desaprovecharlo… un poco al menos, porque ella también estaba experimentando y disfrutando aquel beso.

Por supuesto que no era la primera vez que daba un beso, pero sí podría decir que De Valois era el mejor en el elemento. Sabía lo que hacía y eso a Millie le encantaba, porque ella se consideraba buena besando y pensaba que no había nada peor que un hombre que no supiera besar… Ya le habían tocado muchos y vaya que fue una decepción, incluso fue causa de desenamoramiento.

Lo hizo sentarse en el borde del colchón y no dudó en subirse a sus piernas, abriendo los ojos de cuando en cuando para observar aquella pieza brillante a la que ansiaba llegar, pero seguía estando muy lejos, prácticamente en la mesa de noche del otro lado.

Necesitaría rodar para alcanzarlo.

—Te atrapé. —De Valois le tomó el rostro y sonrió de lado, mostrando aquellos colmillos que a ella le parecían tan magníficos.

—¿De qué hablas? —saltó sobre él.

—¿Eso es lo que quieres? —apuntó con sus ojos hacia el mueble a sus espaldas; Millie sabía a lo que se refería.

—¿Qué cosa?

—El anillo de allá atrás —dijo tranquilo—. ¿Eso quieres?

—No lo había visto.

—Desde que entraste has estado desviando los ojos hacia ese lugar —dijo tranquilo, sonriente y muy divertido.

—Claro que no.

—Por eso Lefevre sabe que no serías buena para el trabajo, tus ganas por tener una historia te hacen evidente, casi transparente —la levantó de su regazo—, pero lo agradezco, gracias a ello disfruté de un beso medianamente aceptable.

—¿Disculpa?

—¿Te creías una espléndida besadora? —se burló—. Por favor, eres novata, puedo notarlo, no importa qué tan atrevida seas.

Ella limpió sus labios, como si de pronto sintiera asco de tener residuos de la saliva de ese hombre.

—Bueno, ahora sabes que tú tampoco eres tan bueno; en todo momento me la pasé bastante distraída —contraatacó y estiró la mano—. Enséñame, es más fácil ahora que sabes lo que quiero.

De Valois se inclinó de hombros y rodeó la cama hacia el mueble al otro lado, tomando la joya con muy poco interés y entregándosela.

—Me pregunto hasta dónde estabas dispuesta a llegar con tal de tener un momento con mi tonto anillo titular —sonrió complacido.

—No tan lejos como imaginas. Pensaba dejarte con las ganas.

—Podría no haberme detenido.

—¿En casa de mis padres? —dejó salir una risita—, no diga tonterías, tendría a cuatro dementes queriendo matarlo antes de que me pudiera poner una mano encima.

—Tendrías mucho en contra al estar en mi habitación.

—No importaría incluso si estuviera sobre ti —dijo, revisando el anillo minuciosamente—. Si una mujer dice que no, es no, ¿no crees?

De Valois sonrió.

—Quizá.

—Mmm… —Gruño resignada no era como el que buscaba.

—¿Insatisfecha?

—No tanto, te dije que no pensaba que fueras tú, pero me dejas inquieta, ahora sé que lo proteges, ¿acaso es tu hermano?

—Soy hijo único.

—Lo sé —recordó—. Me lo han dicho hoy.

—Supongo que pudiste preguntarle a cualquiera; mi historia familiar es del dominio público.

—Pues sí —se cruzó de brazos—. Aunque no me importa mucho.

—Me doy cuenta de que no tomas en cuenta las advertencias.

—Prefiero juzgar por mí misma —asintió—. En todo caso, es tu turno de decirme por qué estás aquí.

—¿Qué?

—El trato, yo te dije la razón por la que me reuní con Modigliani, ahora dime por qué has venido hasta mi casa.

—Vine porque necesito estar cerca de ti.

—¿Por qué? ¿Quieres espiarme?

—No quiero espiarte —desechó la idea de inmediato—. Necesito estar cerca de ti porque pienso que no falta mucho para que seas una de las víctimas; de ser el caso, podría atraparlo en el acto.

—¿Qué dices? —negó—. ¿Por qué piensas eso?

De Valois torció una nueva sonrisa, incluso se formó un hoyuelo en la mejilla que se contraía para crear aquella mueca.

—Fuiste demasiado inconsciente, estás creando demasiado revuelo y para el asesino no es tan grato como te imaginas; él quiere seguir matando y tú motivas a que le sea más difícil.

—¿Piensas que por eso quiere eliminarme?

—No lo descartaría. Además, entras bien en el perfil de su preferencia, ¿no es cierto? ¿Acaso no lo habías pensado?

—Claro que no.

—Sin mencionar que serías fácil de matar. Estás fuera día y noche, sin ningún tipo de protección. Finalmente, eres una mujer que lastimosamente tiene menos fuerza física que un hombre.

Millie asintió.

—Entonces es un hombre —susurró entusiasmada.

—¿Qué?

—Bueno, uno nunca sabe.

—¿Acaso escuchaste algo de lo que dije?

—Sí, dijiste que el asesino es un hombre; gracias por esclarecer esa parte, fue de mucha ayuda.

De Valois negó con los ojos cerrados.

—Era obvio que se trataba de un hombre; se necesita ese tipo de fuerza física como para poder cargar un cuerpo.

—Lo sé, pero hay mujeres geniales, ¿nunca has ido a un circo? —dijo, obvia—. La mujer fortachona podría fácilmente conmigo, ¿no lo crees? Yo peso menos que esas cosas.

—Es imposible hacerte entrar en razón; vete.

—Oh, no me digas, ¿estás preocupado por mí? —hizo un puchero gracioso, para burlarse de él.

—Quería saber si me facilitarías las cosas, pero veo que tendré que perseguirte día y noche para estar presente cuando te maten.

—Ah, pero si estuvieras cerca, entonces podrías evitarlo.

—Te entregaría con un moño si pudiera.

—Pensaría que es una trampa, la discreción es lo mejor —asintió—. Aunque sí concordamos en que te manda a ti las señales en los cuerpos, ¿el que estés cerca de mí no alejaría al objetivo?

—No lo haría.

—¿Por qué?

—Porque pensaría que tengo un interés en ti.

Millie frunció el ceño y ladeó la cabeza.

¿Acababa de confesarle que él era la causa de que tantas personas estuvieran muriendo? ¿Por qué? ¿Qué tendría que ver el hecho de que ese hombre tuviera algún interés en ella?

De Valois tenía muchos secretos y ahora sabía que descubrirlos sería lo único que la acercaría al asesino que protegía.

12 EGOCÉNTRICO

De Valois se encontraba sentado en el escrito de Lefevre mientras éste leía papeles. Desde hacía un buen rato no se decían nada, habían llegado a un desacuerdo, como solía ocurrir desde que fueron invitados a permanecer con los Charpentier.

Lo que ocurría era que Lefevre se mostraba menos interesado que antes; nunca fue del todo activo, pero solía apoyarlo con mayor decisión y, aunque De Valois creía saber los motivos de ese cambio, no podía mencionarlos, porque Lefevre no se lo perdonaría.

Tenían prácticamente tres semanas viviendo ahí y, a pesar de que era cómodo, De Valois creía que pronto debían salir de ahí, mientras que Lefevre se negaba a hacerlo.

—Tengo la casa perfecta —habló con tiento, tomando uno de los documentos que Lefevre dejó de lado.

—¿Por qué la prisa?

—No nos podemos quedar de por vida en esa casa.

—Creí que estabas llevándote bien con la chiquilla.

—Admito que sus preguntas me son divertidas, realmente se esfuerza en comprender al asesino.

—Me hablaste sobre el anillo —asintió Lefevre, pero ni siquiera lo miraba—. ¿Sabe algo más?

—Creo que aún no descubre lo que hay detrás de las heridas en el vientre —suspiró De Valois—. Pero no tardará, necesita recaudarlos todos, pero con la ayuda de ese tal Anton, le faltará poco.

—Quizá deberías silenciar al doctorcito.

—Ya lo pensé.

—¿Qué tan malo será?

—Primero hablaré con él, no actuaré por impulso.

—Claro, para eso está ella —sonrió el hombre, firmando algo—. Toma, lee esto, necesito que me digas qué piensas.

—¿Para qué? Ya lo has firmado —se inclinó de hombros y soltó el papel de inmediato—. Iré al hospital en un rato.

—¿Qué se supone que harás? —lo miró—. ¿Lo amenazarás?

—Mmm… ya veremos.

—Seguro que lo harás, pero para tu gran desgracia, el doctor no se deja sobajar fácilmente, ni tampoco es de los que puedes sobornar.

—Lo sé.

—Realmente no entiendo a dónde quieres llegar con esto —. Lefevre se recostó en su asiento —. Creo que se ha demostrado que es un intento inútil tratar de solucionar el problema.

—¿Dices que lo deje ir?

—Sí.

—No lo haré, te lo prometí sobre su tumba.

—Escucha, Kylian —negó despacio—, estoy cansado, no arruinaré mi vida, no más al menos.

De Valois se sorprendió, porque si Lefevre lo llamaba por su nombre, era porque quería que dejaran de lado las fachadas y hablaran como lo que eran: hermanos.

—Quieres quedarte aquí —comprendió.

—Quizá.

—No me digas —se puso en pie—. ¿Qué te hizo cambiar?

—Te lo dije, estoy cansado, quiero vivir —dijo con gravedad—. No quiero seguir en una persecución sin fin.

—Este será el final.

—Sabes que no.

—¿Me crees incapaz de hacerlo? ¿Has perdido la fe en mí?

—No, claro que no. Pero no podrás hacerlo.

—Claro que lo haré.

Lefevre negó. Sabía lo necio que podía ser y lo mucho que se empeñaría en cumplir con su palabra. En algún tiempo, él estaba tan aferrado a la idea como De Valois, pero no podía seguir así; quería vivir y justo ahora parecía tener una oportunidad para hacerlo.

—Volvieron a modificar las cuentas. —Lefevre le mostró la libreta de contabilidad.

De Valois se acercó y miró aquella fecha, una diferente a la anterior, pero que llegaba a ser indicio de la misma persona.

—No se rendirá jamás.

—Quiere atormentarnos.

—¿Por qué piensa que le duele más que a nosotros?

—Era diferente para todos.

—Maldita sea, Clifton, en todo caso debería ser menor su dolor.

—Sabes que eso no es medible.

—Ya —cerró los ojos—. Estoy harto de su victimización.

—También yo. Sé que en algún momento se cansará; quizá lo haga en cuanto se dé cuenta de que hemos perdido interés.

—Lo dudo.

—Dime la verdad, Kylian, ¿en serio te importan?

—¿De qué hablas?

—Las víctimas.

El hombre interrogado dudó un poco. Nunca se había puesto a pensar en ello; realmente jamás se interesó por las familias, ni siquiera por las personas. Pero desde que estaba junto a Millie, involucrarse con esa parte había sido inevitable.

Gracias a ella conocía cada detalle doloroso, el sufrimiento de las familias y el posible dolor que sintieron al momento de ser asesinadas, porque Millie lo contaba como si ella misma lo estuviera viviendo. Quizá no tuviera madera para ser una periodista, pero vaya que sabía transmitir emociones. Incluso lo hizo sentir culpable por la frialdad con la que llegó a investigar en el pasado; se recordaba con crueldad a la hora de preguntar, haciendo que las personas

recordaran uno de los peores momentos de su vida para luego dejarlos sin siquiera darles una nota de aliento.

Millie no hacía eso; ella empatizaba profundamente y lograba conectar con las personas, logrando obtener mejores resultados.

—Es buena.

—Supongo que vuelves a hablar de ella.

Kylian frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—Lo haces mucho —sonrió—. Demasiado.

—Paso mucho tiempo a su lado, es normal que te platique de lo que hace o deja de hacer en el día, ¿recuerdas? Es la próxima en la lista; al menos sabemos que está en ella.

—Sí. Pero no me dices de sus movimientos, sino que… —Calló.

—¿Qué? —exigió.

—Parece que la admiras.

—Lo admito —se inclinó de hombros y miró hacia las oficinas del periódico—. Quizá no sea buena para tu empresa, pero tiene potencial; es bastante buena investigando.

—Nunca dije que no lo fuera, pero no puede ser periodista.

—Es verdad.

Lefevre sonrió ligeramente.

—¿Te ha vuelto a besar?

—¿Qué? —frunció el ceño—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una normal después de lo que me contaste.

—Está loca, lo admito —aceptó—. Es extremadamente curiosa, ¿sabes lo que hizo el otro día?

—Seguro que me lo dirás.

—Me pidió que le besara el cuello porque “quería saber lo que se sentía” —negó—. Hazme el favor.

—¿Y lo hiciste?

De Valois apretó la quijada y lo miró.

—Nunca me niego a lo que se me ofrece con tanta facilidad.

—Así que lo hiciste —sonrió malévolo—. ¿Y qué tal?

—Fue una tontería —se inclinó de hombros—. Le gusta jugar, quiere aprender, supongo.

—Y bueno, sabemos que a ti te encantan los retos, ¿verdad?

—La considero un dolor de cabeza.

Lefevre sonrió. Porque sabía que, aunque su amigo nunca lo aceptara, podría agradarle más de lo que admitía pasar tiempo con esa muchacha, pero no lo admitiría, es más, ni siquiera lo permitiría, porque seguro estaría aterrado de caer en sus redes. Quizá Millie Charpentier no fuera consciente de ello, pero tenía el poder de hacer caer a De Valois en sus manos; lo haría bailar si quisiera, pero era condenadamente difícil darse cuenta de que se tenía ese poder.

Solo una persona lo había descubierto en el pasado y no fue bueno para él, por eso sería más difícil que ella se diera cuenta. Estaba seguro de que De Valois habría colocado nuevas barreras que incluso él se creería, a pesar de lo que sintiera.

—En todo caso, ¿qué esperas para ir al hospital? Creo que es hora de que el doctorcito esté en su puesto.

—Siempre lo está —se inclinó de hombros—, pero estoy esperando el momento adecuado, no me quiero encontrar con ella.

—Pues te informo que es tarde —apuntó hacia el ventanal que mostraba las oficinas—. Ahí viene.

—Maldita sea, ¿para qué ha venido? Saldré por la otra puerta.

—Seguro.

De Valois tomó camino a la salida, pero sabía que ella había logrado verlo, esa mirada violeta atravesaría paredes y parecía tener un don especial para verlo incluso en multitudes; era como si tuviera identificado todo su ser. Una vez incluso le dijo que le era fácil rastrear su aroma, ¡su aroma! De verdad estaba loca. De Valois ni siquiera usaba perfume a menos que fuera una situación especial.

Aunque quizá fuera fácil para ella identificarlo ahora, porque había algo que Lefevre no sabía por el simple hecho de que no se lo quiso compartir; y eso era que solían dormir juntos.

No en una connotación sexual, a veces ni siquiera lo hacían en la cama, pero trasnochaban bastante; en ocasiones caían rendidos en su habitación escondida o en un tapete, otras tantas en el automóvil que ella robaba a su familia o en hoteles de mala muerte, donde tenían que esperar para que una pista no se les escapara.

La verdad era que él también podía olerla, aunque ella tampoco usara perfume, en definitiva, todos los cuerpos tenían aroma, uno único y especial que simplemente realzaban con el perfume que les fuera de su preferencia. Sonrió. Ella una vez le dijo que su olor era parecido a la sabana; aunque ella nunca visitó África, lo asociaba a algo salvaje e incontrolable, como el lugar que veía nacer a los leones.

Le agradó pensarlo; recordaba haber sonreído cuando se lo dijo pegada a su cuello, oliéndolo sin vergüenza, llenando sus pulmones como si tratara de grabarse mentalmente su aroma para la eternidad. En esa ocasión la había tenido que cargar gracias a que se torció el pie cuando escapaban de unos maleantes a los que ella disgustó. La boca de Millie solía ser el cuchillo con el que un día terminaría atravesada, desquiciaba a las personas, sabía golpear justo en el punto sensible que dejaba humillado a su contrincante.

Al principio De Valois se rehusó a ayudarla, le dijo que se había ganado ese castigo por ser tan impertinente con personas peligrosas, pero finalmente decidió que era mejor lidiar con su peso sobre los brazos que con su cantaleta que le perforaba los oídos.

Conseguía lo que quería, siempre lo hacía, y cada vez que él se daba cuenta, se recordaba que tenía que alejarse de ella.

Eso era lo que hacía ese día; necesitaba un descanso, tenía que dejar de pensar en despistarla y en resolverlo todo. Era difícil tener que seccionar su cerebro constantemente, darle información que fuera poco relevante para tenerla entretenida, mientras él iba por lo realmente importante. Aunque estuvieran juntos, De Valois siempre hacía lo mismo; incluso hablando con la misma persona, obtenían información muy diferente.

Decidió que ese día no quería ser visto por nadie, porque desde que se supo quién era, muchas personas mostraron interés y no hacían más que interrumpirlo para saciar su curiosidad.

Era normal, todos tenían interés en el hijo pródigo que ni siquiera se interesó cuando su padre murió. Él proveniente de una familia ilustre que decayó y se vio obligada a hacer cualquier cosa con tal de conservar la opulencia a la que estaban acostumbrados.

Millie tenía razón cuando le dijo que fue gracias a su cuna que él no podía evitar ser exigente con lo que poseía, pero desde hacía mucho tiempo que De Valois rechazaba la idea de ser el mono cilindrero y bien vestido que se paseaba por las cortes y las mansiones dando veladas patéticas en las que no se aprendía ni decía nada.

Se consideraba más profundo e inteligente, por eso prefería tener amistades que no fueran del círculo en el que nació. Aunque admitía haberse llevado una grata sorpresa con los Charpentier, y parecía no ser el único encantado, porque Lefevre, quien fuera tan antipático para socializar con los aristócratas, estaba tan cómodo en esa casa, que ni siquiera se quería marchar.

Entró al hospital como aparecido de la nada, impresionando a las enfermeras que lo miraban con extrañeza, porque de elegante no tenía más que el porte de su caminar y su presencia imperiosa; ese era el único indicio que las hacía tratarlo con respeto.

La seguridad lo era todo, aunque la apariencia siempre lo era más. Lefevre sabía utilizar eso a su favor; si estuviera él en su lugar, seguro que más de una enfermera estaría ya ofreciéndole comida, asiento y agua, pero De Valois prefería que le temieran, que no le hablaran, pero más que nada, que no le molestaran.

Se acercó a una enfermera, notando en su mirada que quería huir, pero al mismo tiempo estaba interesada en tenerlo cerca. De Valois causaba esa clase de contradicción en las doncellas.

—¿Está el doctor Anton?

—Sí, Monsieur, pero está ocupado.

—Avísele que De Valois lo busca con urgencia —la miró severamente—; él sabe quién soy.

—Por supuesto, monsieur.

La enfermera decidió huir, aunque De Valois sabía que no se dirigía al destino que le ordenó, esperaba que fuera a decirle a un superior para que tomara el problema.

Se sentó en una incómoda silla junto al resto de los enfermos que esperaban por un doctor. No sabía qué clase de epidemia estaría concurriendo en París en esa ocasión, pero muchos tosían

y otros cuantos moqueaban, y aunque De Valois no solía enfermarse, tampoco tomaría el riesgo, así que prefirió ponerse en pie y alejarse hasta una esquina donde no le molestaran y pudiera observar.

Cuando la puerta tras la placa donde se leía el nombre del doctor Anton se abrió, De Valois se adelantó sin que nadie pudiera -o quisiera- impedírselo. Ni siquiera el mismo doctor Anton pudo decir algo cuando entró sin pedir permiso.

—Ah, de nuevo eres tú.

—Me alegra que me recuerde.

—Soy bueno con los rostros.

—Eso me agrada, al ser doctor es conveniente.

El médico lo miró por un largo momento, esperando a que dijese de una vez el motivo de su visita, pero al notar que ese hombre simplemente lo observaba sin mover ni una pestaña, simplemente decidió dar por terminado el asunto y habló.

—No le he dicho nada a Mademoiselle Millie.

—Es una gran mentira.

—Ella sabe conseguir lo que quiere sin recurrir a lo obvio.

—¿Quiere decir que le robó expedientes?

—No ha llegado a esos extremos.

—Entonces no la conoce lo suficiente.

—De saberlo, le aseguro que tendría un poco más de miedo.

De Valois arqueó una ceja tan lentamente, que pudo llegar a ser cómico de no ser por la mirada intimidante y la faz grave.

—¿De qué habla?

—Supongo que sabremos lo mismo sobre el caso —. El doctor Anton parecía demasiado interesado—. No había visto algo así.

—La perversión humana no debería sorprenderlo tanto.

—Pero lo hace —admitió.

De Valois elevó la barbilla.

—¿Desde hace cuándo notó los cambios en su proceso?

—Los primeros tres cuerpos no presentaban drenado de tejido conectivo líquido, únicamente las marcas.

—¿Tiene ella registro de lo que decía cada marca?

—Supongo que las primeras sí, pero las demás no, mucho menos el orden cronológico de ellas.

De Valois asintió satisfecho.

—¿Puedo confiar en usted para que no las encuentre?

—Le puedo dar mi palabra de que yo no se las daré.

—Ni le facilitará la tarea.

—No está en mi ética.

—Es importante mantenerla alejada de esto. Realmente no sé qué tan involucrado esté con esta familia, pero le aseguro que corre un gran riesgo de continuar interponiéndose en el camino del asesino.

—¿Ha captado su interés?

—Existe una gran posibilidad.

—No tengo ningún tipo de relación con ellos además de la profesional, pero no quisiera tener a esa chica en mi mesa.

—Bien. —De Valois se puso en pie, pero se detuvo cuando escuchó que la silla del médico se arrastraba con estruendo, haciendo obvia su intención de detenerlo—. ¿Qué ocurre?

—Creo que si tiene una idea de quién puede ser el causante de estas atrocidades, lo mínimo que puede hacer es entregarlo.

—¿Qué le hace pensar que lo sé?

—Es bastante obvio que lleva siguiéndolo por mucho tiempo y me parece casi increíble que no lo haya capturado aún.

—Puedo ser incompetente.

—No lo creo, tiene esa mirada… —Negó—. Dudo que alguien como usted sea de los que fallan en sus objetivos.

—Ella le ha insinuado estas suposiciones, ¿no es cierto?

—Lo ha hecho, pero sobre todo ha sido por sus acciones —. De Valois lo miró sin expresión —. El hecho de que no quiera que se lo diga a Mademoiselle Charpentier no se debe a que quiera protegerla, sino que desea alejarla de la verdad.

—El beneficio es el mismo.

—Si esa señorita en específico alza la voz, el mundo la escuchará.

—¿Habla de sus influencias?

—Por supuesto, tiene familiares poderosos que no dudarán en pedir que se resuelva la situación.

—¿Por qué me lo dice?

—Lo hago porque, a pesar de su apariencia, no me parece una mala persona —aseguró el hombre—; podría quedar como cómplice.

De Valois sonrió sin mostrar los dientes.

—¿Por qué la gente tiene la tendencia a pensar que soy buena persona? —dijo irónico—. No podrían estar más equivocados.

Se volvió hacia la puerta, pero el ofrecimiento del doctor lo hizo volverse con un semblante sorprendido.

—Solo debe prometerme que acabará con esto.

—¿Está seguro de lo que dice? —elevó una ceja—. Puedo no ser la persona que piensa; es más, dejo en claro que encubro al culpable.

—Pero no lo ayuda.

—Eso no lo puede asegurar.

—Creo que puedo. Soy bueno juzgando a las personas.

—Y yo soy bueno engañándolas.

—En todo caso —el hombre abrió una gaveta y se la entregó—. Creo que sabrá ver lo mismo que yo.

De Valois se adelantó en seguida y tomó el folder en sus manos.

—Seguro que veré incluso más.

—Lo conoce bien, después de todo —asintió.

—¿Por qué lo hace? —levantó los documentos.

—No quiero que siga ella —admitió—. No puede ser ella.

Los ojos de Kylian De Valois se entrecerraron ligeramente, tratando de leer la expresión en los ojos del doctor.

—Pensé que la que le gustaba era la prima —acusó.

—¿De qué habla?

—Nada. Aunque supongo que le será una gran decepción.

—¿Dice que no podría ser correspondido?

—No me refería a usted —le quitó importancia—. Pero sin duda alguien como esa loca podría corresponderle.

—Quédese tranquilo, no busco tener ningún contacto con ella, simplemente me agrada como persona, como mujer.

—Segura e independiente —De Valois aceptó con un gesto ufano—. No tiene mal gusto, lo admito, debería intentarlo, porque eso de que yo “no me preocupe” no tiene ningún sentido.

—¿Lo dice en serio, o es solo lo que se dice a sí mismo?

De Valois abandonó el consultorio, sin darse cuenta de la inquietud en la que se sumió aquel médico tras haber entregado esos documentos. Debió ponerle más atención.

13 INDISCRETO

Era ese día del mes. Y no, no se refería a ciclos femeninos o a reuniones de sus padres. Se refería a los días en los que el asesino atacaba sin razón alguna. Millie había logrado encontrar un patrón, llegando al punto en el que sabía el día exacto en el que atacaría. Fue difícil, debía admitirlo; se quebró la cabeza durante noches enteras, analizando las fechas, los lugares y las horas, hasta que al fin dio con el presunto resultado.

No sabía la razón, pero el asesino atacaba conforme al avance de la luna; y no lo hacía cada luna llena como un hombre lobo, sino que atacaba una vez en una etapa diferente de la luna, ¿por qué? Millie pensaba que era un mero capricho, pero algo le decía que ese asesino tenía más razones que irracionalidades.

La vez pasada atacó en luna llena, lo cual quería decir que, en esta luna nueva, habría un asesinato sin lugar a dudas. El día estaba resuelto, pero aún le faltaba comprender el lugar y también a la víctima. Si bien había un patrón de mujeres bastante notorio, no todas habían sido de clase alta, por lo cual no se podía seguir con facilidad. Los lugares donde las dejaron tiradas tampoco tenían mucho sentido, al menos, no todavía.

Eso la ponía impaciente; lo único que quería era que De Valois regresara a casa. Millie había descubierto que ese hombre se le adelantaba en pasos todo el tiempo. En más de una ocasión lo tuvo que seguir a escondidas; claro que después de diez minutos era capturada por sus ojos, pero para ese momento ya no podía hacer nada para impedir su persecución.

Creía que en algún punto se daría por vencido y no le haría la vida tan difícil, pero lo cierto es que De Valois no la quería cerca en esos momentos, reafirmando su teoría de que él sabía a la perfección quién era el asesino y por ello mismo, no quería que ella lo supiera.

Millie había intentado de todo con él; realmente trató de arrancarle su pasado, pero el hombre era una tumba con vida. No importaba si lo ponía borracho, si lo tentaba o lo amenazaba; De Valois conseguía salir airoso de la situación, sin soltar ni un pelo de gato que le diera una pista

para seguir el rastro.

Sin duda, que fuera tan precavido lo inculpaba.

Lo estuvo esperando todo el día, pero desde que lo vio huyendo del despacho de Lefevre, supo que sería una de esas veces en las que tendría que encontrarlo, él haría lo posible para desaparecerse de su vista, porque deseaba alejarse.

Esa noche, durante la cena, trató de poner sobre la mesa su ausencia, pensando que, si eran los demás quienes curioseaban y no ella, Lefevre soltaría prenda; pero no lo hizo, porque su malvada familia no cooperó. O bien a nadie le importaba lo que hiciera De Valois, o preferían no preguntar, que en todo caso era válido, porque si algo era notorio en ese hombre, era que no le gustaba que se metieran en su vida, mucho menos en sus asuntos.

—Sé que lo esperaba ver esta noche, Millicent, pero lo más seguro para usted sería que se quedara en casa; supongo que no he de dar más explicaciones que esa, ¿verdad?

Millie torció el rostro al escuchar ese nombre, pero comprendía que para Lefevre no había otra opción más que utilizarlo; era un hombre enteramente formal y llamarla por un apodo le parecería un atrevimiento, puesto que no se sentía tan cercano a ella como para ponerle un apodo, aunque ella lo prefiriera.

—No quiero pensar que desea protegerme.

—Quizá lo negará, pero creo que es lo que hace.

—Es una excusa, sé que no le podría importar menos lo que me pase. Me encuentra irritante y admito que esa última torcedura de tobillo fue bastante tonta, pero eso no me quita credibilidad.

—Dudo que sea por eso; le aseguro que le agrada su compañía.

—¿Se lo ha dicho? —entrecerró los ojos, a sabiendas de que Lefevre haría cualquier cosa para proteger a De Valois.

—Lo conozco lo suficiente para no necesitar que me diga nada.

—Interpretar a ese hombre es como pretender equivocarse siempre. A De Valois le gusta engañar a las personas, tiene tantas carátulas encima, que de seguro ya no sabe ni quién es.

Lefevre sonrió.

—Ha logrado comprenderlo bastante bien.

—¿Me da la razón?

—Sí. Se la doy.

—¿Qué fue lo que le pasó? ¿Por qué se hizo así?

—Sabrá de qué tipo de familia viene.

—Ajá —dijo sin darle importancia—, pero sé que no lo afecta tanto como quiere fingir, lo usa como protección para la verdadera razón. De Valois seguro supo enfrentar el tema de su familia, por eso se separó y ni siquiera los vio morir.

A Lefevre le sorprendía la capacidad con la que esa jovencita entendía a las personas. No solo supo leer a Kylian con facilidad, sino que supo deducir el comportamiento del asesino, al menos en gran parte. Quizá no tuviera todas las piezas y De Valois intentaba complicarlo mucho más, porque ese era su trabajo; resultaba impresionante que armara gran parte del rompecabezas aun faltándole tantas piezas importantes.

—¿Cuál es la pregunta que quieres hacerme?

Millie sonrió complacida.

—La fecha en sus cuentas —tiró la estocada—. ¿Qué representan?

—El inicio y el fin de algo.

—¿De qué?

—De una persona.

—¿Importante?

—Bastante.

—¿Para De Valois?

—Y para mí también —asintió Lefevre.

—¿Era una mujer?

—Lo era.

—Mmm… —Se tocó la barbilla—. ¿Murió a manos del asesino?

—Tal vez.

Millie estaba confirmando una de sus teorías; no podía creer que le hubiera atinado. Algo le decía que todo tenía que girar en torno a una mujer, porque esa solía ser la razón para que un hombre se moviera de lugar, para bien o para mal.

—¿Por qué se los recuerdan? ¿Hay otra persona que se afectó tras la muerte de esta mujer?

—Ivette la conocía, por supuesto.

—Ella no movió la contabilidad.

—Quizá lo hizo y no lo quiere admitir.

—No, no creo que ella quisiera herirlo de esa manera.

Lefevre asintió, pero no muy convencido, porque conocía a Ivette y podía ser una forma de recordarles por lo que todos habían trabajado durante tanto tiempo, la razón de sus sacrificios y constantes movimientos; pero admitía que ni siquiera él podía asegurar si fue ella quien se atrevió a hacer algo así.

—¿Algo más?

—Quisiera preguntarle muchas cosas, pero sé que no me las responderá —dijo lastimera.

—Es lo más probable —admitió.

—¿Por qué me contó lo de la mujer?

—No es tan relevante como crees, dejó de ser el centro de todo hace un buen tiempo —admitió—. De Valois lo saca como una bandera, siente que es una forma de protegerse.

—¿De qué?

—De *quién* sería más correcto.

—¿De mí?

—Se parece mucho a ella; siendo sincero, es extraño.

—¿Se la recuerdo a usted también?

—En ocasiones.

—¿Cómo cuáles?

Lefevre sonrió.

—Supongo que como está.

Ella no supo por qué, pero sonrió, porque Lefevre también lo hacía, pero por primera vez supo con entera certeza que era real, un poco melancólica, pero muy real.

—Gracias por compartirlo.

—¿No hará más preguntas?

—Me gustaría al menos saber su nombre, solo si no es molestia.

—Fleur.

—Mmm, suena bien, seguro que era alguien interesante.

—Bastante —cerró los ojos—. Ahora, tengo que irme; espero que se dé por satisfecha esta noche y se quede en casa.

Millie sonrió de tal forma que ambos sabían lo que ocurriría.

—Tendré cuidado —aseguró.

—Realmente eso espero, pese a que no podamos trabajar juntos; no me gustaría escuchar su nombre entre las habladurías de la calle.

—¿Se sigue negando a que lo haga noticia?

—Con rotundidad.

Ella asintió, apretando los labios con tristeza.

—Sé que piensa que es lo mejor, creo que usted protege a De Valois y no al asesino, pero…

—Parece muy segura de…

—¿De qué lo protege?

—De que no son el mismo —elevó una ceja.

—Agh, ¿usted también lo hará? ¿Por qué hacen eso?

—¿Qué cosa?

—Quieren confundirme, que le tenga miedo.

—Ya le dije, usted me agrada —aseveró—. No confíe tan ciegamente en las personas; a veces resultan en amargas sorpresas las mejores esperanzas. Es la naturaleza humana, nadie es tan bueno ni tan malvado, pero es mejor no pensar que un lado predomina al otro.

—Queremos pensar que debe predominar el lado bueno.

—Pero no es cierto, en todos hay oscuridad, aunque la ocultemos.

—En ocasiones, es usted más perverso que él.

—¿Lo ve? —los ojos de Lefevre se intensificaron, se hicieron fríos y escalofriantes, muy vacíos—. ¿Lo pensaría de mí?

Millie ladeó la cabeza.

—Ahora sí.

—No se guíe por rostros y sonrisas jamás, son las que más engañan, pero los ojos nunca; enfóquese en ellos.

Millie no pudo articular otra palabra y mucho menos detenerlo de nuevo, porque acababa de darle una lección importante sobre ellos. Lefevre y De Valois tenían una oscuridad que sabían ocultar muy bien, pero cuando querían mostrarla, cuando deseaban hacerlo, no se podía detener la caída hacia el vacío dentro de su ser.

Despertó gracias a su madre, quien la encontró parada en medio del pasillo, con los ojos abiertos, pero completamente ausente. Vio hacia la puerta por donde acababa de marcharse el otro invitado de la casa, seguramente a encontrarse con De Valois. Debió de haberlo seguido; era una forma fácil de llegar a su objetivo… Pero no pudo.

Regresó a su habitación presa en sus pensamientos; ni siquiera la voz de su madre preguntándole si estaba bien la detuvo, tampoco las locuras de los trillizos lograron distraerla. Se encerró en su habitación y se sorprendió descubriendo que por primera vez en mucho tiempo no tenía ninguna intención de salir a la calle.

¿Tenía miedo? Sí, lo tenía; por primera vez pensó que Lefevre y De Valois se lo estaban suplicando, porque quizá no le gustaría lo que vería si acaso se los encontraba allá afuera.

—Hola, Millie.

No gritó de puro milagro, pero saltó en su lugar y se llevó una mano al pecho cuando escuchó los toquecitos en la puerta de su balcón cerrado; ahí se encontró con la mirada de la Sombra. Era una visión terrorífica, porque la máscara y el traje de ese hombre era todo lo que a una dama le asustaría ver afuera de su ventana.

—¿Estás loco? —le gritó en cuanto abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí resguardada?

—Yo… bueno, fue un día largo.

—Estarás de broma, ¿no es cierto? —La Sombra la observó por un largo momento—. No es propio de ti.

—¿Sabes? No me siento preparada para ver a alguien morir.

—Has estado ahí otras siete ocasiones.

—Lo sé, pero…

—Ah, así que te has dejado convencer al fin.

—No es eso.

—Claro que sí, ¿al fin lograron meterte miedo?

—Es solo… que no me siento bien el día de hoy.

—De acuerdo. —La Sombra no parecía quererla obligar—. Si quieres, puedo informarte de lo que suceda.

—¿Lo harías?

—Claro, estamos del mismo lado, ¿lo olvidas? Además, he seguido a esos dos; sé perfectamente lo que harán.

—¿Lefevre y De Valois?

—Sí.

—¿Por qué los has seguido?

—Creo que saben más de lo que dicen, ¿tú también lo piensas?

—Sí, por supuesto que sí.

—Bueno, no quiero retrasarme.

—¡Espera! —gritó cuando lo vio con intenciones de irse.

La Sombra se volvió lentamente.

—Irás —. Millie casi podía sentir su sonrisa—. Anda, quítate ese vestido y vámonos; tenemos poco tiempo.

—¿Cómo sabes que es poco?

—No quiero que se muevan y perderlos.

Millie se cambió deprisa, aunque, a diferencia de la libertad con la que lo hacía frente a De Valois, con la Sombra se escondió.

No sabía cómo reaccionaría si De Valois estaba más involucrado de lo que sospechaba con el asesino. Realmente se habían unido de una forma extraña, como en un juego singular que tenían entre ellos; se tentaban, coqueteaban y, en una que otra ocasión, ella lo besó, pero él tampoco la apartó. ¿Le gustaba?

Sí. Le encantaba lo divertido que era, lo mucho que se esforzaban por ganar, por controlarse, por predecir los pasos del otro. Le era entretenido y podía actuar libremente con él; jamás había sido tan transparente como cuando estaba con De Valois. Pensar que era el asesino… No. No lo creía… o, más bien, no podía.

—Vamos —la Sombra la tomó con su mano enguantada; no era normal verlo tan alterado, pero en esa ocasión lo estaba, llegando al punto de tocarla, él jamás lo hacía—. Tenemos que apurarnos.

—Me llevaré el auto.

—Es buena idea.

Millie se dejó conducir por el hombre, quien no dudó en ninguna de sus direcciones y le indicó que dejara el auto a unas cuadras de donde había visto entrar a Lefevre y De Valois; de esa forma no serían tan llamativos, aunque si ella era honesta, su mera presencia era llamativa por el disfraz que se empecinaba siempre en traer.

La máscara de ese día le pareció a Millie especialmente terrorífica con los colmillos y el rostro desfigurado. No era sorpresa que se hubiera espantado tanto cuando lo vio afuera de su ventana.

—Oye, ¿qué es este lugar?

—Un club de varones.

—Eso es evidente —apuntó el lugar de donde venía un estruendo ensordecedor que era meramente masculino.

—Ya lo verás.

La Sombra no la dirigió por la puerta principal; Millie supuso que era un beneficio para ambos, porque ella era mujer y él una Sombra, pero al entrar se dio cuenta de su error: nadie hubiera notado a una mujer más o a un extraño como la Sombra.

—Un club de boxeo —comprendió Millie.

—Sí, bastante famoso, a decir verdad —asintió.

—Veo mujeres, ¿pero crees que el asesino actuará aquí hoy?

A Millie le parecía un razonamiento torpe, porque el asesino busca mujeres influyentes en su mayoría.

—Por eso estamos aquí —sonrió—. Tengo la seguridad de que las dos personas que podrían ser atacadas están justo aquí.

—¿Quiénes?

Millie buscaba entre la multitud. Había de todo, por supuesto; esa clase de clubs comenzaba a tener su influencia y a muchas mujeres les gustaba ver a los hombres peleando semidesnudos. Era un deporte que tuvo mucha concurrencia en las olimpiadas celebradas en París ese año, pero para Millie aquello era brutalidad pura.

—Allá, ¿la ves?

La joven frunció el ceño, tratando de seguir la mano que intentaba guiarla hasta la mujer que se encontraba en una posición elevada y muy alejada de la situación descontrolada que se vivía alrededor del cuadrilátero donde dos hombres se destrozaban el rostro.

—Por Dios, pero si es Madame Ortet —se sorprendió la joven.

Madame Ortet era una mujer de treinta años, preciosa y muy concurrida por los hombres jóvenes y viriles. Estaba casada, infelizmente casada, con un esposo al que no le interesaban sus andanzas, puesto que se sabía que tenía otras preferencias.

—¿Qué hace ella aquí?

—Se dice que le gustan los victoriosos.

—Pero terminan tan lastimados.

La Sombra se encogió de hombros.

—Parece no molestarle, dicen que disfruta cuando se quejan.

—Es… terrible.

—Lo es —dijo la Sombra—, quiero suponer que será la primera candidata, es perfecta para el asesino, tiene justificación y belleza.

—Supongo —aceptó, sintiendo un escalofrío.

—De Valois está por allá —apuntó hacia una mesa, donde el hombre se encontraba en soledad, sin rastros de Lefevre.

—Pensé que habías dicho que vinieron los dos.

—Y así es —. La Sombra miró alrededor, buscando la cabellera rubia, al igual que Millie—. ¡Allá! Va hacia ella.

—¿Qué? Es imposible, en todo caso debía ser…

—¡Anda!

La Sombra no esperaría a reflexiones, no importaba quién fuera; si tenían la oportunidad de evitar un asesinato, debían moverse. Los análisis vendrían para después, mejor si era un interrogatorio; pero Millie se sentía confundida, sobre todo porque escuchaba en su cabeza la conversación que Lefevre tuvo con ella antes de salir.

Prácticamente le dijo que él también tenía oscuridad, ¿pero hasta ese grado? ¿Era la oscuridad de alguien capaz de matar?

Así parecía, porque entre más se acercaba, la mirada de Lefevre era más fría. Millie no quería perderlo de vista, pero en ese intento, perdió a la Sombra. Había demasiada gente, muchos hombres aventándose entre sí con dinero en las manos, gritando y casi peleando entre ellos, aunque estaban fuera de las cuerdas.

Era peligroso, pero prosiguió. Trató de encontrar a la Sombra, pero sabía cuál era su dirección, así que continuó con la mirada fija en Lefevre, quien no se detuvo a pesar de lo conflictivo que parecía llegar hasta esa mujer, quien estaba rodeada por hombres rudos.

Llegó a las escaleras que conducían a la planta superior, donde podía ver a Lefevre acercándose cada vez más. La mataría. Si no llegaba a tiempo, la mataría frente a los ojos de todos.

¿Podría ser? Frunció el ceño. No. No tenía sentido, no lo haría ahí, no la mataría en ese

instante, eso no era el patrón del asesino, porque de esa manera no podría hacer las marcas, no le pondría el sello.

Se detuvo.

Esa mujer no era el objetivo, y si no era Madame Ortet a quien intentaban asesinar esa noche, entonces… la otra opción de la que la Sombra le habló, las dos personas que eran candidatas y estaban presentes en el mismo lugar.

—Soy yo —comprendió.

Abrió los ojos al sentir que le cubrían la boca y la nariz, tomando su cintura con fuerza, alzándola con una facilidad que la enloqueció, porque pataleó, rasguñó e intentó gritar, pero nada en ese hombre se movió. Mordió la mano que le cubría los labios y, al escuchar el leve quejido, supo inmediatamente de quién se trataba. Eso la hizo luchar con más fuerza, pero de nada sirvió y de pronto se vio empujada a una pequeña habitación, donde por supuesto cayó y se lastimó.

—No es verdad —se arrastró por el suelo.

—Realmente eres idiota. —De Valois estaba furioso—. ¿Qué pensaste que podrías hacer contra él? No pudiste hacer nada contra mí, prácticamente te puedo matar ahora y nadie lo sabría.

—¿Es lo que está haciendo Lefevre ahora con Madame Ortet?

—No, es una muerte por noche, ¿recuerdas? Si ahora decido que seas tú, nos quitaríamos una enorme espina del trasero.

—Así que en verdad éramos dos las seleccionadas —negó—. ¿Por qué entonces me advirtieron que no viniera?

—Sabíamos que harías justo lo contrario.

Millie se arrastraba por el suelo, porque mientras más se acercaba De Valois, más miedo sentía. Nunca lo había visto de esa forma, ni siquiera la vez que lo conoció; ahora parecía incontrolable, salvaje, lleno de ira. Sus ojos no estaban vacíos como los de Lefevre, pero eran peligrosamente fríos, como si pudiera arrancarle uña por uña sin apenas tener una reacción.

Estaba aterrada, sobre todo cuando se abalanzó sobre ella, inmovilizando sus manos y presionando sus piernas. Era experto, prácticamente era incapaz de moverse, incluso tenía libertad con una de sus manos y, si intentaba moverse, le dolía.

—¡Suéltame! —gritaba, desde hacía un buen rato gritaba—. ¡Basta! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

—No. Te pusiste en bandeja de plata, Millicent Charpentier, fuiste la presa fácil que siempre pensé que serías y ahora vivirás en carne propia lo que tanto buscaste.

—¡No! —gritaba, pero nadie la escucharía, porque el club estaba repleto de gente que estaba haciendo exactamente lo mismo.

De Valois sacó un cuchillo y lo giró en su mano con una habilidad que le dio espasmos a la joven, quien soltó las primeras lágrimas de desesperación, sobre todo cuando sintió la afilada y fría cuchilla contra su cuello. No la estaba cortando aún, pero podía ver en sus ojos las intenciones desenfrenadas que tenía por hacerlo.

Millie jamás había tenido tanto miedo en su vida, pero cuando él soltó su otra mano y de pronto le colocó un paño mojado en su nariz, supo que esa era la manera en la que trabajaba: dejaba inconscientes a sus víctimas y de esa forma ni siquiera podrían dar la alarma.

—¡Kylian, tenemos problemas!

Era la voz de Lefevre; Millie la pudo identificar en la lejanía, era parecida a cuando se sumergía en su tina de baño para pensar.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Lo hiciste?

—Está hecho. Pero eso no importa, lo vi, está aquí.

—Maldita sea, seguro que la seguía de cerca.

—Te dije que uno debía quedarse.

—Lo sabe, sabe lo que hace —suspiró De Valois y fue lo último que Millie escuchó, quizá lo último que escucharía en su vida.

Se sintió decepcionada de sí misma; realmente era patética.

Tuvo junto a ella a la persona más peligrosa de todo París y simplemente no se quiso dar cuenta de la realidad, ¿por qué? No lo sabía. ¿Le parecía entretenido? ¿Apuesto? ¿Divertido? ¿Era eso justificación para no atrapar a un asesino?

Su familia… Su familia estaba en grave peligro. ¿Qué harían tras su muerte? ¿Se obsesionarían con encontrar al asesino? Los conocía, eso sería lo que harían y terminarían igual que ella.

¿Cuál sería la palabra que le pondría en el vientre?

«Estúpida», sí, esa palabra le quedaba bien.

Lo sentía mucho por su padre, por su madre y por sus hermanos. Los había decepcionado aun cuando le dieron toda la confianza, cuando le brindaron todos los beneficios para que siguiera su sueño. Lo único que le pedían a cambio era que no se pusiera en situaciones de riesgo, pero fue justo lo que hizo. En realidad, no conocía a ninguno de ellos, ni a Lefevre, ni a De Valois, absolutamente a nadie, ni a la Sombra que siguió como un cordero a su pastor.

De todas formas, ya no importaba; debió investigarlos más, exigir toda la verdad. ¿Sería acaso que Fleur acabó igual que ella? ¿Murió a manos de De Valois? ¿A cuántas más les esperaría lo mismo?

14 DESPIADADO

Era consciente de las fuertes ataduras en sus manos; no estaba en una posición cómoda, le dolía el cuerpo y se estaba congelando. Al menos no estaba muerta, eso lo sabía; tampoco le dolía el abdomen, por lo que aún no le habían hecho las heridas que la marcarían de por vida… o por el tiempo que tardara en convertirse en esqueleto. No entendía lo que estaba sucediendo, pero se propuso abrir los ojos, lo cual fue tan difícil como intentar moverse.

—Ya sabes lo que pasó.

Se detuvo.

—¡Maldita sea!

Millie escuchó un fuerte golpe que prosiguió a la ruptura de algo.

—Quizá debiste decirle.

—No tenía nada que hacer ahí.

—Sabías que pasaría, los dos lo sabíamos.

—Podría matarla, lo haría lenta y dolorosamente.

—De Valois, por favor.

—¡Está despertando!

Millie reconoció la voz de Ivette, lo cual la hizo fruncir el ceño. ¿Qué hacía Ivette ahí? ¿También estaba atrapada por ellos? No… la acababa de acusar, les dijo que estaba despertando, ¿despertando? ¿Se desmayó? De Valois la dejó inconsciente, pero no la mató.

—Abre los ojos de una maldita vez.

Millie sabía que era De Valois, y eso fue suficiente como para no querer hacerlo; es más, pretendería estar muerta con tal de no verlo.

—¿Segura que está despertando? —inquirió Lefevre.

—La vi moverse.

—Millicent, será mejor que abras los ojos si no quieres que te los saque dolorosamente —amenazó De Valois, y ella le creyó.

Pronto tuvieron ante ellos la violácea mirada de Millie, quien ya no parecía asustada, sino muy enojada. Tenía enfrente a tres personas en las que no podía confiar y debía ser lista para lograr salir con vida.

—¿Por qué sigo con vida?

—Realmente no lo sé —se quejó De Valois.

—Basta. —Lefevre lo hizo retroceder—. Millie, espero que sepas lo que ocasionaste esta noche.

—No soy tan tonta como para no darme cuenta —los miró de uno en uno—. Tal parece que me metí en las fauces del lobo.

—Ni que lo digas.

De Valois seguía caminando como una bestia salvaje y enjaulada por delante de ella; parecía incontrolable.

—No debiste estar ahí —dijo Ivette—. Lo arruinaste.

—¿Qué se supone que arruiné?

—¡Todo! —De Valois pateó un mueble, haciéndolo estremecer.

—¡Basta! —Lefevre estaba perdiendo la paciencia—. De Valois, ve afuera, no estás racional.

—¿Me corres? —sonrió siniestro—. ¿A mí?

—Sí. —Lefevre no dudó en su respuesta—. ¡Fuera!

Ivette parecía nerviosa, pero actuó rápido, tomando el brazo del caballero de ojos grises, logrando que saliera de la habitación, dejando solos a Lefevre y Millie.

—¿Ahora qué? —ella casi parecía escupir—. ¿Me matarás tú?

—No.

—¿Entonces?, ¿por qué hacer tan larga la espera?

—Yo no te mataré; pero si sigues así, terminarás bajo tierra.

—Si van a hacerlo, entonces que sea rápido.

—Hablas demasiado, te aseguro que, si De Valois te escucha, cumplirá tu deseo. No lo había

visto tan furioso en mucho tiempo.

—¿Por qué se supone que lo está? Les facilité todo, me entregué como cordero para sacrificio.

—Realmente no entiendes nada.

—No. Nada.

—Si bien era cierto que eras una de las víctimas probables, no fuiste tú quien terminó asesinada, porque De Valois te salvó.

—¿Qué? —Ella negó—. Entonces mataste a Madame Ortet.

—No quería matarla, quería salvarla.

—Ahora resulta que son los héroes. Vi tu mirada; era de un asesino. Te perseguía junto con…

—¿Con quién? —insistió al notar que se interrumpía.

—Nada.

—Ese "*nada*" es justo a quien buscamos; esa persona que te llevó hasta ahí tenía como propósito matarte, ¿qué, no te das cuenta?

—Eso… no es verdad.

—Claro que lo es. —Irrumpió De Valois—. Te propuso como víctima desde el momento en el que ingresaste a ese lugar.

—Si hubiera querido matarme, lo habría hecho antes.

—Claro que no —dijo enojado—. Lugar, tiempo, forma; todo eso influye en el comando del asesino.

—No les creo.

—Y eso es lo que él quería —asintió Lefevre—. Lo logró.

—¿A quién le importe lo que ella piense? —apuntó De Valois—. Debí dejar que te matara para que…

—¿Por qué no lo hiciste tú? —acusó—. Me tenías a tu disposición.

—No me interesa gastar el filo de mi cuchillo con tu cuello.

—De Valois —riñó Lefevre—. Ya basta, así no llegaremos a ningún lado. Debemos ser un frente unido en esto.

—¿Quieres confiar en ella? —sonrió con amargura—. Estás de broma, has enloquecido, Lefevre.

—Estamos en el mismo hoyo todos —apuntó—. La querrán matar, ahora lo sabemos sin lugar a dudas. La que sigue es ella.

Millie los observaba con atención, tratando de descubrir a qué iban todas esas afirmaciones sin sentido.

—¿Realmente quieren que crea que son los buenos?

—No tenemos nada de buenos —dijo De Valois.

—En eso tiene razón —aceptó Lefevre—. No somos *los buenos*.

—Pero tampoco son los asesinos —aseguró Ivette.

Tampoco confiaba en ella, no tenía razón de hacerlo cuando sabía que esos tres eran amigos desde hacía tanto tiempo.

—Digamos que les creo. —Los miró de uno en uno—. ¿Qué es lo que quieren de mí? ¿Cuál es la razón de que me mantengan cautiva?

De Valois se acercó a ella, tomándose de sus brazos que seguían amarrados a las reposaderas de la silla. Su agarre era más fuerte que el de las cuerdas, pero Millie apenas y parpadeó ante su cercanía.

—Dinos lo que sabes de ese hombre.

—¿Qué hombre?

—El que te llevó.

—Sé tanto como cualquiera cuando se trata de una Sombra.

—¿Eso es lo que finge ser ahora? —se adelantó Lefevre.

—No sé de qué hablas —contestó, molesta.

—Ese hombre no es una Sombra. —De Valois tenía un tono de obviedad que a Millie le disgustaba—. Todo este tiempo te has paseado de un lado al otro con el asesino que tanto buscabas.

Ella frunció el ceño, de pronto perdiendo su compostura y orgullo para mostrar desconcierto.

—Claro que no.

—Lo es —aseguró Lefevre.

—¿Cómo pueden estar tan seguros?

—¡Porque lo llevamos buscando un año entero! —gritó De Valois, alejándose de ella—. Teníamos todo planeado, pero entonces llegaste tú y lo complicaste todo. ¡Lo arruinaste!

—Fue esa Sombra la que me llevó ahí.

—Sabía que te distraería —dijo Ivette—, por eso lo hizo.

De Valois apretó los dientes con fuerza, mostrando los músculos de su quijada. Millie no entendía por qué su presencia sería un factor que distraería a un hombre tan desalmado como De Valois, pero él no parecía estar dando la contraria a pesar de lo improbable que parecía.

—No volverá a pasar.

—Claro que no lo hará —se quejó la misma Ivette—, porque esta oportunidad nunca se repetirá. Sabíamos que seguía Madame Ortet porque era demasiado obvia; pero ahora hemos perdido la pista.

—Eso no es verdad. —Lefevre miró hacia la chica amarrada en la incómoda silla—. La tenemos justo enfrente.

Millie arqueó una ceja paulatinamente, mirándolos como los tres enloquecidos que le parecían.

—¿Me piensan tener en cautiverio o algo así?

—No es necesario —rechazó Lefevre—, porque sé que cooperarás. Finalmente, estarías jugando con tu propia vida.

—Si piensan que no le diré esto a mi padre en cuanto me liberen…

—Te dije que era mejor matarla —apuntó De Valois.

—Basta. —Pidió Lefevre—. Sabes perfectamente que no lo harás, así que deja de impulsar que ella te piense como un monstruo; no le conviene a nadie que haya recelo, al contrario, debemos comenzar a actuar todos juntos.

—¿Yo?, ¿trabajar con ustedes? —Millie negó con rotundidad—. No. Eso se acabó, nunca más.

—Entonces nunca sabrás quién es el asesino o la razón de que quite vidas, ¿eso te parece

suficiente incentivo? —incitó Lefevre.

Millie no pudo evitarlo, pero se mostró interesada.

—¿Cómo sé que no intentarán matarme?

—Si quisiéramos, ya lo habríamos hecho —dijo Ivette.

La joven Charpentier negó al comprender algo importante.

—Se acercaron a mí por esta razón, ¿no es cierto? —. Las palabras de la joven atrajeron la atención de los tres *secuestradores*—. Desde el principio sabían que yo estaba propuesta como víctima.

—No lo sabíamos con certeza, pero vaya que te hacías destacar —asintió De Valois—. Era cuestión de tiempo para que le incomodara tu presencia vanidosa.

—No soy vanidosa. ¡Mírame!, no podría ser menos presuntuosa.

—Lo eres cuando se trata de algo que te apasiona —acusó De Valois—. Ahora, Lefevre, ¿en qué demonios estás pensando?, ¿qué pretendes al decir que estamos todos en el mismo saco?

—No recuerdo haber dicho algo así —frunció el ceño.

—Creo que Clifton tiene razón, Kylian, no hay opción —dijo Ivette, mirando a su amigo con cautela—. Lo más seguro será que nos mantengamos cerca de ella; es la siguiente en morir, lo que quiere decir que tenemos el queso de la trampa de ratón.

—¿Piensan usarme de carnada?

—Sí. —De Valois no parecía complacido—. Eso quieren.

Millie se entretuvo en procesar tanta información, por lo que alejó su cerebro de la conversación que tenía lugar entre los tres amigos, quienes no se preocupaban en incluirla, sino en lograr que De Valois aceptara la propuesta de los otros dos.

Realmente no parecían interesados en matarla, al menos no con sus manos y no de momento; pero le proponían algo igual de peligroso en el que la muerte podría ser su destino final, aunque ejecutado por otra persona, quizá más peligrosa que esos tres juntos.

Sabía que era una estupidez lo que iba a decir, pero cuando levantó la mirada, supo que su resolución era definitiva.

—Lo haré —dijo, segura—. Seré su carnada.

—¿Ves? —Ivette apuntó a Millie con una mano—. Sabía que lo haría, ¿no se los dije? Claro que lo hice, la conozco.

—Si hacerla aceptar no era el problema —se quejó De Valois.

—¿Y qué otra idea tienes en mente? —dijo un Lefevre con la paciencia agotada por tantas cantaletas sin sentido.

—Dejarla fuera de esto —dijo con obviedad—, es claro que es un estorbo, ¿no es lo que todos aprendimos ayer?

—Sí, es verdad —Ivette miró a su amiga—. Pero es lo único que tenemos a favor; de lo contrario, volvemos a la nada.

—Sabemos que irá tras ella. Quiere eliminarla al punto en el que la estuvo acechando por suficiente tiempo. Conoce sus rutinas, sus pasiones; irá tras ella en cualquier momento —aseguró Lefevre.

Millie tragó con fuerza. Era verdad. La Sombra sabía cómo funcionaba su mente, incluso parecía predecir la forma en la que se movería. Fue muy tonta al no darse cuenta de que ella estaba siendo acechada por el asesino; la Sombra tenía la misma forma de trabajar: se acercó a su víctima, la analizó, la comprendió y ahora solo faltaba el paso final: la ejecución de su plan.

Si bien no confiaba en los seres que tenía delante, parecían su mejor opción. No podría lidiar con la culpa si sus padres la encontraban muerta en alguna calle de París, asesinada por haber sido una enorme estúpida que se colocó a sí misma la cuerda con la que la jalarían al desolladero.

—No veo cuál es el problema —. Interrumpió Millie, cansada de la discusión que era originada por De Valois—. Me estoy ofreciendo como su carnada, a pesar de que no confío en ninguno de ustedes; pero no soy idiota, entiendo que estoy en peligro y mi familia también. No pondré más quejas, haré lo que me digas.

—Eso parece imposible —se quejó De Valois.

—A cambio —continuó tras la interrupción—, quiero saber todo acerca de este monstruo. Por lo que entiendo, lo conocen bien.

De Valois negaba con decisión, pero cuando se volvió para buscar apoyo en sus amigos, se encontró con una mirada en la que dejaban en claro que era el único que no estaba de acuerdo

con la idea.

—¿Lo dicen en serio? —Cerró los ojos y negó, dejándose caer en una silla frente a la de ella —. Hagan lo que quieran.

—¡Perfecto! —Ivette se adelantó para desamarrarla.

—No hacía falta esto —se quejó Millie.

—Sí, claro que hacía falta —dijo De Valois—. De hecho, no deberías desamarrarla; seguro correrá.

—Me sorprende lo bien que me conoces.

—Era mi trabajo hacerlo —asintió De Valois.

—Aww, así que fue a ti a quien le encomendaron la tarea de cuidarme —sonrió—. Lo lamento tanto.

—Yo igual.

—Basta, a los dos —pidió Lefevre—. Espero que se hayan acostumbrado a su mutua presencia, porque lo mejor es que sigan juntos de ahora en más.

—¿Qué? —gruñeron los dos, mirando al hombre rubio con desprecio patente en sus rostros.

—De Valois, cuéntale todo y cuando digo todo, es todo.

Ivette mostró su sorpresa al expandir sus ojos al punto de casi perderlos. Miraba a Clifton como si acabase de volverse loco; pero al volverse a Kylian, supo con certeza que no lo contradiría.

—¿Estás seguro, Cliff?

—Más que seguro, no tiene caso que sigamos en este secretismo que nos lleva a caminos sin salida. No quiero volver a perder una oportunidad como la de ayer y para eso necesitamos estar todos en la misma página —. Lefevre miró a su amigo—. ¿Estamos de acuerdo?

—Sabes que no —suspiró De Valois—. Pero si es lo que has decidido, no soy nadie para contradecirte.

—Gracias —asintió el hombre y se acercó a Millie, acuclillándose frente a ella con una sonrisa—. Supongo que reconocerás esto.

Lefevre sacó la mano derecha de su bolsillo, mostrando un anillo que envolvía su dedo

meñique. Millie frunció el ceño ligeramente; era parecido a la marca que el asesino dejaba en las víctimas, pero tenía otras letras y, aunque el diseño era parecido, no era el mismo.

Levantó la mirada con la duda grabada en sus iris violáceos.

—Somos tres, lo hiciste muy bien —esclareció—. Tres anillos a juego. Uno para mí, otro para Perret y el de De Valois.

Millie dirigió su mirada hacia el hombre que permanecía en silencio, con el ceño fruncido, recostado contra la pared cercana; su postura era igual a ver una muralla impenetrable y fortificada; era obvio que estaba poco complacido con revelar sus secretos a la que consideraba una completa extraña.

—Lo suponía, pero el del amargado de allá no se parece. —Millie apuntó a De Valois con desdén.

—Es verdad, los mandó a hacer él —sonrió—, y en esencia se parecen, porque llevan en ellos el apellido de la familia de cada uno.

—¿Es por eso que no se dicen sus nombres de pila? —dedujo.

—Bueno… —Lefevre no parecía tener respuesta para eso, pero continuó—; en realidad, nosotros llamábamos a De Valois de esa forma porque éramos sirvientes de su casa.

—Oh —la joven miró hacia el hombre en cuestión, notándolo aún más incómodo ante esa revelación—. Y él los llamaba igual.

—Así es, era su forma de hacernos sentir que todos éramos iguales —sonrió Lefevre con cierta melancolía.

—Muy honorable de su parte —dijo burlesca—, uno no lo creería.

De Valois se abstuvo de contestar la provocación.

—Éramos tres inseparables amigos, lo hacíamos todo juntos y De Valois nos regaló los anillos, así que también es acertado decir que nos estaba dejando pistas. Lo hace. Disfruta hacernos sufrir.

—¿Por qué?

—Nos equivocamos.

—No. —Interrumpió De Valois, rompiendo su postura—. Ya basta, esto es una tontería, no

tenemos por qué revelarle todo.

Dicho esto, abandonó la habitación, provocando un suspiro cansado en Lefevre, quien se apuró a ir tras él.

—Te lo contarán —tranquilizó Ivette—. No te preocupes.

—Quiso matarme.

—¿Lo culpas? —sonrió Ivette—. Prácticamente les quitaste la oportunidad de capturar a su mejor amigo descarriado.

Millie agachó la cabeza.

—¿Era por eso que me querían lejos?

—Y es por eso que Perret te llevó —asintió—. Al parecer se dio cuenta de que estos dos te tienen alguna clase de cariño.

—¿Bromeas?

—No lo hago —sinceró, encogiéndose de hombros—. Lefevre nunca habla de esto, lo detesta, pero el que quiera contarte…

—¿Por qué lo hace? —curioseó—. Es más que obvio que De Valois no quiere que lo haga.

—Como dijo, no tiene derecho a evitarlo; finalmente es más duro para Lefevre que para De Valois.

—¿Por qué?

Ivette se encogió de hombros.

—Yo llegué después a sus vidas, no tengo derecho a contar nada.

—¿Eras amiga de Fleur?

La pregunta logró paralizarla, pero finalmente sonrió.

—Lo era.

—¿Quién era ella?

Ivette levantó la mirada; parecía divertida y triste a la vez.

—Era el núcleo de esos tres.

—¿Todos la querían?

—De diferentes formas —asintió.

—Y el asesino la mató —comprendió.

—No —dijo divertida—. Ya te dije, no soy nadie para contar.

—De Valois no lo permitirá.

—Oh, no conoces a Lefevre.

—Es verdad, no los conozco —la miró—, ni siquiera a ti.

—Lamento haber mentido tanto, pero ya los estás viendo, son… meticulosos con su hacer, mucho más con lo que dicen.

—¡Ivette! —el grito de Lefevre no parecía lejano, pero al segundo se estaba alejando—. ¡Nos vamos! Avisaremos a la familia de Millie.

—Me voy —sonrió—. Suerte con Kylian.

La joven asintió, agradeciendo que Ivette se tomara la molestia de desamarrarle al menos las manos antes de marcharse. Una vez que se sintió sola, Millie no dudó en quitarse el resto de las cuerdas que la retenían contra la silla y salió de la habitación, buscando una salida.

Sin embargo, se vio prisionera de un lugar no sólo desconocido, sino que parecía no tener salida. ¿Dónde demonios estaban?

—Sería mejor que no tomaras un camino si no sabes a dónde ir.

Ella se volvió con una mirada desafiante; parecía querer recurrir al arma que no logró sacar el día anterior, incluso la buscó, pero tuvo que detenerse cuando De Valois se la mostró, moviéndola frente a sus ojos con deliberada lentitud que dejaba en claro su burla.

—¿Dónde estamos?

—Las catacumbas.

—¿¡Qué!? ¿Estás loco?

—No. Me agrada este lugar.

—Es tan tétrico como tú —aceptó—. ¿Sabes salir de aquí?

—Claro que lo sé.

—Pensaba que era un laberinto en el que la gente se perdía.

—Y así es.

—Sácame de aquí en este momento.

—No lo creo, es la forma de mantenerte controlada —dijo con facilidad, pasando frente a ella —. Te recomiendo que me sigas, porque hay vagabundos por estos pasadizos y no son amistosos.

Ella apretó los dientes, pero siguió sus pasos.

—Ahora entiendo por qué siempre apestas.

—¿Eso crees? —sonrió de lado, pero ella no podía verlo porque no dejó de caminar—. Recuerdo bien que te sumergiste en mi cuello hace poco, ¿olía tan mal? Porque no fue lo que hiciste parecer.

—Me gusta experimentar contigo —dijo desinteresada—, ya te lo había dicho, ¿por qué no dejas de alimentar tu ego?

—Porque me agrada mantenerlo alto.

—¿A dónde me llevas?

—Querías hablar, ¿no es cierto?

—Espero que sepas que no lo haré en un lugar como este —sinceró—. Además, tengo que volver a casa, mis padres…

—Lefevre habrá inventado algo.

—¿Por qué te dejó a ti? Es obvio que no me querías contar, ¿por qué no lo hace él en tu lugar?

—Le es difícil —sinceró—. Ahora, guarda silencio.

—¿Disculpa?

—Que te calles.

—Si piensas que puedes darme órdenes, estás muy…

Se sorprendió cuando de pronto De Valois le tapó los labios, pegándola contra una pared que le causó escalofríos, pero nada tenía que ver con lo fresco o húmedo del lugar. La necrópolis de París era famosa, y no en el buen sentido; era terrorífica, los túneles de piedra caliza habían sido sustituidos en gran parte por decoraciones de huesos humanos que databan de siglos atrás.

—Te dije que te callaras —. De Valois no la miraba; al contrario, estaba muy pendiente de vigilar el oscuro pasaje.

Millie atinó a no moverse; lo miraba asustada, pero no sabía si era porque lo tenía cerca o por la amenaza que se avecinaba. Murmuró algo contra la mano, pero él la presionó con más fuerza para acallantarla de nuevo, logrando su objetivo cuando una luz tintineante se hizo presente, lo cual quería decir que había más gente.

De Valois la tomó de la mano y la hizo correr a pesar de que eran obvias sus pisadas que resonaban a lo largo del estremecedor lugar. Millie no se quejaba; es más, colocó fuerza en ese agarre para no ser dejada atrás. Él parecía saber hacia dónde se dirigía y esperaba que fuera una salida, porque no quería pasar un segundo más ahí.

Afortunadamente, así fue. De Valois logró salir con extrema facilidad, ayudándola mientras caminaban por una de las entradas ocultas a los túneles que recorrían todo París, pero que solo un tonto recorrería sin saber lo que hacía. Ya muchos se habían perdido en el interior, convirtiéndose lentamente y en agonía en parte de los huesos que adornaban el lugar.

—Vamos —la animó—. Estamos cerca de mi casa.

—¿Sueles viajar de este modo? —dijo alterada.

—Es una forma fácil de ir de un lado a otro sin ser visto.

—Fácil, dices.

—Si sabes lo que haces —asintió.

—No quiero tenerte cerca.

—Ya te dijeron que no te mataré.

—¿Cómo puedo estar segura si casi me cortas la garganta?

—No lo he hecho hasta ahora, ¿no? Si quisiera matarte, las catacumbas serían el mejor lugar para desaparecerte.

—Podrías aventarme después de usarme.

—Eso quisieras.

Millie se sonrojó, pero de molestia.

—¡No lo decía de esa forma!

—Yo tampoco.

Lo odiaba, realmente lo detestaba.

De Valois entró en una casa de buen tamaño, oscura en su mayoría, mal ubicada si se tomaba en cuenta lo cerca que quedaba de un cementerio, aunque seguro desde su punto de vista aquello habría aumentado la plusvalía en lugar de quitársela.

—No entraré ahí contigo.

—¿No? —sonrió—. Bueno, a la mala entonces.

El hombre simplemente se inclinó, bajó su cuerpo para lograr ponerla sobre su hombro, donde ella se dedicó a gritar sin que nadie atendiera a su llamado; porque en ese lugar no se metían en los asuntos de nadie, ni siquiera tratándose de un asalto.

—¡Eres un bruto! —le gritó cuando la dejó sobre sus pies de forma brusca, obligándola a recuperar el equilibrio mientras él cerraba la puerta con llave—. Puedo aventarme por la ventana.

—Suerte con romper la madera —señaló los vidrios recubiertos por espesas tablas que impedían el paso de la luz del día.

—¿Qué es este lugar?

—Mi hogar.

—Pensaba que vivías con Lefevre.

—No. Jamás podría permanecer en un lugar tan visible para la sociedad —negó, horrorizado —. Prefiero mi intimidad.

—Esto parece una cueva.

—Qué mejor.

—¿Es ermitaño?

—Todo lo contrario, me gusta viajar.

El hombre se introdujo en su casa y comenzó a encender luces, revelando ante ella un lugar diferente al que imaginó. Siendo muy honesta, pensó que se encontraría con la decoración más lúgubre y aterradora en la que hubiese estado, parecida al castillo de sus tíos Pemberton, incluso más siniestra y oscura, como en la descripción del castillo de Drácula; de hecho, no le sorprendería que De Valois durmiera en un sarcófago.

Sin embargo, su casa era una mezcla extraña entre un excéntrico artista, un erudito aguerrido y un desastroso explorador. No había orden, ni una línea, pero para una cabeza como la de

Millie, era increíble. Había cuadros de todos los estilos colgados en las paredes de colores extravagantes y tapices raros; había cortinas sin que hubiera ventana y muebles de todo tipo, estilo, tamaño y color; las estanterías estaban repletas con libros, pergaminos, piedras talladas y cuadernos de cuero, esperanzadoramente de animal.

Pero lo más llamativo eran los objetos que parecían recolectados de todas partes del mundo. Cuernos de elefante, jeroglíficos en papiro de Egipto, estatuillas de piedra de la Nueva España, vasijas pintadas de Grecia, lámparas de colores de la India, porcelana fina de China, espadas de los samuráis de Japón y demás artículos alucinantes de otras muchas culturas que ella ni siquiera podía nombrar.

Millie nunca había estado en un lugar que encerrara de forma tan homogénea y perfecta la diversidad del mundo. No podía dejar de admirar; incluso mantenía la boca abierta, se preocupaba por no salivar, porque tal parecía que ese hombre había hecho lo que ella llevaba soñando toda su vida.

—Espero que no seas de las que rompen cosas.

—¿Has ido a todos estos lugares?

—Sí.

—¿En serio? —Los ojos de Millie brillaban.

—Sí.

—¡Es alucinante! —Ella parecía haber olvidado su enfado por quedarse con él—. ¿Qué lugar te ha gustado más? ¿Podrías contarme tus experiencias? ¿Crees que podría escribir un artículo?

—Jamás me ha gustado llamar la atención.

—¡Me encanta tu casa!

—Hasta hace un segundo la detestabas.

—¿Qué es esto?

—Palillos chinos.

—¿Para qué se utilizan?

—Comer.

—¿Comer? ¿Comen con estas cosas?

—Sí.

Millie continuó con su recorrido completamente extasiada.

—¿Qué me dices de esto?

—Es un kimono.

—¿Cómo se usa?

—Lo usan las mujeres de Japón.

—Oh —Ella veía los elementos, pero no los entendía—. ¿Te gustó Japón? A mi primo Terry le fascinó, aunque le quedó un mal recuerdo. No le digas que yo te lo dije, pero le rompieron el corazón allá. Aunque, si le dices eso a su esposa, podría arrancarte la garganta.

—¿Por qué habría de conocer a tu primo Terry y a su esposa?

—Es verdad —sonrió—. Publio ha ido a Egipto, pero dice que no le gusta el calor; supongo que queda bien con su personalidad ser más de un ambiente frío, aunque no tanto como Aine.

—No tengo idea por qué piensas que es momento de parlotear —dijo enojado—. ¿Puedes dejar eso donde estaba?

—¿Sabes leerlo?

—Claro que no, son jeroglíficos.

—Yo quisiera aprender.

—Ve a Egipto y quédate ahí para siempre —aconsejó.

—Oh, me encantaría —. Tocó los cuernos de marfil—. África es un sueño que parece distante, pero me estremece de pies a cabeza.

De Valois la miró con el ceño fruncido.

—¿Y por qué no has ido si te gusta tanto?

—Soy mujer —lo miró con tristeza—, viajar sola no es una posibilidad que mis padres me permitan.

—Mala suerte.

—Sí —suspiró, dejando en su lugar la pieza de porcelana—. Pienso exactamente lo mismo. Tengo tanta curiosidad por el mundo, por aprender cosas nuevas, por poder escribirlas… En fin, ¿me contarás ahora lo que ocurrió con ese tal Farris?

—Perret.

—Ah, sí. Como sea.

De Valois la dirigió por los pasillos repletos de objetos hasta llegar a una habitación que estaba enteramente decorada como un fragmento de la India. Con telas de colores ondeando desde el techo, almohadones regados por el suelo y una mesa pequeña en el centro, donde había una tetera extraña con té que seguramente beberían frío.

—¡Me encanta! ¡Me encanta!

—Ha quedado claro. —De Valois alejó sus oídos de ella.

—Es que… has tenido la vida que yo solo puedo soñar.

—La única que se pone los límites eres tú —señaló De Valois, tomando asiento entre los almohadones.

Millie hizo lo mismo; estaba resultándole difícil concentrarse cuando estaba tan admirada por lo que la rodeaba.

—¿Y bien? —Ella ni siquiera se preocupaba por mirarlo—. Empieza de una buena vez para que yo pueda seguir explorando.

—No tienes permitido inspeccionar mi casa.

—Por supuesto —le quitó importancia, con los ojos perdidos en la textura y bordado de un cojín—. ¿Entonces?

—Perret y Lefevre trabajaban para mi familia, nos hicimos amigos y casi sin darnos cuenta éramos inseparables.

—¿Quién era Fleur? —Acortó la historia, porque a Millie no le interesaba todo eso, pero al notar la impresión en la mirada de Valois, no pudo más que esclarecer sus dudas—: Lefevre me lo dijo.

—Claro —cerró los ojos—. Era su hermana menor.

—¿De Lefevre?

—Sí.

Eso la dejó sin habla. No podía imaginar lo horrible que sería que alguno de sus hermanos muriera de una forma tan espantosa.

—Ivette me dijo que todos la amaban —recordó Millie.

—Esa habladora.

—¿Cómo la amabas tú? —ladeó la cabeza—. ¿Cómo la amaba él?

—Para Lefevre, Fleur era más una hija —calló por un momento— y para Perret era como una hermana.

Millie esperó por un largo momento, pero él parecía no querer continuar con ello y cambió el tema a una ambigüedad.

—¿Qué hay de ti?

De Valois la miró fijamente a los ojos, con tanta intensidad que le provocó un escalofrío a lo largo de su columna.

—Eso no importa ya.

—Creo que sí importa, ¿no es por ella que sigues haciendo esto?

—No. Lo hago por Lefevre y por Perret.

—¿Por qué lo harías por el asesino? ¿No sabes lo que ha hecho?

—Claro que lo sé. —De Valois cerró los ojos—. ¿Pero tú abandonarías a un hermano que se ha perdido en la oscuridad?

Millie frunció el ceño, porque podía ver algo en el rostro de ese hombre, algo que jamás imaginó: le dolía. Sentía dolor al pensar en su amigo que tomó un camino de venganza, cometiendo las atrocidades que sólo un ser que lo ha perdido todo puede hacer.

—¿Y qué harás cuando lo encuentres?

Tenía miedo, porque era notorio el cariño que le tenía. Si pretendía esconderlo o tratar de salvarlo, Millie no podría quedarse a su lado; no participaría en ello, simplemente estaba en contra de todo lo que pensaba. Había personas que murieron por una necedad infantil, ¿qué justificación tenía quitar tantas vidas?

—¿Qué haré? —sonrió de forma siniestra que le heló la sangre.

De Valois abrió lentamente los ojos; su mirada era de un gris tormentoso, como una nube de lluvia a plena luz del día. Millie lo conocía bien, ya en dos ocasiones le ganó esa ira. No eran necesarias las palabras, porque ella las sentía en la profundidad de su pecho.

—Lo mataré.

Millie tragó con fuerza, porque no dudaba de la veracidad de su respuesta; solo alguien que amaba tan profundamente sabía lo doloroso que era ver a su ser querido totalmente destruido, haciendo daño al mundo, dejando como única alternativa aquello que dejaría una huella imborrable en De Valois una vez que lo hiciera.

15 FARSANTE

Estaba prácticamente secuestrada en esa casa. Llevaba más de dos semanas sin ver la luz del día, obligada a pasar sus días junto a un malhumorado De Valois, quien pasaba sus días encerrado en su habitación o leyendo. Aunque nunca dejaba de tenerla vigilada, porque cualquier intento que hizo por escapar resultó disuelto por él.

No tenía idea de qué justificación le habrían dado a sus padres para obtener tal permiso; le sorprendía que no la buscaran, incluso llegó a pensar que quizá esos dos locos encontraron la forma terminante de que sus padres abandonaran toda esperanza.

Fue por eso que aprovechó la oportunidad que se le brindaba y acorraló a De Valois en el salón de lectura, brincándole encima hasta hacerlo caer del sillón, acorralándolo contra el tapete persa que era el favorito de Millie por lo suave y acolchado.

—Jura que no les dijeron que morí.

—¿Qué? —rio divertido, disfrutando tener el brazo de esa joven contra su garganta—. Claro que no, ¿cómo crees?

—No me están buscando y dudo que aceptaran que viviera aquí contigo —elevó una ceja—. ¿Qué les dijeron?

—La verdad —se encogió de hombros.

—¿La cuál es…?

—Que estás más segura aquí —dijo con obviedad— que corres peligro al ser señalada como la siguiente víctima.

—¿Le dijeron eso a mis padres?

—No fue necesario —recorrió su rostro con una mirada intensa que ella no comprendió—. Había todo un mensaje en tu habitación.

—¿De qué hablas?

—Creo que tu Sombra dejó en claro que la molestabas.

—Entró a mi habitación —comprendió.

—En realidad, la incendió.

—¿Qué? —saltó en su lugar, lo cual hizo gemir al hombre que se encontraba debajo de ella —. ¿Mi familia está bien?

—Todos están bien —tranquilizó—. Fue focalizado, incendió tu habitación secreta, lo cual era de esperarse.

—¿Se atrevió a incendiar mi casa? —Estaba realmente furiosa y ofendida—. Lo mataré, lo mataré yo primero.

—Tranquila, Lady Mimos —sonrió, pasando sus manos por su cintura para pegarla a su cuerpo—. Recuerda que es mío.

—¿Te crees capaz de hacerlo?

—Sí.

Millie se inclinó para quedar cerca de sus labios, pero sin llegar a tocarlos; lo observaba detenidamente, recorriendo con sus iris violáceos las facciones masculinas.

—No te creo, Vampirito.

—He dicho que lo haré —la apretó en su lugar—. Lo juré.

—¿A quién?

Levantó una ceja sarcástica, apretando su cintura entre sus manos.

—¿Piensas quedarte así mucho tiempo? —acercó sus labios a ella tan solo un poco más—. No me veo comprendiendo tus acciones como algo menos que una clara insinuación.

—Mmm… ¿Eso crees?

—Eso entiendo.

—Bien por mí —se encogió de hombros y lo besó.

De Valois sabía que lo haría, porque era esa clase de mujer; ella no se dejaba amedrentar por nadie, ni siquiera por él. Debió de haber tenido más reservas después de lo que ocurrió en el club de boxeo, pero tal parecía que Millie Charpentier era una especie de fémina que no conocía límites; era salvaje, atrevida, desvergonzada y decidida.

Besaba bien, a pesar de que le había dicho que estaba siendo creída con el tema, pero la realidad era que era una muchacha que sabía impregnar emoción con cada uno de los movimientos de sus labios; era sobrecogedor, tierno y excitante, llegando al punto en el que De Valois se encontró recostándola a ella en el tapete, profundizando la caricia hasta tomar su falda y subirla ligeramente, pero ella lo detuvo.

—¿Qué hace, Monsieur De Valois? —Su voz era seductora, suave y osada—. ¿Planea quitarme el vestido?

—Es lo que pretendo.

—¿No está siendo muy atrevido?

—Un poco más que tú.

—Es divertido —sonrió, acariciando la mejilla rasposa del hombre que brillaba en deseo—, eres muy divertido.

—Dime, Lady Mimos, ¿qué quieres experimentar el día de hoy?

—Mmm… Me gustó lo que hiciste hace rato —tomó una de las manos con las que De Valois sostenía su cuerpo y la llevó hasta su cintura—, cuando apretabas ahí; me gustaba.

—¿Así? —la apretó y ella suspiró—. ¿Qué más?

—Cuando me besas el cuello.

—¿Así? —De Valois se agachó hasta el cuello que ella exponía, besando suavemente la zona; para después sorprenderla con el roce de su lengua contra su piel—. ¿Qué más?

Millie sentía que su cuerpo temblaba; tenía muchas ideas en su cabeza, pero seguro sería llegar demasiado lejos.

—Creo que pensarías mal de mí si te lo dijera.

—Lo dudo —dijo contra su cuello—, no tengo expectativas de que seas una damisela que se aterroriza con la idea de la intimidad.

—Naturalmente —sonrió, metiendo los dedos entre el cabello sedoso y negro—. Veamos… ¿Qué más te pondré a hacer?

—Dímelo y lo cumpliré.

—Sé que lo harás, ¿qué hombre se negaría?

—Ninguno.

—Recuéstate bien sobre mí.

—¿Por qué?

—No lo sé, quiero sentir tu peso.

—¿Para qué? Te será abrumador.

—Solo hazlo.

De Valois lo meditó por unos momentos, pero al contemplar la firmeza en la mirada de Millie, se vio en la necesidad de complacerla y, con respecto a ese tema, siempre lo hacía. La abrazó lentamente, conectando sus cuerpos con la totalidad de sus ropas, resultando tan enloquecedor como si estuvieran en carne viva.

Lejos de ser extraño, les parecía agradable; entre ellos existía una tensión latente y en constante, congelando su espacio y el tiempo, donde solo eran conscientes de las sensaciones que los impulsaban a seguir adelante, sin pensar en las consecuencias.

Los besos, las caricias, los suspiros; pronto todo comenzó a subir de tono, intensidad y demanda. Se sabían solos, se deseaban y, más que nada, tenían el penetrante deseo de complacerse a pesar de que pelearan más tiempo del que se hablaban con normalidad.

Y entre los intercambios cariñosos y las disputas por el poder, Millie consiguió quedar sentada en el regazo de Kylian, mostrando desesperación al intentar apartar la tela que cubría sus hombros, logrando arrancar un par de botones antes de que él la detuviera.

—¿Estás segura de lo que haces?

Con esa simple frase, Millie perdió toda emoción, dejando caer sus brazos mientras lo miraba con desesperación y queja.

—¿No quieres?

—Un hombre siempre quiere —le acarició los muslos—. Pero no me gustaría que fuera algo de lo que te arrepientas después.

—No lo haría —se inclinó para besarlo, pero De Valois lo evitó, tomando su rostro entre sus manos—. ¿Ahora qué?

—Eres temperamental, decidida y vives de momentos —sonrió de lado—; ¿acaso has

olvidado que me odias?

—Aún no te odio —suspiró—. Mira, me pareces excitante, guapo y aparentas saber lo que haces. Para mí, eso es más que suficiente.

—¿Segura?

—De Valois, creo que comprendes que lo que pasará ahora no es nada relacionado con el amor; será total y plenamente físico. Prometo no volverme una de esas mujeres que se obsesionan contigo después de que te acuestas con ellas —rodó los ojos, a sabiendas de que eso era lo que estaría pensando en esos momentos.

El hombre sonrió de lado, mostrando el colmillo de su lado derecho; en esa ocasión, Millie no evadió su curiosidad y tocó el puntiagudo diente, sonriendo un poco cuando notó que se lo permitía.

—¿Nada romántico?

—Nada.

—¿Cero exigencias, reclamos o demandas?

—Tengo altas expectativas, así que habrá exigencias; demandas también, así es nuestra relación. Pero, ¿reclamos? Nunca.

De Valois se sentó, pegando el cuerpo ligero de Millie al suyo, sonriendo alegre cuando ella le rodeó el cuello y colocó la punta de su nariz contra la de él, mirándolo presuntuosa, segura y, en apariencia, muy divertida con lo que provocaba.

—¿Vamos a la cama? —le besó el cuello.

—Sí, creo que sería lo indicado para una primera vez.

—Te encantará, seguro que no querrás salir de ahí.

—Oh, tu fanfarronería es insoportable en ocasiones.

—No me refería… —Dejó salir una carcajada y negó divertido, sonriente—. Me refería a mi habitación; te gustará la decoración.

—Ah —ella lo acercó un poco más, envolviendo su cabeza con sus brazos, pasando sus dedos por el cuero cabelludo—. ¿Así que hoy no habrá regaños porque tome una u otra cosa?

—Los habrá —admitió, apretando su cintura—. Pero lo permitiré, porque sé que te encantará

lo otro también.

Ella negó con docilidad y lo besó, sintiendo cómo De Valois se ponía en pie con ella a cuestas; no pareció serle conflictivo hacerlo, así que Millie lo permitió y envolvió sus piernas alrededor de él; sin embargo, el camino estaba resultando conflictivo, porque se detenían en todo momento debido a la intensidad de las caricias. En más de una ocasión, Millie se encontró siendo acorralada contra una pared, sostenida por las muñecas en lo alto y recibiendo besos que prometían robarle el alma y no sólo la respiración.

Se reía, ¿por qué no lo haría? Lo estaba disfrutando tanto como él; tarde o temprano se volvería loca entre esos besos y esas manos que la recorrían expertas y sin restricciónes.

—¿Qué haces ahora, Millicent? —De Valois gruñó desesperado, para después morder los labios de la joven atrevida—. Te recomiendo que no apresures las cosas o podrías desquiciarme.

—¿No puedo tocarte? —lo observó con un brillo en su mirar.

Él tragó sonoramente.

—Sí —cerró los ojos, haciendo que ella bajara de su cuerpo para pegarla contra una pared, donde gruñó en su oído—. Pero…

—¿No te gusta?

—¡Maldición! —se pegó aún más contra ella—. Me encanta.

—¿Entonces por qué te quejas?

—No tengo la menor idea.

Kylian la besó apasionado mientras ella se entretenía en explorar y curiosear por su cuerpo; era increíble su manera de desquiciarlo y hacerlo sentir que el mundo dejaba de girar.

—Eso es suficiente. —De Valois se alejó de ella, obteniendo una mirada extrañada y hasta indignada—. Vamos, lleguemos a la habitación antes de que algo más suceda.

La tomó de la mano, dirigiéndola por el pasillo.

—¿Por qué me detuviste? —se quejó.

—Aún quiero jugar contigo, Lady Mimos, no arruines tu propio momento —sonrió de lado, lanzándole una mirada perversa—. Vamos, será mi turno de hacerte enloquecer.

—¿Te estaba enloqueciendo? —inquirió satisfecha—. Anotado.

—Lo hacías.

Kylian abrió la puerta de la habitación, pero antes de permitirle asombrarse con su interior, la envolvió con sus brazos y volvió a besarla, dejándole como única alternativa admirar su cama, a la cual se acercaban casi con ansiedad que venía de la necesidad.

Millie pensaba que escogió adecuadamente a la persona con la que se acostaría por primera vez; De Valois no sólo podía hacer disfrutar a una mujer, sino que era infinitamente tierno y cuidadoso, por lo que ella podía ser todo lo alocada y atrevida que quisiera.

No supo en qué momento perdieron la ropa, ni tampoco quién fue el actor principal en esa acción, pero casi podía culparse a sí misma, porque era la que más se estaba divirtiendo con las texturas duras y fortalecidas que no se avergonzaba en besar, tocar y explorar a placer.

—Ven. —De Valois la tomó por los brazos y la obligó a besarlo mientras la recostaba sobre él, acariciando lo largo de su espalda hasta presionar la parte baja contra la de él, obteniendo su primera mirada sorpresiva—. Sí, es una sensación diferente, ¿verdad?

—Algo —. Ella trató de bajar la mirada para comprender lo que pasaba, pero De Valois tomó su barbilla, pidiendo que sus miradas siguieran conectadas—. ¿Qué? ¿No tengo permitido verte?

—De momento, no.

—No soy tan asustadiza como piensas.

—Sé que no, pero carece de sentido cuando lo importante está aquí —apuntó sus ojos tormentosos, pero después bajó la mirada hacia los labios enrojecidos de Millie—. Y aquí.

La joven sonrió.

—No pensé que pudieras ser tan romántico como para querer mirarme a los ojos durante todo el proceso.

—Es un gusto adquirido —admitió—. Ver a alguien a los ojos es un placer poco valorado; me agrada ser capaz de observar cambios, sensaciones y sentimientos. Por eso quiero que me mires a los ojos y permitas que escuche cada exquisito sonido de tus labios.

—Mmm… —sonrió—. No pensaba limitarme.

—Sé que no —se encogió de hombros—. ¿Podrás con lo otro?

—¿Mirarte a los ojos? —Ella se inclinó de hombros—. Sí, ¿por qué no? Es una exigencia

sencilla a mi parecer.

—Ya lo veremos —sonrió.

De Valois la colocó sobre el colchón, pero cuando se inclinó para comenzar a darle verdadero placer, escuchó la puerta de la entrada, dando la bienvenida a alguien que les gritaba.

—¡Maldición! —cerró los ojos.

—No puede ser —se quejó Millie, observando al hombre que tenía encima, quien parecía concentrado en algo—. ¿De Valois?

—Kylian —exigió cuando abrió los ojos.

—¿En serio? —Millie ladeó la cabeza—. Pensé que entre tus amigos se llamaban por los apellidos.

—No. En realidad, para que permita que alguien diga mi nombre de pila es porque… —Se silenció al darse cuenta de lo que hacía—. Vamos, levántate. Lefevre tendrá algo que decirnos.

Millie resopló disgustada cuando él abandonó su cuerpo; intentó al menos verlo desnudo, pero De Valois pareció prever la acción y se cubrió con una sábana antes de comenzar a ponerse ropa.

¿Por qué se escondería? Sonrió. ¿Sería un hombre pequeño o uno grande? Si era lo primero, sería por vergüenza; pero de ser lo segundo, quizá consideraba que la podría atemorizar, lo cual era una tontería, porque lo que Millie tenía, era curiosidad.

—Venga, Millie —pidió De Valois con naturalidad—. ¿O acaso quieres que Lefevre te vea desnuda en mi cama?

—¿Te pondría celoso? —se levantó sin pena ni miedo.

—Algo —admitió—. Vamos, te ayudo.

Millie lo aceptó, dejó que le pusiera el vestido e incluso le permitió arreglar su corto cabello, aunque lo dejó más desastroso que antes. No parecía nervioso, pero actuaba rápido; quizá realmente le disgustaba la idea de que Lefevre la encontrara en su cama.

¿Sería acaso por el tema de Fleur? ¿Le molestaría a Lefevre que De Valois siguiera con su vida tras la muerte de su hermana? No parecía esa clase de persona, pero De Valois sí. Lo cual la llevaba a la siguiente pregunta: ¿Cuál sería la relación que tuvieron?

La vez pasada que salió el tema, De Valois se rehusó a hablar de ello, por lo que Millie dedujo que se trataba de un amor de pareja.

—¿A qué le estás dando vueltas? —se acercó por detrás y le besó el cuello, aceptando que ella le colocara una mano sobre la mejilla.

—¿Por qué nos escondemos de Lefevre?

—No nos escondemos —la envolvió con sus brazos para pegarla a su pecho—. Pero en serio, no quería que te viera desnuda.

—¿Seguro que es eso? —giró un poco la cabeza para lograr mirarlo—. Comprendería si te sintieras incómodo.

—¿A razón de qué?

—Bueno, jamás me dijiste qué tipo de relación tenías con Fleur y eso me hizo suponer…

—Seguramente acertaste —la interrumpió—. Vamos, ya me cansé de escuchar a Lefevre gritar como perico.

—De Valois —le tomó la mano para detenerlo.

—Kylian —exigió.

—Sí, lo siento. —Cerró los ojos y meneó la cabeza—. Mira, la verdad es que me avergüenza pensar que te acorralé como una demente sexual; si no quieres…

—¿Qué dices? —frunció el ceño, entre divertido y enojado—. Por favor, Millie, no digas tonterías.

—Es que…

—Dije que no dijeras tonterías. —La besó—. Vamos.

La sonrisa que Lefevre les regaló cuando entraron al extraño salón de invitados fue la revelación que Millie necesitaba para saber que a él no le importaba en lo más mínimo que tuvieran una relación; al contrario, casi podía jurar que estaba feliz.

Pero no tocó el tema, ni siquiera como burla o insinuación.

Al menos, no con ella.

—Millicent, tus padres están bien, lamento no haber venido antes.

—Está bien —negó la joven—. Kylian me explicó lo que pasó.

Lefevre arqueó ambas cejas y miró al recién mencionado, quien se mantenía recargado en una pared lejana con los brazos cruzados, en apariencia, poco interesado en lo que tenía que informar.

—Sí. El problema es que no son mentiras, realmente corres peligro; pero, al mismo tiempo, te necesitamos afuera.

—No podré salir, si mis padres me vieran…

—Reubicamos a tus padres —dijo De Valois con tranquilidad.

—¿Qué?

—Sí. Así como les aseguramos que tú estarías bien con nosotros, les pedimos que lo mejor era que ellos se movieran —dijo Lefevre.

—Mi madre debe estar muy asustada —asintió Millie—. Sufrió extorsión en su juventud; esto ha de serle una pesadilla.

—Afortunadamente, los trillizos regresaron a la universidad, por lo que estarán fuera de peligro.

—¿Qué hay de Phil? Él ya no va a clases.

—Está conmigo —tranquilizó Lefevre.

—¿Por qué no vienen todos aquí o nos vamos nosotros allá?

—Lo mejor es tenerlos separados —dijo De Valois, ayudando en eso a su amigo, quien lo agradeció—. Seguro que Perret utilizaría a tu hermano para lograr que hicieras lo que él quisiera.

—Es mera precaución —aseguró Lefevre.

—Bien —aceptó sin buscar otro trasfondo a esa separación—. ¿Cuál es el plan? ¿Cómo se supone que haré de carnada?

—En teoría, tenemos tiempo para planearlo —dijo De Valois.

—De acuerdo, pero aún tengo dudas que resolver.

—Pensé que De Valois había cubierto esa parte —miró a su amigo con reproche—. ¿Qué dudas tienes?

—Explíquenme lo de las marcas.

—Supongo que hablas de las que escribe.

—Naturalmente —asintió Millie—. Sé que tiene que haber un mensaje oculto, seguro que ustedes ya lo saben.

—Tampoco es que sea necesario que lo sepas —dijo De Valois.

Ella le dirigió una mirada enfadada y de reproche.

—Quizá no sea necesario, pero quiero saberlo.

—De Valois —reclamó Lefevre—. Lo prometiste.

—No hace falta que se entere de todo.

—Creo que, si quieren que sea su carnada, al menos deberían cumplir con mis exigencias, ¿no es cierto?

Lefevre asintió despacio.

—Sé que no te gusta, De Valois, pero es lo justo.

El hombre gruñó y volvió el rostro, ignorando la sonrisa de Millie.

—¿Por qué no tomamos asiento?

La joven aceptó la mano que Lefevre le ofrecía y se inclinó hasta el suelo para sentarse en uno de los almohadones, pensando que Lefevre hablaría en seguida, pero en su lugar lo encontró lanzando una mirada a De Valois, quien resopló desconforme después de un momento y subió las escaleras a regañadientes.

—¿Por qué se fue?

—No se fue, nos va a traer las fotos.

—¿Tienen fotos?

—Sí.

—¿De todos los casos?

—Los primeros tres, no.

—Son los que tienen que ver con mi prima política.

—Dudamos que Perret tenga que ver con esos —informó—. Nosotros llegamos a París tiempo después.

—¿Eso quiere decir que su Perret es un imitador?

—Lo dudo. Perret pudo ser quien les dijo cómo hacerlo.

—¿Consultor de asesinos? Qué peligroso.

—No —sonrió—. Quizá solo era mientras se establecía aquí.

—¿Quieres decir que lleva haciéndolo mucho tiempo?

—Al menos un año.

—¿Desde la muerte de Fleur?

—Un poco después. —Lefevre bajó la mirada—. Admito que, en un inicio, su sueño era compartido.

—¿Qué? —la joven saltó en su lugar.

—No al extremo que ha llegado él —la tranquilizó—. Queríamos dar una lección a la sociedad.

—¿Una lección de qué?

—A todos los de nuestra clase —dijo De Valois—. Iniciando por mi adorada familia llena de corrupción y depravación.

Millie se volvió hacia él. Su actitud era muy diferente a cuando ambos estaban en la habitación, besándose como dos desesperados.

—¿Por qué?

—Fleur entró a trabajar a una casa “de renombre” gracias a los De Valois —dijo Lefevre—. Ella estaba entusiasmada, pensaba que su futuro despegaría a partir de ahí.

—¿Y no sucedió?

—Claro que no. —De Valois fue a sentarse junto a ella—. Se aprovecharon de su inocencia, de su entusiasmo.

—¿Qué fue lo que le pasó?

—No lo sabemos —admitió Lefevre—. Simplemente dejaron de llegar cartas de su parte, no nos dejaban verla y un buen día nos dijeron que desapareció, que se fugó.

—Vaya mentira —chistó De Valois—. Ella jamás dejaría a su hermano, al menos, no lo haría sin decirle nada.

—Claro —Millie asintió despacio—. Pero, ¿qué tiene que ver con los asesinatos de mujeres?

No tiene ningún sentido.

—Obviamente investigamos —dijo Lefevre—. Tratamos de encontrarla, hablamos con sus compañeras y ninguna nos supo dar razón de su destino o la persona con la que se fue.

—Descubrimos que todo era mentira —continuó De Valois—. Todos los que entraban a esa casa no salían.

—¿Eran asesinos?

—El hombre era un pedófilo y violador. —De Valois parecía furioso—. La mujer, una celosa controladora, le gustaba castigar cruelmente a las mujeres que eran del gusto de su marido.

—¿Y ese fue el destino de Fleur? —inquirió aterrada.

—Pensamos que sí. —Lefevre bajó la mirada—. Para Perret fue duro de aceptar. Culpó a Kylian por fallas de su familia, me culpó a mí por descuidado y a sí mismo por haberle permitido ir.

—Ninguno lo sabía.

—Debimos haberlo previsto —admitió Kylian—. Después de todo, nosotros somos los que más conocíamos a mi familia.

—Intenté disuadirla, pero fue imposible —dijo Lefevre—. Fleur era tan voluntariosa como lo eres tú.

—Entonces, digamos que Perret hace esto en venganza de personas que él considera como malvadas, por eso las marca con el cuchillo —comprendió—. Y las únicas víctimas que no eran de la clase correspondiente, no las asesinó él.

—Las muertes circundantes a tu prima política fueron una mera distracción de Perret para establecer su objetivo. Le gusta causar miedo —dijo Kylian—. En un inicio tenía un propósito, pero ahora no estoy seguro si continúa en la misma línea.

—¿Por qué?

—Sus tendencias se han degenerado bastante —explicó—. En realidad, sigue mucho la línea de Fleur, algunas se parecen bastante.

—Creí que no abusaba de ellas.

Los hombres se miraron por unos segundos.

—No sexualmente, al menos, pero puede darle satisfacción tenerlas cerca, poder tocarlas como desea —dijo Lefevre.

—Me parece extraño que las mate —dijo Millie—. Si se supone que la ama, ¿por qué matarla en cada ocasión que la *"encuentra"*?

—Porque no es ella. —Se inclinó de hombros De Valois—. El que le guste alguien que no es Fleur puede ser el detonante de los asesinatos; recordar que está muerta acarrea su ira.

—Así que puedo concluir que ha perdido la cabeza.

—Por supuesto —dijo Lefevre—. Razonar con él está fuera de discusión; si lo tenemos cerca, debemos matarlo o él lo hará.

De Valois se abstuvo de hablar; en su lugar, esparció las fotografías del caso frente a los ojos de Millie, quien se inclinó sobre la mesa, acercándose más a él sin querer.

—Acomódalas —pidió la joven—. En el orden de la muerte.

A pesar de que no le agradaba recibir órdenes, actuó rápidamente y las colocó conforme a la fecha de defunción. Millie se acercó a la mesa, verificando los horrores marcados en el abdomen de todas esas jóvenes que no merecían morir; por mucho que hubiesen hecho o dejado de hacer en vida, nadie merecía tener un final semejante.

—No; esto no está bien.

—¿Qué buscas? —inquirió Lefevre con curiosidad.

—De esta forma no dice nada y estoy segura de que debe existir algo —negó Millie, sin contestar la pregunta.

—¿Qué se supone que has encontrado? —insistió Lefevre.

—Está dejando un mensaje, no pone las palabras al azar, quiere decirles algo, a ustedes —los miró—. Pero tenemos que encontrar la secuencia adecuada; no puede ser cualquiera.

—¿Cómo qué? —fue el turno de Kylian para preguntar.

—No lo sé —Millie pensó en ello—. Debe ser algo relacionado con todas las demás pistas, ¿no lo crees?

—¿Pistas? —Lefevre frunció el ceño.

—Sí. El que mate en un momento en específico, el que las deje en las calles, el que sean

ciertas personas. Todo tiene un significado.

—Creo que piensas que es más inteligente de lo que realmente es —sinceró Lefevre—. Dudo que Perret piense tanto.

—Pero lo hace —aceptó Kylian después de razonar lo dicho por Millie—. Jamás lo había pensado, pero tienes razón.

—¿Cómo no lo habías pensado antes? —se quejó Millie.

—Al igual que Lefevre, no creí que fuera algo tan elaborado.

—De acuerdo. Ahora tenemos que pensar muy bien —se acomodó en el almohadón en el que estaba sentada y observó con detenimiento cada fotografía—. Vayamos por partes.

—Sigue el ciclo de la luna, asesina en una fase lunar diferente cada mes —aseguró De Valois —. Pero no tengo idea de la razón.

—El motor de Perret es Fleur, así que pensemos que todo está asociado con ella, con gustos, aficiones, el día de su muerte o nacimiento; no lo sé, todo importa.

—¿Nacimiento? —Lefevre frunció el ceño unos segundos, para después encontrar algo en el fondo de su mente que lo hizo iluminarse al encontrar una posible respuesta—: Mi hermana nació en la madrugada, mi madre dio a luz en la calle.

—La calle —razonó De Valois, mirando a Millie, quien asentía.

—Será por ello que las coloca en la calle.

—Puede ser. —De Valois lo pensó detenidamente, pero él tenía información que nadie más tenía—. Pero hay otra razón por la cual terminan en la calle.

—¿De qué hablas? —Lo miró Lefevre.

—El doctor Anton me entregó algo interesante hace poco.

—¿Qué? —chistó Millie—. ¿Te lo dio a ti y no a mí?

—Parece que le importas más de lo que piensas.

—¿Yo? —se extrañó—. No he hablado con él lo suficiente como para crearle un sentimiento similar.

—Parece que lo has impresionado de alguna manera.

—O sabe algo —dedujo Lefevre, mirando a su amigo—. ¿Qué fue lo que te dijo? Algo me

dice que no es bueno.

—Tal parece que los cuerpos se han encontrado… sin sangre.

—¿Sin sangre? —repitió Millie, sorprendida.

—Quieres decir que… ¿Las diseca o algo así?

—No tanto como eso, pero las drena.

—En las habitaciones de las víctimas siempre hay sangre —recordó Millie, pero entonces abrió los ojos con impresión—. Pero nunca hay rastro hasta la calle en donde las deja.

—No sé qué es lo que pretende, pero no puede ser bueno.

—¿Por qué hacer algo tan atroz?

—No lo sé —negó Lefevre—. Es horroroso.

—Así que deja a chicas hermosas, afortunadas y parecidas a Fleur en la calle. Parece como si tratara de recordarles su presencia —pensó Millie y los miró—. ¿Acaso siente que la han olvidado y por eso intenta hacerles un recordatorio?

—Cada vez que pone un cuerpo en la calle, es como si naciera de nuevo Fleur —dijo De Valois—. ¿Es lo que dices?

—Bueno, al menos nace en su cabeza —dijo Millie—. Ahora bien, encontremos un patrón para los días. Me parece extraño que siga el ciclo de la luna, ¿por qué hacerlo?

—A mi hermana le gustaba la noche, aunque no recuerdo que tuviera algo que ver con la luna; al contrario, le gustaba cuando la luna no estaba presente porque había más oscuridad y eso le permitía dormir plácidamente al no tenerla sobre la cara.

—¿Cuándo no había luna? —Millie sonrió—. Kylian, busca a las mujeres que murieron en lunas nuevas.

De Valois sintió un salto en su corazón al comprender lo que pasaba. Apuró sus manos sobre las fotografías que tenía previamente marcadas con las fases lunares en las que murieron. Pronto se había dado cuenta de la coincidencia; no por nada se decía obsesionado con el tema. Cuando salía en su búsqueda, De Valois hacía notas de absolutamente todo: del día, la hora, los meses, las fases de la luna, todo. Gracias a ello, logró colocar la imagen de tres mujeres que resultaban sorprendentes para Lefevre y De Valois, puesto que el parecido con Fleur era evidente.

El resto de las víctimas variaba en cuanto a facciones, color de piel y de cabello; pero no en las de la luna nueva. En ese caso, las tres mujeres eran iguales; compartían los mismos rasgos fundamentales que las hacían tan parecidas a la hermana de Lefevre.

—¿Podrían describirme a Fleur?

—No hace falta —dijo un sorprendido Lefevre, apuntando a las jovencitas—. La tienes enfrente.

—¿Es parecida a ella?

—No sólo eso —De Valois parecía en un trance—. Tienen el mismo estilo, el mismo cabello y la misma complexión.

—Así que cada luna nueva, muere alguien igual a Fleur.

—Eso parece. —Lefevre se dejó caer en su almohadón, pero parecía hundirse mucho más profundo.

—Acabamos de pasar el asesinato del cuarto menguante —observó Millie—. Sigue alguien parecido a Fleur y no puedo ser yo.

En eso tenía razón. La hermana de Lefevre, como era de esperarse, compartía los cabellos rubios y los ojos ambarinos; Millie no podía ser la siguiente víctima pese a las amenazas que surgieron después de la noche del club de boxeo, porque le faltaba lo más esencial, aquello que todas las damas anteriores compartían.

—Estoy a salvo —dijo ella—. Eso quiere decir que no sigo.

—No bajes la guardia —aconsejó Lefevre.

—Te dijimos que ha enloquecido —apuntó a las víctimas— Puedes notarlo; si bien no te pareces a Fleur físicamente, nada nos asegura que no puedas ser la siguiente.

—El patrón lo dice, no lo seré y dudo que Perret cambie esto por mí. Matará a alguien como Fleur; concentrémonos en encontrarla.

—Lo que tú quieres es salir —dijo De Valois.

—Tengo que hacerlo. De todas formas, soy la carnada, ¿no es cierto? No puedo ocultarme aquí por siempre.

—Philip no lo permitirá —aseguró Lefevre.

—No le diremos —simplificó la joven—. Pese a que mi hermano me quiere, no frecuentamos los mismos lugares; los trillizos serían un problema de estar aquí, pero tal parece que todo se confabula a mi favor y lo único que tengo que evitar son galerías de arte y bibliotecas.

—Es peligroso.

—No creo que a ninguno de ustedes les interese tanto como dicen —sonrió la muchacha—. Me llevan utilizando desde el primer momento, así que, por favor, no dejen de hacerlo ahora.

Los caballeros se lanzaron una mirada inquisitiva que perduró por varios minutos. Las cosas habían cambiado, sobre todo con Lefevre; al inicio, sus acciones al conocerla fueron totalmente desinteresadas, pero ahora no podía decir lo mismo.

—De acuerdo.

—De Valois —reclamó Lefevre.

—Yo cuidaré de ella —aseguró—; de todas formas, es lo que llevo haciendo desde que me la encomendaste.

—¿Tú se lo encomendaste? —frunció el ceño Millie.

—Sí. En realidad, te veía más como un estorbo al cual debíamos mantener vigilado —admitió Lefevre—. De hecho, lo sigo pensando.

—Halagador.

—No pretendo serlo —aseguró—. Eres imprudente la mayor parte del tiempo y no sé cómo le respondería a tu familia si acaso te pasa algo. Se supone que estás aquí para resguardarte del peligro.

—Sé cuidarme sola.

—Si De Valois hubiera sido el asesino, tú no estarías con vida.

Millie tragó con fuerza, porque no tenía cómo refutarlo.

—Pero ahora está de mi lado —miró hacia el mencionado—. ¿No es cierto, Kylian? ¿Me protegerás?

—Lo intentaré.

—De acuerdo —ella se puso en pie de un salto—. Sé dónde comenzar a buscar a nuestra siguiente víctima.

—¿En serio? —Lefevre se mostró sorprendido.

—Sí, pero para eso tengo que ver a mi prima —se encogió de hombros—, supongo que podré reclamarle en persona al doctor Anton por confiar más en Kylian que en mí.

—Cámbiate —aceptó De Valois—. Tenemos poco tiempo.

—No te preocupes, faltan dos semanas para la luna nueva —asintió entusiasmada—, y hay muchas veladas donde buscar.

—Cámbiate para salir —reiteró.

Millie no podía contener su entusiasmo; su libertad era su bien más preciado y, aunque la casa de Kylian le fuera interesante y reconfortante, le resultaba demasiado encarrada, privada y oscura, al menos para su gusto, le hacía falta la luz de sol.

Desde su juventud se clasificó como un alma libre a la cual le gustaba la vida social, desde ir a cafés hasta las veladas donde se conocía a personas interesantes y algo le decía a ella que De Valois era igual, pero al necesitar tener un perfil bajo, decidió encerrarse en esa cueva, recordando sus viajes, gustos y diversión.

¿Llegaría el día donde ella pudiese hacer lo mismo?

16 AGRESIVO

De Valois era consciente de que Lefevre quería cuestionarlo a solas sobre la decisión que estaba tomando. Aceptaría escucharlo, pero nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión. No le importaban los motivos por los cuales su amigo no quería seguir adelante; la situación seguía siendo la misma para él y no pensaba detenerse hasta cumplir con su promesa.

Se miraron por un largo momento en un total silencio; no necesitaban palabras para poder decir lo que pensaban, pero Lefevre no se quedaría con un simple reclamo silencioso. De Valois lo sabía y, cuando lo vio abrir la boca, simplemente suspiró.

—Dilo de una vez —pidió desenfadado.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Cumplir con mi promesa, ¿qué más?

—La pondrás en peligro, ¿no te das cuenta?

—Ella sabe lo que hace.

—No, no lo sabe. Es una muchacha voluntariosa y descerebrada que quiere experimentar la emoción de vivir, lo sabes.

—¿Quién soy yo para evitarlo?

—Quisiera pensar que eres una persona consciente.

—Pues te equivocas.

Lefevre asintió despacio; de su mirada no se apartaba la recriminación que Kylian tanto detestaba recibir.

—¿Qué harás si le sucede algo?

—No le pasará nada.

—¡No puedes asegurarlo, Kylian!

—Te recomiendo que no grites, Lady Mimos es buena espiando.

—No me importa que me escuche, es una locura.

—Ya te dije lo único que te puedo ofrecer, Lefevre —dijo tranquilo—. La mantendré con vida, ¿no es suficiente para ti?

—¿Lo sería para ti si fueras Philip?

—Claro que no —dijo tranquilo—. Pero también sabría que no puedo hacer nada para evitarlo; si la conoce de algo, comprenderá que no hay poder humano que pueda detenerla.

—Y tú lo permitirás porque te conviene.

—Es condenadamente lista, descubrió esto en apenas un pestañeo —empujó las fotografías hacia Lefevre.

—Nada que tú no hayas hecho antes —las devolvió.

—Sí, pero apenas les dio un vistazo y lo supo —sonrió De Valois—. Admite que estás sorprendido.

—Lo estoy, tiene una mente sagaz y deductiva; no me gustaría que el mundo se perdiera de ello por una estúpida venganza.

—Antes no te lo parecía así.

—Cambié de opinión.

De Valois sonrió; lo hizo en serio, por lo cual mostró sus dos colmillos que Millie comparaba con los de un vampiro.

—Me da gusto por ti, Lefevre, en serio. —Cerró los ojos—. Pero el que tú estés reconstruyendo tu vida no hará que yo deje la mía.

—¿Te parece una vida?

—Es mi propósito, al menos de momento.

—No. Creo que usas esto como excusa para no vivir, para no sentir y mantenerte pegado a una persona que te quiere destruir.

—Quizá.

—Pero no puedes hacerlo por siempre; justo ahora estás envuelto en algo que no pensabas, ¿no es cierto?

—¿De qué demonios hablas?

—La escuché.

—¿Qué cosa?

—Te llama por tu nombre —entrecerró los ojos—. Tú debiste pedírselo; de otra forma jamás se habría atrevido a decirlo.

—Claro que lo hice.

—¿Por qué? —Lefevre sospechó de su amigo cuando lo escuchó hablar de forma desinteresada.

—Quiero comprobar algo importante.

—¿Estás siguiendo una pista? —frunció el ceño—. ¿Cuál?

—Una que no la involucra directamente a ella, pero por ahora su presencia es fundamental —sonrió—. Se presentó la oportunidad.

—¿De qué hablas?

—Por el momento, prefiero que no lo sepas.

—¿Disculpa? —estaba ofendido.

—Lo siento, Lefevre, pero te acabo de dejar fuera del caso.

—No puedes hacer tal cosa.

—Acabo de hacerlo —se puso en pie—. Tómatelo como la libertad de ser feliz; tú que puedes, hazlo. Hazlo por los dos.

—De Valois —Lefevre lo imitó—. ¿Qué demonios haces?

—Lo necesario.

—¿Pretendes ponerla en peligro deliberadamente?

—Es ella quien lo hace.

—Te lo dije, no tiene conciencia.

—Lo sé —se inclinó de hombros—. No es mi problema.

El rostro de Lefevre reaccionó con repudio por una milésima de segundo; después negó reiteradamente.

—No puedo hablar contigo cuando estás de esta forma. —Lefevre se encaminó hacia la

salida—. Me la llevaré a mi casa mañana temprano. No admitiré otra cosa.

—Me importa poco a dónde la lleves; la seguiré.

—De Valois —se volvió para enfrentarlo; su mirada era dura, pesada, grave—. Te lo estoy advirtiendo y te conviene tomarlo en cuenta, te lo digo como amigo.

—Digo exactamente lo mismo.

—Le diré lo que pretendes.

—No hará ninguna diferencia, ella misma lo sugirió.

—Desconoce lo que significa.

—Lo aceptaría incluso aunque lo supiera; quiere atrapar a Perret, quizá más que tú y yo.

—No a costa de su vida.

—A veces se tienen que hacer sacrificios.

Sus miradas se enfrentaron en una nueva batalla.

—Vendré por ella esta noche.

—No te aseguro que estemos aquí.

—Más te vale que así sea.

—¿Y si no quiere?

—Querrá.

Kylian mostró su enojo; él no era tan controlado como Lefevre, quien tenía que tolerar las idioteces al estar expuesto al mundo.

—No te la llevarás.

—¿Quién lo evitará? —sonrió—. ¿Tú?

—Puedo hacerlo.

Lefevre caminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—Ten cuidado con lo que haces, De Valois, podrías estar haciéndote más daño del que imaginas.

—¿De qué hablas?

—No lo sé, es una simple suposición.

—Déjate de tonterías, Lefevre, si piensas que ella…

—No diré nada al respecto y tú tampoco; tan solo piénsalo bien.

—Es lo que hago; quien lo ha dejado de hacer eres tú.

Lefevre prefirió tragarse sus comentarios; sabía que no llegarían a ningún acuerdo, así que se fue justo en el momento en el que Millie bajaba de forma atolondrada, sonriendo en ignorancia.

—¿Lista?

—Sí, ¿y Lefevre?

—Asegura querer llevarte a su casa —consideró que no valía la pena mentir—. Vendrá por ti esta noche y dudo que no lo cumpla.

—¿Por qué? Pensaba que era mejor tener a mi familia separada.

—Creo que no piensa que estés a salvo conmigo.

—Supongo —sonrió—. Pero no me iré.

—¿A razón de qué?

—Me protegerán como si fuera de cristal —rechazó la idea—. Peor si tomamos en cuenta que mi hermano está en su casa.

—Dudo que acepte un *no* como respuesta.

—Para lo poco que me importa lo que piensen Lefevre o Phil.

De Valois sonrió, porque sabía que esa sería su respuesta. A lo poco que la conocía, la sabía terca e indomable; eso le gustaba de ella, porque resultaba ser que sus espíritus se parecían.

—Vamos, encontremos a tu prima.

—Eso es lo más sencillo; convencerla será nuestra gran misión.

—Soy bueno convenciendo a las personas.

—¿En serio consideras eso cierto? —se burló—. No me has podido convencer a mí ni de una sola cosa.

Kylian detuvo sus pasos y regresó una mirada peligrosa, acompañada de una sonrisa que le causaba escalofríos a la joven que permitió ser capturada por unos brazos y afianzada contra un pecho que la hacía sentir vulnerable y poderosa, todo al mismo tiempo.

—Justo ahora no creo que puedas asegurarlo.

—¿Y qué se supone que confirma esto? —dijo divertida, colocando sus manos sobre el pecho bien formado.

—Lo mismo que ves en mis ojos es lo que reflejan los tuyos.

—¿Y eso qué? —Lo apartó—. Únicamente significa que nos atraemos, pero no me has convencido de nada.

—No lo entiendes. —Salió de su casa después de ella, cerrando la puerta con seguro—. Para que una mujer tenga los mismos sentires de un hombre, se necesita convencimiento, eso te lo aseguro.

—Si ese es el caso, entonces te he convencido yo a ti.

De Valois sonrió; eso lo tenía más que claro.

—¿Se puede saber a qué veladas tendremos que ir?

—A muchas, si queremos encontrar a la siguiente víctima.

—Espero que sepas que no ser el blanco principal no asegura que estés a salvo; bien podría ir tras de ti y guardarte como a un vino, esperando que sea el momento correcto para sacarlo.

—Para eso te tengo a ti —le palmeó el pecho—. Harás de guardaespaldas de la carnada, ¿qué te parece?

—Aunque lo digas en broma, debes estar atenta.

—Realmente me sorprende tu interés en mi persona.

—Lefevre no me permitiría otra cosa; es más, estoy seguro de que ha vuelto a mi casa para empacar tus cosas.

—No recuerdo tener nada.

—¿Y con qué se supone que te has vestido todos estos días?

—Pensé que eran cosas de tus antiguas mujeres.

De Valois sonrió sin gracia.

—No hubo tal.

—¿Eres célibe? —rio—. No me sorprendería.

—Poco me falta de esa agonía.

—¿Quién lo dice? Yo propongo que te mantengas enfocado por más tiempo; necesitamos la

astucia de ambos.

—Eras tú la que parecía decidida hace unas horas.

—Y ahora he cambiado de opinión.

—No se me haría raro.

—Vamos —le tomó el brazo para escoltarse a sí misma—, tenemos que llegar al doctor antes de que se acabe la cita de mi prima.

—¿Te sabes sus horarios?

—Era la forma segura que tenía para encontrarme con el doctor.

—No creí que la necesitaras.

—La gente suele evitarme —. El largo silencio de Kylian dio la razón a esa meditación, lo cual la hizo reír, asestándole un golpe que le contagió la sonrisa—. Al menos deberías intentar fingir.

—¿Para qué? Sabrías que lo hago.

—Es verdad —aceptó vigorosa y siguió con su entrada triunfal al hospital donde atendía el doctor Anton, quien en esos momentos salía de su despacho, llevando la silla de Delaila Aigrefeullie—. ¡Ah, pero miren a quién tenemos aquí! Qué gran coincidencia.

—¿Coincidencia, dices? —negó Delaila.

—Vamos, vamos, primita —sonrió Millie con encanto—. ¿Qué no te da alegría verme después de mi encierro temprano?

—El manicomio te sigue esperando con las puertas abiertas.

—Ni que lo digas, he dejado mi cama esta mañana y espera por mi rápido retorno; por eso he decidido no quitarnos tiempo.

—¿Tengo algo que ver en esto? —inquirió el doctor—. Resulta que sigo ocupado, ya saben, la gente no deja de enfermarse y morir.

—Usted necesita un respiro, doctor; si más no recuerdo, se ha tomado uno para recibir a mi amigo no hace tanto.

El doctor Anton pudo notar el reclamo en la mirada de la joven, pero si lo resintió, no lo hizo notar y simplemente sonrió en respuesta.

—Al final, parece que no sirvió de nada la discreción —el doctor Anton dirigió una mirada hacia De Valois, quien no parecía apenado por haberlo divulgado—. En todo caso, ¿qué querían?

—En realidad, vengo con mi prima —sonrió la joven—. Pero no podía perder la oportunidad de reclamarle.

—Ya veo —sonrió; después se acuclilló para quedar a la altura de Delaila, quien de inmediato se sonrojó—. Vas muy bien, Deli, sigue así y pronto podrás ponerte en pie.

—¿En serio lo cree?

—Sí —le tomó la mano que tenía sobre la reposadera—. Ten fe, podrías darle una sorpresa a tu madre; así que no te desanimes.

—Gracias, doctor Anton.

El médico se despidió con una sonrisa, entrando nuevamente a su consultorio, dejando en manos de Millie a la joven en silla de ruedas.

—Muy bien, suéltalo de una vez —pidió Delaila—. ¿Y por qué has traído a ese hombre tan escalofriante?

—Es mi compañero —lo golpeó en el pecho.

—Como sea —Delaila rodó los ojos—; entonces, dime.

—Tengo entendido que piensas ir a la velada de…

—No iré a ninguna velada.

—En ese caso, podría ir en tu nombre.

Delaila entrecerró los ojos.

—¿Por qué te interesa?

—Bueno, en realidad estoy buscando a alguien.

—¿Y tu familia no tiene invitación?

—Supongo que la tendrían, pero mi familia salió de la ciudad y seguro que las personas ya lo saben.

—¿Piensas ir ahí sin tutor y con esta… compañía?

—Mmm… tienes razón, si voy sola con De Valois, seguro que la gente hablará —miró al hombre a su lado, quien parecía cada vez menos interesado en la conversación—. Bien, tengo

eso resuelto, ¿puedes arreglar que estemos en la lista?

—Te he dicho que no tengo ganas de ir.

—¿Qué pasaría si el doctor Anton fuera?

—No le gustan esas cosas.

—Soy buena convenciendo a las personas —sonrió presumida, mirando al hombre que simplemente negó, disimulando una sonrisa.

—Supongo que, si va al doctor Anton, no sería tan terrible, ¿no es cierto? —bajó la mirada para no sentirse tan avergonzada.

—Eso mismo pienso yo —le palmeó el hombro—. Kylian, ¿te importaría quedarte con ella en lo que persuado al médico?

—Si ella no tiene inconveniente, por mí está bien.

Delaila no estaba segura de quedarse con él, pero sabía que a su prima no le importaría su opinión, porque en cuanto obtuvo la respuesta positiva de ese hombre, Millie se internó en el consultorio sin mirar atrás, instalando un silencio entre las personas que dejaba.

Se sentía nerviosa a su alrededor; Delaila no podía evitar lanzar miradas rápidas y extrañadas hacia el hombre que no se dignaba en prestarle atención. Le parecía irritante lo pomposo que podía llegar a ser, porque no importaba cuánto lo quisiera disfrazar con esas ropas extrañas y poco convencionales; para Delaila era notoria la forma en la que se realzaba del resto, porque él se sentía de esa forma.

Era como si De Valois caminara un escalón por encima del resto.

—Si tanto le desagrada, puede dejar de mirarme.

—¿Por qué lo dice?

—El repudio es un sentimiento que se nota con rapidez.

—No lo repudio.

—Entonces tiene un problema con la expresión de su cara.

Delaila sonrió ligeramente y asintió.

—Acepto que me parece un hombre poco convencional, pero entiendo que a mi prima le parezca un diamante entre piedras.

—¿De qué habla?

—Es usted extraño, excéntrico, misterioso y sin comparativas; para Millie debe ser excitante tenerlo cerca, pero le advierto algo…

—Vaya, las amenazas caen rápido cuando se trata de ustedes.

—Me es sencillo ver la oscuridad de las personas y he leído la suya. Le advierto que, si quiere embarrarla con su fatalidad, no se lo perdonaré; soy capaz de pararme de esta silla para matarlo.

—No lo dudaría.

—Mi prima es… Una mujer especial; si bien no la entiendo la mayoría del tiempo, la considero una hermana, así que no la lastime.

—Estoy cuidando de ella, ¿no se lo explicaron?

—Lo hicieron; pero todo esto me parece un gran enredo y casi estoy segura de que es usted quien enrolla los hilos.

—Eso quisiera; pero no soy yo quien tiene el control.

—No mienta.

—¿Cree acaso que soy el asesino?

—Quizá no lo sea, pero está utilizando a mi prima.

—Ella lo permite, creo que le agrada estar en medio de algo importante —aclaró—, quiere que su nombre pase a la posteridad.

—Millie confía en usted, lo puedo notar. —Ella acercó su silla de ruedas—. No le juegue chueco; si algo le llega a pasar, tendría a muchas familias poderosas en su contra.

Kylian sonrió.

—En todo caso es su prima la que está jugando conmigo.

—No sea condescendiente.

—Le aseguro que su prima sabe cuidarse, incluso de mí.

—No lo sé. Pese a que está loca, no sabe lo que es amar a alguien; podría confundirse y, conociéndola, haría locuras.

—Le he dejado en claro que no puede pasar nada entre nosotros.

—Eso lo hace aún más atractivo para ella.

—Si le da tranquilidad, puedo asegurarle que ambos estamos de acuerdo con lo que hacemos.

—No, no me da tranquilidad.

—Lo siento, no hay nada más que pueda hacer por usted.

En ese momento, Millie salió siendo despachada por un cansado doctor Anton, quien sonreía, pero era notorio que se encontraba abrumado por la insistencia de la muchacha.

—Sí, sí; lo prometo, iré.

—¡Perfecto! Podrá pasar por nosotras a las ocho.

—Pensé que iría con De Valois.

—Sí, iré con él —dijo tranquila—, pero pienso que lo mejor sería que lleguemos todos juntos. Me gustaría entrar con alguien que sea de renombre y de respeto; usted es esa persona.

—Los De Valois son de respeto —recordó el doctor Anton—. Se habla mucho de ellos, sobre todo por las zonas del sur de Francia.

—El "respeto" que se ganó mi familia es con base en el temor —dijo el mismo De Valois—. Millie tiene razón, es mejor que ellas lleguen con usted, Anton, aunque después me la robe.

—Si es lo que prefiere —asintió el hombre—, yo no tengo problema alguno con acompañarlas.

—Oh, doctor Anton, no se deje embaucar por mi prima; si en serio no quiere ir, no debe sentirse presionado.

—No es ninguna presión, me gustará acompañarlas.

Delaila parecía emocionada, lo cual disgustó a De Valois, quien no pudo más que volver el rostro, porque sabía que ese hombre no estaba enamorado de la muchacha; de hecho, parecía tener una inclinación para con Millie.

—En ese caso, lo mejor es que nos retiremos.

De Valois tomó la silla de ruedas y comenzó a caminar hacia la salida, desconcertando no solo a Millie, sino al doctor Anton.

—Eh… —Millie elevó una ceja—. Entonces, hasta en la noche, doctor Anton, gracias por aceptar.

—No tuve otra opción.

—Lo sé —sonrió—, pero sabe que lo hace por una buena causa.

—Eso espero —asintió.

La joven salió del lugar con un rostro sonriente, gritando a su prima, quien no dejaba de quejarse con el hombre que no paraba de empujar su silla de ruedas hacia un lugar desconocido.

El doctor Anton no pudo despegar la mirada de la llamativa comitiva que discutía sin parar por las calles de París. Eran personas que fácilmente se podían convertir en personajes de una historia, aunque a De Valois no sabía si ubicarlo del lado oscuro o del de la luz; ocurría lo mismo con Millie, quien actuaba dulce y despreocupada, para después ser una activa manipuladora que movía sus cuerdas conforme las necesitaba.

—¿Qué te ha dicho?

El doctor Anton cerró los ojos, respiró lenta y profundamente; pero no se volvió, se abstuvo de ver esa imagen.

—Desea que las acompañe a una velada.

—¿Irá con De Valois?

—Se encontrarán allá —asintió.

—¿Por qué?

—No lo sé, parece que no quieren dar de qué hablar.

—¿Lo dijo también De Valois?

—Apoyó lo que decía Mademoiselle Charpentier.

—¿Qué se traen entre manos?

—No lo sé, pero seguro que no están tomando en cuenta el peligro que representa presionarte.

—De Valois lo sabe perfectamente, aunque no sé hasta qué punto esté consciente la chica Charpentier.

—Seguro que es inocente.

—De Valois es bueno engatusando a la gente sin que se dé cuenta; habrá revelado lo necesario por tenerla interesada.

—¿Por qué?

—Creo que quiere comprobar algo.

—¿Qué cosa?

Aquella presencia a sus espaldas rio profundamente.

—Digamos que nos estamos probando; quiere comprobar algo y yo también, así que le daré la satisfacción de saberlo.

—¿Le darás lo que quiere?

—Pistas, es lo mismo que hace él.

—¿Por eso me ordenaste que le entregara los papeles de las autopsias de las víctimas anteriores?

—Sí. Era algo que necesitaba saber.

—¿Estás seguro de que no quieres ser descubierto? —ironizó el médico—. Pareces estar haciendo todo para facilitarle las cosas.

—No hace falta que me descubra; él sabe exactamente quién soy.

—¿Por qué no te detiene?

—Supongo que no ha podido; es más, no sé si lograría hacerlo al tenerme enfrente. Quizá el carácter de Kylian no te permita ver que es un hombre repleto de sentimientos y empatía que lo debilita frente a alguien que ha perdido toda su humanidad, como yo.

El doctor Anton suspiró ligeramente, tratando de controlarse.

—¿Puedo preguntar por qué haces todo esto?

—No es de tu incumbencia, médico —sonrió, escuchando como el doctor pasaba nerviosamente saliva—. Ahora, ¿qué te ha dicho la chiquilla? ¿Qué es lo que están buscando?

—A la siguiente víctima.

—Mmm… ¿Algo más?

—Nada, solo eso.

—Más te vale estar diciendo la verdad si no quieres que…

—Ya lo sé, no hace falta que reiteres tus amenazas.

El doctor Anton cerró los ojos ligeramente, lamentando tener que actuar como cómplice de tales atrocidades siendo él un médico.

17 HIPÓCRITA

Una vez que dejaron a su prima en la seguridad de su hogar, Millie pudo regresar al suyo. Sabía de antemano que sus padres y hermanos no estarían presentes; afortunadamente, no era a ellos a quienes buscaba, sino a la jovencita que contrató hacía tiempo para ser su asistente personal.

Esperaba que Soleil no estuviera demasiado herida por ser dejada de lado por tanto tiempo, pero con suerte, estando ella a su lado, la aristocracia no recriminaría su estancia con De Valois. Quería evitar llegar al punto en el que se convirtiera en el suicidio social de sus padres; porque sólo eso les faltaba: que su hija fuera una descarriada.

Que lo era, Millie se enorgullecía de serlo, pero no podía sentir lo mismo de avergonzar a sus padres; ellos la habían apoyado desde el principio y lo dieron todo por ella, lo mínimo que podía hacer era no preocuparlos en demasía.

—¡Sol! —gritó al entrar—. ¿Estás aquí?

—¡Millie! —la mujer salió armada con sacudidor y mandil y se lanzó a sus brazos, incluso lloró al abrazarla—. ¡Pensé que estaría muerta! Nos avisaron que estaba con ese rufián que…

—Es una crueldad llamar rufián a quien le salvó la vida a tu señora. —De Valois entró a la casa justo después de ella.

—Oh, es usted perverso. —Soleil tomó a Millie y la colocó detrás de ella, amenazando a De Valois con su sacudidor—. No permitiré que se la vuelva a llevar para abusar de ella.

—Es ella la que abusa de mí, te lo aseguro.

—Kylian tiene razón —Millie salió detrás de su espalda—. Estamos juntos, te lo aseguro.

—¿Juntos? —Sol parecía aún más confundida—. Oh, no. Qué terrible elección ha hecho, ¿qué no sabe lo que se dice de él?

—Es bueno, tranquila.

—Lady Mimos, creo que ella ha entendido que soy tu pareja sentimental —dijo tranquilo, cruzando sus brazos.

—¡Ah! —Millie negó enérgicamente— No, para nada, Kylian y yo somos camaradas en combate, solo eso.

—¿Camaradas en combate? —frunció el ceño De Valois—. Qué forma tan patética de llamarnos.

—Millie, ¿te has golpeado la cabeza?

—No, todo está bien. Ahora, quisiera ver mi habitación.

—Pero… Fue quemada, ahí no queda nada.

—¿Mi familia salió herida? —la revisó de pies a cabeza—. ¿Estabas tú en ese lugar cuando sucedió?

—No, afortunadamente no había nadie cerca; pero se asustaron mucho, eso lo puedo asegurar. Nunca había visto al marqués tan desesperado como esa noche.

—Mi pobre padre —cerró los ojos—. ¿Intentó entrar?

—Le revelé la verdad, le dije que salió.

—Bien —le tomó la cara—. Te lo agradezco.

—Fue un placer.

—En todo caso, no he venido a hablar de mi familia. Quiero que vengas conmigo a partir de ahora.

—¿Ir a dónde?

—A la casa del rufián —sonrió De Valois.

—¿Qué? —chilló la joven—. Pero…

—Sí, sé que no es lo más ortodoxo, pero es necesario que sigamos ahí; estaremos protegidas si nos quedamos con él.

—Millie, tengo familia, ¿lo olvidas?

Ella había olvidado por completo esa parte.

—Claro —cerró los ojos—. ¿Qué te parece si todos se quedan ahí?

Soleil lanzó una rápida mirada al hombre intimidante y negó.

—No, no podría.

—Bien, si te intimida tanto, entonces puedes estar ahí todo el día y retirarte a tu hogar después, como lo hacías aquí.

—¿Segura? Creo que sería mejor idea que se quedara en la seguridad de un lugar más vistoso, donde las personas…

—No me hará daño, te pido esto para que mis padres no sean calumniados o avergonzados en la sociedad.

—Pero, seguiría durmiendo en la casa de un hombre.

—Eso no se puede arreglar de momento —zanjó la joven.

Soleil parecía dudar, pero al ver la determinación en la mirada de la joven, no le quedó otra opción más que aceptar.

—¡Perfecto! Ahora, tenemos mucho trabajo que hacer; tengo que estar lista para una velada esta noche y no tengo ropa para usar, así que tendrás que ir a casa de Deli a conseguirme algo.

—Dudo que quiera darme un vestido que no se haya probado.

—Lo hará, lo último que quiere mi prima es tenerme cerca.

Soleil sonrió, seguro que esa mujer habría hecho algo para ganarse tal repudio por parte de Mademoiselle Aigrefeullie.

—De acuerdo, partiré ahora mismo.

—Gracias. Vuelve aquí cuando lo tengas; me quedaré hasta que tengamos que salir a casa de Monsieur Lefevre.

—¿Lefevre? —apuntó con la cabeza a Kylian—. ¿No irá con él?

—No. Tiene cosas que hacer, pero nos veremos allá.

—¿Por qué es fundamental que vuelvan a encontrarse?

—Pero qué ayudanta tan chismosa —se quejó De Valois—. Atente a lo que te han ordenado y listo.

La mujer le dirigió una nueva mirada de desprecio; pero atendió lo dicho y salió de la casa Charpentier, dejando de lado su mandil y el arma emplumada con la que lo amenazó.

—No tenías por qué hablarle así.

—Ella no debió hacer tantas preguntas.

—Se preocupa por mí.

—Te conoce de poco tiempo, no debería ser tan insistente.

Millie pensó en ello.

—¿Acaso sospechas de ella?

—Sospecho de todo el mundo; en estas condiciones, es mejor tener los ojos abiertos. Desconfiar es lo que nos mantiene con vida.

—Ella no me despierta ninguna mala sensación.

—Pensabas lo mismo de mí y terminé poniéndote un cuchillo en la garganta, ¿o es que lo olvidas?

—Al final no me has lastimado, así que mi intuición no falló.

El hombre dejó salir un suspiro.

—Será un suplicio mantenerte con vida —sopesó—. En fin, ¿por qué te parece tan importante esta velada?

—Oh, pobrecillo, piensas que será solo una.

—¿En serio crees que encontraremos a la víctima en bailes?

—A menos que te puedas meter en la mente de Perret, nuestra única oportunidad es codearnos con personas del estilo que le gusta exterminar, y eso es en veladas de la aristocracia, ¿lo olvidas?

—¿Qué no formas parte de esa sociedad? ¿No podrías simplemente enlistar a mujeres con las características e ir tras ellas?

—¡No me codeo con estas personas! —chistó molesta—. Me gusta estar en sociedad, pero no solo en la aristocracia.

—Como sea —le quitó importancia—, no podremos seguir a todas las rubias de París, sería un trabajo titánico.

—Es verdad, no podemos —aceptó—, pero lo que sí podemos hacer es identificar a la más adecuada para la situación y para eso funcionas tú. Quizá no entiendas la mente de Perret, solo un loco lo haría, pero conociste a Fleur tanto como él; sabrás encontrarla.

—Una Fleur corrompida —asintió.

—Bien, entonces estamos de acuerdo.

—Espera —le tomó la muñeca para traerla de regreso—. Si hacemos esto, tienes que estar consciente de que todo puede pasar; pese a que puedo protegerte, no lo haré todo el tiempo. Tengo que saber que puedes defenderte como es debido.

—Puedo hacerlo.

—La última vez no lo demostraste.

—Confiaba en ti y sabía que eras tú desde que me tomaste por la espalda —se justificó—, me impacté, eso fue todo.

—No digas mentiras, te petrificaste.

—Sí, porque te reconocí, no creí que me fueras a hacer daño.

—¡Eso es de lo que hablo! Confías demasiado, además, ¿cómo pudiste identificarme sin verme?

—¡Sabes que puedo olerte! —le gritó sin poder evitarlo.

De Valois mostró perplejidad en su rostro, lo cual la hizo reír sin ganas; pero se acercó lentamente y hundió su nariz en el pecho que se mantenía rígido, ni siquiera parecía estar respirando.

—¿Qué haces?

—Te reconozco aún sin verte, Kylian, he aprendido lo que se siente estar junto a ti, a lo que hueles, como te mueves y como hablas.

—Es imposible.

—Claro que no —levantó la mirada—. Sé que puedes hacer lo mismo conmigo, sé que incluso aunque no me vieras, podrías saber que soy yo. Hemos compartido mucho tiempo, dormimos juntos en demasiadas ocasiones; sabes cómo pienso.

—Pero tú no.

—Es verdad, eres errático en tu pensar, pero en lo demás, puedo seguirte con facilidad, te reconocería en cualquier parte.

—Lo dudo, si yo quisiera…

—Pero no quieres —sonrió de lado—. No quieres que no te reconozca, te gusta que así sea, puedo verlo en tus ojos.

—Estás fanfarroneando.

—Un poco, sí —ella sonrió aún más—; porque eso te gusta.

Los ojos de Kylian registraban cada poro de su rostro cercano; Millie lo sabía, sabía que a él le gustaba, por eso podía aprovecharse de la situación, aunque eso no quería decir que ese hombre la pondría sobre su misión actual. Millie sabía perfectamente que, si se le presentaba la oportunidad, Kylian la dejaría de lado con tal de lograr el objetivo que venía persiguiendo desde hacía tanto tiempo.

La vez pasada la salvó únicamente porque irrumpiría en la captura de Perret, pero sabía que no volvería a hacerlo; fue un momento de debilidad que él aprendió a no repetir.

—Enséñame.

—¿Qué? —pestañeó desorientada, perdida entre sus ojos.

—Muéstrame que puedes defenderte.

Ella sonrió complacida; es más, estaba entusiasmada.

—¡De acuerdo!

—¡Ey! ¿Por qué te animas tanto? —se quejó al verla buscar en su hogar diferentes elementos de vidrio.

—Ven conmigo —dijo, determinada—. Te mostraré.

Salieron a los jardines de los Charpentier, donde ella colocó los diferentes floreros para después dispararles con una agudeza visual comparable a la de un experto tirador. Sin embargo, De Valois lo encontraba obsoleto, porque ella podría tener las mejores habilidades, pero jamás había disparado contra un ser vivo.

—De acuerdo, hagamos esto.

El hombre caminó y se colocó junto a los vidrios rotos y extendió las manos, haciendo obvio lo que pretendía.

—¿Lo dices en serio?

—Vamos, Lady Mimos, dispara.

—Podría matarte.

—Hazlo.

Ella levantó el arma, pero se dio cuenta de sus dudas en cuanto lo hizo. De esa manera no podría lograrlo, lo sabía y Kylian también. Matar a una persona era lo más duro que se podía hacer, pero en las circunstancias en las que estaban, no había opción de duda.

—No puedo hacerlo contra ti.

—¿Por qué no? No me matarás, lo esquivaré a tiempo.

—¿Qué pasa si no es así?

—Me harías daño —dijo tranquilo—, pero no pasará.

Millie lo apuntaba, tenía el dedo en el gatillo…

—No puedo —cerró los ojos—. No puedo lastimarte.

—En ese caso, imagina que soy alguien más, alguien que odies.

—No hay tal.

—¿Segura? —entrecerró los ojos—. Pensé que odiabas a la persona que está detrás de los asesinatos.

—Pero…

—De acuerdo —levantó las manos—, entonces no podrás hacerlo nunca. No lo critico, pero no estás…

De Valois se tragó sus palabras ante la necesidad de esquivar la bala que se dirigía sin titubear hacia él.

—No vuelvas a dudar de mí —aseveró—. Puedo hacerlo.

—Mmm… nada mal —aceptó—. ¿Qué me dices de un combate cercano? Hay ocasiones en las que no se pueden sacar las armas.

—Puedo hacerlo también. —Ella rebuscó algo en su bolso y sacó unas elegantes garras de plata, regalo de Maelle, la esposa de su primo Lucca—. Me enseñó la mejor.

De Valois se acercó hasta ella y tomó una de sus muñecas, levantándola para poder ver las armas de las cuales ella se jactaba.

—Nada mal. Son discretas pero poderosas.

—¿Ves? —apartó su mano—. ¿Confías en mí?

—No del todo, aún no tienes el instinto de matar, pero funciona.

—Es verdad, no quiero matar a nadie, pero no dejaré que me maten —lo miró, sus ojos eran como el fuego crepitante de una fogata—. Tampoco dejaré morir a alguien a quien quiero.

—¿Lo dices por mí? —dijo divertido—. Pues gracias.

—¡No lo decía…! —se tragó sus palabras—. Sí, supongo que tampoco te dejaría morir a ti, Kylian, por más fastidioso que seas.

—Como sea —se acercó hasta acorralarla—. ¿Me recuerdas eso de que me identificas con el olfato? Considero que debemos estar más cerca para que puedas sentir otras cosas cuando me tengas cerca.

—Aléjate —lo empujó ligeramente, sintiéndose nerviosa—. Eres en verdad insoportable, ¿qué no puedes tomar nada con seriedad?

—Nada de lo que dices tú —admitió divertido.

Caminaron de regreso a la propiedad; Millie se sentía relajada, puesto que en esa ocasión fue capaz de demostrarle que podía defenderse si era necesario; pero Kylian pensaba diferente. Si bien tenía las formas necesarias para utilizar las armas, nada le aseguraba que pudiera hacerlo bajo presión. Fue por eso que permitió que se relajara, que pensara que con esa demostración había sido suficiente y, en cuanto estuvo desprevenida, la atacó.

No estaba asustada, se sabía a prueba, pero en cuanto Kylian dio el primer movimiento en su contra, supo que estaba en problemas, no porque le fuera a hacer daño, sino porque sintió las ansias subiendo por su cuerpo que lentamente se paralizaba.

Él tenía razón, odiaba cuando la tenía, pero no estaba lista para atacar a un ser humano, ni siquiera a Kylian, quien estaba dándole ventaja para que pudiera moverse y contraatacar. Tenía que hacer algo; hasta el momento estaba corriendo de él, ocultándose detrás de los muebles que eran lanzados o destruidos sin cuidado. Podía estar entrenando, pero si cometía un error, saldría herida y Kylian no se detendría, eso lo sabía.

—¡Atácame! —le gritaba de cuando en cuando—. Demuestra que no eres una niña mimada e indefensa, atácame.

Millie tomó con presura las garras que fueron de Maelle en otro tiempo, pero tiró una que otra al intentar colocárselas; quedó con tres bien colocadas y salió únicamente para hacer que se retirara un poco de su persona, dándole una oportunidad de volver a huir.

—¡No lograrás nada si estás ocultándote de mí todo el tiempo!

Lo sabía, Millie lo sabía, pero no podía reaccionar como quería. Kylian era un hombre enorme y fuerte, ¿cómo podría ella contra alguien así? Cerró los ojos y comprendió; eso era lo que Kylian quería dejar en evidencia, su incapacidad para afrontar ese tipo de situaciones la convertía en un estorbo en lugar de un refuerzo.

Definitivamente no tenía la composición física para derrotar a un hombre como él; pero tenía la sagacidad de su padre y la determinación de su madre, podía con esto; solo era cuestión de encontrar la manera de tomarlo por sorpresa y entonces…

«¡Lo tengo!»

Kylian se sentía como un gato cazando a un pequeño y escurridizo ratón. La casa de los Charpentier le era desconocida y, si ella era lista, utilizaría eso como ventaja para atacarlo. No sabía si lo haría, pero le brindaría el beneficio de la duda; era lo mínimo que podía hacer.

De Valois empezó a caminar despacio, mirando en todas direcciones; era parecido a ver a un depredador, pero en lugar de cazar, fue cazado. Al menos así se vio cuando de pronto una figura delgada le cayó sobre los hombros, llevándolo hasta el piso donde rápidamente se reacomodó para quedar sentada sobre su pecho, deslizando sus garras sobre su mejilla rasposa y después su cuello.

—¿Qué te parece?

—Nada mal utilizar caer sobre mí —admitió—. Aunque escogiste un lugar demasiado alto, casi me rompes el cuello.

—Pensaba que era el propósito.

Kylian sonrió de lado, mostrando aquellos dientes que le daban tanta curiosidad a la joven que no se detuvo en acercarse y tocarlos con la punta de su dedo, obteniendo una mirada extrañada pero divertida de parte del dueño de tales caninos.

—¿Qué?

—Me gustan —admitió—. ¿Puedo besarte?

—Bueno, se podría decir que me has sometido.

—Me agrada cuando lo permites. —Ella acomodó su cuerpo para no estar sobre su pecho y acercó su rostro—. En serio eres guapo, ¿lo sabías, Kylian? Supongo que sí, porque tienes un ego desmedido.

—¿Vas a besarme o a insultarme?

—Ambas —admitió—. Ahora; quédate quieto, ¿quieres?

—Estoy quieto.

Millie lo observó por un largo momento; definitivamente no era adecuado que estuviera encima de un hombre cuando se encontraba en la casa de sus padres; pero se recordó que ahí no había nadie, seguramente ni siquiera empleados, al menos, no vio a ninguno.

Era interesante la forma en la que Kylian le permitía actuar sin ninguna clase de restricciones; se divertía tanto como ella, podía verlo en sus ojos; pero claro, ¿qué hombre se negaría a recibir atención de una mujer que parecía tan deseosa? Seguro era eso; estaba jugando con ella, así como ella lo hacía con él.

Le acarició la mejilla rasposa por su barba siempre crecida, le cerró los ojos al pasar los pulgares por sus párpados y cuando los mantuvo cerrados —después de varios intentos—, se dio la libertad de tocar sus labios, sintiendo la rugosidad de la resequedad y después la calidez de su lengua cuando los remojó con ansiedad.

Sentía algo extraño dentro de sí; era un deseo ferviente que la impulsaba a cometer toda clase de estupideces, como lo era inclinarse y tomar sus labios suavemente, suspirando una sonrisa cuando lo sintió abrazarla, uniéndola más a él.

Resultaba excitante tenerlo tan cerca, llegando al punto en el que podía sentir su corazón palpitando junto al suyo; le gustaba la forma en la que apretaba su cuerpo y demandaba sus labios.

Kylian era un hombre intenso por naturaleza y el que ella fuera tan atrevida le facilitaba el actuar instintivo.

—¿Qué haces? —Millie no pudo evitar sonreír cuando notó que él intentaba colocarla sobre

el piso.

—¿Qué crees que hago?

—No pienso tener mi primera vez en el piso, ni loca.

—Agh, olvidaba lo mimada que eres.

—Tenemos que irnos, ¿recuerdas? Cada uno por su lado.

—Lo sé, pero para eso falta.

—Así que no puedes resistirte a mí, ¿no es cierto?

—Lo estoy viendo con practicidad; quizá de esta forma se te hará más sencillo identificarme, porque podrás sentirme en todo tu ser.

—Qué buena excusa —ella no permitió que invirtiera su posición de poder, pero se inclinó hasta ocultarse en su cuello—. ¿Sabes? Me sorprende que huelas tan bien cuando pareces un vagabundo.

—Eso es porque no lo soy.

—¿Usas perfume?

—Para nada.

—Claro que lo haces, lo siento contra tu piel —besó la zona, sintiendo los ingredientes del perfume en sus labios—, pero es verdad, tienes un aroma único incluso cuando sudas.

—¿Alguna vez has estado conmigo cuando sudo?

—En las noches —asintió, levantándose de su escondite—, a veces sudas cuando tienes pesadillas.

Los ojos de Kylian brillaron peligrosamente y, cuando se levantó, lo hizo sin un rastro de deseo en su interior.

—Será mejor que me vaya. Ve con tu prima, no con Lefevre.

No lo cuestionó, pero en el fondo de su pecho, le dolió que se marchara, porque hubiera querido seguir teniendo cerca su calor, la fuerza que emanaba su cuerpo y… Sí, también su olor.

18 ENVIDIOSO

Se sentía bonita; de alguna manera Delaila siempre conseguía hacerla lucir despampanante, aún sin estar ella presente. Soleil había regresado con el vestido más hermoso que se hubiese diseñado, era ahí cuando podía sentir el cariño de su prima, quien normalmente era hosca y poco amigable con las personas.

Millie lo atribuía a las dificultades que enfrentó en su corta vida; ni siquiera ella sabía todo lo que ocurrió con su tío Asher, pero muchos murmuraban que la culpa de su muerte se debía a su hija. Era un rumor que los Aigrefeullie se habían esforzado en exterminar; pero como era de esperarse, algo tan jugoso como la muerte de un antiguo y muy querido presidente no era algo que se dejara pasar.

Por mucho tiempo, Millie pensó que su prima se perdería en el pasado, pero ahora la veía mejor, sobre todo desde que conoció al doctor Anton; el hombre que cumplió su palabra y ahora caminaba junto a ellas en la velada, siendo él quien llevaba la silla de Delaila, quien no podía lucir más hermosa y despampanante.

—¿Debo repetir mi agradecimiento por esto, doctor Anton?

—Es un placer, después de todo, me alegra estar cerca de una de mis pacientes estrella, ¿no es cierto, Delaila?

—Gracias, doctor. Sé que mi prima puede ser una pesada cuando quiere, pero me reconforta tenerlo cerca.

La sonrisa de su prima era un elixir para Millie, quien no pudo más que cerrar los ojos por unos segundos antes de desaparecer. Lo mejor era que dejara a su prima disfrutar de ese momento, no era normal que saliera sin la compañía de Lucca y su esposa, por lo cual estaría requiriendo de toda su fuerza de voluntad estar ahí. Delaila era una de las personas más valientes que Millie conocía, no cualquiera tendría las agallas para salir a sociedad en su estado, mucho menos con los rumores que algunos insensatos le tiraban a la cara.

Esperaba que la presencia del respetado doctor le ahorrara esos malos tragos y que por una vez en su vida se divirtiera como el resto de las señoritas de su edad lo hacían.

—¿De quién huyes? —susurraron a su oído, haciéndola saltar.

—Agh, eres tú —frunció el ceño sin volverse.

—A mí también me alegra verte, Lady Mimos.

Ella se giró ligeramente, pero al contemplarlo, no pudo más que volverse y abrir la boca, apuntando su cara.

—¡Kylian! Te pegaron otro rostro.

—Ja, ja. Qué graciosa.

—En serio, te ves muy diferente sin barba, casi pareces una persona respetable —sonrió divertida—. Como sea; será mejor que nos mezclemos con los demás, comienzas a llamar la atención, ¿quién diría que detrás de todos esos pelos se escondía una cara tan bonita?

—Ya antes me habías dicho que era apuesto.

—Sí, pero de una forma varonil y ruda, como un marinero guapo; ahora pareces un niño rico de facciones perfectas.

—¿Estás queriendo decir que te gusto más con barba?

—Parece ser que me gustan los barbajanes andrajosos —guiñó un ojo—. Pero no estás tan mal, no te alteres.

—¿Por qué me alterarían tus gustos?

—No sé, seguro que sigues queriendo acostarte conmigo, ¿no?

—Eso es al revés.

—Puede ser —aceptó sin frustración—. En todo caso, ¿por qué te fuiste de esa forma de mi casa? Pensaba que haríamos algo divertido.

—Dejaste en claro que no querías.

—¿En serio? Debo ser más cuidadosa con mis palabras, de continuar así, me quedaré con las ganas por el resto de mi vida.

Kylian sonrió sin esfuerzo, porque con ella era fácil relajarse, todo lo tomaba a la ligera, incluso cuando estaba revelando que quería llevárselo a la cama. Sería la primera mujer que

pudiese decir eso, pero no existía otra forma de decirlo, ella prácticamente lo estaba acorralando contra el colchón, aunque él tampoco ponía resistencia.

—¿Jamás te han dicho que eres una insensata?

—Me lo han dicho, pero personas mayores, ¿Qué es esa palabreja en alguien tan joven como tú? —Millie de pronto se paralizó—. Mira allá; es Madame Foix y su hija es rubia.

—Habrá que observarla para saber si es objetivo.

—La conozco, es bonita, pero tiene una nariz ganchuda y grande, ¿crees que eso le importe a tu amigo?

—Le importará; y me harías un favor al no relacionarme con él.

—Bueno, ya. No seas infantil —sonrió—. Oh, por allá, es Mademoiselle Mourguet, he escuchado que es la dama más hermosa de esta temporada, todos la desean.

—¿Rubia?

—Rubia.

—Podría ser, la vanidad es algo que justificaría el asesinato.

—Sí, eso pienso, ¿crees que debamos permanecer cerca?

—Dudo que haya una justificación para eso.

Millie tomó a su acompañante del brazo, sin percatarse que nuevamente despertaba murmuraciones; aunque, en esa ocasión, se debía a que el hombre en cuestión llamaba la atención de forma positiva en las mujeres del lugar.

—Quizá si fueras por tu cuenta podrías coquetear un poco con ella, seguro caerá y tú podrás verificar si se ajusta o no.

—Bien —la soltó—. Nos vemos en una hora; procura estar cerca.

—Sé lo que hago, no te preocupes, seguiré buscando.

—Ten cuidado.

Se separaron sin ninguna clase de conflicto, pero cada uno, a su tiempo, le dio un vistazo rápido a la partida del otro, como si el simple hecho de separarse fuera un mal augurio y los ojos que lo captaron no pudieron más que asegurar que así sería, porque la sonrisa que se dibujó en su rostro cuando vio a De Valois volteando a ver a esa mujer, obteniendo la respuesta que buscaba.

—¿Ahora me crees?

—Sí, no hay duda de ello.

—Interesante, ¿no es así?

—Mucho; jamás pensé que fuera a suceder. —Guardaron silencio por un momento—. Por cierto, no veo a Lefevre por ninguna parte, ¿es que acaso no vino?

—Parece que no.

—No es posible, esos dos nunca se separan.

—Entonces habrá entrado sin llamar la atención.

—¿Lefevre sin llamar la atención? —sonrió amargamente—. No es posible, ¿quieren intercambiar papeles?

—No les funcionará, lo sabemos.

—Yo no lo aseguraría; esos dos son buenos en ambos ámbitos, Lefevre puede pasar desapercibido si quiere y De Valois es un fanfarrón que llamaría la atención de un rey.

—¿Quieren distraernos?

—Eso parece. —Nuevamente se estableció un silencio largo y pesado—. ¿La has encontrado ya?

—Sí, la tengo en la mira.

—De acuerdo, hazlo rápido y discreto, no quiero que se percaten hasta que ya sea muy tarde, recuerda arrastrarlos hasta el lugar, pero solo cuando el asunto esté terminado.

—Por supuesto.

Su mirada seguía fija en su objetivo final, no le despegaría la vista hasta que fuera el momento de tener ese cuello entre sus manos. Sonrió. Lo hizo porque desde hacía un tiempo que se empezó a aburrir de todo, pero ellos siempre lograban mantener su emoción al tope. Justo cuando pensaba que no habría cambios en su rutina, llegaban y hacían todo un espectáculo.

La chiquilla era un aditamento que no imaginó, pero lo agradecía, no podía más que sentir una intrigante punzada en su interior, aunque desconocía si era de furia o simple agitación.

Como fuera, le gustaba, porque cualquier emoción aumentaban sus ganas de quitar vidas, de hecho, cada vez lo disfrutaba más, aunque le gustaría poder ver los rostros de esos dos cuando se

vieran nuevamente frustrados por no conseguir atrapar a su presa.

—Seguirán siendo mi diversión por más tiempo —asintió en su completa soledad—. Jamás tuve tanta atención de su parte hasta este momento, pero realmente me gusta, es más, la anhelo; y nada, ni nadie logrará interponerse entre nosotros.

La presencia que transmitía el hedor de la sangre como si fuera su olor natural se alejó del salón donde la gente rozaba su cuerpo y hablaba a su lado sin saber o poder notar que tenían cerca a la persona que podía acabar con la vida de sus esposas, hijas, madres y amantes.

Millie notó que De Valois logró el objetivo y se encontraba cerca de las posibles víctimas. Se tomaba la libertad de charlar con una y otra sin mayores problemas, porque se las había arreglado para congregarlas a su alrededor y ahora estaba rodeado por un montón de hermosas rubias que parecían abejas junto a su panal.

Sería divertido si acaso no se sintiera tan molesta.

No sabía la razón, pero el hecho de que pudiera sonreír de esa manera le ponía los nervios de punta, era como si realmente se sintiera interesado por esas mujeres… Pero, ¡qué le importaba a ella! No era como si tuvieran alguna clase de relación, él podía hacer lo que quisiera y a ella no le importaría, ¿cierto? ¡Cierto!

Se molestaba porque se lo estaba tomando a la ligera, eso debía ser. No se estaba comprometido como debía con la misión y eso la enfadaba, ¿Qué no se daba cuenta que había personas muriendo? Claro, pero tenía que ser un hombre.

—Pareces realmente molesta. ¿Tanto te gusta el chico de allá?

Millie se volvió con presura hacia la voz; estaba sonrojada e intranquila, más que nada por haber sido atrapada en lo que debió ser algo parecido a una fiera hambrienta mirando un pedazo de carne que era comido por otros animales.

—¿Qué? —frunció el ceño al reconocer ese rostro hermoso y altanero—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Vaya forma de saludar a la familia.

—Es que… No es normal verte en París, Renata.

—Vaya, me alegra que me recuerdes después de todo este tiempo.

—¿Cómo podría reconocerte si te has cambiado el pelo?

—Ah, ¿Esto? —se tocó la larga cabellera rubia—. Me gusta experimentar con estas cosas, ¿no se me ve natural?

—En realidad, se ve increíblemente natural.

—¿Verdad? Mi estilista es todo un genio.

—Siendo honesta, me gustaría que regresaras a tu color.

—¿Por qué? El café es aburrido.

—Nada puede ser aburrido cuando tú lo portas, Renata.

—Es verdad —sonrió presuntuosa—. En todo caso, ¿Quién es el hombre guapo al que ves con tal intensidad?

—No es nadie.

—Eso no es lo que parece.

—Lo conozco, es un amigo, pero nada más.

—Esa mirada desquiciada no lo demuestra.

—Bueno, digamos que hemos tenido algunos encuentros… interesantes —admitió—. Pero nada más.

—Mmm… bueno, no te preocupes, se nota que a él no le gustan.

—¿De qué hablas?

—Conozco a los hombres muy bien —Renata levantó la mirada y enfocó al hombre que sonreía—, sobre todo cuando no gustan de alguien; en él es más que obvio.

—Yo lo veo feliz.

—Finge mejor que los demás, pero para mí es evidente.

Esa respuesta logró preocupar a Millie.

—¿Cómo se sabe cuándo un hombre… miente?

Renata sonrió plácidamente.

—No te preocupes, seguro que contigo eso no pasa.

—Dijiste que fingía muy bien.

—Pero eso lo sientes aquí —le tocó el abdomen—. Cuando está cerca, sientes algo poderoso aquí y te envuelve y te llena.

—¿Qué cosas dices? —la apartó con vergüenza.

—¿Miento? —rio un poco—. No lo hago. Lo has sentido.

—Puedo sentirlo yo, pero él no.

—Normalmente es compartido, es un fuego que el otro alimenta —suspiró y cerró los ojos—. En todo caso, el color se caerá pronto, así que no debes preocuparte por no reconocerme.

—Más que nada te lo pido porque es peligroso —le tomó las manos—. Sé que no somos tan unidas, pero temo por ti.

Renata fijó sus ojos de un claro café en los de su prima, parecía querer analizar su alma y, en apariencia, lo logró.

—Ah, ya veo. Lo dices por el famoso asesino que ronda París.

—¿Has escuchado de eso?

—Todo París arde con la noticia —asintió—. Desde que llegué no he dejado de recibir advertencias. Es incómodo ser turista cuando se pasan tan malos tiempos.

—¿Dónde te quedas?

—En un hotel cerca de la Torre Eiffel.

—Ya. Procura no salir de noche, ¿de acuerdo?

—Claro —rodó los ojos—, pero te aseguro que ese *asesino* debería tenerme más miedo a mí que a toda la policía.

—No lo dudo —sonrió Millie—. Cuídate… y cámbiate el cabello.

—Oh, no dejas que me divierta.

—Lo digo en serio.

—Tranquila, se irá en unas cuantas lavadas.

Millie se alejó de su prima con una cierta preocupación. No la veía desde que tenían doce años, pero no había cambiado nada, al menos, no en esencia. Seguía siendo esa persona segura de sí misma, con esa mirada amenazadora que terminaría con tu vida si se lo permitías.

Renata Donovan, la primogénita de su tío Gregory, había pasado por mucho y ahora se decía

que era una mala persona.

Millie sabía que su infancia había sido dura de principio a fin. Desde muy pequeña tuvo que aceptar el hecho de que su madre la abandonó, el que su padre recayera en una depresión sin salida y, después, que se volviera a casar. Se decía que su madre biológica la torturaba mentalmente aún antes de partir y que incluso lo hizo al regresar, puesto que ansiaba recuperar su lugar junto a su tío. Era demasiado para una niña y siendo la mayor, tuvo que hacerse cargo de su hermana Lilian, al tiempo que lidiaba con la muerte de Wendy.

Sus primos mayores solían decir que Renata no era tal escalofriante y peligrosa como lo era ahora, pero su vida le dio lecciones que ninguno tenía. Se alejó de la familia por mucho tiempo, viajó y se rumoreaba que era una experta en el vudú, las cartas, los conjuros y los venenos. Por supuesto que no era nada comprobado, pero muchos aseguraban haber sufrido por uno de sus embrujos y otros juraban que podía matar a la distancia, por lo que preferían no mencionar su nombre por miedo a que de pronto se apareciera.

Millie no había tenido la oportunidad de convivir mucho con ella, pero le agradaba lo poco que conocía. Si bien era alguien que podía causar escalofríos, no sentía que dañara indiscriminadamente, aunque admitía que su presencia repentina en París era extraña, sobre todo con ese color de pelo.

Renata era igual a su madre; de cabellos oscuros, piel pálida y ojos almendrados de un café muy claro. Era una belleza cálida, de una apariencia dulce e inofensiva que ella lograba bloquear al siempre utilizar colores fuertes, como el rojo o el negro.

Meneó la cabeza.

¿Realmente estaba desconfiando de su prima?

Bueno, De Valois le dijo que no confiara en nadie y la verdad era que Renata resaltaba en maldad y una larga lista de maquinaciones.

Sin embargo, no había forma de ligarla con los asesinatos y aunque pudiera tener la maldad y la inteligencia para llevarlos a cabo, no contaba con la fuerza física necesaria para hacerlo en soledad. Además, no encontraba alguna razón para que estuviera obsesionada con Fleur, quien fuera la razón de que mujeres rubias murieran cada tanto; al contrario, si Renata se hiciera una asesina serial, entonces sería en contra de los varones, no de las mujeres.

Suspiró y continuó con su camino, dirigiéndose hacia De Valois; consideraba que le había dado tiempo suficiente para descubrir quién sería la más parecida a Fleur, no estaba dispuesta a seguirlo esperando en medio de las murmuraciones, puesto que no habría persona que no se estaría burlando de ella gracias a que su “pareja” la dejó en la primera oportunidad que encontró.

Caminó segura hasta él y jaló su brazo en cuanto lo tuvo cerca, logrando que su mirada grisácea se volviera con impresión, para después dibujar una sonrisa que logró desesperarla.

—¿Y bien?

—¿Ahora qué ocurre, Lady Mimos?

—Has tenido tiempo para charlar con todas ellas, ¿quién crees que sea la más propensa al peligro en la próxima luna nueva?

—No lo sé, creo que debo estar más tiempo junto a ellas.

—Déjate de payasadas —le golpeó la nuca—. Dime.

—¿Acaso estás celosa?

—¿Por qué habría de estarlo?

—No lo sé, eso es lo que parece.

—Tú elevada autoestima no te permite ver la realidad —se cruzó de brazos—. Estoy interesada en el caso, ¿y tú?

—De momento, me encuentro un poco distraído.

—Agh —se masajeó la frente con los dedos—. ¡Hombres!

—En todo caso, vi que estuviste charlando con una rubia —puntualizó De Valois—. ¿Quién era ella?

—Bueno… —Millie se interrumpió a sí misma y sonrió complacida—. Así que me estabas vigilando.

—Me llamó la atención, tan simple como eso.

—Seguro —sonrió, cada vez más satisfecha—. Resulta que es mi prima, no es rubia natural así que puedes relajarte.

—¿Por qué hizo algo así?

—A saber, Renata es un misterio la mayoría del tiempo.

—¿Renata? —entrecerró los ojos—. ¿Por qué me suena familiar?

—No lo sé, tiene su fama; es Renata Donovan.

—¡Claro! —tronó los dedos—. La emperatriz del vudú.

—¿Qué?

—Tú prima es famosa y muy temida, ¿qué demonios hace aquí?

—No lo sé —admitió Millie—. Nada bueno.

—Eso seguro. ¿Crees que tenga algo que ver con los asesinatos?

—Traté de ligarla, pero no encontré ninguna causa factible.

—Quizá es una mera coincidencia.

—¿Con Renata de por medio? —negó Millie—. Seguro que no.

De Valois asintió despacio.

—En todo caso, dudo que tenga algo que ver; pero me intriga que se pintara el cabello, pareciera que está tentando a su suerte.

Millie abrió los ojos con impresión.

—¡Es lo que hace!

—¿Quiere que el asesino la mate?

—No, quiere llegar a él.

—¿Por qué?

—A saber —observó el salón—. Tenemos que encontrarla, porque seguro que no ocurrirá nada bueno si se encuentran.

—¿Crees que le ofrecería su ayuda?

—Dudo que ella colabore con otras personas, es de la clase de personas que les gusta ser la protagonista de su historia.

—¿Entonces?

—Algo me dice que lo quiere encontrar por algo muy diferente.

—¿Lo cual sería…?

—Matarlo.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí. Debió hacer algo que la enfureció, es la única explicación que puedo encontrar a sus acciones.

—¿Por qué no se lo preguntaste?

—¿Bromeas? Renata no diría nada aún bajo tortura.

—Si estás tan segura de su locura, entonces debemos encontrarla.

Millie asintió con firmeza y se sumergió en la multitud de gente en la fiesta. Su objetivo era encontrar a su prima, pero tal parecía que era más fácil que la interceptaran a ella, porque las madres y mujeres solteras osaban detenerla cada cinco segundos para preguntarle sobre De Valois y su relación con él.

Admitía que en alguna que otra ocasión mintió un poco y aseguró que era su novio desde hacía meses. Era riesgoso, si alguien le preguntaba la razón de sus mentiras, no tendría explicación alguna, pero era una forma rápida y efectiva de quitarse a la gente de encima.

—¡Millie!

Eso también ayudaba. El hecho de que Kylian se dirigiera a ella de forma tan informal daba crédito a todas sus ficciones.

—¿Qué pasa?

—Me han dado razón de ella; me dijeron que acaba de irse acompañada de un caballero que coincide bastante con Perret.

—¿Y qué hacemos aquí parados? ¡Vamos!

Millie tomó la mano de aquel hombre y lo jaló hacia la salida, pero fue poco tiempo el que duraron de esa manera, puesto que pronto era De Valois quien la dirigía hacia las calles desoladas y frescas de París, ocasionando que Millie sintiera un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero hasta encogerla sobre sí misma.

De pronto se sintió una idiota. Nuevamente corría hacia el peligro de la mano de una persona en la que no debería de confiar por completo. Si acaso De Valois quisiera matarla, ella le estaría facilitando las cosas de una manera impresionante.

Cerró los ojos y llevó su mano libre hacia su bolsillo, donde guardaba el arma que demostró

saber usar. Esta vez no dudaría, se rehusaba a ser la víctima de nadie. Mataría si era necesario.

—Tranquila, no quiero matarte.

—¿Qué? —apretó la mano que sostenía—. No pensaba eso.

—Claro que lo hacías; pero está bien, al menos eres precavida.

—¿Cómo sabes a dónde ir?

—Te faltó deducir algo el otro día.

—¿De qué hablas?

—Las ubicaciones de los cuerpos también tienen conexión.

—¿Cómo lo sabes?

—Admito que no lo creía hasta que ocurrió el asesinato en la casa de Lefevre —la miró de soslayo—. Ahí fue cuando no tuve duda.

—¿Las ubicaciones tienen algo que ver con Fleur?

—No, con ella no; con Perret.

—¿Los está guiando hasta él?

—No puedo asegurarlo por completo, pero debemos correr para averiguarlo; a menos que quieras que tu prima termine muerta.

—Te lo dije, dudo que Renata muera tan fácilmente.

Le gustaría estar más segura de sus palabras; pero sin darse cuenta corría más rápido que De Valois, a pesar de que era él quien la guiaba.

—¡Ey, Millie! —le gritó—. ¡Es por acá!

La veía nerviosa, lo cual quería decir que no estaba tan segura como decía de la salvación de su prima; él mismo había escuchado hablar de esa tal Renata y, aunque se decía que era una arpía calculadora, seguro que Perret era muy capaz de matarla si quería.

—Pensé que Lefevre vendría a la velada.

—Seguro que él estará vigilando otro de los puntos posibles.

—¿De qué hablas?

—Te dije que las ubicaciones también eran importantes; coloca los cuerpos en las calles, pero

son pistas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco a él.

—Si eso es verdad, ¿por qué sigues sin atraparlo?

—No sé de dónde sale o cuando aparecerá, incluso ha cambiado sus rutinas en un par de ocasiones, cuando nos sentía muy cerca; pero se ha vuelto más osado, errático, diría yo.

—¿Crees que se está cansando? —. De Valois guardó silencio—. Tienes la sensación de que así es, lo cual quiere decir que lo hace por una fuerza que lo sobrepasa.

—O costumbre.

—Es un juego que ha establecido con ustedes, quizá es la forma en la que quiere llamarles la atención, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Dime, De Valois, ¿cómo es que hiciste que las Sombras tomaran el caso y no las Águilas de mi tío?

Kylian la miró detenidamente por unos momentos y continuó corriendo con una sonrisa al notar que el ir hablando le había ocasionado un dolor persistente debajo de las costillas, el cual ella intentaba mitigar al mantener una mano en el lugar.

—Digamos que es un trabajo que se adapta a las Sombras más que a las Águilas. —Miró hacia el cielo—. Lo hablé en persona con ellos.

—¿Quieres decir que has visto a mi tío?

—No, por supuesto que no. He visto a su hijo.

—Publio —asintió—. ¿Cómo lo has convencido?

—No lo hice solo, lo admito, tuve ayuda de La Sombra.

—¿Hablas de la Sombra, Sombra?

—Sí, en persona —asintió—. Fue ella quien dio crédito a lo que decía; sólo una Sombra podría estar en un caso tan oscuro y matar indiscriminadamente al victimario. Las Águilas tienen un código que siguen con restricciones y ley; los otros no, las Sombras actúan como quieren, se ensucian las manos, y si son atrapados, entonces corren esa suerte en soledad, nadie los salvará.

—¿Por ser Perret un asesino se le encomienda a las Sombras?

—No. Se le encomienda porque lo mejor para el mundo es que lo eliminemos —la miró—, sin juicio ni miramiento.

—Eso no es… ¿injusto?

—Quizá. Pero no creo en la justicia creada por el mundo, se guía por sobornos y es fácil salir de los juicios. Perret no es ningún idiota, te aseguro que lograría su cometido; no hay nada que lo ate a los casos, incluso si lo capturáramos en el acto -que lo dudo-, sería acusado de un solo asesinato, quedaría impune de los demás por falta de pruebas, ¿eso te parece justo?

—No sé si quitarle la vida sea suficiente castigo.

—¿Sugieres torturas?

—No lo sé; solo quisiera que pagara más.

—Quitarle la vida es lo mejor que podemos hacer por el mundo y también por él —aseguró.

—Tal vez. —Millie pensó en silencio por largo rato, trotando detrás de Kylian quien parecía indeciso en su hacer—. Dijiste que Lefevre está en otra ubicación.

—Sí.

—¿Hay otro lugar?

—Sí, otros dos, de hecho.

—¿Por qué no me mandas a uno?

—Creo que la respuesta es obvia.

—¿Lo dices en serio? —lo hizo detenerse para poder tomar aire y tratar de aminorar el dolor bajo sus costillas—. Mi prima corre peligro, ¡podrían estarla torturando en este momento! Estamos en una situación desesperada, envíame a la otra posibilidad. ¡Ahora!

De Valois no respondió ante la histeria, al contrario, permaneció en total calma, como si ella no acabase de gritar y exigir.

—No creo que sea la mejor idea.

—Kylian —se adelantó y le tomó la mano, apretándola con fuerza antes de suplicar con la mirada—, sabes que es lo mejor; sé que no te interesa mi seguridad tanto como dices, así que dejemos de darle vueltas a las cosas y dime a dónde ir.

De Valois suspiró ligeramente, con impaciencia.

—Está bien —suspiró—. Ve al 22 de Rue Étienne Marcel.

—¿Dónde nos volveremos a encontrar?

—Con suerte, en ningún sitio; hoy no es día de asesinato, pero con la reciente actitud de Perret, todo podría pasar.

Millie asintió una única vez, despidiéndose de esa forma antes de comenzar a correr, con la intención de pedir un transporte, siendo inconsciente de la mirada de preocupación que le dirigía Kylian y mucho menos de la penetrante que se ocultaba en la ira y la oscuridad.

—De Valois, me sorprende que pudieras seguirme hasta aquí.

Kylian no lo dudó y simplemente sacó su arma, apuntando al hombre a sus espaldas, notando que él también tenía la amenaza contra su cuerpo. Perret seguía revestido en el traje de las Sombras, por lo cual no era capaz de ver su rostro; pero reconocía el anillo que llevaba a todas partes, finalmente, fue él quien se lo dio.

—Pensé que estarías ocupado para este momento.

—¿Quién dice que no he terminado ya?

—No tienes sangre en tus ropas.

—La capa cubre bastante —sonrió de lado—. De hecho, has mandado a tu linda gatita al lugar indicado para encontrar el cuerpo.

—¿Por qué te saliste de control? —De Valois caminó despacio, dando vueltas con el arma en resiste, al igual que Perret—. Hoy no es un día en el que deberías asesinar.

—Mmm… creo que he decidido que no tengo que esperar tanto.

—¿Por qué?

—Me vuelvo impaciente, De Valois, están tardando demasiado.

—Si quieres morir, podrías bajar el arma y te haría el favor.

La Sombra rio, se quitó la máscara y mostró su sonrisa plácida.

—No podrías matarme, Kylian, aunque estuviera desarmado, dormido y a tu completa disposición.

—Créeme, lo haría.

—¡Bien! —Perret bajó el arma—. Entonces hazlo.

Kylian tiró del martillo y apuntó con decisión, haciendo dudar ligeramente a Perret, quien tembló ligeramente antes de echarse a reír con descaro frente a él, demostrando el nivel de locura que tenía.

—¿A quién elegirá el Niño de Oro? —gritó emocionado, con los brazos abiertos—. Veamos, hagamos un juego.

—No tengo tiempo para juegos.

Kylian disparó; pero ambos estaban conscientes de que falló a propósito, porque era capaz de matar a una distancia superior; algo lo detenía y no eran los recuerdos de un pasado juntos, sino lo que notó en el mirar de Perret al momento de esquivar la fatídica herida: había encontrado otra forma de hacerlo sufrir incluso aunque lo matara ahí.

—¡Ups! Casi —sonrió sardónico—. Aunque no parecías tan convencido de matar. Es extraño, porque sueles tener una sed se sangre comparable a la mía, o superior.

—¿Por qué sonríes? Dime lo que has hecho.

—Digamos que me gustan las encrucijadas.

—Siempre te han gustado —asintió De Valois, siguiendo los pasos de su amigo con el arma —. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, digamos que tienes dos problemas que resolver y resulta que están ocurriendo al mismo tiempo —sonrió—. Te lo has ganado, es tu merecido por meter intrusos a tu hogar.

De Valois no dijo nada por un largo momento.

—Lefevre y Millie —comprendió deprisa—. Los mandé a una muerte segura, ¿no es cierto?

—Puede ser —sonrió de lado—. ¿A quién elegirás entonces? Solo puedes salvar a una persona.

—¿Por qué lastimarías a Lefevre? —negó—. ¿Qué tiene que ver la chica en todo esto?, ¿por qué asesinarla ahora?

—A ti te importan ambos, ¿no es cierto?

—Correré hacia Lefevre, lo sabes.

—Entonces, te conviene hacerlo ahora.

De Valois dirigió la mirada hacia el arma que Perret ya no tenía en resiste pero que seguía presente; temía por un disparo a traición, justo cuando se diera la vuelta para correr a salvar a su amigo.

—¿Por qué?, ¿por qué a mí y no a él?

—Digamos que ambos están recibiendo las mismas noticias, están en el mismo peligro, eso quiere decir que Lefevre también estará intentando venir a ti —se inclinó de hombros—, siempre han sido tan unidos que me repugnan.

—¿Quién le está avisando a él?

Perret sonrió lentamente.

—Siempre has sido perspicaz.

—¿Por qué lo haces? —se adelantó un paso, logrando que Perret levantara el arma—. Sé que estás cansado, puedo ver la desesperación en tu mirada; casi suplicas que todo termine.

—No es verdad.

—Lo es, te conozco bien.

—¡No sabes nada de mí! —lo apuntó con mano temblorosa.

—¿Por qué te enojas?

Al notar que era verdad, Perret reordenó su postura y rostro para volver a la tranquilidad que claramente no sentía.

—Siempre me has logrado desquiciar, De Valois, pero no más.

—De acuerdo —caminó otro paso—. Si pretendes hacerme quedar para que algo terrible le ocurra a Lefevre…

—O a tu otra chica.

—¿Por qué estás obsesionado con eso?

—Es la verdad, los he visto.

—¿Te molesta? —entrecerró los ojos.

—¡No es posible que te hayas olvidado de ella! —le gritó enojado.

—¿Es por eso? —Entrecerró los ojos—. ¿Te molesta por Fleur?

—Deberías permanecer el resto de tu vida sin poder olvidarla.

—Jamás la olvidaría.

—No me parece así.

—¿Qué pretendes, Perret? —lo recorrió con la mirada—. ¿Qué permanezca célibe por el resto de mi vida?

—¡Maldito! —jaló el martillo, por lo que De Valois se puso alerta, siguiendo sus pasos, su mirada y movimiento corporal.

—¿Quieres que la honre igual que tú?

—¡Deberías hacerlo!

—No asesinaré en su nombre, eso te lo aseguro.

—Tú no sabías nada de ella, no la conocías.

—Oh, te aseguro que lo hacía.

Aquello pareció enfurecer aún más a Perret, quien disparó, pero lo hizo de forma tan errática, que ni siquiera lo rozó.

—¡Maldito!

Kylian sonrió.

—Siempre lo supe —ladeó la cabeza—. ¿Por qué no dijiste nada?

—No deberías estar tan tranquilo, De Valois, fingiendo que no te importa cuando la vida de Lefevre y tu zorra corren peligro.

—Te costó trabajo decirle así —dedujo—. No me digas, ¿no será que es a ti a quien ha llegado a conquistar?

—¡No! ¡Claro que no!

—Vaya, es verdad.

—¡Cállate! —disparó de nuevo.

Kylian lo estaba consiguiendo, porque podía ver las luces encendiéndose en las diferentes casas y apartamentos. Las personas estarían llamando a la policía en esos momentos debido a los disparos, lo cual debería inquietar a Perret; pero él parecía no notarlo.

—Así que esos son tus gustos —sonrió Kylian—, admito que es parecida en algunas cosas, pero no en todas.

—¡He dicho que no es así! —disparó de nuevo y, en esa ocasión, Kylian sufrió un rasguño en el hombro, por lo cual chistó.

Solo entonces, Perret se dio cuenta de lo que hizo y no porque le alterara lastimarlo, sino porque estaba siendo demasiado obvio; podía ver al menos cinco personas con las luces encendidas, mirando al exterior de sus ventanas con un teléfono en la mano.

—Maldición.

—Debiste ser más cuidadoso, ahora todas estas personas podrán dar crédito de lo que vieron, incluyendo tu bello rostro —se burló.

—Lo hiciste a propósito.

—Naturalmente. —Asintió tranquilo—. Además, se ha dejado en claro que has sido tú el que me ha disparado, aunque también podrías quedarte a declarar lo contrario; aunque claro, eso significaría estar cerca de los oficiales y posibles víctimas.

—Te mataré —levantó el arma.

—No lo harás —dijo seguro.

—¿Qué te hace pensarlo?

De Valois se había acercado lo suficiente como para tener el arma a quema ropa; veía la duda en los ojos de Perret, lo cual era en extremo extraño. Tenía la oportunidad frente a él y no lo mataba, ¿por qué? ¿Por qué se detenía cuando era obvio que quería hacerlo?

—¡Maldición!

Perret se volvió hacia los oficiales que de pronto se acercaban a toda velocidad por la calle, ocasionando que no le quedara otra opción más que escabullirse mientras Kylian daba la cara por ambos.

—¿Qué demonios ocurrió, De Valois?

—Sargento, tenemos que ir a dos ubicaciones de manera urgente.

—¿De qué hablas?

—Corren peligro dos personas, quizá tres.

—¿Qué está pasando? ¿Quién era ese hombre?

—El asesino —dijo De Valois, mirando a sus espaldas, por donde desapareció Perret—;

pueden hacer sus intentos por capturarlo, pero dudo que lo consigan, usa los túneles de las catacumbas.

Aquello era una causa perdida; incluso Kylian, quien utilizaba ese laberinto, sabía que no existía posibilidad alguna.

—¿Cuál es la ubicación?

—Ustedes vayan al 44 de Rue Mouffetard, yo me dirigiré a Rue Étienne Marcel —dijo presuroso, comenzando a caminar.

—¿Qué estamos buscando?

—Si tenemos suerte, a alguien vivo.

—¿De qué hablas?

—Me acaban de amenazar directamente, hay dos personas en peligro inminente —dijo sin detenerse—. Ustedes irán tras Lefevre.

—¿Y a quien seguirás tú?

—A Millie Charpentier.

19 ARROGANTE

Perret lo sabía. Sabía que De Valois le mentiría e iría a ese punto en cuanto tuviera la oportunidad de hacerlo; pero fue demasiado tarde, se habían distraído el uno al otro el tiempo suficiente como para que la nueva adquisición de Kylian sufriera uno que otro desperfecto.

—Tenías razón.

El hombre dibujó una sonrisa solemne y, sin romper su postura de brazos cruzados y hombro recostado en la pared, miró al recién llegado, quien se posó a su lado para observar lo mismo que él.

—¿No te lo dije?

—Realmente jamás imaginé que De Valois dejaría a Lefevre.

—El asunto es —dijo Perret— que Kylian sabe que uno puede defenderse mientras que el otro no.

—Tenía un arma.

—¿Pudo usarla?

—No.

—Exacto —dijo Perret—. Quizá sepa usarla, pero nunca ha estado en situaciones de verdadero peligro; incluso si disparara, lo más seguro es que fallaría bastante antes de acertar por casualidad.

—Eso fue lo que pasó.

—Es normal; matar no es fácil.

—Bueno, no para todos.

Perret soslayó la mirada y sonrió.

—Supongo.

—Entrégasela, que vea lo que le sucederá.

—Tratará de evitarlo a toda costa.

—Sí, lo hará, pero eso es lo que queremos, ¿no es cierto?

—Seguro que te molesta.

—No es de tu incumbencia.

Perret sonrió divertido; realmente le molestaba, pero jamás se arriesgaría a admitirlo. Estaba bien; para esos momentos había aceptado esa excéntrica personalidad, aunque también estaba cansado, llegando al punto de desear que todo terminara.

—¿Qué planeas hacer con la chica?

—Tírala ahí, que parezca muerta.

—¿Por qué no terminarás con lo que empezaste?

—De Valois estará más ansioso, al igual que Lefevre. El objetivo de todo esto es verlos sufrir.

—Supongo.

—¿Por qué la duda? —los ojos brillantes se entrecerraron con molestia—. Antes me apoyabas sin cuestionar.

—Supongo que uno se cansa.

—¿Lo dices en serio?

—No lo sé.

—Bueno, es normal, siempre fuiste el más débil de los tres.

Perret soslayó la mirada, pero no vio alma en los ojos que se encontró; desde hacía tiempo que había perdido toda humanidad, pero recuperó un brillo peligroso que desde hacía tiempo no veía: aquel en el que jugaba al cazador y la liebre.

El problema era que Perret no sabía quién tenía el papel de la presa. Era peligroso, lo sabía; sin embargo, no existía otra opción para él. Escogió su camino y ahora tendría que aferrarse a él.

De Valois llegaba a escena en ese momento, corriendo hacia el cuerpo abandonado a la mitad de la calle. La habían despojado de sus ropas lujosas, tenía sangre y estaba inconsciente. Admitía que hubiera querido ver un cabello rubio en lugar del corto y negro de Millie, deseó que fuera cualquier otra persona en su lugar; pero al encontrarla ahí, revestida en harapos y con sangre, no

pudo evitar sentir unas inmensas ganas de gritar de frustración.

—¿No te lo dije? —decía nervioso, tomando el cuerpo en sus brazos—. Maldición, Millie, te lo dije.

Su cabeza y extremidades no reaccionaban; era igual a mover un muñeco de trapo. Estaba claro que la dejaron ahí para que la encontrara y seguro Perret estaría disfrutando desde algún lugar.

—Kylian.

El hombre bajó su cabeza hasta encontrarse con los ojos aún perdidos entre el sueño; Millie parecía desorientada, pero seguía con vida. Lo aliviaba al punto de querer abrazarla, pero no lo hizo y simplemente la dejó recuperar la consciencia, sin marearla con movimientos como lo era moverla o levantarla.

—Hola —la miró con reclamo, pero sonreía, porque le alegraba verla consciente—. Me dijiste que podías defenderte.

—Eran dos contra uno —suspiró— tenían ventaja.

—¿Dos?

—Sí. ¿Encontraste a mi prima?

—No hay señales de ella —admitió—. Aunque aún falta ver si está con Lefevre, que espero que no.

—Kylian —tragó—, marcan antes de matarlas, las marcan.

—Eso ya lo sabíamos.

—No, pero antes —apuntó hacia abajo en su cuerpo—, mira.

—¿Qué cosa?

—Mi pierna arde.

Kylian bajó la mirada hacia el lugar, encontrándose con la sangre que manchaba la tela sucia y raída que le habían colocado en lugar del vestido de gala que llevaba esa noche. No pidió permiso al levantar el despojo de falda que traía puesto, encontrándose con la marca familiar del anillo de Perret, lo cual no tenía ningún sentido, porque había estado con él toda la noche y le vio el anillo.

—¿Quién te hizo esto?

Millie meneó la cabeza.

—No lo sé.

—¿Acaso no viste nada?

—Tenían máscaras —se recostó sobre su hombro—. Llévame a casa… me arde la pierna.

—No te preocupes por nada, la curaré, ¿de acuerdo?

—Bien. —Millie no estaba perdiendo la consciencia en esa ocasión, pero sentía tanto frío que lo preferiría—. Haz algo por mi pequeño e indefenso cuerpo y ponme tu chaqueta.

—¿Ni siquiera en estas condiciones puedes ser seria?

—Bah, ¿para qué? —rodó los ojos—. Anda, muero de frío, ¿tenían que dejarme vistiendo este costal de papas?, ¿acaso necesitaban el dinero? Qué va, es únicamente para denigrarme.

—Vamos, Lady Mimos. —Kylian se sacó su chaqueta y la colocó sobre sus hombros—. Te llevaré de regreso a casa.

—Me refería a mi casa, pero seguro que tú no.

—Iremos a la mía.

—¿Qué pasó en tu ubicación? ¿Algo interesante?

Kylian guardó silencio por un largo momento.

—Nada.

—¿Y Lefevre?

—No sé nada de él, vine corriendo hacia ti.

—¿Me crees el eslabón más débil?

—Por supuesto, ¿cómo lo adivinaste?

—Oh, pero qué pesado eres.

Kylian se levantó con ella en brazos, sintiéndola muy pequeña al tenerla cargada de esa manera, y se reclamaba en silencio: ¿cómo pudo haberla mandado en soledad hasta ese lugar? La había expuesto al peligro que sabía que corría.

Caminó el resto del camino hasta su casa; no estaban cerca, pero tampoco consideraba que

valiera la pena ir en auto, sobre todo cuando sabía lo mucho que le gustaba a Millie caminar por las calles de París, admirando cada pequeño detalle con una curiosidad infantil.

—¿Te duele otra parte del cuerpo?

—La cabeza, pero creo que fue por lo que usaron para dejarme inconsciente; me pasó lo mismo cuando tú me dormiste.

—¿Lograste escuchar algo?

—No, nada. Cuando desperté, tú estabas ahí.

—De acuerdo, trata de descansar —la acomodó en sus brazos—. Llegaremos pronto y podré curarte.

—Me arde porque me marcó con su anillo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Eso quiere decir que soy la siguiente en morir.

—Lo sabíamos, Millie; te lo advertí.

—Ya sé, pero realmente pienso que primero matarán a una rubia.

—Quizá, pero nada asegura que no vaya a cometer asesinatos antes de esa fecha —le recordó —. Ahora lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—Pasó algo, ¿no es cierto?

—Ya te dije que no.

—Me parece extraño que me atacaran justamente hoy, ¿por qué? No había razón alguna para hacerlo; además, ¿dónde demonios está mi prima? Dijeron que se había ido con Monsieur Perret, ¿no?

—Por el momento, no tengo idea de dónde esté tu prima; mañana lo averiguaremos, ¿de acuerdo?

—¿Cómo crees? Tiene que ser hoy mismo; algo terrible podría estarle pasando en estos momentos.

—Me pondré en contacto con Lefevre en cuanto te deje segura en casa —advirtió—, quizá él

tenga información de tu prima.

—De acuerdo, me vendas la pierna y voy contigo.

—No, ni loco.

—¿Por qué?

—Estás herida y drogada, no te quiero cerca, eres un estorbo.

—Pero qué amable eres, ¿por qué no admites que te preocupo?

—Hoy estuviste cerca; no sé por qué no te mataron, pero estoy seguro de que fue suerte.

—Al contrario, esto fue pensado para ti y Lefevre —lo miró dudosa—. Perret los conoce a ambos, les puso pruebas y, por lo que entiendo, ambos cayeron redonditos.

—¿Cómo sabes que Lefevre cayó?

—No lo sé, pero al menos tú lo hiciste.

—¿Por qué?

—Estás aquí en lugar de con Lefevre —dijo, obvia—. Eso debe dar un indicio de la importancia que tengo en tu vida.

—Realmente te crees demasiado.

—Digo lo que puede pensar tu amigo demente y sus secuaces.

—Lo dudo, Perret sabe que no tengo interés en ti.

—No lo has demostrado hoy y lo sabes.

—Bien —concedió—. Digamos que tienes razón e hice obvio el hecho de que me preocupo por ti, ¿ahora qué?

—Lo facilita más de lo que crees —aseguró—. Eso quiere decir que de alguna manera a ellos les interesa saber lo que sientes; podemos sacar ventaja, pero para eso necesito que me expliques algunas cosas acerca de tu relación con Fleur, aunque te moleste.

—Ojalá te hubieran pegado en la cabeza.

—¿Por qué te es tan conflictivo el tema?

—Ya, Lady Mimos, hablaremos de eso después, ¿quieres? —pidió desenfadado—. Por el momento, lo más importante es que te cure la pierna y que descanses un rato.

—Claro, pero cuando vuelvas de ver a Lefevre, me dirás todo y entonces te compartiré mis conclusiones.

Kylian entrecerró los ojos con interés.

—Tú también sabes más de lo que dices, ¿no es cierto?

Millie se encogió de hombros.

—De acuerdo, será un nuevo intercambio de información.

Ella aceptó con una sonrisa, dedicando el silencio que prosiguió a una larga meditación acerca de la conversación que logró escuchar entre esas personas mientras creían que estaba inconsciente.

Esa era la verdad, logró despertar, pero no pensaba intercambiar información con De Valois a menos que estuviera dispuesto a entregarle algo a cambio. Se aferró a él. Lo conocía un poco, sabía que estaba asustado; lo veía saltar cada vez que se quejaba cuando el vestido le rozaba sin querer la quemadura.

Esas personas habían encontrado la actitud de Kylian como un acto de debilidad; aparentemente, el que se hubiera “enamorado” lo convertía en una persona errática y fácil de atacar. Además, no parecían estar de acuerdo con el hecho de que continuara con su vida, por eso era tan importante saber qué era lo que había ocurrido con esa tal Fleur de la que él tanto evitaba hablar.

—Listo —la colocó sobre la cama en la que ella llevaba durmiendo un tiempo—. Promete que te quedarás.

—Sí, sí. —Rodó los ojos—. Me quedaré.

—Le pediste a esa mujer entrometida que viniera aquí, ¿no es cierto? —él intentaba acomodar las almohadas detrás de su cuerpo.

—Sí, pero no todos los días se puede quedar aquí —dijo tranquila—, tiene familia que depende de ella.

—Qué inconveniente para una doncella.

—No es mi doncella, es mi ayudanta.

—Claro —rodó los ojos—. Eso significa que te dejaré sola.

—Estaré bien, De Valois, me quedaré aquí.

—No te creo nada.

—Tienes que buscar a Lefevre, seguro que también se metió en problemas. —Ella no preguntaba, lo aseveraba, lo cual hacía dudar a De Valois acerca de lo que le dijo.

—¿Segura que no viste nada?

—No vi nada —esa parte no era mentira.

—Volveré pronto; seguro que Lefevre querrá llevarte a su casa después de esto y de forma definitiva.

—Pensé que ya había amenazado con hacerlo.

—Ahora lo hará; antes eran solo palabras.

—Seguro —sonrió—. Aunque no creo que sea la mejor idea que mi hermano me vea en estas condiciones, mucho menos con un sello de anillo en la pierna, marcando mi futuro.

—No morirás.

—Eso lo sé —tranquilizó—, no estoy preocupada.

Kylian no entendía la razón de ello, pero tampoco lo cuestionó, porque en serio tenía ansiedad por ver a Lefevre, a quien también sabía en problemas. Con lo referente a la prima de Millie, la realidad era que no creía que moriría esa noche; en todo caso, sería el “sacrificio” que se haría el día de la luna nueva, como las otras veces, así que no estaba tan preocupado por esa parte.

—Tengo que curarte eso.

—Kylian, tienes que irte, no es nada grave, es una simple marca que puedo manejar a la perfección —se enderezó—, está en una zona visible y alcanzable. Ahora vete.

—¿Segura?

—Cien por ciento.

—De acuerdo.

Kylian se acercó a ella y, sin pensarlo, le dio un beso en la frente para inmediatamente después salir de la habitación. Aquello fue impactante para ambos, quienes en solitario expresaron su extrañeza, pero finalmente descartaron sus pensamientos al respecto y se

enfocaron en el momento presente.

—¡Sol! ¡Sol! ¿Estás aquí?

—Sí —respondió la mujer, saliendo de su escondite—. ¿Se puede saber por qué hemos mentido?

—Es necesario que me hagas un favor sin que él lo sepa.

—¿Por qué no me parece extraño?

—Lleva esto, pregunta por Renata Donovan, me dijo que estaba en un hotel cerca de la Torre Eiffel; pero hazlo de prisa.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Necesito de su ayuda, ¿está bien?

—Bien, ¿tienes una idea del nombre del hotel?

—Conociéndola, será ostentoso; prueba con *Shangri-La Paris*.

—De acuerdo. ¿Renata Donovan?

—No me sé su nombre de casada, pero seguro que ella se puso su apellido de soltera; incluso si no lo hizo, la conocerán —aseguró—. Y no hace falta que regreses; vuelve con tus hijos.

—Muchas gracias —sonrió—. ¿Esperaré respuesta?

—No, no hace falta.

—De acuerdo, ¿no quieres que te ayude con la herida?

—Tranquila, puedo hacerlo.

La mujer se inclinó ante ella y salió presurosa a cumplir la orden de su señora. No tenía idea de por qué la prisa y el descuido en su pierna malherida; pero seguro se debía a que Millie planeaba hacer su movimiento antes de que ese hombre volviera. No sabía por qué, pero le daba mala espina; Soleil no era de prejuzgar a las personas, pero había algo en la mirada de ese hombre que la inquietaba.

Por su parte, Millie se apresuró a quitarse esa molesta ropa que le causaba urticaria, descubriendo entonces la marca que quedaría en su piel por el resto de su vida como un recuerdo de sus días de aventura. Sonrió. No le molestaría contarle a un desconocido sobre ello, aunque no encontraba una buena razón para que alguien le viera esa parte del cuerpo que, en teoría, siempre

debía estar oculta entre telas y oropeles de los elegantes vestidos.

—¡Maldición! ¡Qué idiotas! —negó, apretando su muslo al sentir un ardor insoportable y palpitante.

Tendría que curarse en soledad, lo cual le alegraba, porque significaba que podía llorar con entera libertad, porque no solo le dolía, sino que sintió verdadero terror al ser secuestrada por gente que parecía tener ningún predicamento en lastimar personas.

Fue hasta el palanganero para poder limpiar la herida con suavidad. La carne viva y desbordada formaba las letras del nombre de Perret, o en teoría tenía que ser las de él, aunque de momento no era fácil notarlas debido a la hinchazón y la carne levantada.

Limpió con cuidado, colocando una pomada y vendándose para evitar rozarse continuamente con el camisón o la sábana de la cama. No quería admitirlo, pero deseaba que Kylian volviera pronto; no solo porque le interesaba saber de su prima y el estado de Lefevre, sino porque necesitaba sentirse segura.

Se recostó en la cama con sumo cuidado y cubrió su cuerpo evitando por completo su pierna, la cual incluso carecía de la presencia del camisón largo que utilizaba para dormir.

Recostada en esa cama, sin nada que hacer más que esperar, Millie sintió con claridad el funcionamiento de su cuerpo, desde su respiración hasta el correr de su sangre por sus venas. Sus sentidos se agudizaron, escuchando cada pequeño sonido que lograba sacarle brincos inesperados; su piel estaba en extremo sensible, haciéndola muy consciente del dolor que sentía en su cabeza y en su pierna.

Quería que la agonía terminara, que su mente se relajara y diera paso a otras ideas que tuvieran un final más fructífero que el miedo; sin embargo, era incapaz de hacerlo, por lo que decidió concentrarse en cualquier cosa, como contar las flores en su colcha.

Iba por el quincuagésimo pétalo, cuando de pronto la puerta se abrió, mostrando a un De Valois totalmente desmoralizado, incluso encorvado en su postura normalmente garbosa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tu prima está bien, no debes preocuparte.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba en el hospital junto a Lefevre.

—¿Qué le pasó?

—Se repondrá —tragó con fuerza—; le dispararon como a mí, aunque él no tuvo tanta suerte de que fuera solo un roce.

Millie se puso en pie, chistando un poco cuando la tela del vestido cayó sobre su pierna herida; pero aquello solo duró un segundo, porque le era más importante alcanzar a Kylian.

—¿Dónde? ¿Quién lo atiende?

—Está con Anton.

—Oh —se tocó el pecho—, qué alivio; él es el mejor.

—Lo sé —Kylian cerró los ojos y se dejó caer en la cama—. Estoy realmente agotado; pero sigo sin creer que lograran dispararle.

—¿Estaba consciente?

—No, claro que no.

—¿Dónde fue el disparo?

—Tal parece que lo hicieron con maestría milimétrica, no lo liquidaron por mera suerte.

—¿Quién dice que fue suerte?

Kylian la miró con cierto cansancio.

—Sé que piensas que Perret juega con nosotros y tienes razón, pero lo conozco, jamás lastimaría a Lefevre de gravedad.

—No lo hizo.

—Sí, lo hizo; la persona que lo atacó quería sacarlo del juego.

—Mmm… Puede que tengas razón.

—La tengo.

—En ese caso, están enfocados en ti, ¿por qué será?

De Valois cerró los ojos.

—Porque incumplí mi promesa —negó sonriente—. Por eso.

—¿Cuál promesa?

—Jamás interesarme en otra mujer.

—Eso es imposible.

—La promesa no tenía nada que ver con el celibato, eso sería imposible —especificó, mirando al techo al hablar—. Se refería a que nunca la tendría en estima, no la cuidaría o respetaría.

—Tú no me respetas —le recordó.

—Pero cuido de ti y te tengo en estima.

—Vaya forma de demostrarlo.

—En todo caso, eliminar a Lefevre del camino complica las cosas para mí —se restregó los ojos con cansancio—. Salvó a tu prima; tal parece que estuvo cerca de morir el día de hoy.

—¿Se quedó con Lefevre?

—Un rato, después se marchó a casa, se negó a ser acompañada.

—Típico de ella —asintió Millie—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Lefevre defendió a tu prima al pensar que era el objetivo; pero creo que fue una distracción para atraernos a los tres —suspiró y negó con molestia—. Finalmente, caímos todos. Tu prima es sorprendente, manejó todo con una entereza alucinante.

—Tiene experiencia.

—Desconozco sobre ella, pero me funcionaría saber más —la miró demandante—. ¿Está casada?

—Sí, desde hace mucho tiempo.

—No llevaba anillo ni vislumbré ningún indicador.

—Digamos que su matrimonio no es muy normal.

—Ah, no me digas, es infeliz.

—No tengo la menor idea.

—Algo me dice que no me equivoco.

—¿Sospechas de ella?

—¿Hago mal?

Millie lo dudó un poco, pero no tenía caso mentir, así que dijo lo que pensaba desde hacía mucho tiempo.

—Para nada, Renata es una persona a la que se le debe temer.

—Me parece una coincidencia enorme que saliera justo con Perret, que tuviera el cabello pintado y que sobreviviera.

—Es maquiavélica; no te equivocas al sospechar de ella como autor intelectual, pero dudo que tenga que ver con los asesinatos. Se involucró por algo más y quiero saber el porqué.

—A mí me parece más que involucrada —aseguró—. Ella ni siquiera se encontraba con Perret, ¿cómo es posible si salió con él?

—¿A qué te refieres? —negó sin comprender; pero meditó y después dedujo—. Ya veo. La marca del anillo debe de ser la de él, ¿de quién más si tú y Lefevre estaban en otro sitio? En ese caso, Perret debía estar conmigo; debe ser de los que me secuestraron.

—No, él estaba conmigo —aseveró, sentándose en la cama—. Dime, ¿con quién estabas tú? ¿Qué fue lo que viste o escuchaste?

—Pensé que era él cuando me marcaron con el anillo, pero no pude ver nada. Sin embargo, escuché.

—¿Qué escuchaste? —Le estiró una mano y ella la tomó sin rechistar, sentándose a su lado sin recostarse.

—Se quejaban sobre ti, sobre el hecho de que la olvidaras.

Kylian cerró los ojos y suspiró sonriente.

—No puedo creer que sigan ciclados con ello.

—Tú también lo haces —contraatacó—. Vamos, dímelo.

—Dudo que tenga algún significado.

—¿Bromeas? —colocó una mano en su pecho para provocar que abriera los ojos—. Lo tiene todo que ver y lo sabes, ¿por qué no quieres contarme? No pensé que te interesara que yo te juzgara.

—Si no es eso, simplemente no me gusta hablar de ello.

—Tendrás que hacerlo.

—Lo que deberías hacer es mandar una carta a tu prima para poderla interrogar sobre este día.

—Eso ya lo he hecho —aseguró—. Soleil debe haber entregado mi nota para estos momentos.

—¿Soleil? —entrecerró los ojos—. Pensé que no estaba.

—Mentí —sonrió—. Ahora, habla.

De Valois se alejó de la mano que ella mantenía sobre su pecho para tomar asiento contra la cabecera, mirando a sus piernas estiradas por un momento; después comenzó a hablar.

—Fleur era la hermana de Lefevre y sirvienta de la casa De Valois —comenzó—. Me hice amigo de Lefevre primero, después de Perret, quien era hijo del mozo de cuadra y, finalmente, de Fleur. Los cuatro éramos unidos, pero entenderás que, entre los tres varones, el lazo era aún más importante… Hasta que comenzamos a crecer.

—¿Se enamoraron todos de ella?

De Valois la miró con extrañeza.

—¿No te dije que Lefevre era su hermano?

—Todo puede pasar en este mundo.

—Eso no —aseveró—. Fleur era importante para cada uno de nosotros; era la hermana de Lefevre, la madre de Perret y la mujer de la que me enamoré y con la que pretendía casarme.

Millie expandió los párpados con sorpresa.

—¿Eres capaz de amar? —bromeó.

—*Era* —especificó—. Fui un idiota, por supuesto que mi familia no permitiría tal unión.

—Fue por eso que la mandaron a esa casa donde sufrió.

—Debí saberlo y Lefevre también.

—Eran niños, ¿qué edad tenían?

—Eso no importa, conocíamos a mis padres y aun así la dejamos ir cuando insistió en hacerlo; debimos evitarlo.

—No tienen por qué asumir la culpa de las decisiones de los demás —aseguró Millie—. ¿Qué pasó después?

—Todos sufrimos cuando dejamos de saber de ella; la queríamos a nuestra forma, pero Perret… él era el peor.

—Dijiste que la quería como a una madre.

—Era su adoración y jamás perdonó nuestro descuido.

—¿Cuándo empezó a asesinar?

—Nos separamos por un tiempo —aceptó Kylian—. Admito que nos alejamos de él; sus constantes réplicas eran algo que no podíamos soportar, ni yo como su prometido, ni Lefevre como su hermano.

—Es comprensible.

—¿Lo es? —sonrió de lado, negando un poco—. Lo dejamos solo y por eso se convirtió en un monstruo.

—¿Se culpan de esto ahora?

—Claro que lo hacemos, van dos veces que deliberadamente dejamos a alguien a quien apreciábamos a su suerte.

—No te tortures así, Kylian —le acarició la mejilla—; los errores que cada uno comete son personales y es uno mismo quien decide cómo tomarlos, cómo progresar a partir de ellos o continuar allí.

Los ojos del hombre brillaron ligeramente cuando tomó la mano acariciante de ella y la apartó; por un momento Millie pensó que la rechazaría, pero se impresionó gratamente cuando de pronto llevó sus manos hasta sus labios y las dejó en el lugar por un largo momento.

—Gracias, Millie —la miró—, por no juzgarnos.

—¿Por qué lo haría? —negó, aún con sus manos aprisionadas.

—Muchos lo harían, nos cuestionarían. Prácticamente somos los culpables de que Perret cometiera tantas atrocidades.

—Pero lo están intentando detener.

—¿Lo hacemos? —sonrió de lado—. Llevamos persiguiéndolo más de dos años sin éxito alguno; muchos dirían que no lo estamos intentando; la realidad es que siempre parece estar un paso por delante. No importa lo que hagamos, él…

—Se conocen demasiado, quizá Perret los observaba más de lo que ustedes creían. Si yo pensara hacer algo malo, no quitaría el ojo de encima a quienes pueden detenerme.

—Eso… suena muy coherente.

—Lo resolveremos, no importa los pasos que Perret dé hacia adelante; yo te haré brincar hasta él.

Kylian no pudo reprimir una sonrisa sincera que se dibujó acompañada de una pequeña y fácil risilla. Sin pensarlo demasiado, jaló de sus manos, acercándola hasta besarla suavemente, sin poner demasiada intención en ello además de compartir una caricia de sincero y puro agradecimiento ante su motivación sin fundamentos.

A veces ella podía ser tan cándida, pero a la vez tan determinada, que no le quedaba otra opción más que creer sus aseveraciones hechas sin pensar y en el calor del momento.

—Deberías descansar, Millie.

—Tú también.

—Entonces, hagamos eso —miró hacia su pierna—. ¿Cómo sientes la herida? ¿Necesitas algo?

—Nada.

—De acuerdo —se acercó a ella y le besó la frente—. Descansa.

Millie abrió la boca, pero al notar que él realmente no quería permanecer a su lado, lo dejó marchar. Lo que habría hecho en el pasado sería obligarlo a quedarse, porque esa era su voluntad, pero en ese momento simplemente no pudo hablar; quizá se debía a que acababa de decirle que amó a una mujer y que jamás volvió a pasar.

Era un insulto en cierta forma, porque se consideraba hermosa y bastante única como para no haber llamado su atención; pero eso era lo que acababa de decirle sin un deje de duda en su voz.

Apretó los labios y se metió en la cama, sufriendo un poco al ser descuidada con sus movimientos. Cerró los ojos y apretó los dientes para no soltar un quejido que alterara a Kylian o lo hiciera volver a la habitación; en esos momentos lo quería lejos, porque no sabía lo que sentía cuando estaba cerca.

Tal vez lo mejor era olvidar todas sus curiosidades acerca de los hombres y su interacción

con ellos. De Valois había sido un buen maestro, pero tal parecía que su tiempo de juegos había acabado de pronto, como un látigo que llegaba a condenar desde el pasado.

Le costaría hacerse a la idea, porque era fácil estar con él, no entendía del todo la razón, pero sentía como si lo conociera de mucho tiempo, quizá de otra vida.

Sonrió.

Seguro a De Valois le parecería una completa locura, pero Millie no podía quitarse esa idea de la cabeza. Lo haría, sería por el bien de ambos, porque lo último que quería era perderlo como amigo; al menos esperaba poder llegar hasta ese punto de relación.

20 ORGULLOSO

Era difícil no tener movilidad, sentía su cuerpo pesado, pero su mente estaba demasiado consciente. Abrió los ojos; estaba en su habitación, en casa de sus padres, pero a su alrededor no había nadie que pudiera percatarse de su parálisis momentánea. Intentaba moverse, pero no lograba hacer que su cuerpo respondiera.

Se estaba desesperando al punto del llanto, porque no era la primera vez que sentía algo parecido; era la misma sensación de cuando De Valois la durmió y pasó lo mismo cuando le pusieron aquel sello de fuego en la pierna.

Estaba desesperada al punto del grito, pero nada salía de su garganta a pesar de que su cerebro estuviera a punto de reventar. De pronto, aquellas voces volvieron a su cabeza, esa conversación que pudo captar a medias entre dos personas que no lograba reconocer.

Pero las sentía acercándose con el fuego preso en aquel anillo que había traspasado su piel. De pronto fue muy consciente del dolor de ese momento, del terror que sintió al pensar que sería el inicio de una larga tortura que terminaría en su muerte.

No sería capaz de admitirlo nunca, pero tembló y temió a tal punto que tuvieron que cambiar sus ropas al haberse orinado sobre ellas. Era vergonzoso, pero su cuerpo reaccionó acorde con lo que sentía. Jamás había estado tan cerca de la muerte, pero en aquel momento, casi sintió que pudo acariciar su manto oscuro que la llevaría a otro mundo, uno en el que no volvería a ver a sus padres, a sus hermanos, primos, amigos… A De Valois.

Gritó, gritó con todas sus fuerzas cuando su sueño dolió como si fuera la realidad de aquel momento.

De pronto se dio cuenta de que no estaba en la habitación de la casa de sus padres, estaba muy lejos, en casa de Kylian, con todos aquellos colores, objetos y armas que la hacían sentir en otra parte del mundo y no solo en otra recámara.

Tocó su pecho, su cabello y su rostro, sintiéndose aliviada de estar viva, de haberse salvado

por las maquinaciones de aquellas personas que pensaban en atemorizarla al tiempo que torturaban a De Valois. Lloró a base de gemidos, pero fue el primer grito el que atrajo a dicho caballero hasta su habitación. La abrazó. Lo hizo sin cuestionar la razón de que estuviera en ese estado y ella lo agradeció.

—Tranquila, estás a salvo, estoy aquí contigo.

—Estoy bien —repetía sin lograr credibilidad debido al temblor de su cuerpo—. Lamento haberte despertado.

—No importa. —Kylian acariciaba su espalda como lo haría con un recién nacido, tratando de calmarla—. ¿Qué soñaste?

—Fue solo un sueño.

—No parece ser algo fácil de olvidar.

Millie cerró los ojos, concentrándose en su respiración y en dejar de llorar, porque a pesar de que ya no gimoteaba, seguían cayendo lágrimas que no acreditaban sus palabras. Quería que se fuera para no depender de él para sentirse tranquila. Se separó con los ojos cerrados, tratando de quitar su aroma de sus fosas nasales.

—Listo —abrió los ojos—. ¿Ves? Totalmente recuperada.

—¿Por qué lo intentas ocultar? ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Nada, De Valois, no seas intenso.

—¿De Valois? —cuestionó—. ¿Por qué el cambio?

—Es tu nombre.

—Pero ya no me llamabas así, te dije que podías…

—Lo sé —cerró los ojos—, pero no parece adecuado, ¿cierto?

—¿Adecuado para quién?

—Para nadie, nosotros… creo que el tiempo de juegos se acabó —dijo con determinación—. Ya no te haré sentir incómodo con ello.

Kylian la miró por un largo momento.

—Es verdad, me incomoda.

Ella tragó con fuerza, pero sintió reseca la boca y los labios.

—¿Ves? Lo mejor es que…

—No —dio un brinco sobre la cama para estar más cerca de ella, quien estaba sentada entre almohadas—. Me refiero a que me incomoda porque no hemos concluido lo que iniciamos.

—¿De qué hablas? —Lo recorrió con la mirada.

—Creo que lo sabes, no quieras parecer ingenua cuando eres tú la que me has tumbado sobre el suelo para besarme y acariciarme.

—No intento serlo.

—¿Entonces? —sonrió de lado, mostrando los colmillos que a ella tanto le fascinaban—. ¿Continuamos?

—¿Realmente te parece una buena idea?

—Si te lo parece a ti.

—Me acabas de decir que amas a Fleur.

—Claro, lo hago —asintió—. Pero ella está muerta.

—Lo sé, pero…

—Sigo siendo un hombre, Millie, y si tú en serio quisieras…

—Quiero —aseguró—. Quiero saber lo que es.

—Entonces, si no hay inconveniente con que sea yo, podemos continuar lo que hemos dejado inconcluso tantas veces.

Millie sonrió de lado. ¿Qué tan perjudicial sería que lo hiciera? No lo sabía, quizá se arrepentiría toda la vida, pero de momento no.

No lo pensaría, era lo mejor, dejaría que su cuerpo mandara, que sus emociones ganaran a cualquier grito de consciencia de su cerebro; con eso en mente, fue ella quien se acercó a él para besarlo con tal intensidad, que no pudo más que hacerlo reír.

—Eso es un sí —dijo esperanzado, tomando su rostro—. ¿Cierto?

—¿Necesitas más confirmación?

—Sí, de hecho, sí.

—Es un completo y rotundo sí, De Valois.

—No hagas eso —acarició sus labios—. No me llames así.

—¿En serio está bien que te diga Kylian?

—A menos que quieras que yo te llame Millicent.

—¡Ni se te ocurra! —saltó su temperamento, a lo que Kylian rio.

—Entonces —se acercó hasta que sus narices se tocaron— considerémoslo un trato, ¿de acuerdo?

—Sí… —Suspiró, inclinándose hasta besarlo de nuevo.

Kylian sintió algo parecido a cuando se metía a una bañera caliente; su cuerpo se derretía tras un largo día bajo la nieve y todo a causa de esa muchacha que encendía no solo su alma, sino todos sus sentidos como un fuego inapagable.

Millie era todo lo que siempre deseó en una mujer: era pasional, curiosa e instintiva, y no hablaba únicamente en el acto coital; ella era así en su diario vivir, era así en las cosas más simples.

Su forma de experimentar las cosas con toda intensidad o de encontrar belleza en lo más horrible resultaba escalofriante y encantadora; cuando la miraba a los ojos, sentía que todo se detenía a su alrededor y creía que era un poder que ella podía manejar a su antojo, porque tenía el par de ojos más hermosos que jamás hubiese visto; eran tan expresivos, tan únicos, tan brillantes y vivaces, que no había más remedio que rendirse ante ellos.

Se recostaron sobre la cama, pero fue ella quien quiso tomar el mando de la situación y Kylian se lo permitiría, al menos hasta la parte en la que no era fundamental su participación. La curiosidad era parte esencial del carácter de Millie, por lo que dejarla ser era su prioridad al momento de hacerle el amor.

Quería que estuviera cómoda, que sintiera que era libre de hacer o decir lo que quisiera; era una mujer expresiva y no era diferente al momento de tocar, besar o incluso hablar mientras exploraba su cuerpo que le resultaba tan diferente al suyo, porque lo era.

Esa soltura y falta de timidez lo descontrolaban, pero se obligó a mantenerse quieto mientras ella pasaba sus manos frías por su cuerpo que estaba cada vez más caliente y sudoroso. No podía decir que no la acariciaba; lo hacía, sobre todo cuando le quitó el camisón de su cuerpo, sonriendo cuando a ella apenas le importó estar desnuda delante de él, como si le fuera normal ser admirada por un hombre.

Reparó en la herida vendada y no pudo evitar querer cerciorarse de si estaba bien, pero Millie estaba concentrada en todo menos en un dolor del pasado y, en ese momento, totalmente irrelevante.

—¿Es doloroso?

—Depende de la mujer —admitió Kylian, acariciando su abdomen con un par de dedos— y qué tan amable sea el hombre.

—¿Lo serás?

Kylian levantó su grisácea mirada.

—Naturalmente.

—¿Puedo confiar en ti?

—¿En esto? —elevó una ceja juguetona—. Por supuesto que sí.

—Me siento ansiosa.

—Sí, supongo que es normal en ti querer adelantarte.

Ella sonrió.

—Y a ti en tomarte todo el tiempo del mundo.

—Te aseguro que en esto lo agradecerás.

—De acuerdo —se encogió de hombros—. He terminado de explorarte; ahora puedo dejarte hacer lo que quieras.

—¿Sin quejas?

—Ni una sola —simuló sellar sus labios.

—Perfecto.

Ella soltó un graznido muy poco femenino cuando él giró la situación, posándola sobre la cama con una sonrisa que la hizo sentir un escalofrío por todo su cuerpo. Estaban tan cerca, que ella podía sentir su respiración contra su rostro. Millie levantó sus manos hasta tocar las mejillas con su característica barba incipiente, atrayéndolo hasta sus labios que reclamaron los de él con intensidad.

Millie había dejado de pensar hacía tiempo; estaba perdida en todo y en nada. Sus sentidos se intensificaron a un punto convulso cada vez que los labios de Kylian vagaban por lugares

inesperados para ella. Sonreía porque le gustaba; no había nada que estuviera haciendo que le causara conflicto. Al contrario, la hacía sentir más ansiosa; deseaba más y más de él.

—Kylian —se sentó en la cama y le tomó el rostro cuando comprendió que estaban a punto de dar el paso sin retorno—. Sin hijos, ¿de acuerdo? No quiero hijos.

—Tranquila —asintió—, no los habrá.

—¿Seguro?

—Sé controlarme, Millie, confía en mí.

Ella asintió un par de veces, reacomodándose sobre la cama sin perderlo de vista en el proceso que hacía para culminar con el acto del que tanto le habían hablado sus conocidas.

Siempre tuvo curiosidad al respecto, ¿por qué la gente se volvía loca con el tema? ¿Por qué originaba pecado y búsqueda continua?

Lo comprendió muy rápido.

Era una experiencia que no tenía igual; fue entonces cuando Millie supo que no había retorno, pero no era porque acabara de perder su virginidad o pureza, sino porque se veía incapaz de dejar de lado la fascinación que tuvo por las sensaciones abrumadoras que atentaban contra toda razón.

Se consideraba buena con las palabras, pero para lo que pasaba dentro de ella no tenía ninguna. Era una revoltura fascinante que no pensaba resolver, porque no tenía caso hacerlo; se debía fluir y Millie era experta en ello. De Valois era dulce, paciente y amable en cada uno de sus movimientos, de sus besos o caricias; mientras que ella era llama incontenible, acababa de abrir los ojos después de años de completa ceguera y no pensaba volver a colocarse la venda.

Le agradó que su cuerpo fuera quien dominara la situación; se permitía gemir, arquearse y temblar, porque era lo que requería para seguir apreciando con profundidad cada deleitante sensación.

Era asombroso, simplemente asombroso, sobre todo cuando perdió la razón, cuando el flujo de su cuerpo se conjugó con el de él, quien se apartó inesperadamente cuando ella lo necesitaba tan cerca. Fue extraño el abandono, pero lo ignoró cuando el placer la superó y de pronto ni siquiera le importó.

Cerró los ojos ante la perfección del momento, ante el sentimiento de plenitud y, sin darse

cuenta, se quedó dormida, perdiendo todo control de su cuerpo que cedió ante la extenuación.

Kylian no pudo evitar negar con una sonrisa, porque apenas podía creer que esa mujer se atreviera a dejarlo en la deriva sin siquiera permitirle robar un beso a sus labios después de tal agitación.

Cumplió, no engendraría ningún hijo suyo, pero se dio cuenta de la extraña sensación de añoranza en cuanto abandonó su cuerpo, por lo cual puso un inmediato remedio. Quizá el cansancio la venció, pero él se permitiría el lujo de abrazarla, de cuidar de ella después de compartir un momento tan íntimo. Creía que era lo que se debía hacer cuando se respetaba a una mujer y él lo hacía, realmente lo hacía.

Sonrió.

Su locura era solo comparable con la de él; había perdido la razón al tomarla de esa forma, al quitar la candidez de su cuerpo, porque creía que no había mente más pervertida que la de ella; pero al mismo tiempo, le alegraba haber sido él, sobre todo en el peligro en el que estaba. No sabía los planes de Perret, pero si acaso se atrevía a tocar a esa mujer de una forma…

Ni siquiera podía pensarlo.

Se le retorcía el estómago de pensar en las razones por las cuales ella despertó gritando de esa manera. Claramente, no había sido abusada al punto de una intromisión a su cuerpo, pero pudieron tocarla o incomodarla de otras muchas formas.

Bajó la mano hasta la venda que en todo momento cuidó no tocar y la acarició con ligereza, notando una inmediata tensión en el cuerpo que abrazaba con tal cuidado.

—No te harán daño —susurró—. A ti no.

Le importaba poco lo que tuviera que hacer para protegerla; aunque sabía que la ponía en peligro ese nuevo acercamiento, no se veía capaz de detenerse a menos que ella se lo pidiera explícitamente. Fue por eso que lo juró: no permitiría que le pasara lo mismo que a Fleur, incluso si tenía que matar a Perret para lograrlo.

Nunca había dudado en matar a alguien que se lo merecía, pero reconocía que con su viejo amigo fue difícil, pero no más, nunca más.

21 PROVOCADOR

Millie despertó alterada por quinta noche consecutiva. Para ese momento no le hacía falta tratar de recordar el sueño que la llevaba a su agitada respiración y al sudor que recorría su cuerpo, incomodándola lo suficiente como para tratar de levantarse de la cama, aunque le resultó imposible gracias a que Kylian la mantenía aprisionada entre sus brazos, como cada noche desde que decidieron comenzar con ese tipo de relación.

Sonrió.

Tenía el sueño tan pesado que le podrían caminar por encima y él no lo notaría; de hecho, no era normal que se despertara incluso si gritaba o se levantaba de la cama, lo cual quería decir que la vez pasada fue una suerte que llegara, quizá porque seguía despierto y por eso fue capaz de escucharla.

Lo miró por un largo momento, reajustando su posición entre sus brazos de tal forma que quedaran uno frente al otro, muy cerca, cada vez más cerca de los labios de los que solía abusar en todo momento; había descubierto que el acto como tal le era tan desquiciante y embriagador que se convirtió en la primera adicción de su vida.

No había noche en la que no se reclamaran el uno al otro; incluso se avergonzaba al decir que hubo varias mañanas, tardes y momentos al azar en los que no pudieron evitar dejarlo todo para estar juntos. Era tan abrumador no poder pensar en otra cosa, que Millie decidió que la solución era atender su necesidad en cuanto se presentara para poder continuar con su día.

—¿Qué sucede? —suspiró Kylian cuando fue consciente de que ella lo estaba besando—. ¿Tuviste una pesadilla?

—Sí —suspiró, introduciendo su pierna sana entre las de él—. Es lo mismo de cada noche, por eso no te desperté.

—Debes hacerlo, fue en lo que quedamos.

—Te dije que no es necesario —cerró los ojos, enterrándose en su pecho que era cada vez más cómodo para ella.

—¿Es otra vez lo de ese día?

—Siempre lo mismo; creo que mi cerebro quiere recordarme algo importante, pero no logro saber qué es.

—¿Te preocupa algo además de eso?

—Claro —acarició su pecho—. Me preocupa que no encontremos a Renata, también que Lefevre siga en el hospital y, bueno, no descartemos el hecho de que estoy marcada para morir.

Kylian sonrió, porque ella lo decía con un tono de broma que se entremezclaba con la verdadera preocupación.

—Lefevre está bien, tu hermano le está haciendo compañía —le recordó—. Con lo referente a tu prima… no sé qué pensar.

—Temo encontrarme con la noticia de que es la siguiente mujer tirada en la calle —negó con los ojos cerrados—. No soy muy cercana a ella, pero por supuesto no le deseo la muerte.

—Seguro que está bien; me dijiste que es de la clase de mujer que no se sabe estar quieta, sobre todo si su esposo está cerca.

—Lo sé —cerró los ojos—, pero algo no está bien.

—¿Qué es lo que recuerdas del sueño? ¿Qué revives?

—La conversación se repite una y otra vez en mi cabeza; después, vuelvo al dolor que sentí cuando colocaron el anillo sobre mi piel.

Kylian permaneció callado por un largo momento.

—Esa conversación no tiene sentido alguno, ¿crees que haya influido el hecho de que estabas drogada?

—No lo sé —asintió—. En todo caso, no es lo importante saber si lo que decían era cierto o no, sino quién lo decía.

—Supongo, pero no puedes…

—¡Kylian! —Millie se sentó de golpe, con los ojos muy abiertos y sin importarle el hecho de que las sábanas dejaron de cubrirla del frío—. Oh, Kylian, era tan obvio que hasta me siento

estúpida.

—¿De qué hablas? —se levantó, envolviéndola con una manta.

—Estuvo frente a nuestros ojos todo el tiempo y no logramos verlo —lo miró—. ¿Quién es la única persona cercana a ustedes que no ha estado presente en todo este tiempo?

El hombre frunció el ceño enseguida.

—¿De qué hablas?

—¡Ivette! —dijo, obvia—. ¿Dónde está ella?

—Tenía entendido que salió de la capital para cazar una noticia.

—¿Y lo crees? —entrecerró los ojos—. La única que podía informarle a Perret sobre sus pasos a tomar era ella, por eso no lograban capturarlo, ¿cómo hacerlo si tenía un informante?

—Jamás lo haría —negó Kylian con determinación—. Ella sabe lo que ha hecho; le horroriza tanto como a nosotros.

—Sé que ha de ser impactante para ti, pero tiene lógica —. Kylian negó con rotundidad—. Dime, ¿por qué no estaría ahí cuando se enteró de que Lefevre estaba en el hospital? ¿Por qué no ha estado en todo este tiempo? No olvidemos el hecho de que se cambiaban los números en la contabilidad poniendo fechas que recordaran a Fleur, ¿quién sino ella pudo hacerlo?

—No lo creo, ella sabe lo que hemos sufrido…

—Creo que la quería demasiado, al igual que todos —dijo con cuidado—, por eso no desea que nada cambie; si acaso ustedes continúan con sus vidas, su amistad se pierde; pero mientras quieran atrapar a Perret y esa sea su prioridad, no tendrán tiempo para otra cosa y la unidad prevalece. Es la razón por la que me quiere matarme.

—Ella jamás le haría daño a Lefevre.

—Quizá no era su plan —se encogió de hombros—, pudo salírsele de las manos, pero lo lastimó para dejarlo incapacitado de continuar con su vida con… con quien le plazca.

Kylian levantó la mirada, comprendiendo que era más avispada de lo que pensaba, porque dejó al aire aquello que ni siquiera él se atrevía a mencionar en voz alta por miedo a enfurecer a Lefevre.

—No puedo creerlo.

—No quieres —corrigió.

—Es verdad —la miró con dureza—, no quiero.

—Tienes que afrontar la posibilidad —le tomó la mano con delicadeza—. Escucha, de esa forma tiene sentido la conversación que escuché, ¿no es cierto?

Kylian cerró los ojos; no quería seguir con el tema, pero sabía que ella no se detendría y quizá él necesitaba escucharlo.

—Repítelo.

—Decía que no era el plan lastimarlos a ustedes, a Lefevre y a ti, que lo acordado era eliminarme a mí de forma rápida para quitarme del camino, pero no a costa de tu vida.

—¿Y luego?

—La voz decía que se tenían que hacer sacrificios de vez en cuando para lograr lo que se quería.

—¿Era otra voz femenina?

—No lo sé con certeza, esa voz susurraba más. Pero aseguraba que se lo merecían y que no podían creer que sus gustos fueran tan malos, refiriéndose a Lefevre y a ti, por supuesto.

—Así que pretenden que vivamos en una persecución sin fin.

—Eso parece.

—Pues se acabó —Kylian apartó las sábanas, saliendo de la cama en completa desnudez—. Anda, vámonos.

—¿A dónde?

—Pensé que querrías ver a Ivette en persona.

—¿Crees que siga en su casa?

—Lo estará; si es cierto lo que dices, no podrá con la culpa de habernos herido, sobre todo de haber mandado a Lefevre al hospital.

Millie no cuestionó más y se puso en pie para vestirse y, mientras lo hacía, observaba de reojo a Kylian. Sus movimientos eran rápidos y, en ocasiones, se equivocaba por la presura, lo cual lo hacía blasfemar al tener que comenzar de nuevo; le pasó en más de una ocasión al abotonar su camisa, llegando al punto en el que se la quitó y la tiró al suelo con desesperación y

desdén.

—Tranquilo, Kylian. —Millie se agachó y levantó la camisa—. Vamos, lo haré yo por esta única ocasión.

—Si es verdad lo que sospechas… —Negó—. No sé qué haré.

—Le sacarás información —dijo tranquila, abotonando la camisa con habilidad y rapidez—. Eso es lo que tienes que hacer.

—Quiero matarla.

—Lo sé —sonrió de lado, enfocada en su tarea, tratando de no distraerse demasiado en tocarlo—, pero no lo harás, no puedes.

—¿Por qué siempre piensas que no podré?

—Porque —lo miró— ellos son tus amigos.

—Ya no. No puedo ser amigo de monstruos.

—Todos tenemos un monstruo dentro de nosotros, Kylian algunos lo sabemos controlar, pero al final siempre está —le acomodó el cuello y se tomó de ahí para enfocarlo en ella—. Necesitan de tu ayuda, no de tu odio.

—¿Olvidas que fueron ellos los que te lastimaron? —elevó una ceja—. ¿Los que pretenden matarte?

—Eso lo sé y es cosa mía lo que quiera hacer —aseguró—, pero a ti no te importo yo, así que concéntrate en ellos.

—No estarán pensando eso —recorrió su rostro—, sabrán lo que pasa entre nosotros y te aseguro que no les gustará.

—Quizá no, pero solo soy otra de tus mujeres —rodó los ojos—, tan simple como que les digas que es una aventura conveniente.

—¿Otra de mis mujeres? —frunció el ceño—. ¿Qué demonios piensas de mí? ¿Crees que tenía el tiempo para ir de falda en falda?

—Oh, por favor, Kylian —le colocó una mano en el pecho y se alejó—. ¿Por qué todos los hombres tienen la tendencia a querer engañar con este tema en específico? Entérense: somos listas, sabemos lo que ocurre entre sus piernas.

—Tú no lo sabías hasta hace poco.

—Pero lo imaginaba —lo apuntó alegre.

—Claro —se acercó para tomarla de la cintura—. ¿Quieres que te siga enseñando? Porque con gusto puedo hacerlo.

—Tranquilo, casanova —le empujó el rostro—, por el momento lo único que quiero es llegar a Ivette antes que alguien más lo haga.

—¿Sigues preocupada por tu prima?

—No tanto como debería; la realidad es que sé que está bien.

—Confiemos en ello.

Salieron del hogar de Kylian en medio de la noche; no sabían la razón, pero parecía ser que cada vez que se les ocurría algo, la noche estaba en lo alto, como si todo conspirara para que su vida fuera un misterio, incluyendo su reciente relación.

A ninguno parecía molestarle; por el contrario, preferían seguir en el secretismo, porque lo sentían más íntimo sin gente entrometiéndose donde no les correspondía. La realidad era que ninguno sabía hacia dónde se dirigían en cuanto a su vida juntos; solo se dedicaban a disfrutar del momento tanto como les era posible.

Gustaban de la confianza que se tenían; la forma en la que parecían comprenderse a pesar de que no tenían mucho tiempo de conocerse era como si hubiesen estado destinados a encontrarse, pero no sabían si duraría por siempre. Lo más probable era que no.

—Kylian —ella se giró hacia él en el automóvil mientras manejaba—. ¿Qué pasará cuando todo termine?

—¿De qué hablas?

—Creo que nos estamos acercando a la resolución del conflicto —dijo con seguridad—. Una vez que lo hagamos, ¿qué harás?

El caballero se removió en su lugar, decidiendo no mirarla para enfocar su atención en el paisaje oscuro que podía disfrutar con libertad al no tener la responsabilidad de conducir.

—Nunca lo he pensado, supongo.

—Pero… Debes tener algún plan, ¿no es cierto?

—La realidad es que no —suspiró—. Aunque siempre me gustó viajar; supongo que, de ser libre de la responsabilidad, volvería a ello.

—He de suponer que tienes el suficiente dinero como para hacerlo —sonrió de lado, mirándolo de soslayo.

—No necesito de mucho para vivir —sinceró—. Además, tengo buen ojo para las inversiones y Lefevre sabe cuidar de los negocios, por no decir que los hace prosperar.

—Hacen una buena mancuerna.

—Sí, tengo suerte de que él quiera quedarse y establecerse.

—¿No te entristece?

—¿Que sea feliz? —sonrió de lado—. Para nada.

—Supongo que ambos comenzarán un nuevo capítulo de su vida.

—Creo que te estás adelantando demasiado, Lady Mimos; primero debemos terminar con esta situación.

—Eso es algo que sucederá eventualmente —dijo tranquila.

—¿Por qué preguntas?

—Simple curiosidad.

Y era verdad; pero muy en el fondo, ella quería conocer el futuro de los demás para poder trazar el suyo. Lefevre le quitó la ilusión de ser reportera y, en cierta forma, le daba la razón, no era capaz de mantener su boca cerrada y eso era problemático, sobre todo cuando se hablaba de exclusivas; pero le gustaba el misterio, la aventura, sentir su corazón latiendo con fuerza, aprender cosas nuevas que resultaran alucinantes para quien la escuchara hablando sobre ellas; sí, eso era lo que quería, deseaba crear historias que el mundo guardara en sus corazones.

No tenía madera de escritora de libros, pero quizá si le daban una oportunidad en el periódico, lograría tocar los corazones del mundo de una forma diferente, con artículos interesantes e intrigantes que hicieran que otras personas desearan explorar el mundo.

—¿Qué piensas?

—En lo que haré yo.

—Pensé que te empecinarías con Lefevre en el periódico.

—No creo que sea capaz de seguir en casos policiacos o de chismes, soy demasiado bocazas, pero encontraré la manera de transmitir mis pasiones al mundo.

—Seguro que sí, pero para eso tienes que irte de aquí.

—Lo sé —apretó los labios—. Es lo primero que haré.

—¿A dónde irías primero?

—Oh, no lo sé —sonrió ilusionada—, tengo tantas ganas de comerme el mundo de un bocado, que creo que nunca regresaría.

—Sería una vida agitada.

—Es lo que pretendo. Quiero ser libre, sin ninguna atadura.

—Así que de ahí viene la insistencia de no tener niños.

—Bueno, sí —sonrió—. Aunque lo considero inteligente, porque qué inconveniente sería que nosotros tuviéramos un hijo, ¿no crees?

—Lo creo… ¡Ey! Era por allá.

—Agh, demonios, siempre me equivoco en esta calle.

—Debiste dejarme conducir.

—Ni loca.

Kylian sabía que mientras utilizaran ese automóvil, Millie no permitiría algo diferente y no le molestaba. Jamás le gustó manejar; había tenido varios accidentes gracias a su falta de habilidad al volante, lo cual debería ser una vergüenza porque conocía a varios caballeros que incluso corrían autos, pero él lo tuvo estrictamente prohibido por Lefevre desde que se enteró de que existían, porque de intentarlo, De Valois estaría más que muerto.

Cuando Millie logró encontrar su camino de regreso a la propiedad de Ivette, ambos bajaron con aquella mirada determinada de quien sabía que podría verse envuelto en una pelea o una persecución, porque si Ivette estaba tan arrepentida como ambos pensaban, lo que haría sería poner resistencia.

—Ve por adelante —ordenó Kylian—, yo voy por detrás.

—De acuerdo —asintió Millie—. Recuerda no matarla.

—No te maté a ti cuando arruinaste mis planes, no la mataré a ella cuando sé que tiene tanta

información.

—Casi lo hiciste, de no ser por Lefevre…

—Jamás te habría matado; deja el dramatismo de lado.

—¿Tenía información relevante?

—No, tú eras lo importante.

—Así que desde el principio supusiste que me querrían matar.

—Te lo dije, eres parecida a ella.

—Claro, claro.

Se mandaron un par de señales silenciosas antes de irrumpir en la casa con una facilidad que asustaba, porque no había traba alguna, ni por cerraduras ni por otros seres humanos. Ivette vivía en una propiedad más grande de lo que una sola persona necesitaba, lo cual era obvio, porque si Ivette era la persona aliada con Perret, necesitaría de más habitaciones para recibirlo.

Millie tenía la pistola en mano, esperaba no tener que disparar, pero lo haría si era necesario salvar su cuello; fue por ese motivo que no dudó en levantar el arma contra la presencia que de pronto apareció cercana a ella, obteniendo el mismo recibimiento.

—¿Qué haces? —se quejó Kylian.

—Lo mismo que tú —bajó el arma—. ¿No has visto nada?

—Nada.

La casa estaba en una total oscuridad que delataba la ausencia de seres vivos que no fueran ratas e insectos. No parecía ser el hogar de nadie desde hacía algún tiempo y sopesaron la terrible sensación de haber llegado tarde para capturar a un testigo o sospechoso.

—Kylian…

—¡Sshh! —tapó su boca con una mano—. ¿Escuchas eso?

Ella frunció el ceño y aventó su brazo con molestia.

—Me correrá el labial.

—¿Para qué te pones esa cosa?

—Se me resecan los labios en invierno, ¿es que no sabes nada de mujeres? —se quejó ofendida.

—Ah, con que a eso debo que tus labios parezcan lijas.

—No te preocupes, has perdido el honor de tenerlos —dijo molesta—. Ahora, ¿podrías concentrarte?

—¿Perdí el honor de ser lijado?

—Te mataré.

Ella levantó la mano para golpear la linda sonrisa que él enmarcaba en sus labios; pero antes de que pudiera hacerlo, las luces del lugar se encendieron, descolocándolos lo suficiente como para olvidarse de ellos y apuntar cada uno hacia un lado del pasillo.

—Linda parejita la vuestra.

—¿Ha dicho *vuestra*? —se burló Millie.

Kylian no contestó, porque miraba directamente a la persona que bajaba las escaleras con una apariencia fantasmal y descuidada.

—Ivette, creo que necesito una explicación.

Ella miró a su amigo por un largo momento para después dirigirse hacia Millie, quien la apuntaba sin duda en su mirada.

—Tardaste demasiado en darte cuenta —le dijo a la joven.

—Lo siento, los traumas no son fáciles de superar.

—Ah, pero tengo entendido que lo hacías muy bien en los brazos de Kylian —elevó una ceja —. ¿Me equivoco?

—No lo haces —dijo tranquila—. ¿Nos espiabas por la ventana?

—Claro que no.

—Es una lástima, me hubiera gustado que alguien me dijera si soy demasiado ruidosa o me muevo torpemente.

—Yo puedo decirte eso —dijo Kylian.

—Tú no —se quejó.

—¿Por qué hiciste algo así, Kylian? —negó Ivette—. Rompiste las reglas del juego, ahora se ha salido de control.

—¿Cuándo ha estado bajo control? —negó Kylian—. Además, jamás pretendí jugar a nada,

lo que Lefevre y yo queremos es que esto se acabe para poder seguir con nuestras vidas.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Qué esperaban? —negó, fastidiado—. No podemos seguir unidos como muéganos como cuando éramos niños; hemos crecido y madurado, cada uno tiene derecho a hacer su vida.

—Parece que los únicos que han podido rehacerla son ustedes.

—¿Crees que esto es una vida? —apuntó hacia el suelo—. Vamos, Ivette, incluso tú sabes que acostarse con una mujer de cuando en cuando no es lo que se dice “felicidad”, es solo placer.

Ivette soltó una risilla hiriente en dirección a Millie.

—¿Te complace ser el juguete de un hombre?

—Considero que él es mi juguete —dijo tranquila—, para él soy la mujer en la que libera sus pasiones.

—Eres tan poca cosa, te conformas con nada.

—No necesito nada más —admitió—. Además, no se los estoy quitando; yo me iré y él se irá, ninguno está enamorado del otro.

—¿Lo dices en serio? —Ivette dirigió una mirada hacia Kylian, quien permanecía impasible en su lugar—. Mmm, para uno de los lados es cierto, pero para el otro no.

—No está enamorado de mí —aseguró Millie.

—Eso lo sé.

Fue entonces cuando Millie frunció el ceño; no estaba entendiendo nada. ¿Acaso decía que la enamorada era ella? ¡Vaya pamplina! No sentía nada además de atracción por él.

—En todo caso —se adelantó Kylian—. ¿Por qué lo hiciste?

Ivette negó, aguantando el puchero que acompañaba al llanto.

—Me prometió que no les haría daño —mordió sus labios—. Me aseguró que tanto Lefevre como tú estarían a salvo.

—Pues ya ves, uno está en el hospital y yo tengo una nueva herida.

—Es intransigente, no me puedes decir que no lo sabes.

—Claro que lo sé.

—Queríamos estar juntos, ¿es tan malo querer que la familia se quede unida después de

tantas tragedias y separaciones?

—Han logrado justo lo contrario —aleccionó Kylian—. Dime dónde lo escondes. ¿Qué es lo que pretenden?

—No está aquí si es lo que piensas.

—Bien, dime dónde.

—Lo siento —negó, aferrándose del barandal—, no puedo.

—Así que no lo pretendes traicionar a él, pero a Lefevre y a mí sí —negó ofendido—. Estás perdiendo a dos personas por una.

—Te equivocas.

—¿Lo hago?

—Nos perdimos desde que eso pasó.

—¡Basta de tonterías! —gritó de pronto, haciendo saltar a Millie a su lado, quien le dirigió una mirada refunfuña—. Vendrás conmigo en este momento y me indicarás dónde encontrarlo.

Kylian apenas se adelantó un paso hacia Ivette, cuando de pronto escuchó el sonido de asfixia de parte de Millie, quien se vio atrapada por un fuerte brazo que le rodeaba el cuello sin cuidado, obligándola a dar pasos hacia atrás para alejarse de la furia de Kylian.

—¿Me buscabas, De Valois?

—Suéltala, Perret —pidió con una voz mortalmente fría.

—¿Por qué? —sonrió—. ¿Te molesta que me adelante a su destino? Está marcada, ¿ya lo has olvidado?

—No por tu anillo —hizo hincapié—. ¿De quién es?

—Bueno, no era justo que dejáramos amistades afuera —miró hacia Ivette, quien trató de dibujar una sonrisa, pero se veía aterrada.

De Valois comprendió enseguida.

—Así que es eso, ¿desde cuándo mantienen comunicación?

—A diferencia de ustedes, nunca la perdimos.

—Esa es la razón por la cual llevas impune tanto tiempo.

—¿No quieres admitir que tengo una inteligencia superior? —sonrió—. Bueno, qué se le va a

hacer, siempre has sido orgulloso al respecto; te has creído el más listo por mucho tiempo.

—Jamás he dicho eso, siempre he pensado que ese título le corresponde a Lefevre y a nadie más.

—Nah, Clifton es bueno con los números, administrando, pero no es avispado en el mundo, tiene demasiados conflictos a resolver en su cabeza como para poder seguirle el paso a alguien más.

—¿Qué es lo que quieres, Perret? Me tienes justo frente a ti y aun así decides ir por las ramas y tomarla a ella.

—Oh, no quieras fingir frente a mí, sé que esto te altera —. Apretó el cuello de Millie, haciéndola toser—. Nunca te ha gustado ver a una mujer en problemas; eres dado a ser el caballero de blanca armadura.

—No metas a gente sin importancia en nuestros duelos.

—Uy, eso debe doler, ¿no es cierto, princesa?

—Aleja tu asqueroso aliento de mí —protestó la joven atrapada.

—Oh —se echó a reír—. Pero si de esto es de lo que hablaba Lefevre cuando mencionó tu lengua; realmente te mete en problemas con las personas que te rodean, ¿no es cierto?

—De acuerdo, Perret, la tienes; supongo que es para tu ritual de luna nueva, pero no va de acuerdo al plan —. De Valois parecía muy tranquilo, pero la realidad era que estaba ansioso y Perret lo olía—. Ese día matas a mujeres semejantes a Fleur; esta mujer dista de ello.

—¿En serio? —Ladeó la cabeza con sorna—. Al contrario, no había encontrado a alguien que se le pareciera tanto en espíritu; ¿no es por eso que logró conquistarte?

La seriedad dominó el rostro varonil de Kylian, quien decidió que lo mejor sería no darle armas a Perret para atacar a Millie.

—De acuerdo, ¿qué pasará ahora?

—¿Pasar? —rio—. No pasará nada, aquí se termina el camino.

—¿Eso quiere decir que quieres matarla únicamente porque se parece a Fleur… o porque me gusta a mí?

Millie frunció el ceño hacia De Valois, sin comprender del todo a lo que se refería con lo

último; pero tal parecía que había dado en el clavo, porque la tensión en el brazo de Perret parecía intensificarse, y no porque quisiera hacerle daño, sino porque no pudo evitarlo.

—¿De qué hablas?

—Siempre te ha gustado lo que es mío, ¿no es cierto?

Ivette bajó el resto de las escaleras y se colocó entre ellos, levantando los brazos para que no dieran un paso que los acercara.

—Basta, los dos, esto no es bueno para ninguno.

—¿Por qué no? —sonrió De Valois—. ¿Crees en serio que no lo sabía, Perret? ¿Me crees tan idiota?

—¿Y qué se supone que sabes?

—El hecho de que te gustaba Fleur a pesar de que estaba conmigo. —Elevó una ceja—. Siempre lo supe; ella me lo dijo.

—No te creo, jamás lo diría.

—Pues lo hizo; en realidad, la hacías sentir incómoda.

—Eso… no es verdad.

—Claro que lo es.

—¡Mientes! —gritó enfurecido, aventando a Millie con tal fuerza contra un mueble, que la dejó aturdida, casi desmayada—. ¡Ella jamás diría que se sentía incómoda porque se acostaba conmigo!

De Valois abrió los ojos, primero con impresión, para después fruncir el ceño hasta deformar su rostro mientras sentía cómo se tensaba su cuerpo hasta que de pronto se desató como un mal que Ivette no fue capaz de contener, porque prácticamente fue echada a un lado por Kylian al momento de querer alcanzar a Perret, quien de pronto supo que cometió un error.

—¡No! —gritó Ivette con desesperación—. ¡Deténganse! ¡Todo fue un error, un malentendido! ¡Que se detengan!

Millie comenzó a recuperarse del golpe; se levantaba lentamente con ayuda del mismo mueble que le causó el dolor. No dudaría que tuviera algo quebrado, pero había un problema mayor que haber sido lanzada con brutalidad contra un mueble: Kylian estaba trenzado en una

pelea interminable con un peligroso asesino.

—Kylian… —Le costaba articular—: Detente.

—No te acerques —recomendó Ivette—, te harán daño.

—¿Ahora resulta que te importa? —acusó con molestia.

Millie rebuscó entre sus ropas y recuperó su pistola, pero estaba tan mareada que era incapaz de apuntar correctamente, de disparar; corría el riesgo de fallar, hiriendo a Kylian por error.

—¡No!

Ivette movió el brazo que apuntaba hacia sus amigos, ocasionando que el arma se disparara hacia el techo, pero eso no evitó que los hombres siguieran golpeándose.

—¿Qué haces? —forcejeó Millie.

—No permitiré que les hagas daño.

De Valois, al notar la problemática que se desarrollaba cerca de él, decidió dejar de lado a Perret, quien también se soltó para tomar a Millie, aunque en esa ocasión no lo hizo para dañarla, simplemente la estaba separando del otro cuerpo.

—Contrólate —pidió; pero tenerlo cerca provocó terror en ella.

—¡No! ¡Suéltame!

—Millie —De Valois habló frente a ella, con Ivette tomada en sus brazos—. Cálmate, estoy aquí.

—Eso no hace ninguna diferencia; él quiere matarme.

—Cállate —gritó Perret, aventándola al suelo de nuevo, logrando hacer que tirara el arma.

—¡No!

Millie trató de arrastrarse hacia su única protección, pero fue demasiado tarde, porque ya estaba en el poder de Perret.

—Ni se te ocurra, Perret. —De Valois soltó a Ivette—. Mira, realmente no me importa lo que digas que hiciste con Fleur, fue hace años; pero si lo que quieres es vengarte, entonces apúntame a mí, estoy justo aquí, no tomes distractores.

—¡Farris! —gritó Ivette—. Lo prometiste, sabes que no puedes.

—¿No puedo? —sonrió Farris Perret—. Claro que puedo. Este bastardo piensa que estoy

mintiendo, ¿pero te digo algo, De Valois? Fleur jamás te quiso, le gustaba tu dinero, pero de ahí en más, al que amó siempre fue a mí, me lo dijo.

Millie levantó la cabeza solo para ver el dolor en la mirada de Kylian; debía ser duro escuchar algo así, aunque esperaba que entendiera que eran las palabras de un hombre desesperado que parecía estar obsesionado con una mujer, llegando al punto de matar a otras muchas con tal de rememorar su rostro.

—De acuerdo, entonces así fue —aceptó sin dudar—. Yo fui el idiota que creyó en su mentira todo el tiempo.

—¡No seas condescendiente! —sonrió, pero parecía aún más molesto que antes y apuntó a Millie—. Jamás te habrías humillado ante mí de esta forma de no ser por ella, ¿no es cierto?

—¿Qué es lo que quieres que te diga? —inquirió De Valois, levantando las manos para tratar de detenerlo—. ¿Quieres que luche por el amor de una muerta? ¿Para qué? Fue tuya, nunca mía.

—Es verdad, jamás llegaste a tocarla, porque la respetabas demasiado como para hacerlo —rio—. ¡Quizá por eso se hartó de ti! El que fueras un caballero de los Valois terminó por aburrirla.

—Sí, seguro que así fue.

—¡Deja de darme la razón! —gritó de nuevo; su mano temblaba al momento de apuntar a Millie—. Eres tan predecible, De Valois, que casi me da risa lo fácil que resulta manipularte.

—Bien, entiendo, quieres lastimarme por aceptar que Fleur entrara a ese horrible lugar; ansias que sufra lo mismo que tú sufriste al perder a tu amante, ¿no es cierto?

—Sí, es lo que más deseo.

—De acuerdo, pero ella no es la persona a la que amo, es con la que me acuesto de momento, como tantas otras en el pasado.

—No es verdad. Te conozco, De Valois, aunque quieras ocultarlo, esta mujer es diferente para ti.

—Yo la hice creer eso —asintió—, porque sabía que captó tu atención desde el momento en el que la conociste. Descubrí que eras su Sombra casi desde el inicio, por eso me acerqué a ella.

—¿Por eso la metiste a tu cama? —se rio con sorna—. No desafíes mi inteligencia, porque es

mayor de lo que piensas.

—Deseaba saber qué tanto conocía del caso, quería alejarla de nosotros, pero cuando noté que era relevante para ti, decidí que lo mejor era engañarla para mantenerla cerca; sabía que pensarías justo esto, que yo tenía un interés especial por ella, pero no, no podría importarme menos lo que pase con ella.

—Entonces no te molestará que la mate.

—Hazlo si quieres.

Millie rodó los ojos en total desinterés por el intercambio de palabras y, sin decir una palabra o emitir una queja, pateó con fuerza a Perret por la parte de atrás de la rodilla, obligándolo a postrarse con un impulso que provocó un inesperado disparo que sacó la queja de alguien y prosiguió con otro en represalia.

Por un momento nadie supo qué fue lo que sucedió; todo parecía ser un caos entre gritos y llantos contenidos, pero más rápido de lo que le hubiera gustado, Millie comprendió que ella no estaba herida. Se salvó gracias a que De Valois logró hacerla a un lado justo a tiempo, recibiendo la primera bala al tiempo que también disparaba a Perret, quien era el otro que estaba tumbado en el suelo, tomando su pierna en un grito de dolor.

Era Ivette la que gritaba desconsolada, arrodillada junto a Perret que se doblaba de dolor sobre su pierna malherida. Millie, por su parte, estaba junto a De Valois, quien apenas se quejaba; mantenía la mirada sobre Perret. Había tanto odio en ellos, tanto rencor, que Millie sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

—Kylian —le tomó la cara para separar su mirada de aquello que le hacía hervir la sangre—. Escucha, estás herido, pero puedes ponerte en pie; tenemos que irnos de aquí, ¿me escuchas?

—No voy a dejar que escape.

—¡Para! ¡De Valois, para! —pidió una llorosa Ivette, quien contenía la hemorragia en la pierna de Perret.

Millie ladeó la cabeza ligeramente, comprendiendo entonces algo fundamental; la razón por la cual Ivette Dubois traicionó a sus amigos por un asesino descontrolado fue porque lo amaba.

—Kylian, mírame; por favor, mírame —le tomó el rostro nuevamente, ignorando su

resistencia—. Estás herido, hay sangre, ¿lo ves? Tengo que curarte ahora.

—Puedo sobrevivir a esto.

Apartó su brazo herido de la mano de Millie y se puso en pie con cierta dificultad, aunque menor a la de Perret, quien intentaba hacer lo mismo con ayuda de una llorosa Ivette.

—Paren, por favor… —Suplicaba.

—Ahora quieres matarme, ¿verdad, De Valois?

—Le disparaste —dijo despacio—, te dije que la dejaras fuera.

—La muy perra me golpeó, ¿o es que además de idiota te has quedado ciego? —presionó Perret, como si en verdad deseara morir.

—Basta, Farris, ¿qué no te das cuenta de tu situación? —suplicó Ivette, sosteniendo al debilitado del hombre.

—Esto acaba aquí y ahora.

De Valois levantó el arma, preparado para asesinar al hombre que había alterado la vida de todos los presentes; pero antes de que fuera capaz de hacerlo, los vidrios de las ventanas comenzaron a saltar por los aires al ser balaceados continuamente, obligándolos a agacharse para no ser heridos por una bala perdida.

—¡Kylian! —Millie se arrastraba por el suelo para llegar a él, quien le extendía su mano sana.

—Vamos —le gritó de regreso, observando al cuerpo tendido de Farris Perret, el cual era protegido por Ivette—. Salgamos de aquí; esta gente viene a ayudarlos a ellos, no a nosotros.

—Se tendrán que mover pronto —le dijo, arrastrándose igual que él para que las balas no les dieran por error—. Seguro que alguien llamó a la policía para estos momentos.

—No te levantes, continúa.

—¡Kylian, tu brazo está sangrando demasiado!

—¡Dije que siguieras! —le gritó al notar que volvía para tratar de ayudarlo—. ¡Anda, anda!

Millie escuchó los pasos presurosos que subían las escaleras del porche y se supo en verdaderos problemas cuando comprendió que no se trataba de una sola persona; eran varios los que venían al rescate de Perret e Ivette, lo cual era escalofriante, porque querría decir que había

más que un par de personas involucradas.

Se apresuró a salir, pero al notar que De Valois no la seguía, se volvió para encontrarlo tendido en el suelo, inconsciente.

—Agh, qué buen momento para mostrar debilidad —se quejó, regresando hacia él para tratar de jalarlo. Pero era demasiado tarde, los intrusos irrumpieron en el hogar como si se tratara de una invasión y arrasaron con todo, aunque no de la forma en la que Millie pensó, porque en cuanto los vio, se supo a salvo.

—Kylian. —Enfocó su completa atención en él—. Vamos, no hagas estas bromas, jamás podrías desmayarte por algo tan tonto.

—¿Millie?

—¡Aine! —suspiró aliviada—. Dime que Publio no es el único que sabría qué hacer con este costal de papas.

—He de suponer que se trata de ese tal De Valois.

—Así es —asintió, haciéndose a un lado para que su prima pudiera observar de cerca al hombre que yacía herido e inconsciente.

—Bueno, me alegra que sea él y no tú.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Nos convocaron —dijo tranquila, revisando la herida—. En realidad, tardaron bastante en darse por vencidos.

—Pensaba que el caso estaba bajo la jurisdicción de las Sombras.

—Así era, pero esto se ha tornado demasiado importante, no podemos permitir que estas personas sigan actuando a voluntad.

—¿Personas?

Aine levantó la mirada y sonrió.

—Al menos cuatro.

—¿Cuatro? —chilló la joven—. ¿Tienes ideas?

—Para eso los hemos capturado a ellos —señaló con la cabeza hacia las *águilas* que llevaban consigo a Perret e Ivette.

—Dudo que hablen con facilidad.

—¿Y tú por qué crees que me enviaron a mí? —elevó una ceja, haciendo un torniquete en el brazo de Kylian—. Soy el *águila* más despiadada que existe; no me tiento el corazón con nada ni nadie.

—A excepción de Harsen —sonrió Millie.

Su prima no se molestó; al contrario, dibujó una pequeña y apretada sonrisa que marcó un par de hoyuelos en sus mejillas.

—Es mi única debilidad: él y mis hijos.

—Lo sé —sonrió—. ¿Cómo están todos?

—Tan bien como podrías esperar de dos pillos. —Aine contestaba a las preguntas de su prima, pero estaba totalmente enfocada en el cuidado de Kylian—. En todo caso, debemos llevarlo al hospital; no parece ser grave, pero ha perdido mucha sangre.

—Parecía estar bien hace un momento.

—Basándome en su condición, puedo decir que tiene una buena constitución física, pero no para ser invulnerable a la pérdida de sangre —sonrió y le tocó el hombro—. Tranquila, todo estará bien; se repondrá rápido.

—No estaba preocupada.

—Claro —rodó los ojos—. En todo caso, necesito que me digas todo lo referente al caso; nos haremos cargo a partir de ahora.

—Dudo que él deje las cosas como están.

—En ese caso, te aconsejo que le digas que no interfiera.

—Aine, lleva persiguiendo a Perret desde hace más de un año; quiere ser él quien termine con todo esto.

—No está en sus manos —dijo terminante—, es incapaz de hacerlo, está demasiado involucrado para actuar fríamente; lo habrás comprobado en esta ocasión.

—Pero…

—Espero que tengas buenos dotes de convencimiento, porque es lo único que espero de ti en estos momentos.

—Aine, no puedes pedirle que haga algo así.

—Por eso lo harás tú.

Aine regresó con el resto de sus hombres para gritar órdenes y, en menos de quince minutos los estaban sacando a todos de la propiedad.

22 TERCO

De Valois abrió los ojos con pesadez; no sentía dolor, pero estaba extremadamente cansado. De hecho, ni siquiera sabía por qué estaba intentando despertar cuando era obvio que debería dormir más. Se quejó un poco al removerse en la cama, pero eso ocasionó que le apretaran la mano de forma ansiosa.

—¿Kylian?

Reconocía su voz, era Millie, pero quizá por esa razón deseaba tener los ojos cerrados; no quería enfrentarla todavía, pero al recordar que Perret estaba herido y que hubo un asedio por parte de personas desconocidas, no le quedó más remedio que enfocarla.

—¿Qué sucedió?

—¿Cómo te sientes? —le apretó la mano—. ¿Te duele algo?

—Estoy bien —se incorporó a pesar de las quejas que ella ponía—. ¿Dónde está Perret? ¿Qué fue lo que pasó?

—Tienes que relajarte, la herida no es tan grave, pero perdiste mucha sangre en el proceso —le tocó el rostro con cariño.

—Millie —apartó la mano de su rostro, pero no la dejó ir—, necesito que dejes de hablar de la tonta herida en mi brazo y me digas qué fue lo que ocurrió con Perret.

—Lo tiene mi prima.

—¿Renata Donovan?

—No —bajó la mirada—. Aine es una líder de las *águilas*.

—¿Qué? —se exaltó—. ¿Por qué se están metiendo en esto?

—Al parecer… —Mordió sus labios—. Lefevre los llamó.

—Eso no es verdad.

—Pero lo hizo, Aine me lo dijo.

De Valois intentó incorporarse, pero Millie lo detuvo con determinación. Estaba en el hospital, lo cual quería decir que Lefevre también debía estar ahí; era apremiante que hablara con él, porque ahora que las *águilas* estaban involucradas, no había manera de que ellos pudieran interferir, prácticamente estaban fuera.

—¿Dónde está él?

—En otra habitación.

—Cobarde, ¿pidió estar lejos de mí?

—Yo lo pedí.

—¿Por qué te metes?

—No lo sé, quizá porque sé que eres un completo idiota.

—Este idiota te salvó la vida.

—Por eso mismo lo hice —asintió—. No tiene caso que discutas con él; lo hizo por tu bien, sabe que esto supera tus fuerzas.

—¡Tenemos a Perret!

—Sí, pero Aine dice que son al menos cuatro de ellos.

—Además de Ivette, quien obviamente está enamorada de Perret, ¿quién más podría estar inmiscuido en un asunto como este?

—Kylian, ¿por qué no te calmas?

—¿Calmarme? —se soltó de sus manos—. No necesito de tu ayuda o compasión. Lo que quiero es que me dejes tranquilo para resolver mis problemas; no hace falta que estés cerca, por mí podrías morir y ni siquiera parpadearía en conmoción.

Millie cerró los ojos y respiró con tranquilidad un par de veces antes de mirarlo con toda seriedad.

—A veces puedes ser un completo idiota, De Valois —se puso en pie—. ¡Anda! Intenta persuadir a mi prima; te pateará el trasero.

Ella abandonó la habitación repleta de camillas; algunas estaban vacías y otras con dolientes, pero en ese instante De Valois se sintió completamente solo, más que nunca en su vida.

Cerró los ojos.

Era lo mejor, que ella se alejara de su lado la ponía a salvo; no era en lo que pensaba cuando le dijo esas cosas terribles, pero resultaba ser una buena justificación para la culpa que sentía creciendo en su interior como el moho de una casa.

—Fuiste bastante cruel.

—Maldito bastardo, ¿por qué los llamaste?

—Por lo que te acaba de decir ella —se acercó un lastimado Lefevre, quien seguía teniendo más vendas que piel—. Esto nos supera; desde hace tiempo lo sabía, pero tu empecinamiento evitaba que me moviera como mi cabeza me dictaba.

—Ahora ellos tienen a Perret.

—¿Qué más da? El caso ha salido de tus manos; ellos lo resolverán y darán una conclusión rápida, te lo aseguro.

—No lo entiendes, Perret dijo que Fleur y él…

Guardó silencio, porque no supo cómo decirle lo siguiente al hermano de la persona que aparentemente lo traicionó.

—Tenían una aventura, ¿no es cierto?

De Valois no era de la clase de personas que gustara mostrar sorpresa, pero en esa ocasión no pudo evitarlo.

—¿Lo sabías?

—No. Al menos, no con certeza, pero cuando nos enteramos del fallecimiento de mi hermana, sus reacciones no me parecieron normales, eran exageradas para alguien que la quería como a una madre —elevó una ceja—. Até cabos rápidamente, pero me avergoncé lo suficiente como para no decirte mis sospechas.

—¿Por qué razón, Lefevre? —se levantó con molestia, tomando su bata con su mano sana—. He luchado con un ideal ficticio por años; debiste decírmelo al menos para sosegarme.

—No podía, De Valois, es mi hermana.

Lo soltó, al menos entendía eso; además, Lefevre tenía una sospecha, no era razón para incriminar a su hermana muerta.

—Maldición.

—No debiste correrla de esa manera, prácticamente no ha descansado desde que esos hombres te trajeron aquí.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Mediodía al menos.

—Qué vergüenza, ha sido solo un roce de bala.

—La mujer *águila* dijo que la pérdida de sangre fue lo importante.

—Como sea, puedo salir ahora, me siento perfectamente.

Lefevre asintió, porque sabía que era verdad, incluso movía bastante bien su brazo dañado, aunque seguramente no podría disparar con él, lo cual era una desventaja para De Valois.

—¿Qué quieres hacer?

—Iré con la tal *águila*; quiero hablar en persona con Perret.

—Tienen a Ivette también.

—Era su secuaz —negó—. La tuvimos enfrente todo este tiempo, confiamos en ella y resulta que nos engañó intencionadamente.

—Siempre le gustó Perret, pero no creí que eso perdurara después de saber en lo que se convirtió.

—El amor es extraño en verdad.

—Estúpido diría yo.

De Valois levantó la mirada.

—No creo que sea verdad, escuché que el hermano de Lady Mimos viene a cuidar de ti con regularidad.

—¿De qué hablas?

—Vamos, Lefevre.

—Calla, De Valois —miró de un lado a otro—. Calla.

Kylian lo comprendió y asintió para reconfortarlo.

—Necesito mi ropa.

—Lo que necesitas es al doctor Anton para que te dé de alta.

—¿Ese maldito es quien me trató? —Lo buscó por la habitación, pero no había rastro—. Bien, será más fácil así.

—Lo dudo, a mí no me ha hecho ningún caso.

—Porque tú estás hecho puré, yo solo tengo un rasguño.

—¿Tienes que ser tan terco? ¿Por qué no le dejas esto a los profesionales? Las águilas lidiarán con todo y nos informarán.

—Me alegra saber que gastas tan bien mi dinero —lo miró—, pero soy de la clase de personas que resuelve sus problemas solo.

—Pagué con mi dinero —regresó—. Además, te pido que no lo hagas; es más, puedo llegar hasta a suplicarte.

—¿Por qué? —entrecerró los ojos—. ¿Qué es lo que sabes?

—Nada —aseguró—. Pero ya ha sido suficiente.

—Ahora menos que nunca puedo darte la razón.

Kylian salió de la sala de camillas en dirección a la recepción, encontrándose rápidamente con el doctor Anton, quien, por desgracia, no se encontraba solo, sino con una sonriente Millie, a quien intentó ignorar al momento de acercarse a su destino. .

—Necesito el alta del hospital —espetó al médico.

—Debería estar recostado, De Valois.

—Es innecesario, me encuentro en perfecto estado.

El médico le dirigió una rápida mirada a la joven con la que charlaba momentos antes y, para su sorpresa, la mujer apenas se había inmutado por la intromisión; al contrario, parecía esperar a que se desocupara para reanudar su plática con él.

—Si está usted seguro —el médico se inclinó de hombros y pidió a la enfermera tras el mostrador que le diera los papeles.

Mientras se resolvía ese proceso, Millie se concentró en hacer anotaciones en la libreta que siempre llevaba a la mano; parecía afanada en ello y poco interesada en Kylian, quien no hacía otra cosa más que observarla con intensidad.

—¿Qué quieres? —levantó la mirada.

—Nada, simplemente me interesa saber lo que escribes.

Millie cerró la libreta con brusquedad.

—¿Para qué?

—Sueles meterte en problemas y, por ende, a mí.

—Puedes tranquilizarte, De Valois, has dejado en claro que la sociedad ha terminado, así que hoy mismo vuelvo a casa con Phil.

—¿En serio? —sonrió de lado—. Qué afortunado soy.

—Así es —se encogió de hombros con una sonrisa antes de tomar el hombro del médico con sutileza—. Gracias por la información, doctor Anton, ha sido muy amable.

—Avíseme cualquier cambio con su prima.

—Me despido, resulta que tengo muchas cosas que hacer.

Millie dirigió una mirada victoriosa a De Valois, quien ahora se retorcía entre sus palabras anteriores, porque comprendió que la forma más sencilla de llegar a Perret era por medio de Millie, lo cual ella sabía y por eso mismo se burlaba de él, porque tendría que suplicarle antes de que ella aceptara ayudarle.

La airosa joven se dio vuelta, moviendo sus caderas de tal forma que Kylian imaginó que estaba bailando sobre su tumba si acaso hubiese muerto al intentar salvarla.

—Espera, Millie —. Trató de alcanzarla, pero ella se movió con rapidez, le sacó la lengua y prácticamente huyó—. Maldición.

—Tal parece que hizo un mal movimiento con ella.

—Desperté en mal momento.

—Seguro. —El doctor Anton le entregó los documentos—. En todo caso, se dirige a casa de su prima.

—Ni siquiera sé llegar.

—Claro que sí.

El médico sonrió amablemente y se marchó; le había dado las pistas necesarias para que entendiera, pero de no hacerlo, era mejor que no fuera, porque se trataba de un completo idiota.

Kylian no lo era, así que, en cuanto recuperó su ropa, salió en dirección a casa de los

Aigrefeuille. Dudaba que personas con la categoría para ser familiares de los Charpentier no contaran con casas propias en París, pero si se dirigía ahí, seguramente era porque Delaila, su prima, estaría siendo anfitriona de los recién llegados.

No tardó en llegar a la propiedad, pero tardó menos en darse cuenta de que Millie estaba ahí, porque su voz era tan alta y tan clara para sus oídos que podría reconocerla aún en una multitud. Ni siquiera se vio en la necesidad de tocar a la puerta, puesto que esta se abrió por sí sola por la persona que acababa de escuchar, quien parecía tan furiosa como cuando él la hacía rabiar.

—Ah, qué rápido —lo miró con desprecio—. ¿Qué quieres?

—Supongo que lo mismo que tú.

—Aine no está aquí —sonrió enojada—, quítate.

—Millie —le tomó la muñeca cuando quiso pasar a su lado—. Lamento lo que dije en el hospital; fue estúpido y grosero.

—Oh, no te disculpes por decir la verdad —se soltó, pero no parecía enojada con él—. No has dicho nada que yo no supiera.

—Si no me importara que murieras, no habría recibido una bala por ti, Millie —dijo con obviedad.

—Creo que fue más instinto que preocupación, De Valois; lo harías por cualquier persona que ese hombre intentara matar.

—Puede ser, pero…

—Mira, no me molesta ayudarte —lo interrumpió—, pero te mereces un castigo por los insultos; así que suplica o algo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro —se cruzó de brazos—. Te espero.

—No veo por qué hacerlo, parece que tienes tan poca información como yo, por eso estás tan disgustada.

—Mira, Kylian, realmente no tengo tiempo para ti; no estoy tratando de hacerte pasar un mal rato, simplemente creo que fuiste grosero con tu pareja de negocios y por ello merezco una disculpa; así que, entre más rápido lo hagas, más rápido nos moveremos.

—Bien, siento haber sido un idiota.

—¿Y?

—¿Qué más quieres que diga?

—No sé, debes disculparte por algo más.

—Si no me lo dices, no puedo entenderte.

—Agh, ¡hombres! —se quejó—. No volverás a sacarme de la jugada porque pienses que "ya no soy útil", ¿entendido?

—Sí, sí. Lo siento, ¿de acuerdo? Pero cada vez es más peligroso; algo me dice que el tener a Perret encerrado no es el final del camino.

—No lo es —aseguró—. Ahora vamos.

Millie subió a su automóvil, al igual que lo hizo De Valois, esperando a que ella le dijese algo en el camino, pero ella decidió mantener un silencio que, por alguna razón, lo hizo sentir incómodo.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lleguemos primero; seguro que para este momento Aine habrá conseguido sacar dos o tres palabras a tu amigo.

—Algo me dice que no fue de la forma más amable.

—Mi prima es despiadada. Siempre pensé que sus hermanos eran terroríficos, pero la verdad es que Aine no tiene límites al momento de querer cumplir con su misión.

—¿Tortura?

—Mmm… ¿Te importaría?

—No.

—Pues entonces sí, lo más seguro. —De Valois se removió en su lugar—. Lamento lo que te dijo Perret; seguro no fue agradable.

—Siempre me ha gustado la verdad.

—Bueno, no sabes si lo es, pudo decirlo de forma desesperada para hacerte enojar, lo cual logró —apretó sus labios—; tal parece que ella te sigue importando mucho.

De Valois le lanzó una rápida mirada.

—No es agradable enterarte de que dedicaste más de un año de tu vida en tratar de salvar al bastardo que te traicionó con la mujer con la que querías casarte y por la cual sufriste tras su muerte.

—Es verdad, lo siento.

—Está bien; la verdad es que me siento más ligero ahora.

—¿Libre?

—No. Libre, no. Quiero saber la verdad.

—Quizá no te guste.

Los ojos del hombre volaron hacia ella.

—Ya, dime, ¿qué demonios es lo que sabes?

Ella negó ligeramente.

—Lleguemos primero, ¿quieres?

—¿A dónde?

—El escondite de mi prima en París no es de lo más oculto, todo el mundo sabe lo que pasa ahí dentro, pero nadie se arriesgaría a poner un pie dentro por miedo a que ellos…

—¿Te aniquilen?

—No creo que las *águilas* tengan ese propósito.

—Hablaste de tortura.

—No lo hacen comúnmente, eso es cosa de mi prima.

—¿Y no hay un código o restricciones?

—A ella no le importan, tiene una efectividad casi absoluta por lo mismo, nadie se mete en su camino, ni siquiera su padre.

—Aterrador.

—Sí, en realidad… ¡Ay! —frenó en seco cuando se dio cuenta de que estuvo a punto de pasarse el lugar, lo cual ocasionó que el carro se apagara de golpe y la maquinaria se quejara.

—Agh —De Valois se tomó el brazo herido después de la sacudida inesperada—. Y dices que yo soy un peligro al volante.

—Lo eres —sonrió—. Bájate, bebé llorón.

De Valois observó el lugar de las *águilas* y podía decir que era hermoso en comparación con los utilizados por las Sombras. Nadie sospecharía que ese lugar era la residencia de hombres y mujeres peligrosos que podrían asesinarte con tan solo una mirada.

Era mejor ir con cuidado ahí dentro, porque jamás podría igualar el entrenamiento mental y físico que tenían esas personas.

Siguió a Millie en silencio, sorprendiéndose de que la dejaran pasar sin siquiera preguntarle su nombre. Dudaba que la conocieran, o quizá la vieron charlando con su prima y eso le daba un acceso directo a donde quisiera, lo cual le recordó lo beneficioso que resultaban las conexiones familiares de las que él carecía debido a que su linaje se manchó después de obtener su dinero de forma sucia.

—Lady Charpentier, no debería estar aquí —anunció uno de los hombres con la marca de las águilas en el brazo.

—Y aun así aquí estoy —miró de un lado a otro—. ¿Dónde está ella? ¿Ha dicho algo el asesino?

—No sabría decirle y dudo que Aine le permita entrar.

—Llévenme con ella. —El *águila* miró de forma sospechosa al intruso en el lugar—. Tranquilo, viene conmigo.

—Sé quién es —dijo el hombre con gravedad—. Espero que entiendas que ya no formas parte del caso.

—Lo comprendo bien.

—De acuerdo —aceptó—. Síganme.

Bajaron varias escaleras y giraron en pasillos repletos de gente que parecía demasiado ocupada, por lo que no los tomaban en cuenta. De Valois estaba impresionado; parecía que todo un escuadrón de rescate había llegado únicamente para ese caso.

—¿Qué demonios sucede?

—Cuando las *águilas* se hacen cargo —Millie lo miró—. Lo hacen y lo hacen bien; realmente no tienes de qué preocuparte.

—Así que listo, todo está resuelto.

—No, en realidad no —se encontraron con Aine—. Tu amiguito asesino cantó como un canario; tal parece que eso era lo que pensaba hacer desde que pisó la casa de tu otra amiguita loca.

—¿De qué hablas?

—Veo que te recuperas rápido, aunque creo que exageraste al desmayarte por un roce tan simplón.

—Aine.

—Lo atribuiré a la carga psicológica que te metieron —sonrió burlesca—. Como sea, síganme.

La mujer los guió por los pasillos donde las *águilas* se introducían a diversos cuartos donde se entrenaban, hablaban o descansaban, aunque lo último era extraño y poco aceptado por su líder.

—Aine, queremos hablar con él, no hay nadie mejor que De Valois para hablar con Perret.

—Lo sé, ¿por qué creen que los han dejado pasar?

—¿Cómo lo…?

—El tal Farris lo pidió, dijo que diría todo en cuanto estuviera De Valois frente a él —volvió la cabeza un poco—, esperemos que no sea para terminar de matarte, nenito.

—No eres mucho mayor que yo.

—Oh, sí. Lo soy; he vivido mucho más que tú.

—Lo dudo.

—¿Lo dudas? —Aine se detuvo en seco y se volvió amenazadora.

Millie tomó el brazo de su compañero, jalándolo para poder susurrar a su oído ante la mirada poco amable de su prima:

—¿Qué demonios haces?

—Digo mi opinión.

—Guárdatela frente a ella.

—Me agradas —terminó Aine—. Como sea, el tal Perret dice querer acabar con todo esto,

asegura estar cansado y dispuesto a traicionar a su líder; incluso aceptará la culpa ante el juzgado.

—La tiene, no veo por qué no lo haría.

—Ya lo verás. —Aine se acercó a su prima para susurrar—. ¿Siempre es tan parlanchín?

—Sí, bueno, está algo nervioso; dijo unas cosas terribles de su querida compañera sin la cual no estaría aquí.

—Mmm… —sonrió—. Ya veo.

—¿Qué se supone que ves?

—Mucho más que tú. Como sea, puede ser duro lo que vean.

—Aine, ¿qué se supone que le hiciste?

—Nada tan grave, les dije; habló como Micaela cuando le preguntas de su trabajo —rodó los ojos—. Pero mentalmente no creo que sea la persona más estable, es voluble, así que con cuidado.

—De acuerdo —aceptó Kylian.

—Y sí, lo digo sobre todo por ti —lo apuntó Aine antes de abrir la puerta. entrando ella primero—. Bien, te he traído lo que querías.

Perret intentó ponerse en pie al ver a Aine, quien lo aterrorizaba; hubiera querido correr de ella, pero era un acto imposible debido a su pierna y la parálisis que sintió al ver a De Valois entrar a la habitación sin ningún rasguño aparente; parecía estar perfecto a pesar de haber recibido un disparo por error.

—¿Querías hablar conmigo?

—De Valois —sonrió de lado—. Siempre tan afortunado.

—No lo diría así —remangó su manga y mostró la venda que cubría la herida que comenzaba a sangrar.

—A comparación de mí, estás perfecto.

—¿Qué quieres? Creo que me dijiste lo suficiente la última vez que nos vimos. —De Valois tomó asiento en una silla frente a él—. Ella dice que tenías la intención de revelarnos todo.

Perret suspiró con fuerza.

—Se ha salido de control.

—Creo que eso ya pasaba desde que decidiste matar una persona cada mes —argumentó Millie, colocándose detrás del asiento de Kylian—. ¿Ahora se supone que te arrepientes?

—No lo hago, al menos, no de la forma que debería —cerró los ojos—. Supongo que no lo entenderían.

—Explícate —pidió Aine.

—¿Qué harían ustedes por la persona que más aman?

—Matar a gente inocente, no —aseguró Millie.

—Todo estaba justificado —dijo cabizbajo—. Al menos yo pensaba que así era.

—¿De qué hablas? ¿Cómo podría estar justificado?

—Era la forma de salvarla —aseguró—. Me dijo que corría peligro si yo me detenía y no podía… simplemente no podía.

—¿Quién corría peligro? —inquirió Kylian.

Perret levantó los ojos hasta clavarlos en los de su amigo.

—¿Quién más, De Valois? ¿Quién más?

El hombre negó rotundamente.

—No es posible.

—Lo es.

—Así que ella está viva —asintió Aine—. ¿Dónde?

—¿Cuál es la justificación que ponía para los asesinatos? —inquirió Millie, presa de la necesidad de la resolución.

—Su jefa —dijo secamente—. Ella… necesita de esos asesinatos.

—¿A razón de qué? —continuó la joven Charpentier.

—Si no le daba una mujer hermosa a la cual matar, entonces, terminaría con la vida de Fleur.

—¿Cuál es el nombre de la mujer?

—Tienen una casa aquí en París; decidieron asentarse hace poco tiempo —explicó—. Al inicio se obsesionó con la mujer esa, la esposa del hijo de Aigrefeullie, pero no fue capaz de

acabar con ella; tal parece que tenía demasiadas personas que la defendían.

—Maelle —comprendió Millie—. Fue cuando todo comenzó.

—En ese tiempo tenía otro secuaz, pero finalmente no pudo cumplir con el propósito y terminó entregándole víctimas que no la satisfacían —asintió—. El hombre prácticamente desapareció.

—¿Por qué las necesita?

Perret negó ligeramente.

—Es una mala mujer, está obsesionada con la belleza.

—¿Qué tiene eso que ver? —Negó Millie—. ¿Mata a mujeres hermosas? No tiene sentido que elimine aquello que admira.

—Dudo que admire la belleza de otros —dedujo Aine—, sino la suya, ¿no es cierto? ¿Qué es lo que hace con las asesinadas?

—Les quita la sangre —comprendió Kylian, hablando por primera vez después de un largo momento de reflexión—. El doctor Anton me lo dijo, ¿lo recuerdas, Millie?

—Oh, es verdad —negó la joven—. ¿Pero para qué?

—Tal parece que sigue un ritual ancestral para permanecer joven.

—Usa la sangre de las mujeres hermosas para bañarse —negó Aine con repudio—. Lo he leído antes en alguna parte; pero eso requiere de más de una muerte al mes.

—Naturalmente —asintió Perret—. Llena una bañera.

—¿Entonces? —negó Millie.

—Tenía la idea de que la sangre ordinaria se convertía en única con una sola gota de sangre noble y bella.

—Así que los asesinatos de cada mes eran los más vistosos debido a que se trataban de mujeres de alcurnia —comprendió Aine.

—Y eso justifica por qué asesinaba personas ordinarias como mujeres de la noche o de servidumbre —asintió Millie.

—¿Por qué estás cambiando de lado? —Entrecerró los ojos De Valois, desconfiando—. Dime por qué nos lo dices.

—Todo cambió de repente, no quiero seguir ayudándola, lo que quiero es que saquen a Fleur de ahí —cerró los ojos—. Sé que no tienes razón para ayudarme, De Valois, pero está atrapada ahí.

—Creo que si hubiera querido se habría ido desde hace mucho —acusó Aine sin una pizca de empatía.

—No puede, tiene miedo, sabe que la podría encontrar.

—¿En un mundo tan grande en el que se puede perder el rastro de cualquiera? —sonrió el *Águila* femenina—. No me hagas reír; si sigue ahí es porque quiere, no porque esté atrapada.

—Usted no sabe nada —gritó un enojado Perret—. La encadenan cada noche y en el día siempre está junto a esa mujer.

Millie apretó los labios, sintiendo pena por la mujer; ella no tenía nada en contra de Fleur; estaba intentando sobrevivir en un lugar donde seguro sufrió traumas insuperables. El que no pudiera escapar podría ser a causa del miedo que le ocasionó llegar ahí siendo tan joven e indefensa. Era como atar a un elefante bebé a una estaca con la que no podría combatir aun de grande.

—Tenemos que ayudarla.

—¿Has enloquecido, Millie? —negó Aine.

—Está en problemas, no veo por qué no hacerlo —dijo segura—. Además, es obvio que esa mujer es una asesina consagrada, quién sabe desde hace cuánto tiempo comenzó con su terrorífico hacer. ¿Quieres permitir que siga saliéndose con la suya?

—No hay justificación para atacarla, no tenemos pruebas más que la palabra de un demente que ha asesinado a mujeres. —Aine apuntó a Perret—. Entiende, Millie, nadie podrá creer en él.

—Pero podemos investigar, seguro que Lefevre está de acuerdo; finalmente es su hermana de la que estamos hablando.

—¡No metan a Lefevre en esto! —suplicó Perret—. Es lo único que Fleur no soportaría, que su hermano supiera lo que ha hecho por mandato de esa horrible mujer.

—¿Y qué pretende? —negó Aine.

—Prefiere darse por muerta.

—Aine —Millie la miró con súplica—. Esto no puede continuar, esa mujer debe ir a prisión o incluso morir; es un monstruo.

—Lo es, pero no tengo órdenes de ir tras ella.

—¿De qué hablas? Es la asesina.

—Él es el asesino —apuntó a Perret—. Es el hombre que lleva a las mujeres, tanto nobles como plebeyas.

—Pero sigue órdenes —explotó Millie—. Lo hace para salvar a la persona que ama y no puede salir.

Aine negó con rotundidad.

—No actuaremos despreocupadamente; investigaré si es lo que quieres, pero por el amor a lo que más quieras, no hagas una tontería.

—¿Cuál sería una tontería? —sonrió Millie.

—Tratar de entrar por tu cuenta.

—Mañana habrá una entrega grande; es el día sin luna, eso quiere decir que es uno de los días importantes para la mujer.

—¿Cuál es el bendito nombre de la mujer? —se exasperó Millie.

—Dupont, tengo entendido que es Dupont.

—Esa no fue la mujer con la que mis padres acordaron —dijo Kylian—. No es la casa en que entró a trabajar.

—Es su nombre de soltera, lo utiliza desde que quedó viuda —Perret bajó la mirada—. Más que nada porque su otro nombre estaba ligado con la trata de esclavos; ella los maltrataba y mataba antes de comenzar con su nueva pasión con las jovencitas.

—Es terrible —Millie miró hacia De Valois al comprender que Aine no cedería tan fácilmente—. Por favor, sabes que lo correcto es que la salvemos y que acabemos con esa mujer.

—Tú no harás nada —sentenció el hombre—. Y yo tampoco.

—¿Qué? —Perret se puso en pie—. ¿Piensas abandonar a Fleur?

—Sí, es lo que haré —dijo seguro—. Creo que, si tú no has podido sacarla de ahí, yo tampoco lo lograré.

—Eso no es verdad, tus habilidades…

—Las *Águilas* aquí presentes las superan; creo que lo mejor es que lo dejemos en sus manos como ordenó esta mujer —apuntó a Aine—. Ya no tengo nada que ver en esto; tú estarás en prisión, Ivette dejó ver sus colores y Fleur será rescatada por gente capacitada.

—¡Te necesita, De Valois!

—No lo creo —lo miró con gravedad—. Te empeñaste en jugar conmigo, en hacerme infeliz en cada paso de mi existencia y ahora por fin seré libre de irme a donde quiera sin pensar en ti o en ella.

Kylian se puso en pie para salir del lugar, pero la voz enérgica de Millie lo detuvo en seco, aunque realmente no sabía por qué atendía a su llamado como si se tratara de un general.

—No puedes dejar a los que amas de esta manera —se adelantó hasta él, empujándolo ligeramente—. Te arrepentirás toda la vida.

—No lo haré.

—Sé que duele, Kylian —. El hombre se sorprendió, porque desde su pelea en el hospital, ella había vuelto a usar un distante De Valois cada vez que se dirigía a él—. Pero así es la vida, es dolorosa y te golpea en la cara con la mano de las personas en las que más confías; es ahí cuando viene la decisión.

—¿Cuál decisión?

—La que tomarás para saber qué clase de hombre serás —recorrió su rostro con la mirada—. Hacías todo esto porque los amas, no eres capaz de matarlos porque los amas; sé que no te quieres dar cuenta de los errores que tienen y seguirán cometiendo, pero ese es el amor más puro, cuando te lastimas y sigues teniendo la capacidad de decir que los perdonas y seguir profesando cariño hacia ellos.

—Sería idiota.

—No quiero decir que será igual de desinteresado que antes; marcarás una línea para no hacerte daño, pero tampoco puedes ignorarlos cuando están en peligro —le tomó el rostro con determinación—, porque sé que te arrepentirás.

Kylian dibujó una sonrisa de lado.

—Eres demasiado cándida, Millicent Charpentier.

—Me considero buena, ¿te parece malo ser buena persona?

—No. Pero requiere de un valor y una fortaleza con los que no cuento —se encogió de hombros, tomó la mano suave que se posaba en su mejilla y la llevó hasta sus labios—. Siento decepcionarte.

—Kylian —suspiró sonriente—, no me decepcionas; sientes dolor, es normal sentirlo, así que…

—Me despido —le besó la mejilla y susurró—: Lo siento.

Millie cerró los ojos y respiró su aroma una última vez mientras lo tuvo cerca. Sonrió, porque nuevamente comprobó que podría reconocerlo en cualquier parte del mundo y, cuando se fue, sintió que el aire se iba de sus pulmones también.

—Se irá —informó Perret—. Puede que no vuelvas a verlo.

—Lo sé —Millie sintió un vacío dentro de ella—. Ya lo sé.

—Creo que en esta ocasión ni siquiera se lo dirá a Lefevre.

—Necesita un tiempo a solas —asintió Millie—. Es mejor que lo haga; pero no todavía, tiene que acabar con esto.

—¿A qué te refieres? —Aine se acercó a ella—. Dejó en claro que su tiempo en el caso se acabó; lo dejó en nuestras manos.

—Le remorderá la conciencia de por vida; está enojado y lleno de rencor, pero él quería ser quien acabara con todo esto.

—Quería acabar conmigo —dijo Perret—. Ya lo hizo, estoy en manos de las autoridades… Incluso peor, estoy en manos de ellos.

Aine asintió de acuerdo.

—No deberías presionarlo.

—Tranquilos —se volvió para mirarlos—. No lo hago solo por él, sino también por mí. Sigo marcada, ¿lo olvidan?

—¿Marcada? —Aine frunció el ceño.

—¿De quién es este anillo, Perret? —Millie descubrió su muslo sin ninguna vergüenza—. No

es el tuyo.

—No —aceptó.

—¿Es el de ella?

Perret cerró los ojos.

—A veces me señalaba a quién quería madame Dupont.

—Y a la que quiere es a mí.

—No soy el único que ama a Fleur; creo que madame también lo hace, pero no quiere matarla a ella y busca reemplazos.

—Sigo yo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y no es solo por el parecido que tengo con ella, porque en físico no me parezco nada, sino en espíritu.

—Para ella es aún más importante; además, tú no eres una plebeya como lo es Fleur, tienes de la mejor sangre.

—¿De Valois sabe que irán tras ella? —inquirió Aine.

—Yo supongo —asintió—. Pero es sobrina de los Hamilton, ¿por qué habría de temer por su seguridad?

—Porque lo hacen por él —dijo Millie—. Me quieren matar porque me parezco a ella, pero también porque le intereso a él.

—A Madame no le interesa eso —aseguró Perret.

—Claro, pero a Fleur sí, y estoy segura de que Madame haría cualquier cosa con tal de tenerla contenta, porque de esa forma tiene a su asesino de campo en las manos —dedujo Millie.

—Concuerdo con ella —asintió Aine—. Necesitamos entrar a esa casa para tener pruebas; con tu ayuda, eso sería fácil.

—¿La mía? —se extrañó Perret.

—Sí, confiarán si tú estás involucrado.

—Supongo que eso quiere decir que vendrá alguien conmigo. —Perret negó con rotundidad —. ¿No les estoy diciendo lo peligroso que es? Tanto Madame como Fleur están fuera de

control, no me escuchan y si llego con alguien desconocido…

—Quizá lo mejor sería que fueras con De Valois —sugirió Aine.

—Jamás aceptará —negó Millie—. Se ha decidido.

—Lo hará si tiene una motivación —dijo Perret.

—No. Eso está fuera de discusión.

—Aine, al menos deberías considerar…

—Dije que no —acallantó la mujer *águila*—. Millie, eres su objetivo; en todo caso de que alguien lo acompañe, ese sería yo.

—Bueno —Perret la observó detenidamente—, eres hermosa, podrías pasar como una de sus favoritas si acaso no fuera día de Luna negra; siendo el caso, no tendría razones para no llegar a alguien a la altura de sus expectativas.

—Millie tampoco las cumple —observó el *águila*.

—Ya lo dije, ella se parece en otros aspectos —se inclinó de hombros—. Pero estoy de acuerdo contigo, *águila*, no debemos exponer a Millie de esa manera, sería un suicidio.

—¿Tú también?

—Lo digo en serio, eres una forma fácil de matar varias aves.

—¿Entonces?

—¡Millie! —gritó una voz que parecía desesperada—. ¡Millie!

—¿Quién demonios…?

—Es Soleil —. Millie se volvió hacia la puerta y fue a abrirla, dejando pasar con mayor claridad el sonido de la voz—. ¡Déjenla pasar! Es amiga mía, déjela.

Aine salió detrás de ella y asintió a los hombres que retenían a la mujer que seguía luchando por ser colocada de regreso en el suelo. Soleil se quejó ligeramente cuando tuvo que arreglárselas para no caer cuando fue liberada de forma abrupta que la hizo trastabillar.

—¡Oh, Millie! —corrió hacia ella, tomando sus brazos extendidos—. Tenemos que irnos pronto de aquí.

—¿Cómo llegaste en primer lugar? —inquirió Aine.

—Me lo dijo De Valois —asintió—. Me lo encontré cuando iba a su casa en tu búsqueda,

Millie.

—¿Por qué estás tan alterada?

—Seguí yendo al hotel como me ordenaste, esperando que tu prima volviera para decirle que fuera a verte; nadie sabía de ella hasta el día de hoy. El gerente me marcó en seguida y mostró preocupación por el hombre que la acompañaba; parecía llevarla de una mala manera, le gritaba y parecía tan furioso que podría matarla.

Ambas primas se miraron con cierto temor.

—¿El gerente dijo algo más?

—Parecía asustado, pero mencionó la mansión Dupont.

—¿Dupont? —gritaron ambas mujeres.

—Aine, ella está en verdadero peligro; aunque esté loca, es nuestra prima y no merece morir así.

—¿Por qué la llevarían a ella?

—Renata tiene el cabello pintado de rubio.

—Esa chica —cerró los ojos Aine—. Realmente…

—Tenemos que salvarla —Millie regresó a la habitación, siendo perseguida tanto por Aine como por Soleil—. ¿A qué hora se lleva a cabo la muerte de luna negra?

—Medianoche, siempre a la misma hora.

—Bien, tenemos poco tiempo. —Miró a Aine—. Tengo una idea.

—Espero que involucre a De Valois —mencionó su prima—, de lo contrario no tendremos forma de distraerlos.

—No sé si quiera ayudar.

—Me dijo que se iría pronto —admitió Soleil.

Millie asintió ante las palabras dichas por su doncella, a sabiendas de la partida de ese hombre y sin tiempo para sufrir por ello, porque estaba segura de que echaría de menos a De Valois.

—Aine, tienes que pensar en alguna forma de infiltrarme en el lugar —miró a su prima—. Si idearas la forma en la que yo no corriera peligro, te lo agradecería muchísimo.

—No irás ahí; sería ofrecer un trozo de carne a las hienas.

—Es lo que siempre he sido, te lo aseguro.

—No, ni loca.

—Aine, ¿comprendes que Renata podría morir?

La Hamilton se cruzó de brazos.

—Jamás me he considerado muy afectada de la irlandesa; le faltaba un tornillo antes y estoy segura de que ha perdido más.

—¡Aine!

—Lo siento, Millie, pero está fuera de discusión el que tú entres ahí; te descubrirían en seguida, no hay forma de que…

—Soy perfecta, porque soy a quien buscan. Además, tú estarás cuidando de mí, al igual que el resto de las *Águilas*.

—No es lo suficientemente seguro.

—Ella tiene razón —dijo Perret, mirando hacia Aine, quien simplemente entrecerró sus ojos al oír su voz—. La única que podría entrar sin problemas es Millie.

—No me digas —sonrió la mujer águila—. Y tú tendrías que ser quien la entregue, ¿no es cierto?

—Si quieren que sea creíble —asintió—, pues sí.

—Esto es cada vez más estúpido —admitió Aine, cubriendo su rostro con una mano.

—Tranquila —Millie apretó una sonrisa—. Tengo un plan.

23 TIRANO

De Valois había empacado sus cosas e incluso compró su boleto para salir lo antes posible rumbo a su nuevo destino que ni siquiera Lefevre conocería; al menos por un tiempo. No quería estar con nadie, deseaba disfrutar de su soledad como en el pasado, cuando ni siquiera tenía amigos que osaran en traicionarlo, como lo hicieron todos sus conocidos hasta el momento; incluso Lefevre.

Cerró los ojos.

No era un idiota, estaba seguro de que Lefevre estaba al tanto de que su hermana seguía con vida; si no lo supo desde el principio, debió saberlo en estos últimos tiempos, ¿la manera? Ni siquiera le interesaba; el punto era que estaba cansado de ser el mono cilindrero de todos ellos, a quien les entregó todo su cariño desde que se hicieron amigos; aunque ahora creía que era su carencia hablando. Les fue fiel, les dio todo lo que tenía debido a que ellos le daban lo único que De Valois anhelaba más que el oro o las propiedades: una familia.

Pensó que la eligió, que fue él quien señaló a las personas en quién confiar y éstas le responderían de igual manera. Se equivocó, no fue más que un engaño en el cual se aprovecharon de su necesidad.

—No pensé que lo harías de inmediato.

—Millie —suspiró. Esperaba que llegara, pero no tan rápido—. Supongo que tienes mucho que decir para detenerme.

—En realidad —se adelantó unos pasos—. Vine a despedirme.

—¿Sin réplicas o reclamos? —volvió la cabeza hacia ella—. Eso sería sorprendente y poco creíble.

—Resulta que eres importante para mí, De Valois.

—Kylian.

—Lo siento —sonrió—. Mereces que no te llame amistosamente; te portaste como un patán antes, ¿recuerdas?

—Pedí perdón por ello; se supone que cuando uno perdona, debe olvidar el pecado, ¿no es cierto?

—En teoría es como borrón y cuenta nueva, pero es mejor mantener un marcador de las faltas, ¿no crees?

—Así que —dejó lo que hacía y la miró—. ¿Es un adiós?

—Me gustan más las palabras: hasta pronto.

—Bien —. De Valois se acercó despacio hasta colocar sus manos sobre la cintura de la joven —. Hasta pronto, Millicent Charpentier.

—Te he dicho que no me digas así —reclamó.

—¿Quieres que te diga algo?

—Aunque no quisiera, de todas formas me lo dirás.

—Me gusta tu nombre, realmente me gusta.

—No bromees.

—Te lo juro, me gusta más que Millie, porque ese nombre suena a que eres una niña; Millicent te da poder.

—Eres el único que no lo encuentra espantoso.

—Quizá tú tendrías que ser la primera en dejar de odiarlo.

Los ojos de Millie brillaron al escuchar esas palabras y no pudo evitar hacer aparecer una sonrisa tímida, pero alegre, más que nada, agradecida, porque era la primera persona que le decía que prefería su horrible nombre de nacimiento que su apodo, además de sus padres, claro está, porque a su padre le fascinaba.

—Hablando de otras cosas —le colocó los brazos alrededor de los hombros, acercándolo un poco más—. ¿A dónde piensas ir?

—¿Es que me piensas seguir?

—Quién sabe; mis padres me están dando mucha libertad últimamente. Quizá pueda comenzar a viajar por el mundo, como ha sido mi sueño —sonrió, mirando sus labios de forma

tentativa.

—Te escuché decir que irías a África, ¿no es cierto?

—Sí, me encantaría.

—Quizá nos encontremos por allá algún día.

—¿Me salvarás de un león?

—No, preferiría que te comiera viva.

—Oh, sé que no podrías hacerlo, irías al rescate como siempre.

—¿Qué te hace creerlo?

—Te gusto —alardeó—, poco o mucho, te gusto.

—Sí que eres pretenciosa.

—¿Lo niegas?

—Dado el hecho de que te llevé a la cama, pues no.

—Pero me salvarías, ¿verdad, Kylian?

—Claro que lo haría, si está en mis manos, siempre lo haré.

—¿Te duele el brazo?

—¿Es una pregunta con un segundo sentido?

—Por supuesto.

—Te puedo hacer el amor, si es lo que te preocupa.

Ante la frase, la joven se sonrojó y sonrió conforme.

—Me preocupaba; ahora sé que lo harás bien.

—En realidad, sería más fácil que llevaras el mando en esta ocasión —movió el brazo, pero frunció el ceño—. Me duele un poco.

—No me molesta —colocó una mano en su pecho y comenzó a empujarlo hacia la cama, haciendo que se sentara para subir a su regazo—. Dime, ¿tendré todo el control o tratarás de limitarme?

—Para nada, te cedo todo el trabajo.

—Ya —sonrió, envolviendo su cuello—. ¿Sabías que eres guapo?

—Lo sé.

—¿Y que eres listo?

—Me lo han dicho.

—Además de que tienes un buen corazón.

—Ahí me has perdido.

—Lo tienes —le tomó el rostro con las manos—, eres bueno y leal, por eso te duele tanto lo que pasó.

—No me duele.

—Te sientes traicionado y herido, es normal.

—Millie, no hablemos de eso.

—De acuerdo —lo atrajo a un beso—, solo quería que recordaras que yo también estoy aquí, no pienses que todos te dieron la espalda.

—Lo sé —pasó su brazo por su cintura para acercarla—. Ahora, ¿no sabes que es de mala educación hacer esperar a tu amante?

—Aún soy nueva en esto.

—Eres de las que aprenden rápido.

—Es verdad —lo empujó para que se recostara en la cama, pero aquello le sacó un quejido que la hizo reír—. ¿Seguro que estás listo para hacer esto? Siento que te desangrarás.

—Si eres muy intensa, puede que sí.

—No bromees, puede que no me dé cuenta ya estando en ese momento —sonrió y lo besó—, ya sabes cómo soy.

—Sí —ladeó la cabeza, sus ojos brillaban—, eres intensa.

—Exacto —jaló su labio con los dientes y él gruñó.

Mientras estaban juntos, Kylian comprendió lo difícil que le sería separarse de ella; anteriormente era muy capaz de abandonar lugares sin sentir el menor remordimiento, pero ahora, teniéndola a ella entre sus brazos, no pudo evitar añorarla, aunque seguía tocando su piel.

Podía aceptar que en esa ocasión la amó con toda intensidad, pero en un doloroso silencio que sería lo mejor para su futura separación. No podía llevarla consigo, aunque tampoco le

gustaría dejarla. Él, por su parte, tenía que irse cuanto antes; no soportaba seguir un segundo más en París. De no ser por ella, habría dormido en la estación.

—¿En qué piensas? —le tomó la cara, inclinándose hasta darle un beso que le robó la respiración.

Kylian buscó su comodidad cuando ella se separó de su cuerpo y se recostó a su lado, encajando su cabeza en su hombro para que su nariz quedara en el sitio que fuera de su preferencia para olerlo.

—Quizá no lo creas, pero te echaré de menos —le tomó el rostro con una mano—; Millicent Charpentier, lograste hacerte inolvidable.

—Lo sé, soy encantadora —sonrió.

—No lo eres —rio un poco—, pero me encanta tu insolencia.

—¿Y crees que eres el primero al que le fascina?

Kylian suspiró. No podía quejarse de su tiempo en París gracias a ella; de hecho, casi podía jurar que fue la temporada más feliz que tuvo desde que se enteró de la supuesta muerte de Fleur.

—Millie, tienes que prometerme que te mantendrás a salvo.

—Sí, sí. No te preocupes por mí, antes de que existieras en mi vida yo podía sobrellevar las cosas muy bien.

—En serio —colocó un dedo bajo su barbilla, provocando que lo mirara a los ojos—. Promételo. Ve a donde quieras, sé libre, vive, pero no te pongas en situaciones en las que puedas perder la vida.

—Si tanto te preocupa, podrías quedarte y cuidar de mí.

—No puedo —suspiró, derrotado.

—¿Tanto te duele que ella siga con vida sin amarte?

—¿Te parece que eso es lo que me duele? —apretó su cuerpo desnudo contra el suyo y sonrió divertido—. No, Millie, no es eso.

—Kylian —se levantó un poco, presionando su cuerpo contra el de él para quedar frente a sus ojos—, ¿y si te lo pidiera yo?

—Sé que no harías algo así —acarició su cuello al momento de pasar su cabello hacia atrás, a

pesar de que este regresó al ser tan corto—. Lo haría, Millie, me quedaría; pero ninguno sería feliz.

Ella agachó la cabeza para que no viera su rostro.

—¿Yo no te haría feliz? —mordió sus labios sintiendo tristeza—. Sé que si nos conociéramos un poco más, terminarías completamente enamorado de mí; te lo juro, soy irreemplazable.

Kylian lo sabía y le daba la razón en todo.

—Millie, mírame —. Ella lo hizo con algo de recelo—. ¿Crees que no sé que sería feliz contigo?

—No lo parece.

—Por supuesto que lo sería, eres una mujer asombrosa, te admiro y por eso mismo quiero que encuentres tu camino antes de permitir que alguien te imponga el suyo.

—¿De qué hablas?

—Estás empezando a vivir y a saber lo que quieres; si te unes a mí, terminarías por seguir mis pasos y perderías los tuyos.

Millie pestañó un par de veces, un poco confundida al comprender que tenía razón. De Valois seguiría con su estilo de vida y ella aún no definía lo que quería hacer. Claro, quería viajar y conocer el mundo, pero ¿con qué propósito lo haría? ¿Cuál sería su finalidad? Seguro que sería diferente con la de Kylian.

—Tienes razón.

—¿Comprendes por qué no debes pedirme que me quede?

—Lo comprendo —agachó la cabeza y mordió sus labios—. Eso quiere decir que realmente me quieres.

—Sí, realmente quiero que te hagas la mujer que decidas ser antes de adquirir cualquier otro tipo de compromiso.

—De acuerdo —aceptó, determinada—. Elaboraré el plan de mi vida y, una vez que haya cabida para ti, volverás por mí, ¿verdad?

—Me mantendré informado —rio divertido.

—¿Es un trato?

Kylian observó la mano estirada que estaba frente a su cara, pero él la tomó ligeramente y la colocó sobre su pecho desnudo y con la otra atrajo su cabeza, uniéndolos en un beso.

—Es una promesa, Millie —acarició su nariz con la suya—; si después de ese tiempo sigues deseándome, volveré a ti.

—¿Y si no? —pegó su frente a la de él.

—Habremos compartido buenos momentos, ¿no es cierto?

—Sí —sonrió—. Jamás olvidaré tu olor.

—Y no debes hacerlo, Millie, es importante que no lo hagas.

Ella se separó con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices eso?

—Haz caso —la besó de nuevo—. Nunca lo olvides.

—Me sería imposible cuando lo he tenido intoxicando mi cuerpo cuando estás sobre mí —rodó los ojos.

—En ese caso, me restregaré un poco más —se colocó sobre ella y sonrió de lado—. ¿Qué dices, Lady Mimos? ¿Una última vez?

—¿Tan pocas fuerzas tienes? —sonrió burlesca.

—Te estaba dando tregua a ti.

—Yo no las necesito.

Hicieron el amor un par de veces más hasta que él cayó dormido, lo cual significaba que no despertaría en un par de horas y ni siquiera la sentiría moverse en la cama, es más, no despertaría incluso aunque tirara una de sus adoradas vasijas traídas de China.

Millie caminó por la habitación de Kylian, a la cual se llegó a acostumbrar gracias al tiempo en el que vivió ahí, y también durmió en esa cama, en las mismas condiciones de ahora.

Sonrió, caminó hacia el escritorio y escribió una rápida nota que dejó en un lugar de fácil acceso para De Valois. Esperaba que lo encontrara pronto y también que despertara más rápido de lo usual, porque necesitaría de él en muy poco tiempo.

—Confío en ti, De Valois —sonrió.

La joven se inclinó y lo besó en los labios antes de salir de la propiedad e internarse al que

podría ser su incursión más peligrosa.

Sabía que era una tirada arriesgada, pero ahora que estaba segura de que le tenía alguna clase de aprecio, podía arriesgarse, porque confiaba en él. En cuanto se diera cuenta de lo que hacía, iría en su rescate, sobre todo al saber con quién se iría a encontrar.

Aine, por supuesto, estaría al pendiente y, con suerte, la presencia de Kylian beneficiaría únicamente para distraer a las personas en el interior, puesto que parecía ser que Fleur realmente tenía un interés malsano no solo con su antiguo prometido, sino con su propio hermano, quien confesó haber descubierto a Fleur el día que fue gravemente herido; sorprendentemente, ella fue la causante.

Tal parecía que le recriminaba dejar de amarla y arremetió contra él con tal violencia, que Lefevre no pudo más que temer por todos los demás; sobre todo por De Valois, quien sería el siguiente en la lista para ser lastimado, aunque no sabían discernir si sería una tortura física o una emocional; Millie serviría para lo último.

24 DAÑINO

Millie seguía las órdenes de Aine; era lo único que le quedaba al ir caminando con el hombre que había asesinado a más de diez mujeres registradas e incontables que le eran desconocidas. Decir que estaba nerviosa era poco; a pesar de que en el pasado paseaba con ese hombre a altas horas de la noche cuando se hacía pasar por una Sombra, ahora todo era diferente, porque sabía lo poco que le interesaba arrancar la vida de las personas.

—No debes temer tanto.

—¿En serio? —soltó una risa nerviosa—. Yo digo que estoy siendo demasiado confiada al caminar contigo.

—Por favor —sonrió—. Estamos rodeados por la gente de tu salvaje prima; si me atreviera a moverme como no esperan, me matarán incluso a la distancia. Además, estoy herido.

—Es verdad, espero que lo tengas en mente.

—Tú misma tienes un arma, ¿no es cierto?

—Sí.

—De acuerdo, tienes que tratar de no perderla.

—¿Por qué haces esto?

—Te lo dije, las cosas cambiaron… Ella cambió.

—Supongo que hablas de Fleur.

—¿De quién más si no?

—¿Cómo se supone que cambió?

—Ella… jamás la había visto de la forma en la que actuó cuando se encontró con Lefevre —negó—. Parecía querer matarlo.

—Pensaba que ella estaba ahí porque prácticamente estaba en cautiverio por esa horrible mujer.

—Así es —tragó sonoramente—, eso pensé.

—¿Pensaste?

—La realidad es que la noto demasiado cambiada, quizá por lo que ha tenido que ver y guardarse en su interior.

—Supongo que no ha de ser agradable ver un desfile de mujeres destinadas a morir —cerró los ojos y negó—. Debe ser horrible oírlas gritar o llorar en su desesperación.

—Lo es —aseguró el hombre, causándole un nuevo escalofrío a la joven que no pudo más que mirarlo con miedo—. Tranquila, no lo hago por placer, como muchos aseguran; realmente me horrorizo.

—¿Realmente lo haces por amor?

—La amo —asintió—. Siempre la amé, incluso antes de que De Valois pusiera sus ojos en ella.

Millie bajó la mirada.

—Supongo que debió de ser intenso.

—No lo creo; más bien pienso que De Valois la encontraba diferente a lo que acostumbraba y eso fue todo.

—¿Dices que realmente no la amaba?

—Eso es lo que quieres que diga, ¿no es cierto?

—Me agradan las verdades.

—No sé qué tan profundo llegó a ser el sentimiento que tuvo por ella, pero su afán por detenerme no se debía al cariño por Fleur o su memoria, sino por la culpa que sentía.

—Me parece extraño que no se lo dijeras; lo quitarías del camino.

—Eso pretendía, pero Fleur pensaba diferente —suspiró—. Quería tenerlos cerca, no quería perder su conexión.

—Así que los torturó.

—Ella no pensaba así; creía que lo justo era que todos siguiéramos en sintonía, como cuando éramos jóvenes.

—Lefevre y De Valois sufrieron a cada instante.

—Yo también lo hice.

—¿Eso no la hace maliciosa y egoísta?

—Ella… dudo que pensara en algo más que en mantener a su familia unida, aunque no supo hacerlo correctamente.

—También debió decirles a ellos lo que ocurría —. Millie entrecerró los ojos al soslayar la mirada hacia él—. Lo hizo, ¿verdad?

—No pude cumplir con su cometido —sopesó.

—Así que todo este tiempo ha pensado que ellos la ignoraron.

—Supongo.

—Ahora entiendo, tú fuiste el egoísta.

—¿Es tan malo que solo la quiera para mí?

—Has hecho sufrir a tantas personas… —Negó—. Apenas puedo creer que quieras cambiar y ayudarnos.

—Correcto —asintió—. Aunque lo pensaste demasiado tarde.

—¿Qué?

Farris Perret fue rápido en su hacer, mucho más que las afiladas agujas de Aine, las cuales se estrellaron contra el suelo cuando el hombre la arrastró hacia una alcantarilla, cayendo dolorosamente en los tenebrosos túneles de los que nadie podría salir a menos que fuera un experto en ellos, como lo eran Perret y De Valois.

Estaba en problemas, porque él ni siquiera necesitaría obligarla a caminar, porque de irse por su cuenta, tendría un destino peor que la muerte, porque la gente que se refugiaba ahí era la más desesperada y seguro que no se detendrían a dañarla si la vieran.

Millie pujó ligeramente, pero al no haber luz alguna, tuvo que tantear el suelo para intentar encontrar el arma que salió desprendida de su vestido gracias a la caída. Logró manotear un par de veces cuando fue capturada por Perret, quien la ponía de pie con un tirón de brazo, haciéndola gritar en medio de la oscuridad en la que no alcanzaba a ver ni sus propias manos.

—Cálmate —la voz del hombre era suave y amable; la dirigía por el lugar sin esperar a que ella lograra encontrar el arma—. No te voy a hacer daño, pero comprenderás que no se puede

entrar a esa casa de forma sencilla; es más, no tengo idea de dónde esté ubicada en la superficie, siempre he entrado de esta manera.

Ella no podía decidir su hacer; ¿era mejor que pensara que seguía teniendo el arma o que le pidiera que parara para recuperarla? No, en definitiva, no podía decirle que había perdido su única seguridad contra él; al menos de esa forma sería precavido al momento de atacarla. Tenía que encontrar algo con lo que defenderse, aunque en medio de la oscuridad en la que caminaban, sería imposible.

—¡Aguarda! —Se liberó de su agarre—. Esperemos a las *águilas*.

—Ya te lo dije, no pueden entrar todos a la casa, lo sabrán —explicó con toda la paciencia—. Entiende, los notarían en seguida; esta era la forma en la que entrarías de todas formas.

—No confío en ti.

—Eso lo sé, pero ahora no te queda opción, ¿o piensas regresar sola en la oscuridad de un laberinto como lo son estos túneles?

—Lo hiciste a propósito —dijo enojada.

—Juro que no te mataré, te lo he dicho —suspiró, porque, aunque no la veía, podía sentir su mirada—. Si quisiera matarte, ya lo habría hecho; eso te lo puedo asegurar.

—No me dejas más tranquila.

—Normal —aceptó—. Dame la mano si no quieres morir de inanición al perderte en este lugar.

—¿Cómo podría dártela? No puedo verte.

—Estírala.

—La tengo estirada, ¿por qué no prendes una luz?

—No, eso es más peligroso; llamaríamos la atención.

—¿A quiénes?

—¿Crees que somos los únicos por aquí?

—Eso me gusta pensar.

—Pues no es así, lo siento.

Perret, más que encontrar su mano, siguió su voz hasta que le tocó un hombro de forma

agresiva al estar manoteando en el aire. Después, fue cuestión de encontrarse para continuar con su camino.

—Soy una idiota, ¿cómo pude confiar en ti?

—Admito que no fue un movimiento inteligente, pero realmente no te mataré, juro que no es mi intención.

—Claro, el juramento de un asesino loco —negó—. Si no me matas tú, Kylian seguro lo hará.

La risa de Perret fue extrañamente cálida.

—Sí, seguro que estará furioso —sonrió—. Aunque habrás hecho algo para que venga a rescatarte, ¿no es cierto?

—De hecho, me despedí de él.

—¿Qué?

Millie sonrió con satisfacción al notar su sorpresa.

—Sí, simplemente le deseé buen viaje, ¿qué más podía hacer?

—Vaya… ¿Realmente lo dejaste ir?

—Ha sufrido demasiado.

—Supongo que no lo volveré a ver nunca —suspiró—. En todo caso, me alegra compartir momentos contigo, como antes.

—¿Hablas de los momentos en los que me engañabas?

—Desde entonces no tenía ganas de matarte; fuiste la única con la que me rehusaba a cumplir órdenes —le apretó la mano—. Me recuerdas a esos tiempos en los que Fleur era tan… feliz.

—Supongo que destrozarse el alma con asesinatos te quita la felicidad —asintió—. Debe ser terrible estar cerca de alguien que lo disfruta tanto como madame Dupont.

—El miedo es la peor emoción que se puede tener, sobre todo cuando es constante y en incremento.

—¿Qué es lo que ha hecho tan diferente a Fleur?

—No lo sé, antes la sentía horrorizada la mayor parte del tiempo, asustada y necesitada de mí, pero ahora… ella parece enojada a cada instante, no me quiere cerca y está obsesionada.

—¿Con qué?

—Contigo —la miró—. Con De Valois y Lefevre.

—¿Por qué jamás se fue?

—Siempre nos ha amenazado con ellos, y Fleur prácticamente dormía con ella todos los días, no había forma.

—En ese caso, ¿cómo tenían encuentros amorosos entre ustedes?

—Madame nos brindaba el tiempo.

—Así que ahí también estaban siendo vigilados.

—Quiero pensar que no.

—Yo lo dudaría —dijo tranquila y trató de encontrar razón a que Perret pudiera guiarse con tal naturalidad en medio de esa oscuridad—. ¿Cuánto falta?

—No mucho.

Perret apretó la mano de Millie, sobre todo cuando volvió a sentir la presencia de alguien cercano junto a ellos. No tenía idea de quién fuera, pero sin duda era peligroso y, por muy sorprendente que pareciese, los llevaba siguiendo un buen rato por los túneles.

—¿Por qué estás tenso?

—No hables en voz alta —susurró—. Alguien nos está siguiendo.

Millie tragó con fuerza y cerró los ojos, lo cual no hacía ninguna diferencia además de brindarle un poco de paz. Trató de no temblar demasiado cuando Perret anunció que estaban cerca de la propiedad. Entrarían por debajo de la casa, por un escondite que sería lo que ellos usarían para entrar y salir sin ser vistos por nadie; el camino que acababa de recorrer era el mismo que muchas otras mujeres tuvieron que hacer antes de dirigirse a su propio final, tan dispuestas como ella lo hizo, porque no había otra forma de sobrevivir más que ser guiado.

—¿Lloraban?

—¿De qué hablas?

—Cuando las tirabas de repente por la alcantarilla y se daban cuenta de que estaban perdidas en las catacumbas —incriminó.

—Trataba de hacerles el mal rato lo más pasajero posible.

—Así que las drogabas.

—Sí, a la mayoría.

—¿Por qué no a todas?

—Algunas venían por voluntad, les decía que era una aventura.

—Hasta que llegaban a su triste final.

Perret suspiró desganado.

—Así es.

Millie guardó silencio por un rato, porque sentía la tensión de ser observada por alguien que no podía ver; estaba cerca y no era la única que parecía sentirlo, porque Perret aceleraba el paso cada vez que a ella la recorría el escalofrío que venía con la sensación de cercanía.

—¿Lo sientes? —inquirió Perret cuando el aire corrió y la presencia del intruso se hizo presente con un leve sonido de queja.

—Sí —susurró asustada en un principio, pero pronto se relajó, porque no podía estar peor de lo que ya estaba.

¿Qué importaba si la mataban en los túneles o en la casa de madame Dupont? Era exactamente el mismo destino, aunque le mortificaba el hecho de que Perret mostrara tanta indecisión y miedo.

—Aceleremos el paso —afianzó su muñeca—. Vamos.

Millie iba a hacerlo, pero en cuanto pensó trotar detrás de él, de pronto se encontró con tal muralla que la mandó al suelo, separándola de Perret, quien gritaba su nombre con desesperación al mismo tiempo que él mismo trataba de protegerse.

Sentía el corazón palpitando con tal fuerza en su pecho, que sintió que moriría ahí mismo de causas naturales; pero finalmente encontró la forma de relajarse, respiró lentamente, siendo muy consciente de sus pulmones, del aire que entraba y salía hasta que de pronto se sintió guiada hasta entregarla de regreso a la tranquilidad.

—¡Estoy bien! —se levantó Millie de golpe—. Háblame, Perret, llegaré a ti, ¿de acuerdo?

—¿Por qué te caíste? No había nada con que pudieras tropezar.

—Al parecer sí, ¿tienes forma de hacer luz?

—No. Te he dicho que puedo caminar por aquí sin necesidad de ello —aseguró—. Tengo el

camino marcado, te lo prometo.

—Confío en ti.

—¿En serio?

—Sí, por ahora, tengo que hacerlo.

—Ahora entiendo a De Valois, eres demasiado crédula.

—Quizá, pero sé que Aine me estará buscando justo ahora; mi muerte será vengada, al menos eso lo sé, y no sólo morirías tú, sino que lo harían las mujeres a las que proteges.

—Creo que estoy haciendo lo contrario a protegerlas; te estoy llevando ante ellas en conjunto con el resto de las *Águilas*.

—Lo hiciste de la manera más difícil porque no lo estás haciendo con buena intención, ¿no es cierto?

—¿De qué hablas?

—Accediste demasiado rápido, me guiaste a un camino sin salida, me *llevarás* hasta una de las asesinas seriales más prolíficas del momento, ¿y piensas que no entiendo que lo haces con malicia?

—Millie…

—Sabes que una vez que ingrese a esa casa, no tendré salida.

De pronto la mano de Perret se congeló, como si la sangre de su cuerpo se hubiese drenado y de alguna manera perdiera el calor normal de un ser vivo.

—¿Y qué piensas hacer? —la voz era diferente, fría, distante—. Supongo que el doctor Anton te habrá dicho lo que sucederá.

—Lo hizo —tragó con fuerza—. Sé lo que hacían paso a paso.

—Él ayudó, ¿sabías?

—Lo tenían amenazado.

—Todos lo estábamos.

—No. Tú y Fleur no lo estaban; con respecto a Ivette, creo que jugaron con sus sentimientos hasta ponerla de su lado.

—Te falta una persona crucial, guapa.

—Ah, sí, ¿quién?

—La persona por la cual el hombre en el que confías para salvarte no vendrá —sonrió en la oscuridad—. Kylian debe estar a kilómetros de París en estos momentos, mientras que tú estás a punto de ser sacrificada por el bien de todos nosotros. Contigo fuera, todo volverá a la normalidad; Kylian regresará para vengarse y el mundo girará en el orden que esperábamos.

—Nada volverá a ser como antes —dijo Millie—. Incluso aunque Kylian se enterara de lo que pasó, ahora sabe que Fleur está detrás de todo esto y no se detendrá más. Las *Águilas* tampoco lo permitirán, ¿qué no ves? Estás completamente arruinado.

—En ese caso, tendremos la satisfacción de matarte a ti antes de que todo termine, ¿no es cierto?

—¡Suéltame o te asesinaré!

Perret se rio.

—¿Con qué arma? Sé perfectamente que perdiste la tuya al caer.

—Lo sabías.

—¿Me crees un idiota?

—Pues sí.

Millie hubiera querido huir, pero seguía estando oscuro y tarde comprendió que la forma en la que Perret se guiaba era por medio de una hilaza que debió tomar del suelo al momento de caer por la alcantarilla; eso era lo que estaban siguiendo. Desde hacía rato sintió el roce insinuante del hilo contra su brazo, y si ella tomaba la dirección contraria, entonces podía encontrar una salida.

Para lograrlo, tenía que distraerlo.

—¿Quién es la persona de la que hablabas antes?

—La linda notita que dejaste a Kylian para que viniera a salvarte —dijo con tranquilidad—, fue interceptada justo a tiempo.

—¿Cómo es que sabes de…?

—Eres una amante excepcional como para obligarlo a quedarse por más tiempo del que quería, pero no vendrá; al contrario, se mostrará bastante ofendido al encontrar la nueva nota que

dejaste.

Millie ató cabos con rapidez.

—Así que Soleil.

—Es hábil; supongo que se debe a que ha trabajado desde la infancia con madame. Jamás se acopló del todo al grupo, siempre quiso la aprobación de Madame, pero era imposible que ganara el lugar de Fleur, aunque eso es lo que desea.

—¿Se pelean por una asesina?

—Tú no sabes nada.

—Es verdad. No lo sé.

Millie levantó el arma que llevaba apretando en su mano desde hacía buen rato, lo hizo en silencio, porque había utilizado su conversación para jalar el martillo y estar lista para disparar. Tragó. Lo hizo con fuerza, porque estaba por asesinar a una persona a quemarropa y no sabía lo que sentiría.

“Tengo que sobrevivir, así que lo siento”.

—¿Sabes? —apretó los labios—. Al principio, cuando escuché sobre los baños de sangre, creí que madame estaba loca, pero luego me di cuenta de que Fleur realmente parecía rejuvenecer; es más, creo que está más hermosa que nunca.

—Estás loco, igual que ellas.

—Quizá, pero no tanto como tu prima Renata, ¿no es cierto?

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Esa mujer es una caja de sorpresas; tuvimos que deshacernos de ella antes de que causara verdaderos problemas.

—¿Por qué?

—Ahora que lo veo, tal parece que entrometerse en los asuntos de los demás es cosa de familia; si no tuviera que esperar para el ritual, no contendría mis ganas de matarte.

—Entonces todo fue una artimaña, desde el principio este era tu objetivo, ¿no es cierto? Querías que te capturaran para poder engañarme y meterme a estos túneles de muerte.

—Y decían que eras lista; yo te encuentro condenadamente lenta —se burló—. Estás

marcada; la que tiene la marca del anillo muere, así de simple, no hay otra forma de actuar.

—Lo de Soleil era toda una mentira, ella ni siquiera tiene familia, ¿no es cierto? Estaba en la casa de Lefevre a posta.

—Queríamos tener a alguien cerca de ellos y tú ayudaste mucho; la forma ciega en la que confías en las personas es contraproducente.

—Sí, ya lo creo —cerró los ojos—. Sin embargo, una vez que reacciono, no vuelvo a caer en el mismo error.

—Lo hiciste, prácticamente volviste a confiar en mí.

—No. No lo hice.

Millie disparó dos veces; la distancia era tan corta que no dudó un instante en que lo había asesinado, sobre todo porque después del quejido inicial y el ensordecedor sonido del arma, el silencio se apropió del lugar. Era una ventaja que no pudiera ver nada, pero no pudo evitar soltar un chillido que continuó con un llanto silencioso al comprender lo que había hecho, porque solo hacía falta dar un paso al frente para sentir el cuerpo inerte.

—¿Millie?

—Kylian —soltó el aire con un gemido—, luz, por favor. Luz.

Necesitaba verlo, saber que no se había equivocado cuando percibió su aroma en el aire y sintió su tacto al entregarle el arma que acababa de salvarle la vida y arrebatar la de alguien más.

Él parecía moverse con presura al esculcar sus propias ropas, encontrando una linterna que iluminó el tenebroso túnel. Ella parecía nerviosa, asustada, llena de adrenalina al querer sobrevivir y una debilidad ahora que lo había logrado. Tenía los ojos cerrados al no lograr ajustarse a la luz que sus ojos perdieron durante el tiempo en el que fue guiada por los túneles.

—Ven, todo está bien —extendió un brazo—. Lo hiciste bien.

Ella tiró el arma que temblaba en su palma y se abrazó al hombre que siempre estuvo cerca desde que cayó a los túneles. Admitía que no era un plan del que ella estuviera consciente, seguro que era una artimaña de Aine en conjunto con él, pero había funcionado, porque ahora no sólo se deshicieron de la persona que se encargaba de engañar a las señoritas para llevarlas a su terrorífico destino, sino que tenían el camino marcado hacia el lugar donde las asesinaban.

—¿Ahora puedes apreciar lo bueno de mi voz?

—El que no te callaras me facilitó el poder seguirlos de cerca —la apretó contra su pecho—. ¿Te diste cuenta de inmediato?

—Jamás te pones perfume —sonrió de lado—, supongo que realmente no querías que me pasara inadvertido tu aroma.

—De algo debía servir el que casi absorbieras mi piel por tu nariz.

Ella rio un poco, de forma cortante y sin ánimos.

—¿Ahora qué? —se separó de él—. Está muerto, pero mi prima sigue estando en problemas; dijo que era un estorbo.

—Lo sé.

Kylian apuntaba con la linterna al cuerpo sin vida de Perret; no parecía tener emoción alguna en su rostro, pero eso hacía aún más evidente que le dolía de una manera que ni siquiera encontraba salida.

—Lo siento, Kylian.

—Era lo que se tenía que hacer —negó con la cabeza, pero no apartó la mirada del cuerpo—. Tendremos que seguir nosotros solos.

—Supongo que no quedaste en eso con Aine.

—Afrontaré su ira después.

—¿Cómo fue que lo supiste?

—Las *Águilas* son realmente efectivas, me vinieron a informar desde mucho antes de que tú salieras del cuartel —sonrió—. Para ese momento las sospechas que yo tenía sobre Soleil se confirmaron con Aine, quien dudó en seguida de su llamado de auxilio.

—Me siento una estúpida por no haberlo notado antes.

—No hablemos de eso, porque yo he sido uno mucho peor.

—Entonces… —mordió sus labios—. Cuando yo llegué a tu casa, ¿ya estabas informado de lo que sucedía?

—Acababa de enviar mi respuesta, mi plan —asintió—. Por eso estaba cerca de la ventana.

—Claro —cerró los ojos—. ¡Pero claro! Les dijiste que acercaran a Perret a los túneles,

porque los conocías tan bien como él.

—Lo colocamos en un lugar clave, en donde los cuerpos de los asesinatos parecían converger; estábamos seguros de que sabría a dónde ir a partir de ahí —asintió—. Esperábamos que revelara la clave para llegar al escondite de la casa Dupont y así fue.

Kylian se separó de ella para tomar la hilaza que Perret aún tenía en una de sus manos. Estaba ensangrentada, pero no parecía ser algo reciente, sino de las muchas ocasiones en las que ese hombre requirió de la fuerza bruta para llevar a las mujeres hasta su zona de tortura. Millie lo siguió de cerca, observando detenidamente los ojos sin vida del hombre al que había asesinado.

Se llevó una mano a los labios al sentir una repentina arcada y, por más que quiso contenerse, tuvo la necesidad de devolver su estómago para recuperar la normalidad de su cuerpo.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé —respiró con profundidad—. Sé que era una mala persona, hizo mucho daño, pero…

—Quitar una vida nunca será fácil para alguien con alma.

Ella lo miró y se sintió aliviada.

—¿Entonces?

—¿Estás lista para continuar?

Asintió suavemente, pero se atragantó con su saliva al verlo inclinarse sobre el hombre recién asesinado y robarle su anillo para después colocárselo en el mismo dedo que él.

—¿Qué haces?

—Seré él.

—No tienen la misma voz, prácticamente…

—Escucha —se volvió hacia ella—. Entraré contigo, verán el anillo y la actitud; con suerte estarán tan enfocadas en ti, que no harán mucho caso a mi persona.

—Es arriesgado.

—Claro que lo es, sobre todo por ti —le tocó la mejilla—. ¿Quieres hacerlo o no? Haré lo que tú me digas.

Millie suspiró, apretó sus manos y asintió.

—No puedo imaginar el dolor del que estos túneles han sido testigos, las mujeres que sufrieron, gritaron en auxilio y lloraron. Tengo que hacer esto —lo miró—, pero tengo miedo.

—Lo sé, yo también lo tengo.

—¿Por qué?

—Tampoco quiero que te pase nada, Millie, hiciste prácticamente lo que te dije que no hicieras.

—Jamás se me ha dado recibir órdenes.

—Lo sé —sonrió—, pero ahora tendrás que recibirlas de mí y de Aine, ¿estás de acuerdo con eso?

—Quiero vivir —asintió—. Lo haré.

—Tendrás que confiar en mí ciegamente.

—Lo hago.

—No importa lo que haga, Millie, ¿lo entiendes?

—¿Puedes dar un adelanto?

—Saldrá en el momento, por eso te digo que tienes que confiar ciegamente —elevó una ceja —. Siempre.

—Lo haré.

—De acuerdo —se acercó y la besó—. Te quiero a salvo.

Ella asintió, sintiendo un mal presagio, porque no confiaba completamente en De Valois, sobre todo cuando volviera a ver a Fleur, porque existía una llama que nunca logró apagarse y esa era la motivación por la cual Kylian siguió luchando contra Perret.

Kylian era un ser humano con la sangre fría, tan es así que pudo pasar por encima de la persona que persiguió por un año sin siquiera inmutarse o dudar. Entendía la decepción que pudo sentir al enterarse de las atrocidades que hacía, pero un ser amado siempre lo sería, incluso en la muerte; pero para De Valois no parecía ser así.

Él podría decir que Millie era importante para él, pero en algún momento Perret también lo fue todo y, al igual que Fleur. Pero si todos se juntaban en una misma habitación, ¿cuál sería su decisión? Sobre todo, al enfrentarse con el amor de su pasado.

25 INOCUO

Aventaba un pie por delante del otro casi con monotonía que no encajaba con el contexto por el que caminaba, mucho menos con el destino al que llegaría. No iba tomada de su mano, no lo necesitaba; de hecho, prefería mantener su arma asegurada entre sus dedos, donde podía jalar el gatillo en cualquier momento. ¿En qué momento empezó a dudar de él? Quizá desde que se mostró tan entusiasmado por encontrarse con Fleur en persona o quizá porque ya iban demasiadas veces en las que su credulidad la traicionaba.

Decía tonterías. De hecho, ese tipo de pensamientos era peligroso para ella, sobre todo porque tendría que confiarle su vida a ese hombre cuando llegaran a la casa o guarida de madame Dupont.

—Escucha, Millie, no faltará mucho para llegar.

—¿Cómo lo sabes? —entrecerró los ojos.

—Conozco estos lugares, ¿lo olvidas?

—Por supuesto —meneó la cabeza—. De acuerdo, ¿cómo hemos de actuar? ¿Qué vamos a hacer?

—Necesito que estés inconsciente.

—¿Qué?

—Así es como las lleva Perret —señaló con obviedad—. Sería extraño que entraras caminando con tranquilidad.

—No creo que lo pueda actuar.

—Te dije que debías confiar en mí —. Kylian sacó de entre sus ropas aquello que la dejaría inconsciente—. ¿Lo harás?

Millie tragó con dificultad.

—De Valois, ¿puedo confiar en ti?

—Es lo que debes hacer, en eso quedamos.

Ella asintió ligeramente.

—¿Qué es lo que te dijo Aine?

—Nos encontrará pronto; encontraré la forma de traerlos.

—¿Cómo lo harás sin que se den cuenta los de adentro?

—Me las sé arreglar, Millie —se adelantó hacia ella—. Estarán esperando mi señal; incluso tengo conmigo una bengala.

—Será demasiado llamativa.

—Lo necesario para salvarte la vida.

Millie asintió ligeramente y se acercó otro paso.

—Confiaré en ti, Kylian.

Los ojos del hombre se profundizaron, pero aquello no le dio ninguna paz; al contrario, la hizo sentir más insegura, sobre todo cuando comenzó a perder la consciencia y lo vio colocarse una de esas máscaras de Sombra que logró aterrorizarla, porque le recordó a Perret, a quien ella asesinó para salvarse.

No cayó al suelo, sino en los brazos del hombre que la acomodó suavemente sobre su hombro, respirando su aroma y tomando valor para recorrer el último tramo que quedaba de túnel. Alumbró su camino y prosiguió con total seguridad, tratando de simularla al menos, porque no sabía lo que pasaría una vez que la tuviera enfrente.

¿Cómo sería Fleur ahora? ¿Seguiría siendo tan hechizante como lo era de joven? Quizá lo era aún más; se había convertido en una mujer, seguramente una muy hermosa que podía dominar a un hombre como Perret, quien, hasta donde conocía, no era una persona que fuera fiel o leal a nadie. Al menos, no lo hacía antes de que se hiciera su grupo; incluso cuando comenzaron a ser amigos, era el que tenía más tendencias a darles la espalda.

Pero Fleur lo cambió todo, los unió, los hizo diferentes y les creó la necesidad de estar juntos; por eso resultaba tan doloroso el hecho de haber perdido la amistad que tenían, ahora de forma irrevocable, porque Perret no regresaría, nadie lo haría.

Miró a la joven en sus brazos a través de la máscara que llevaba en la cara, detrás de donde

sentía la bruma de su propia respiración que se volvía entrecortada ante la angustia que le provocaban sus pensamientos cada vez más melancólicos.

Tuvo que dejar a Millie en el suelo para poder subir las escaleras que llevaban a una trampilla. Abrió con cuidado de no hacer ruido y tuvo que poner a la chica sobre el hombro, como un costal sin importancia al cual incluso descuidó al momento de subir, por lo cual tendría un importante dolor de cabeza que nada tendría que ver con las reacciones secundarias a las drogas que le dio.

El lugar al que ingresó era diferente a lo que imaginó, sobre todo cuando un par de mujeres llegaron vestidas de blanco y se llevaron a Millie sin decir ni una palabra o hacer ningún sonido. Le hubiera gustado seguirla, pero tenía que actuar como lo haría el mismo Perret y él debía estar acostumbrado a esa clase de actitudes.

—¡Farris! —. La dulce voz a sus espaldas le dio escalofríos, porque pensó jamás volverla escuchar—. ¡Al fin llegas!

Se volvió lentamente hacia la mujer rubia que sonreía y se acercaba a él con los brazos abiertos, dispuesto a darle un abrazo que él no fue capaz de rechazar, pero tampoco de corresponder.

—Sabía que lo lograrías, estamos un paso más cerca de lo que ambos queremos, ¿no es cierto? Seguro que no tardará mucho en llegar. —Kylian simplemente asintió—. Oh, ya sé, estás cansado después de esto; te dejaré tranquilo, pero recuerda reunirte conmigo allá abajo, ¿o me dirás que nuevamente no querrás estar presente?

Kylian meneó la cabeza y le apretó una mano.

—¡Genial! Puedes descansar ahora; de todas formas, falta un buen rato para comenzar con los preparativos —sonrió—. Oye, ¿tuviste problemas con los recién llegados?

Volvió a negar con la cabeza, pero en esa ocasión la duda fue perceptible en los ojos de Fleur, quien frunció el ceño ligeramente y dio pasos dubitativos hacia él. Kylian sentía que el corazón se le saldría de lugar; realmente se convirtió en una mujer hermosa, con una piel reluciente y cabellos aún más brillantes. Tenía los mismos ojos de Lefevre, pero los de ella eran encantadores, hechizantes.

Recordaba cada instante junto a Fleur, postrado a sus pies; su delicada composición y dulce

rostro obligaban a cualquiera a cumplirle todos sus deseos; él jamás fue diferente.

—De Valois —dedujo—. Eres tú, ¿no es cierto?

—Siempre fuiste rápida en reconocer a quien tenías delante.

—Tu presencia es diferente a la de mi hermano o Farris.

—¿Lo es?

—¿Dónde están? —se cruzó de brazos—. Ya sabes: Ivette y Farris. Esperaba que fueran ellos los que la trajeran.

—No pude resistir la tentación —admitió—. En cuanto Perret me dijo que estabas viva… No he podido creerlo hasta ahora.

—Lamento no haberte informado, pero, madame…

—Lo comprendo; supongo que te gusta tu vida aquí.

—Es horrible —admitió—, he visto cosas que jamás saldrán de mi memoria; pero Madame me aprecia, es buena conmigo.

—Obtuviste todo lo que quisiste sin la necesidad de unirte a mí.

Fleur eliminó su sonrisa y lo miró con gravedad.

—Sabes que te amo, De Valois.

—Has de disfrutar vernos actuar como idiotas ante ti.

—Realmente me reconforta saber que me siguen teniendo tanto cariño después de todos estos años.

—¿Por qué te has quedado junto a esa bruja por tanto tiempo?

—No es tan mala como piensas.

—¿Justificas lo que hace?

Ella calló por un largo momento.

—Sí. ¿Castigas la belleza?

—¿A costa de vidas? —asintió—. Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué has traído a esa mujer? —apuntó con la cabeza—. Sabes lo que le pasará.

—Porque… —apretó sus dientes—, porque jamás podría olvidarte, Fleur. Lo intenté, pero no fui capaz de hacerlo.

Ella sonrió con placer.

—Yo tampoco he podido olvidarte, Kylian.

—Tal parece que sí.

—No. Siempre me mantuve al pendiente de ustedes, tanto de mi hermano como de ti. Los seguía por todas partes, convencía a madame de ir a donde estuvieran ustedes.

—Era para nosotros una tortura saber que Perret…

—Somos felices, te lo aseguro.

—No tienes que asegurarlo, lo veo —la apuntó—. Farris me habló sobre lo que había entre ustedes.

Fleur bajó la mirada, repentinamente sonrojada.

—Sé que no es lo mejor que haya hecho, pero me parecía más adecuado estar con una persona como él —se inclinó de hombros—. Sabía que tus padres jamás permitirían que te casaras conmigo.

—Me hubieras dejado decidir eso a mí.

—Te haría daño.

—¿Y no me dañaste al decir que moriste? ¿O al acostarte con uno de mis mejores amigos? —elevó una ceja.

—Kylian, estás viendo todo en extremos; las cosas no fueron así.

—¿Ahora me dices que soy ciego?

—Siempre lo has sido, Kylian, porque has estado rodeado de privilegios que te permitían obtener todo lo que querías —recriminó—, pero resulta que tus padres te conocían mejor de lo que tú creías y en cuanto vieron tu interés en mí…

De Valois entrecerró sus ojos con sospecha.

—¿Qué? —exigió.

—Me advirtieron que me alejara de ti si no quería que todos sufrieran por mi causa —apretó los puños—. ¿Cómo querías que me quedara a tu lado cuando mi hermano, Ivette o Perret

podrían salir heridos por mi necedad? No podía.

—¿Por eso aceptaste tan entusiasmada este trabajo?

Ella lo miró con gravedad.

—Los he amado toda mi vida; pero después de mi supuesta muerte, el único que permaneció aferrado a mí fue Perret. Ustedes siguieron con sus vidas y me olvidaron.

—Jamás podríamos olvidarte.

—Si acaso Perret no hubiera comenzado con los asesinatos en nombre de Madame, ustedes jamás hubieran volteado a verlo.

De Valois no podía negar aquella acusación; pero no por la razón que ella creía. Jamás pudo olvidarla, mucho menos superar que se la arrebataran de forma tan repentina; se alejó de Perret por el simple hecho de que su obsesión lo dañaba, quería comenzar a sanar la herida y el que Perret recordara a Fleur todo el tiempo resultaba un suplicio que ni él ni Lefevre pudieron soportar.

—¿Cómo fue que él descubrió que seguías viva?

—Madame es una persona inteligente, fingió mi muerte para que dejaran de buscarme, pero Perret no se rindió y la persiguió —se encogió de hombros—. Su dedicación y adoración por mí debieron enternecerla en algún momento.

—O comprendió que podría sacar ventaja de su obsesión —Kylian levantó una ceja—, porque era notorio que él haría cualquier cosa por ti, como lo es asesinar a mujeres inocentes.

—No teníamos opción.

—Eres una adulta ahora, Fleur, no puedes justificarte con tu incapacidad de hacer las cosas.

—Tengo miedo —sus ojos se llenaron de lágrimas—, tú no sabes el poder que tiene esta mujer.

—Pudiste pedirme ayuda.

Ella bajó la cabeza.

—Me daba vergüenza.

—¿De qué?

—Pues… De todo. De las mentiras que dije, de la relación que tenía con Perret —negó—.

Sabía que te ofenderías y me odiarías.

—No podría odiarte.

Fleur levantó la mirada.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —cerró los ojos—. Finalmente, es mi culpa que vivieras en este infierno; fueron mis padres los que te entregaron a las manos de esa loca, transformándote en lo que eres ahora.

Unas lágrimas silenciosas recorrieron las mejillas de la joven sin que ella pretendiera detenerlas cuando desfilaban por su cuello.

—Yo… estoy arrepentida de alejarme de ustedes.

Kylian asintió comprensivo, mirándola fijamente, como si no terminara de conocerla, quizá porque había cambiado demasiado; era hermosa a sus ojos, sí, pero tan diferente que podría ser otra persona.

—¿Qué harás con la mujer que he traído?

Él notó el rayo perverso que atravesó los ojos de Fleur en el momento que mencionó la presencia de Millie; tal parecía que ella había eliminado de su cabeza su presencia.

—Ya sabes lo que pasará.

—¿Por qué?

—Es luna negra; Madame no permite otra cosa.

—Puedo ayudarte a huir de aquí. —Kylian miró a su alrededor con cierta duda—. ¿Dónde demonios estamos?

—Es un cuartel secreto —expuso—. Nadie nos encontrará aquí.

—¿Hay salida?

—No.

—¿Quieres decir que la única entrada es por medio de los túneles?

—Sí.

No podía asegurar si mentía, porque en ese lugar no había ventana o puerta que indicara algo diferente. Estaba tan encerrado que incluso le causaba claustrofobia, pero de eso no dijo nada, porque Fleur parecía tan cómoda que no había lugar a dudas de que estaba acostumbrada a ese

ambiente; sintió pena por ella y volvió la culpa.

—Entonces, ¿qué haremos ahora?

—¿Por qué no platicamos? —le tomó la mano.

—¿De qué quieres platicar? —la siguió por el pasillo.

—De todo lo que has hecho o viajado, lo quiero todo.

Kylian asintió y la siguió, sintiéndose hipnotizado y, de pronto, sintió como si hubiera vuelto en el tiempo y se sentía cómodo.

26 PERVERSO

Se puso en pie casi al instante de abrir los ojos. A pesar de que no reconocía el lugar y le dolía la cabeza, sentía una claridad asombrosa de lo que estaba pasando, del peligro que corría y de lo imperativo que era que saliera de ahí cuanto antes.

Estaba encerrada, pero no esperaba nada diferente. No había ventana, ni puerta que le indicara por dónde debía idear salir; se sentía desolada en aquella habitación abarrotada de basura, colchonetas sucias y mantas raídas que seguro eran el único cobijo en la espera de las jóvenes que posteriormente serían sacrificadas.

Inconscientemente se llevó una mano hasta su muslo, donde el sello en su pierna ardía como si se lo acabaran de hacer. Sabía que no era más que parte de su imaginación que le recordaba lo peligrosa que era su situación de permanecer en ese lugar.

—Ah, al fin despiertas.

—¡Renata! —se volvió hacia su prima y no dudó en abrazarla.

—Ay, cielos —. Renata extendió sus brazos a los lados, como si tocarla fuera venenoso—. Cuánta efusividad.

—Pensaba que estabas muerta.

—¿Muerta? —la apartó de sí—. Por favor, hace falta mucho más para que alguien logre arrebatarme la vida.

—Pero estás aquí… ¿Por qué?

—Venganza.

—¿Venganza? —frunció el ceño—. ¿De qué hablas?

—Bueno, ellos me quitaron algo que amaba y vengo a darles su merecido —empuñó su mano —. ¿Y tú?

—Venía a rescatarte.

—Qué tontería —sonrió con burla—. No necesito rescate.

—Eh… Estás tan encerrada como yo.

—Claro, pero es parte de mi plan —se inclinó de hombros—. Ahora, dime que tú cuentas con uno, porque no pienso salvarte yo.

—Hay alguien ayudándome.

—Oh, no me vayas a decir que se trata de ese tal De Valois.

Los ojos de Millie dudaron, dándole la respuesta a Renata, quien sopesó la información con desesperación que mostró al llevarse una mano hasta su frente y rascar un poco ahí.

—¿Qué? —El corazón de la joven daba brincos.

—Él te acaba de entregar como ofrenda —la apuntó—. Mira tus ropas, por favor, estás más acabada que El Colgado.

—¿Qué?

—La carta de La Muerte seguro sale en tu destino.

—Me hablas en otro idioma.

—Estás en peligro, confiaste en la persona menos indicada; De Valois está enamorado de Fleur, siempre lo estuvo y siempre lo estará —dijo obvia—. ¿Qué más quieres que te diga?

—El cómo lo sabes.

Renata ladeó la cabeza.

—Me lo dijo ella misma en su tiempo.

—¿Qué? —saltó la joven.

—¿De qué te sorprendes? Era obvio que la conocería.

—¿Por qué sería obvio?

La joven con el cabello pintado sonrió de lado, casi con burla, o quizá un poco de desconcierto.

—Mi suegra es Madame Dupont.

Millie tragó con tal fuerza que fue sonoro para Renata, quien suspiró divertida y se cruzó de brazos.

—No lo sabía.

—Puedo notarlo —rodó los ojos—. En todo caso, por esa razón es que yo estoy atrapada aquí contigo.

—¿Tu suegra quiere matarte a ti también?

—¿De qué hablas? —la volteó a ver con el ceño fruncido—. Mi suegra ya no existe; estas personas la mataron.

—No, pero… Es ella quien hace esta locura.

—Claro que no —se rio con sorna—. Admito que mi suegra no era la persona más moral que existió en la tierra, pero no tenía ninguna obsesión con la belleza o la perdurabilidad de ella.

—¿De qué hablas?

—Fleur es la que está obsesionada con eso, con ser amada por cuanto la conoce; la maldita piruja que traicionó a mi suegra.

—¿Hace cuánto que…?

—No lo sé —admitió—. Dejé de verla por varios años gracias a… bueno, tuve otras cosas en las que ocuparme. Pero tengo entendido que esos desgraciados se encargaron de usurpar su lugar y despilfarrar su dinero a placer. Tengo entendido que era la misma Fleur quien salía a representar su nombre y, como fue vista como dama de compañía por muchos de sus amigos de mi suegra, nadie dudó de su palabra.

—Tu marido…

—Sí, lo sabe.

Aquello era malo, porque si se pensaba que Renata era una mala y peligrosa persona, su marido no era mejor; de hecho, era mucho, mucho peor. Tenerle respeto era solo el inicio, porque cuando se le conocía, lo mínimo que te inspiraba era miedo.

—Así que por eso estás aquí.

—No hay nadie mejor para matar a una serpiente que otra.

Millie sonrió.

—En ese caso, estamos del mismo lado.

—Por ahora —asintió—. En todo caso, vendrán por ti pronto y, si no tienes un plan de

respaldo que no involucre a De Valois, estás totalmente perdida.

—¿En serio crees que él…?

—Sí. Esa arpía sabe manipular con agilidad; es inteligente.

—Pero tú lo eres más —atribuyó Millie—. Y yo no me quedo atrás. Sé que no te importa, pero me metí en esto por ti.

—Ay, por favor —chistó en negación—. No digas mentiras, tú querías entrar aquí a costa de lo que fuera; querías estar en medio de esta historia, no podía ser diferente para alguien con tu curiosidad.

—Me sacarás —puntualizó—. Así que piensa bien.

—Dime que al menos has contactado con alguien además de él.

—Aine está aquí.

—Agh —gruñó—. ¿Por qué?

—Los Hamilton son los más indicados para estos casos.

—Son completamente inconvenientes —negó—. Alteran a los bandidos más de lo que deberían; pero bueno, algo bueno saldrá de su presencia, ¿al menos saben dónde buscar?

—Tengo entendido que tienen un plan junto con Kylian.

—Y eso quiere decir que estamos arruinadas.

—Si Aine sospechara de él, no habría permitido que…

—Incluso ella puede equivocarse —interrumpió Renata—. En todo caso, tendremos que pensar en algo por nuestra cuenta.

—Tú debes conocer este lugar, la mujer que fue tu suegra.

—¿Que no pusiste atención? Te dije que Fleur despilfarró el dinero; esta propiedad se hizo con base en ese precepto.

—Mmm… tiene sentido que fuera de esta manera; Ferris Perret conocía a la perfección los pasadizos de las catacumbas.

—Sí, bueno —Renata miró a su alrededor—. Nos queda esperar.

—¿En serio?

—Claro, ¿qué pretendes hacer? ¿Golpear las paredes hasta dislocarte un hombro? —negó—.

Necesito estar en buenas condiciones para cuando tenga que estrangular a esa bruja.

Millie no dudó de aquella amenaza, por lo cual fue a sentarse junto a su prima, quien parecía demasiado tranquila para estar atrapada en la guarida de unos asesinos.

—Ren —la miró de soslayo—. ¿Cuál es tu verdadero plan?

—Simple —se volvió hacia ella—. Tendré que matarte primero.

—¿Qué?

—Tranquila —ella sacó un par de guantes de su gabardina—, será menos doloroso de lo que hubieran hecho ellos.

—¿En qué te beneficiaría matarme?

—Vendrán corriendo hacia aquí —elevó una ceja—. Así que lo siento, entre más te resistas, más sufrirás.

Millie se puso de pie de un salto, realmente no podía confiar en nadie, había sido traicionada por todos, desde su prima hasta la persona que escogió para ser su ayudante. Todos tenían planes ocultos que eran prioritarios para ella; los objetivos personales de las personas tenían un peso mayor que la propia vida. ¿Hasta dónde estaban dispuestos a llegar con tal de velar sus propios intereses?

—Renata… Por favor, ¿qué haces?

—Lo siento, Millie, es parte del plan.

Soleil estaba inquieta desde que De Valois llegó a la propiedad en lugar de Perret. Nada tenía sentido para ella, pero tal parecía que a Fleur no le importaba averiguar las razones de su presencia y sustitución de su antiguo amante, porque estaba más que fascinada al estar recibiendo la total atención de Kylian De Valois, quien no podía apartar sus ojos embelesados de ella, lo cual le daba una satisfacción que Soleil no alcanzaba a medir.

Quería advertirla, decirle que no confiara tan ciegamente en ese hombre que desde hacía tiempo mostraba un interés diferente en la mujer con la que llegó en brazos hace unas horas. Lo intentó hacer un par de veces, pero finalmente fue echada de la habitación y ahora era la encargada de vigilar a las dos reclusas que morirían ese día.

No estaba orgullosa. Era la primera vez que realmente sentía culpa y un poco de

arrepentimiento por la mujer que tendría que morir esa noche. Millie fue buena con ella desde el principio, la trató como una igual, muy diferente a lo que hizo madame Dupont y la misma Fleur cuando tomó el mando de la situación.

Resultaba gracioso que, a pesar de haber sido maltratada por esa horrible condesa, Fleur hubiese guardado en su interior la saña suficiente para hacer exactamente lo mismo con su servidumbre. Soleil incluso podía decir que era mucho peor, porque lo hacía con más dolo y satisfacción que la condesa.

La noble lo hacía por repudio a los de su clase; se creía con la jurisdicción de atosigarlos y maltratarlos por el simple hecho de nacer con dinero y sangre azul. Fleur era peor, porque siendo una de ellos, decidió olvidarse de sus raíces al adquirir un poder que ni siquiera le pertenecía; pero Soleil la admiraba y, en secreto, guardaba la esperanza de poder hacer exactamente lo mismo que hizo ella: matar a su señora para quedarse con su lugar.

Parecía un buen plan.

Pero por el momento, se tenía que mantener en una aparente fidelidad; ese fue el motivo por el cual salió corriendo de regreso al salón, donde se encontró con Fleur siendo besada y acariciada por De Valois, lo cual demostraba que ella era capaz de tener a todos los hombres de rodillas; no importaba qué tanto daño les hiciera, siempre terminaba siendo el mismo resultado.

—¿Qué ocurre, Soleil? —inquirió una paciente Fleur.

—Creo que se están matando.

—¿De qué hablas? —preguntó De Valois, aun sosteniendo la cintura de la mujer sentada sobre él.

—Las dos primas —apuntó—, creo que Renata realmente está pensando en matar a Millie; no lo dudaría de ella.

—¡Maldición! —Fleur se puso en pie—. ¿Por qué encerraron a esa loca junto con el sacrificio de esta noche?

—Tú lo ordenaste así —le recordó.

—¡Cállate! —Fleur levantó la mano y la golpeó con tal fuerza, que Soleil trastabilló hasta llegar a una pared—. Anda, pide ayuda a alguien para que puedas separarla.

—Pero no tenemos a nadie —hizo ver la mujer—. Sin Perret aquí, carecemos totalmente de la ayuda de hombres.

Fleur sonrió de pronto, volviendo su mirada hacia el hombre que permanecía sentado en su lugar, esperando por su regreso.

—No, de hecho, contamos con alguien mucho mejor.

—Fleur, ¿estás segura de que es buena idea…?

—¡He dicho que te callaras! —levantó la mano, pero en esa ocasión se mostró complacida con la reacción temerosa de Soleil—. Se hará lo que yo diga, ¿entendido?

—Claro, por supuesto, señora.

—Bien. —La miró con desagrado—. De Valois, ¿podrías…?

—Por supuesto, ¿a quién quieres que saque?

—Seguramente la que estará consciente será Renata; la maldita bruja de la condesa no se saldrá con la suya una vez más.

—¿No se molestará la condesa si te deshaces de Renata?

—Oh, no debes preocuparte por nada, querido.

—De acuerdo. —De Valois se puso en pie—. ¿Dónde quieres que la ponga o qué deseas que haga con ella?

—Quiero verla.

—¿De qué medios puedo depender para obligarla?

—Los que quieras.

Fleur sonrió con malicia, satisfecha por lo sádico que sonó De Valois al decir la cuestión. Definitivamente era diferente a Perret; más obediente y menos conflictuado con hacer lo necesario. Eso siempre le gustó de Kylian, su falta de emoción lo hacía un secuaz perfecto; de hecho, le había dejado de importar que Perret se quedara atrapado por el resto de su vida con las *Águilas*, porque sabía que ni siquiera sería capaz de delatarla.

—¿Estás segura de confiar en él?

—Sí, ¿acaso no viste su mirada? —sonrió de lado—. No ha podido olvidarme en todo este tiempo; parece una broma de mal gusto que hubiésemos estado separados cuando es más que

obvio que somos el uno para el otro, ¿no es cierto?

—Veo cómo te mira, pero no confío en él. Lo vi con ella, ¿lo olvidas? Estuve cerca cuando tú no.

—Kylian siempre ha sido un hombre pasional; seguro quería llevársela a la cama, pero eso fue todo.

—Bueno… iba a irse hasta que se enteró de que estabas viva.

—¿Ves? —sonrió de lado—. Me ama, siempre lo ha hecho.

—¿Cómo justificarás tu arranque contra tu hermano?

—Lo ha entendido sin más —se encogió de hombros—. Sabe lo herida que estaba al descubrir que me habían olvidado.

—Supongo que es una buena justificación.

—No te preocupes, Kylian está enojado con ellos por haberse guardado este pequeño secreto —se apuntó a sí misma—. Creerá absolutamente todo lo que yo diga.

En ese momento, se escucharon un par de gritos provenientes de Renata; parecía impresionada por la brutalidad empleada al momento de sacarla a la fuerza del lugar en donde la tenían recluida. Fleur sonrió, porque jamás le cayó en gracia esa mujer; cuando la condesa aún seguía con vida, no dejaba de alabarla y decirle lo hermosa que era a comparación de las sucias manos que la atendían.

La enseñó a hacer todo lo que sabía, mientras que ellas se llevaban el trabajo sucio en el cual tenían que limpiar y cortar para tener todo en orden y al momento en el que ellas lo necesitaran. Por mucho tiempo, Fleur le tuvo miedo, pero ahora los papeles se habían invertido y ahora era su turno; se vengaría.

—Aquí está —De Valois empujó el cuerpo de Renata al suelo, mostrando su rostro magullado y la sangre que brotaba de su boca y nariz—. ¿Quieres que te deje sola?

—Soleil —sonrió Fleur sin apartar la mirada de la mujer tirada a sus pies—, sal con De Valois, mantengan vigilada la habitación.

Renata tosió un par de veces cuando intentó levantarse, incluso escupió sangre al suelo antes de comenzar a hablar.

—Ella no se moverá en un buen rato —sonrió—. Me adelanté a tus lindas torturas; no eres más que un despojo de lo que era la condesa, una copia barata y sádica.

—¿Vienes a darme lecciones morales? —se burló.

—Para nada.

—Bien, porque necesito hablar contigo.

—¿Qué quieres?

La puerta detrás de ellas se cerró, dejándolas en una soledad esperada más que nada por Fleur, quien sonreía de forma siniestra que no lograba impactar a Renata.

—Me da gusto que al fin experimentes el otro lado de la moneda.

—¿Crees que lo hago? —sonrió—. Que tu nuevo perro faldero fuera a lastimarme no garantiza que estemos en la misma condición; de hecho, no lo hace, porque tú siempre serás una basura y, por más que quieras reducirme a ella, jamás seremos iguales.

—Siempre te ha gustado jactarte de cosas que no tienes.

—¿No las tengo? —se echó a reír—. Tengo todo y más de lo que tú alguna vez soñaste.

—Tu esposo te odia.

—¿Y crees que me importa?

—Oh, sí —sonrió satisfecha—, te importa.

—Si eso quieres pensar, entonces está bien.

—En todo caso, no era de lo que quería hablar —le quitó importancia, brindándose la victoria de la conversación—. Quiero que me digas la fórmula.

—¿De qué hablas ahora?

—Te la enseñó, esa vieja bruja te dijo todos sus secretos.

—¿Y qué si lo hizo?

—Quiero aquella que procuraba la juventud y también la de la atracción, la que hace de los hombres unos muñecos. —Fleur tomó prisionera la barbilla de Renata, quien sintió dolor gracias a su labio partido—. Ahora tú serás mi niña de las pócimas, ¿te parece?

—¿Por qué lo haría?

—Morirás de no hacerlo.

—Jamás me ha molestado la muerte, la pienso como un paso a una nueva etapa —se encogió de hombros.

—Si me contradices, te espera algo peor que la muerte.

—Bien por mí —ladeó la cabeza—, me da placer el dolor.

—Eso dices. —La soltó de mala gana. Renata se sostuvo contra el suelo y la miró divertida, porque sabía que la estaba desquiciando—. ¡Soleil! ¡Trae mis cosas!

A las afueras de la recámara, la joven miró asustada hacia el hombre que permanecía haciendo guardia con una apariencia grave y sin apenas inmutarse a pesar de las amenazas de Fleur.

—¿Está de acuerdo en que maten a Millie?

—Creo que tu señora acaba de darte una orden.

—Es usted tan cruel como lo es ella —apuntó hacia la puerta—. No sabe lo que le hará ni cómo la torturará.

—Seguro será espantoso, pero no es de mi incumbencia —la miró—. ¿Ahora me vas a decir que te importa? En primer lugar, fuiste tú la que entró a su casa para pasar información a Fleur.

—Todos le tenemos miedo.

—Buena justificación.

—No le tengo especial afecto a Millie, ni tampoco a Fleur; pero al menos sé con certeza que la primera es una buena persona.

—Entonces no debiste traicionarla.

—¿Y qué justificación tienes tú? —echó en cara—. Ustedes tenían una relación, ¿cómo puedes cambiarla por alguien como Fleur?

—No te atrevas a decir otra palabra.

—¿Qué? ¿Te molesta saber que traicionaste a Millie? Una persona buena que creyó que había más en ti de lo que realmente existe —rio con desgana—. ¿Sabes?, al final creo que eres la pareja indicada para una loca como lo es Fleur; son igual de traicioneros.

—Dije que te calles —la apuntó con un arma—. No vuelvas a poner en la misma oración esos dos nombres.

Los ojos de Soleil brillaron con desdén antes de cumplir la orden de la joven que seguía gritando desde el interior, pidiendo sus instrumentos de tortura para utilizarlos sin piedad en la persona favorita de la condesa, su nuera a la que tanto adoraba, la única a la que quiso de entre todas las que llegó a tener.

Soleil odiaba a todos los hombres, desde los enamorados hasta los tristes; todos parecían encontrar una justificación para su comportamiento cobarde, pero, ¿qué podía decir de ella misma cuando fue la primera en traicionar a Millie? Lo único que quería era vivir de forma despreocupada, con el dinero de su lado, quizá en una casa alejada con un marido amable y un par de hijos.

¿Sería tan imposible ese sueño? ¿Era tan necesario el dinero para obtener la felicidad? Le habían enseñado que sí, que quizá no daba la felicidad, pero sí que era una gran ventaja. Fue por eso que atendió el llamado de Fleur y entregó sus armas de tortura, viéndose obligada a escuchar los gritos contenidos de la joven torturada.

Tragaba con mayor dificultad cada vez que Renata se negaba a cumplir con las órdenes de la maniática que la torturaba cada vez con mayor placer. No entendía por qué se negaba, ¿acaso pensaba morir antes de complacerla? Seguro así era, Renata era esa clase de persona, aunque quizá supiera que no la mataría, porque era la única que conocía las fórmulas de la condesa, porque fue la persona a la que le dejó su legado entero y sin restricción.

—¿A qué hora será el turno de la otra? —inquirió Kylian.

—No faltará mucho, cuando caiga la noche.

—Es imposible saber qué hora es.

—Hay un reloj ahí dentro —apuntó a la habitación—, te aseguro que a ella no se le pasará la hora.

—¿De qué le sirve torturarla? —inquirió—. Pensé que llevaba haciendo el mismo ritual durante un año.

—Sabe que no es lo mismo que hacía la condesa —cerró los ojos al escuchar otro grito—. Ella tenía un método especial; seguía un libro para hacer los rituales a la gente.

—¿Lo hacía para con otras personas?

—Jamás lo aplicó consigo misma.

—¿Por qué?

—Decía que una bruja no podía hacerse trabajos a sí misma, por eso tenía a Renata cerca, aunque jamás se aplicó algo de juventud.

—Así que mataban, pero no para ellas; hay otros que se beneficiaban de la sangre de los muertos.

—No se puede imaginar qué tan alto llegó a ser el precio para uno de sus tratamientos —asintió—, ni de qué clase de personas llegaron a asistir para obtenerlos. La condesa era famosa.

—Jamás escuché de ella.

—Porque nunca hiciste las preguntas correctas.

—Así que es un secreto a voces.

—Siendo de una familia adinerada y con tan mala reputación, seguro que te habrían dicho si acaso hubieras preguntado; eso quiere decir que no eres tan malvado como se dice.

—¿No lo soy? —rio sin ganas—. Estoy aquí, entregando a una mujer para que sea la víctima de otra.

—Es por eso que me resulta tan difícil de creer.

—Si es el caso, ¿por qué no has ido a delatarme?

—Porque no estoy segura —se inclinó de hombros—. Y porque quizá me conviene que tengas una segunda intención.

Kylian entrecerró los ojos ante esa respuesta; no confiaría en alguien como Soleil, quien parecía tener una daga escondida detrás de cada palabra y unos ojos más traicioneros que los del dios Dolos.

—No tengo ninguna intención, estoy con Fleur y más te vale no estar pensando en traicionarla.

—Jamás lo haría.

—Difícil de creer.

—Supongo que los dos tenemos dudas.

—¡Soleil! —gritó de pronto la mujer en el interior de la habitación—. ¡Ven aquí ahora

mismo!

La recién llamada miró una última vez en dirección a Kylian antes de entrar a la habitación que estaba indescriptible después de los brotes de ira que Fleur experimentaba al no lograr doblegar un alma tan dura como la de Renata.

—¿Qué sucedió aquí? —se espantó la joven, arrodillándose junto a lo que parecía ser un cadáver en el suelo—. ¿Está muerta?

—No, pero al fin ha cedido.

—¿Hará los brebajes?

—Más le conviene si no quiere seguir con esto —asintió—. Trae lo que ella te pida; falta poco para la hora.

—De acuerdo —miró a la mujer que sostenía por los hombros y respiraba con extrema dificultad—. Renata, ¿qué necesitas?

La mujer mantenía los ojos cerrados, abrió y cerró un par de veces la boca, pero era incapaz de pronunciar palabra.

—Que venga él.

Soleil lanzó la pregunta hacia Fleur, quien asintió tras beber un vaso de agua y meter un pedazo de queso a su boca, como si ocasionar dolor le hubiera abierto el apetito.

—De acuerdo, lo llamaré.

Cuando Kylian entró, lo hizo en completa soledad, dejando a Soleil a cargo de la vigilancia del cuarto donde se encontraba encerrada Millie, en espera de su turno para ser ejecutada. El hombre no se mostró asombrado por lo que vio en la habitación, pero al momento de tomar a Renata en sus manos, lo hizo con sumo cuidado, tratando de no lastimarla en el proceso.

—Dime.

—Necesito saber si aún hay tiempo.

Kylian levantó la mirada hacia Fleur, quien simplemente asintió.

—Lo hay, podremos hacer lo que órdenes; la noche apenas comienza y Soleil me dijo que el ritual es hasta las doce.

—Así es —tosió—. Necesitaré varias cosas, toma nota.

—Fleur, dame papel y pluma —ordenó.

La joven en cuestión se mostró impactada, porque desde hacía mucho tiempo era ella la que dictaba lo que se debía hacer, pero comprendió que la personalidad de Kylian combatiría con la suya en ese aspecto, porque él lo tenía en la sangre.

Se apuró a pasarle lo que pidió y se mantuvo a raya mientras Renata susurraba cosas al oído del hombre, que tuvo que acercarse a sus labios para lograr escuchar su voz. Quizá se había pasado un poco, pero esperaba que se recuperara lo suficiente como para poder hacer su trabajo; si acaso Renata decidía no ayudar, el dinero se acabaría, porque los nobles no aceptarían antídotos que no vinieran de ella, quien fuera la mano derecha de la condesa.

Debió pensar en eso antes de matarla; fue tonta e impulsiva.

—De acuerdo, saldré ahora mismo a buscarlos.

—No. —Fleur sonrió con frialdad—. No permitiré que salgas de aquí; apenas te he recuperado. Mandaré a Soleil.

Renata sonrió al escucharla; estaba siendo precavida y eso quería decir que no confiaba al completo en De Valois.

—Puedo hacerlo —aseguró.

—Yo lo sé, pero no quiero perderte. Sé que hay Águilas por todas partes; siendo el caso, prefiero perder a Soleil que a ti.

El hombre asintió.

—De acuerdo —abrió la puerta y entregó el papel a la mujer—. Hazlo rápido, no queremos que Renata se desmaye y no despierte.

—¿Todo esto? —se impresionó la joven.

—Ve a donde siempre, ya sabes, con monsieur Leroy; seguro tendrá todo lo que necesitas y hazlo rápido.

—De acuerdo.

—Ah, y Soleil —la detuvo antes de que se marchara—. Si acaso tardas más de la cuenta o haces alguna estupidez, daré por terminadas tus sesiones de fertilidad; ahora que tenemos a Renata con nosotras, no querrás perder la oportunidad, ¿o sí?

—No, por supuesto que no.

—Entonces ve.

Soleil asintió varias veces, pero se podía notar el odio en su mirar.

—Es peligroso que la mantengas cerca —señaló De Valois.

—Lo sé, es desleal, pero me necesita, así que no tiene opción.

Kylian se encogió de hombros y tomó a Renata en brazos, llevándola con Millie para que la curara, a lo que Fleur no se quejó, porque finalmente la necesitaba consciente y sabía que su otra prisionera podía aplicar primeros auxilios.

27 PÉRFIDO

Millie recibió a su prima en medio de la histeria; apenas podía creer que alguien fuera tan despiadado como para herirla de esa manera sin tenerle piedad a las heridas expuestas y encarnadas. Estaba claro que Fleur era una persona que había perdido toda su humanidad mientras crecía; incluso creía que disfrutaba del sufrimiento de los demás, sobre todo de quienes odiaba.

Renata, por su parte, estaba calmada, no inconsciente, pero parecía anestesiada; no emitía queja alguna, se mantenía callada y muy pensativa, con la mirada perdida en otro mundo, lo cual era preocupante para la joven que se afanaba en brindarle primeros auxilios con manos temblorosas al ver tanta sangre y carne.

—Ren, habla conmigo, dime que estás aquí y no en otro planeta.

—Sshh, estoy pensando, no interrumpas.

—Casi mueres.

—El *"casi"* es la clave aquí.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Lo puedes imaginar por las heridas.

—Debiste decirle lo que quería, si no te hubieras resistido tanto…

La mirada castaña de Renata se dirigió con lentitud hacia ella; era una mezcla extraña entre el reproche y la burla.

—Era necesario ganar ese tiempo —dijo tranquila—. Verla desquiciarse me dio una idea clara de lo que debo hacer.

—Fue demasiado dolor para una persona.

—No es nada, relájate.

Millie asintió despacio y siguió con su hacer; su prima tenía tantas heridas que las gasas no

eran suficientes para cubrir sus heridas.

—Ren, ¿harás lo que te ha pedido?

—¿Crees que me deje otra opción?

—Supongo que no —suspiró—. No quiero que te lastime más.

—Eres un alma bondadosa —. No lo decía como un halago, Millie lo sabía—; tanto, que es fácil aprovecharse de ti. Deberías cambiar; no puedes ir por el mundo preocupándote por las personas. Ni siquiera me conoces y te has metido a este lugar para salvarme.

—No puedo decir que harías lo mismo por mí, ¿verdad?

—Jamás, yo soy enteramente egoísta y hedonista.

—Lo último no, de ser así no habrías soportado tanto.

Renata sonrió con placer.

—Al menos sé que no eres una completa idiota.

—¿Creías que no sabría lo que significaba?

—Para ser honesta…

—Mejor no contestes o te haré daño en una herida.

—Bien —dejó salir una ligera carcajada—. No tardarán en venir por mí; espero que tengas un plan para huir.

—Está en proceso.

—Pues termina de armarlo, no podré darme más tiempo.

—Lo sé —le apretó la mano—, te lo agradezco.

—Agh —. Renata la apartó—. No hagas eso, no lo hice por ti.

—Claro —rodó los ojos—. Si es lo que prefieres que diga, jamás te delataré, juraré por mi vida que eres malvada.

—Lo soy.

—No lo creo; más bien, pienso que has sido muy lastimada.

—Eso es evidente —señaló su cuerpo magullado con la mirada.

Millie la miró con seriedad por un buen rato.

—Sabes que no me refiero a esto.

—No existe otra forma en la que puedas herirme.

—De acuerdo. —Millie sonrió y siguió haciendo su trabajo por la prima que jamás admitiría que se sacrificó por ella—. ¿Qué es lo que tienes planeado hacer?

—Lo que me dijo que hiciera —se recostó en el suelo—. Ah, bueno, al menos puedo descansar antes de que De Valois llegue.

—Me sorprende que no estés desfalleciendo de dolor.

—Relájate, ya te dije que puedo con esto.

Millie iba a reclamarle, pero antes de que lo lograra, alguien abrió la puertilla oculta en la pared, dando paso a Soleil, quien hizo una señal con la cabeza para que Renata se moviera, lo cual era imposible desde la perspectiva de Millie, por lo que se sorprendió cuando su prima comenzó a moverse y prácticamente se arrastró hasta la puerta.

—Está siempre preparada —la advirtió antes de salir.

—No te metas en más problemas.

Renata logró reír.

—Imposible, primita.

Cuando la puerta se cerró, Millie cayó de rodillas, porque era cuando pudo mostrar el verdadero miedo que sentía al ser prisionera de esas personas que daban todas las señales de una demencia sin retorno, quizá ocasionada por varios traumas, pero finalmente adquirida y potencializada por gusto propio.

Necesitaban a Renata para seguir enriqueciéndose y aún no sabía la forma en la que harían que se pusiera de su lado, quizá encerrándola de por vida en ese lugar, obligándola a hacer brebajes y hechizos para los ricos por el resto de su vida.

Era una lástima, porque había una gran probabilidad de que nadie se diera cuenta de que faltaba; su ausencia sería desapercibida hasta por su propia familia, que desde hacía años no sabía nada de ella, prácticamente desde que se unió en matrimonio, uno infeliz, como era de esperarse al verla tan desprotegida y vagando en soledad por el mundo para aterrorizarlo con su presencia a su antojo.

Tembló un poco, aunque no por el frío, sino por el temor al futuro; no sabía si ella sería tan fuerte como para soportar lo de Renata, pero tal y como iban las cosas, no le quedaría otra opción más que cerrar los ojos y esperar que no fuera tan terrible como se imaginaba.

—Muévete —pidió Soleil desde la puerta pequeña—. Dentro de poco llegará la hora; necesitas ponerte la ropa ceremonial.

—No me pondré nada.

—Millie, será mejor que hagas las cosas o me veré en la necesidad de forzarlas; créeme que es mejor tratar conmigo que con Fleur.

Tragó con fuerza, asintió y se arrastró para lograr salir. Prácticamente era una puerta para perro; era una forma muy eficiente de impedir la huida de sus víctimas, porque era necesario arrastrarse a cuatro patas para poder salir.

—¿Qué es lo que me harán?

—Mejor que no lo sepas.

—¿Dolerá?

La mujer apretó los labios.

—No hagas preguntas, Millie.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —la miró enojada—. Jamás hice nada para dañarte, ¿cómo eres capaz de presenciar cómo mueren personas totalmente inocentes?

—Aquí nadie tiene opción.

—Tú sí, no puedes ser tan mala como para…

—Camina —silenció—. No hay tiempo.

Millie cerró los ojos, sucumbiendo a la dolorosa comprensión de que Soleil no era una opción para escapar; era tan fría como todos los demás, deseaba algo con tal intensidad que no le importaba la forma de conseguirlo; esa era la única justificación que podía darle a la indiferencia que había en su mirada al momento de caminar por ese pasillo donde los cuerpos de otras víctimas estaban siendo drenados del valioso líquido carmesí que les brindaba la vida.

Vomitó, como lo haría una persona normal al contemplar una carnicería humana, una que no hacía distinción entre hombres y mujeres, porque, según lo que creían, la combinación con la

sangre noble de ella convertiría el resto en *oro*, por decirlo de alguna forma.

Tembló de pies a cabeza, sentía escalofríos recorriendo su cuerpo y eso no cambió cuando de pronto tuvo a De Valois cerca, tomándola de los brazos para ponerla de pie y llevarla hasta el que sería la habitación donde terminaría igual que el resto.

Soleil fue quien la amarró, mirando de cuando en cuando a su rostro, parecía apesadumbrada, pero no haría nada para cambiar la situación, Millie lo sabía a la perfección.

—Confiaste en las personas equivocadas —le dijo suavemente.

Millie soltó las primeras lágrimas.

—Ahora lo sé.

—Incluso De Valois te ha traicionado sin pensarlo.

Soleil miró sobre su hombro, vislumbrando la masa corporal que se mantenía en la puerta, mirando sus acciones en total seriedad, atento a cada movimiento, como si temiera que los fuera a traicionar a último momento. Le temía; Soleil realmente le tenía miedo a su mirada, a su presencia y la inclemencia que mostró al momento de llevar a Renata de regreso a su prisión.

—Eso ya lo sé.

—Y tu prima no tiene más opción que decir cómo matarte.

—Sí —tembló otro poco—. Ya lo sé.

—Ha sido mala suerte, te involucraste con las personas incorrectas, te pusiste en la mirada de Fleur y ahora…

—¿Por qué se aferró a mí? —negó—. No soy la clase de mujer que asesinaba en este día, ¿por qué romper la norma?

—¿No lo adivinas? —elevó una ceja y movió la cabeza hacia el hombre que permanecía a la distancia.

—Carece de sentido; él está de su lado ahora.

—Eliminará cualquier posibilidad.

—Me estás diciendo… ¿Que moriré por celos?

—Sí —asintió Soleil—. Justo por eso.

—De haberlo sabido…

—No existe arrepentimiento que valga —terminó de atarla—. Ahora bien, ¿quieres que pase un último mensaje a tus padres?

Aquello le rompió el corazón; tan solo imaginarse a sus padres la hizo llorar de nuevo y sintió ganas renovadas de vomitar, pero descubrió que ya no tenía nada en el estómago como para hacerlo.

—Solo… quiero verme presentable; finjan que fue un accidente.

—De acuerdo, lo haré así.

Ella apretó los labios, asintiendo ligeramente antes de volver a llorar, lanzando una mirada hacia De Valois, quien no se movía de su lugar, vigilando atentamente a que el proceso se realizara, porque no solo la revistieron, sino que la peinaron, maquillaron y expusieron el sello en su pierna, indicando que era la próxima víctima.

Cerró los ojos y rezó; podía sentir tan cerca a la muerte, que casi podía tocarla con la punta de sus dedos.

Renata estaba haciendo su parte tan rápido como su cuerpo se lo permitía, aunque seguro no llegaba a la eficiencia deseada por Fleur, quien seguía caminando impaciente a su alrededor sin poner gran interés a los elementos que ella colocaba o las revolturas que hacía, lo cual Renata consideraba como una completa estupidez, porque si acaso pusiera atención, podría aprender la fórmula sin necesidad de tenerla a ella cerca.

—¿Puedes ir más rápido?

—Claro, si acaso no hubieses golpeado cada centímetro de mis brazos, podría moverme con mucha más facilidad.

—¿Brazos? —sonrió—. Pensé que lo que te dolía era la costilla rota. ¡Juhm! ¡Las personas son muy raras!

—¿Te lo parece?

—En todo caso, ¿terminarás pronto?

—Si te mantuvieras callada, sería aún más eficiente.

—Eres tan impertinente, incluso al borde de la muerte.

—Ni estoy muriendo ni te tengo miedo —la miró—. Hago esto porque no creo soportar

seguir dándote placer.

—Oh, qué considerada —miró sobre la mesa—. ¿Tiene que tener un aspecto tan asqueroso? Quisiera que hicieras algo para dulcificar el sabor; no podría seguir tomando algo tan asqueroso.

—Nadie dijo que la belleza eterna fuera a ser un trago agradable; al final, te estás tragando los años que no pretendes vivir.

—Los viviré, pero con un rostro juvenil.

—Claro —rodó los ojos—. Bien, aquí tienes.

Fleur miró con sospechas el frasco humeante que ella tenía en la mano, ofreciéndoselo con tal docilidad que la hizo dudar. Esa mujer era peligrosa de principio a fin; cada fibra de su cuerpo fue creada para destruir y no dudaba que esa fuera su intención de momento.

—Bébela tú.

—¿Por qué?

—No confío en ti; si quieres envenenarme, entonces tendrás la mala fortuna de morir conmigo —sonrió—. ¿Cómo la ves?

—¿Quieres que le dé un sorbo? —elevó el pomo—. De acuerdo, aunque he de decir que es desafortunado que falte la sangre; al menos así me haría efecto a mí también.

—¡Tómala!

—De acuerdo —. Renata no dudó en llevarse el recipiente de vidrio a los labios y sorber un poco del contenido, mostrando su lengua para que Fleur admirara el contenido verdoso que después tragó con el mínimo interés—. ¿Feliz?

—Sí —. Fleur se adelantó con ansiedad o casi necesidad; su reacción era parecida a ver a un adicto con su vicio—. Entonces, ¿he de agregarle esto a la sangre?

—Así es. Agregarás eso a la sangre de la bañera y esto —. Adelantó otro pomo del que también bebió antes de entregarlo—. Lo tienes que tomar ahora para que haga efecto, ¿entendido?

—Sí.

—Ahora, necesito ayuda médica; o mandas llamar a alguien o me dejas salir para que sea atendida.

—Nada de eso —dijo con rotundidad—. Llamaré a Kylian.

—Claro, porque ese idiota sabrá qué hacer —negó—. Necesito que Millie venga a seguir tratando mis heridas.

—¿Me crees idiota?

—¿Quieres la respuesta? —elevó una ceja.

Fleur frunció la nariz en desagrado.

—Kylian sabrá mantenerte con vida —simplificó—. Confórmate.

—Oh, no soy dada al conformismo.

—En ese caso, acostúmbrate, porque ahora eres nuestra esclava —informó, descarada—. No podemos dejar ir a nuestra bruja; de hacerlo, el flujo de dinero se detendría.

—¿Quién es tu invitado de esta noche?

—Yo misma; aunque seré la primera de muchos compromisos.

—Sí, supongo que lo necesitas —sonrió Renata—. No había visto mujer más espantosa que tú y eso que he estado en muchos lugares.

—¿Prefieres seguir trabajando mientras te lastimo?

—No, qué va —sonrió de lado—. Con este dolor me es suficiente.

—Eso pensé. —Fleur ingirió el engrudo de asqueroso sabor y tosió un poco ante la amargura que experimentaron sus papilas gustativas—. Agh, ¿cómo es posible que no hicieras muecas?

—Costumbre.

—Bien. Ahora dime cómo es el ritual para matarla.

—¿Cómo es posible que no lo sepas si llevas matando tanto tiempo? —negó divertida—. Oh, así que por eso se están yendo los clientes, se dieron cuenta de que no sabes lo que haces.

—Te crees demasiado.

—Es verdad, aunque lo merezco, para ser bruja hace falta tiempo e instrucción de la que tú careces; nunca diste el ancho para lograrlo.

—Quizá no, pero resulta que tengo el encanto suficiente para que todos sigan mis indicaciones y ahora tú, que lo sabes todo, estarás aquí, esclavizada bajo mi mano mientras nadie te busca.

Renata cerró la boca, porque acababa de recibir un golpe que consideró bastante bajo, pero certero. Era verdad, nadie la buscaría. Ahora que la vieja se había ido, a nadie le importaba su seguridad o su regreso; sus padres seguramente se preocuparían, pero si nadie les avisaba, nunca se enterarían, incluso si moría.

Se dejó caer en el suelo una vez que Fleur abandonó la habitación en medio de una carcajada jactanciosa que le revolvía las entrañas. Kylian entró al tiempo después, seguramente para *mantenerla con vida,* como había indicado Fleur.

—¿Y bien? —habló con autoridad hacia el hombre que no sabía cómo moverse—. ¿Cuáles fueron las indicaciones de la arpía?

—Mantenerte con vida, aunque no mencionó que te hiciera la vida fácil —se encogió de hombros—, al contrario.

—Sí, seguro que prefiere hacerme sufrir el máximo tiempo posible —asintió Renata—. ¿Dónde está Millie?

—Ya la hemos preparado.

—Bueno, ahora no hay nada que la detenga —Renata se recostó en el suelo y suspiró—. No faltará mucho. ¿Qué hora es?

—Falta poco para las doce.

—Tendrá prisa —asintió contenta—. Será mejor que te vayas y le ayudes; te aseguro que no moriré aquí.

—Si lo hicieras, ella me mataría.

—Lo dudo, ha quedado eclipsada con tu presencia —lo miró—. Pareces tener un efecto sedante en las mujeres.

—No digas tonterías, jamás podría hacer algo así contigo.

—Soy inmune a los hombres —se encogió de hombros.

—¿Qué debo hacer? —se acercó ligeramente—. ¿Dónde te duele?

—Me duele todo —admitió—. Vete.

—¿Estás segura de que sobrevivirás?

—Soy la bruja, ¿no es cierto? —sonrió—. Creo que sé cuándo voy a morir y cuándo no lo

haré.

—Bien. Vendré a verte en un rato.

—Sí, preferiría que no.

—¿Por qué?

—Me molesta tu presencia.

—Por supuesto —negó—. Aun así, son sus órdenes.

—Concéntrate en lo tuyo, galán.

Kylian pensaba hacerlo, pero no era tan cruel como para dejarla tirada en el suelo, retorciéndose en dolor. La tomó en brazos con cuidado y la llevó hasta un sillón cercano; se movió rápidamente al momento de administrarle lo necesario para menguar su dolor, al menos para que no se quejara en cuanto él saliera de la habitación.

—¿Mejor?

—Pero qué caballero —se quejó—. Ahora vete.

En esa ocasión atendió la petición de la herida y salió para encontrarse con Fleur, quien ya gritaba por su presencia; seguro consideraba que estaba siendo demasiado bondadoso con la que ella razonaba como una esclava a partir de ese momento.

—¿Qué se supone que hacías? ¿Velar su sueño? —se quejó.

—No. Simplemente impedí que muriera por heridas, ¿o es que acaso aprendiste a hacer lo que ella?

Fleur torció el rostro en desagrado.

—No.

—De acuerdo, en ese caso, la necesitamos.

Entró a la habitación, tratando de olvidar el difícil camino que tuvo que recorrer para llegar ahí. Millie se encontraba preparada en la cama; la habían cambiado y peinado, pero se veía tan diferente a lo que era ella misma, que Kylian sintió náuseas, sobre todo porque de esa forma se parecía a las mujeres sin vida de allá atrás.

Tragó con fuerza y se acercó despacio, mirando a la joven que tenía los ojos cerrados, pero que seguía llorando. Era normal que estuviera asustada; a pesar de su temperamento aventurero y

poco cauteloso, había presenciado el dolor de su prima después de ser torturada por Fleur y recorrió aquel pasillo atestado de personas que dieron su vida por una causa estúpida y poco creíble como la perpetuidad de la belleza o la juventud.

A Kylian le sorprendía hasta dónde estaba dispuesto a llegar el ser humano con tal de perpetuar cosas banales y pasajeras como lo era la belleza exterior, siendo capaces de acabar con vidas que podrían haber hecho un cambio significativo en el mundo.

Lo peor era que sabía que Fleur no era la única con ese pensamiento; había todo un mercado dispuesto a pagar lo que fuese con tal de seguir siendo deseables, ricos o hermosos. Era aterrador pensar que les importaba tan poco la vida de las personas que ellos encontraban como inferiores. Lo entendía en los nobles, quienes tuvieran un delirio de superioridad garantizado desde el nacimiento, pero, ¿cómo podía justificar a Fleur, Perret e Ivette? Ellos sufrieron lo mismo que todos aquellos que trabajaron por su futuro, ¿cómo era posible que les dieran la espalda de esta manera?

—Kylian —la voz de Millie lo despertó de su reflexión—. ¿Es hora? ¿Ha llegado el momento?

—Acabará pronto y, entonces, nos separaremos por siempre.

—¿Por qué? —lloró—. ¿Por qué lo haces?

—Así tiene que ser —aseguró sin expresión—. No hay otra forma de hacer las cosas. Te dejará de doler pronto, lo prometo.

—¿Disculpa? —Fleur se adelantó—. El método asegura la tortura, de esa forma se obtienen mejores atributos de la sangre.

Kylian la miró sin expresión.

—No la torturarás, es más, ni siquiera la tocarás.

—¿A razón de qué?

—Que no lo permitiré —dijo llanamente.

—¿Tú no lo permitirás? —rio descarada—. ¡Por favor! ¿Ahora me vas a decir que vas a prohibirme algo?

—No, por supuesto que no, pero te restringiré.

—Jamás podrás hacerlo, ¿piensas que porque has regresado a mi lado después de tanto tiempo puedes…?

—Nunca regresé a tu lado —la interrumpió—. Me quedé junto a ella; es la única razón por la cual estoy aquí.

—¿De qué demonios hablas?

—Que esto se acabó.

—¿Cómo que se acabó? —negó ligeramente, frunciendo el ceño al escuchar que de pronto había ruidos extraños por toda la propiedad—. ¿Qué demonios…?

—Creo que confiaste en la persona equivocada —sonrió Millie, sentándose con libertad en la cama, apartando las cuerdas que pretendían mantenerla atada—; supongo que creíste que, al verte, él haría todo lo que dijeras y estaría de acuerdo con tu monstruosa vida.

—No puede ser verdad.

—Jamás estuve de acuerdo con nada de lo que has hecho —negó—. No sé cómo pensaste que aceptaría algo así.

—¿Dónde está Farris?

—Ah, con que ahora te importa —negó Millie—. Creía que te dejó de interesar en cuanto Kylian regresó a tu vida.

—Eso…

—Nunca te perdonaría lo que hiciste con Lefevre, con tu propio hermano —negó De Valois —. ¿En serio crees que podía confiar en una persona que casi mata a alguien de su propia sangre?

—No… —Ella dio un paso hacia la salida, pero las pisadas venían desde todas partes; estaban liberando al resto de mujeres—. ¿Cómo…? ¿Cómo es posible?

—Cuando mandaste a Kylian por Renata, me abrió la puertilla que conecta con los túneles. Fue escalofriante, pero gracias a la hilaza colocada para saber el camino pude regresar a la alcantarilla donde mi prima y las Águilas esperaban por mí —informó—. No fue difícil saber que estaba en el lugar correcto, porque Perret seguía ahí.

—¿Quieres decir que él…? —se le quebró la voz.

—No creí que te interesara —dijo Kylian con molestia.

—¿¡Fuiste capaz de matarlo!? —le gritó, acercándose para tomar sus ropas con fuerza—. ¿¡Cómo pudiste!?

—No lo mató él —dijo Millie—. Fui yo.

—¡Maldita! —Fleur arremetió contra Millie, pero fue retenida por Kylian, quien no le permitió dar otro paso—. ¡Esa arpía y tú morirán en desgracia! ¡Lo juro!

—La verdad es que admiro a Renata, consiguió tiempo para mí —asintió Millie con agradecimiento—. Mi prima permitió que la torturaras todo ese rato para asegurar que las *Águilas* llegaran a tiempo para salvar al resto de las mujeres aprisionadas.

—Están libres ahora —dijo Kylian—. Lo que escuchas son ellos, esperando por ti, impacientes por tenerte entre sus manos.

—Oh, pero no les será posible tenerla —sonrió Renata, quien sonreía de tal forma que parecía divertirse y, al mismo tiempo, estar en otro planeta—. ¿Es que aún no sientes nada?

—¿De qué…? —Fleur negó con la cabeza.

—Renata —Millie corrió hacia su prima—. ¿Cómo es que estás de pie? Tienes que descansar, ve con las Águilas.

—Pamplinas —se quitó las manos de encima—. Tu novio me drogó en todas las ocasiones para soportar el dolor.

Millie se sorprendió y lanzó una mirada hacia Kylian, quien simplemente se inclinó de hombros y sonrió.

—No me lo permitiría de otra manera.

—¿No te duele, Fleur? —sonrió Renata sin prestar atención a la conversación entre ellos—. Primero se sentirá como una ligera basura, pero seguro que ahora duele incluso pasar.

Fleur se llevó una mano a la garganta, de pronto sintiendo la incomodidad que Renata le describía; la miró con desesperación y ojos desorbitados al comprender que el dolor sólo aumentaba hasta provocarle el llanto y la pérdida del control de sus extremidades.

—¿Qué le has hecho, Renata? —se extrañó Millie, quien no se atrevía a acercarse a la afectada.

—Nada, tan sólo acabo de darle un potente veneno.

—¿Qué? —Kylian y Millie la miraron con sorpresa.

—No es posible… la tomaste también —dijo Fleur con dificultad.

—Sí, pero eso lo hago desde que soy una niña; pequeñas dosis para desarrollar la inmunidad —sonrió—. No me podría pasar nada incluso aunque bebiera una taza de té del elixir solo.

—Eso no era parte del plan —se acercó Kylian, reclamando con la mirada y cada parte de su cuerpo.

—Nunca he sido buena siguiendo planes, lo siento —sonrió—. Aunque te agradezco la droga, ha sido más que satisfactoria la experiencia de no sentir el dolor aplicado por tu novia loca.

—La cual muere justo aquí —dijo una alterada Millie—. ¡Ayuda!

Las Águilas entraron en ese momento, agachándose sobre la mujer a la que cada vez le costaba más trabajo respirar.

—¿Qué fue lo que tomó? —pidió el hombre.

—Tenemos que salvarla para obtener información —dijo Aine, mirando directamente a Renata—. Dilo.

—Agh, siempre has sido tan aburrida, Aine —rodó los ojos y le entregó el antídoto ya preparado—. Con la primera toma se repondrá, aunque no tengo idea de qué efectos secundarios pueda llegar a experimentar a lo largo de su vida en prisión.

—Me basta con que no muera —asintió Aine y miró a Kylian—. Encontramos el cuerpo de tu otro amigo; está muerto, lo siento.

—Era de esperarse, le dispararon a quemarropa.

Kylian miró hacia Millie, quien parecía turbada por la situación, sobre todo al notar que nadie tenía prisa en evitar el dolor de Fleur, quien seguía retorciéndose en el suelo.

—Será mejor que la saques de aquí, seguro que ha sido un evento traumático —sugirió Aine —. Yo me encargaré de… ¡Renata!

La mujer había caído desmayada en el suelo, lo cual era una fragilidad que nadie se esperaba, porque esa malvada presencia parecía no tener debilidad alguna, mucho menos cuando estaba

ocasionando el daño deseado a la persona que la hirió; eso dejaba en claro la gravedad de sus heridas.

Varias Águilas intentaron acercarse por instinto, pero una voz fría y escalofriante los hizo retroceder casi de un salto.

—He dicho que no la toquen.

Millie se volvió hacia la entrada, donde un hombre de gélida mirada se introducía a la habitación, pasando sobre el cuerpo convulso de Fleur como si no fuera más que un tapete al cual debía evitar pisar por alguna razón. Su presencia era tan extraña y su aura tan oscura, que Millie no se atrevió a levantar la mirada o aventurar otro vistazo al rostro de aquel caballero.

—¿Qué fue lo que le pasó? —su voz resonaba como las notas graves del órgano de las iglesias.

—Ha tomado venganza por sí misma —aseguró Kylian—, apuntando a la mujer que estaba siendo tratada.

—¿Quién es usted? —inquirió Aine.

—Tal parece que soy el dueño indirecto de esta propiedad —dijo sin emoción—. ¿Han encontrado el cuerpo de mi madre?

—No —solucionó Aine—. Posiblemente falleció hace demasiado como para tener un cuerpo que buscar.

—De todas formas, lo quiero, aunque sean huesos.

Más de uno tragó con fuerza y se dedicó a ignorar al hombre que parecía tan desalmado como las personas que hacían esos rituales para los nobles y los ricos sin escrúpulos.

—Entiendo —asintió Aine—. Haremos todo lo posible.

La mirada del hombre se dirigió lentamente hacia el cuerpo de la mujer tumbada en el suelo, aquella que yacía impávida y casi sin vida. Se acercó con pasos decididos que quitaron a Millie del camino sin siquiera pedírselo; hubiera querido protestar para que no la tocara, pero su voz se negó a salir, sobre todo cuando vio la argolla de matrimonio adornando su mano izquierda, que fuera la pareja de la que Renata siempre traía colgada en un collar.

Era su marido, aquel desconocido de vista, pero popular entre los rumores; no solo por las

tendencias de sus padres, sino por las suyas propias. Además, se había casado con una de las mujeres controversiales de la época, siendo Renata el acabose de su reputación ya de por sí deplorable.

—No quiero que se haga mención de mi mujer en ningún sentido —aseveró con ella en brazos—. Iré en persona a la comisaría para estar al tanto del caso, pero si alguien debe sufrir las consecuencias, es esa bastarda que se atraganta con su propia saliva.

Millie tragó con fuerza; el escalofrío era colectivo y las palabras cáusticas fueron tomadas como órdenes supremas.

—¡Monsieur!

Millie había tomado valor únicamente por la persona que yacía en brazos de aquel hombre, pero lo perdió cuando obtuvo la mirada de aquel hombre. Tomó aire y cerró los ojos. Al final, Renata había arriesgado su integridad por darles tiempo a los demás; salvó muchas vidas a pesar de que seguro eso le disgustaría, porque a su trastocada e inicua prima le agradaba su mala reputación.

—¿Estará a salvo con usted?

—A saber —el hombre sonrió de tal forma que causó escalofríos.

—Por favor, monsieur —se atrevió a detenerlo nuevamente—. Si acaso no será atendida como debe, permita que lo hagamos nosotros.

—Ha de pensar que es muy valiente —dijo con gravedad y visiblemente disgustado—, pero me resulta un estorbo al que estoy tentado a patear. Quítese de mi camino si no quiere verme enojado.

Millie tragó con fuerza y se quedó plantada en su sitio.

—Ey —Kylian tomó con delicadeza sus hombros y la hizo dar un paso hacia atrás, chocando contra su pecho—, ella estará bien.

—No lo ha asegurado —incriminó la joven—. Podría hacerle un daño todavía mayor al que ha sufrido.

—Sigue siendo mi mujer —sentenció el hombre—; pero si tanto temes por su seguridad, puedes ir a verla mañana; te aseguro que cuando llegues ella estará ideando una forma dolorosa

de matarme.

Dicho eso, el hombre salió del lugar, lo cual quería decir que había otra persona capaz de transitar por los túneles con libertad, porque no había otra forma de ingresar a esa propiedad si no era por ahí.

—No quiero ni preguntar —dijo Kylian.

—Es mejor así —asintió Aine, quien regresaba su atención hacia la mujer que había dejado de convulsionar—. ¿Está funcionando?

—Sí —el Águila a cargo miró a su líder—, parece ser el antídoto adecuado; la mujer no mintió.

—Bien, llévensela, tiene mucho que decir.

Millie se sentía fuera de la realidad; no quería salir por miedo a encontrarse de nuevo con las miradas perdidas de todas esas mujeres que desafortunadamente no alcanzaron a salvar.

—Soleil… —susurró la muchacha—. ¡Soleil no está!

—La hemos capturado intentando huir —dijo otro hombre—. Tranquila, seguro que ya está de camino a la comisaría.

—Bien —Millie asintió con desgana—. Buen trabajo.

—Eso te lo podemos decir a ti y a Renata —sonrió Aine—. Tuviste razón al querer entrar para salvarla.

—Y yo te agradezco que te pusieras en contacto con este tonto para salvarme a mí —sonrió a su prima—. ¿Nos veremos pronto?

—No lo creo —suspiró—. Aunque seguro que sería buena idea que fueras con Delaila; le resultará impactante que el doctor Anton esté involucrado en el tema.

—Sí —Millie agachó la cabeza—. Pero él nos ayudó.

—De todas formas —negó con una sonrisa triste—, nada justifica que los ayudara a hacer… algo como esto.

—Entiendo, iré a verla.

—Bien —Aine miró hacia De Valois—. Fuiste de ayuda. Gracias.

—Avisaré a Lefevre para que esté al pendiente de todo durante mi ausencia —aseveró—. Les

aseguro que es una persona imparcial.

—Confío en tu juicio. —Aine miró a su prima—. Tus padres te están esperando; los hemos traído de regreso.

—Gracias.

Aine tomó amablemente su mano y salió del lugar en conjunto con el resto de su parvada. Millie sabía lo que proseguiría. De Valois lo dejó en claro todo el tiempo y ahora simplemente lo confirmó. Estaba por marcharse, como habían quedado desde un principio, pero no podía evitar sentirse desolada con la idea.

—Millie —le tomó el rostro con ambas manos—, arreglé todo con Lefevre para que te acepte en el periódico.

—¿Qué? —levantó la mirada, ignorando las lágrimas que cayeron sin su control—. ¿Hablas en serio?

—Tienes la agudeza necesaria.

—Pero no la seriedad —apretó los labios, tratando de controlar su llanto—. Ni siquiera me contaron que estarías involucrado en el plan.

—Tendrás que trabajar en ello.

—Pero… ¿Por qué te irás?

—Ya lo hablamos.

—Lo sé —tomó con fuerza su camisa—. Pero no quiero.

—Crecerás mucho por tu cuenta; estoy cansado de ponerte en peligro, Millie, de hacerte sufrir.

—Me hace sufrir que te vayas.

—Será por un momento; después olvidarás que estuvimos juntos.

—No creo que me sea posible.

—Ya te lo dije, si aún quieres estar conmigo, encontraré la manera de regresar a ti, te lo prometo —le limpió las lágrimas—. Primero quiero que cumplas tus sueños, que te realices y que seas feliz por tu cuenta, con tus logros y éxitos.

—¿No puedo hacerlo junto a ti?

—De momento, creo que yo opacaría tu luz; no soy la persona más alineada del mundo, estoy destruido y también debo encontrar mi propio camino a partir de ahora.

—Lo siento —bajó la cabeza—. Lamento todo lo que has vivido.

—No todo ha sido malo —posó una mano debajo de su barbilla para levantar su mirada—. Fuiste un remanso de paz para mi alma.

—Buena suerte, Kylian.

—Ten una gloriosa vida, Millie.

Ella se acercó para abrazarlo, quería recordar cada parte de él, porque sabía que sería mucho el tiempo en el que estarían separados, aunque quizá fuera lo mejor; ambos tenían demasiado que resolver en sus propias vidas y estar juntos no era una posibilidad, al menos, no de momento; tal parecía que el tiempo se equivocó al unirlos, se había adelantado demasiado o, quizá, todo fuera perfecto.

Millie había dejado de pensarlo cuando tuvo que separarse de él; y aunque recorrieron esos túneles juntos y declararon sentados uno junto al otro en la comisaría, había un muro que los separaba cada vez más, llegando al punto en el que ni siquiera se consideraban en la misma estancia, quizá como un mecanismo de defensa, para no sufrir tanto al momento de separarse.

Decidió no verlo partir, ignoró la sugerencia de sus padres, hermanos e incluso la de Aine. Ellos querían que le diera un cierre a su relación; pero ella aún no estaba dispuesta a hacerlo, al menos, no en ese momento. Aún podía sentirlo sobre su piel, tenía su esencia pegada a la ropa y su sonrisa grabada en las retinas.

Quizá fue su primer gran amor, pero se decía que ese era el primero en marcharse y al cual nunca se regresaba.

Aún no podía asegurar si esa frase se confirmaría en su historia, pero lo que sí sabía era que jamás lo olvidaría; él hizo lo necesario para que no pudiera hacerlo con facilidad, porque justo ahí, sobre el colchón de su nueva habitación, le dejó el recuerdo de lo que fueron sus días juntos en aquel extraño y sangriento París.

28 ESPERANZA

El calor resultaba tan abrumador que el paisaje bailoteaba ante los ojos que se fijaban a la distancia para tratar de distinguir a las criaturas que caminaban pesados o ágiles sobre la sabana africana. Para tales casos, era necesario contar con la ropa adecuada: fresca para el calor, pero cubierta para el sol abrasador; un sombrero jamás caería mal y un rifle para protegerte de los predadores tampoco.

Millie se encontraba fascinada junto al grupo de fotógrafos encargados de captar con ojo artístico la vida salvaje de los animales que procuraban no perturbar. Ella no contaba con cámara o rifle, pero sí con pluma y papel, que era lo indicado para una reportera y futura autora de un libro inspirado en esas tierras.

Viviría ahí sin ningún problema y, de momento, Lefevre se lo había permitido de esa manera, asegurando que, gracias a un excelente trabajo, Millie podía tener la libertad de ir a donde le placiera y escribir sobre los temas que más le llamaran la atención. Resultaba ser que De Valois tenía razón y ella tenía el ojo agudo de cualquier periodista de renombre.

Desde hacía tiempo que sus padres decidieron no intervenir en su vida, quizá porque les sería imposible retenerla por más tiempo sin que intentara escapar a sus espaldas.

A partir de haber recibido su libertad, Millie podía decir que su vida se tornó rápidamente un tumulto de aventuras sin procedencia, donde cada instante tenía potencial para un libro entero. El Asesino de París había sido solo el inicio de una vida alucinante y llena de emociones a las cuales no se veía dispuesta a renunciar por nada ni por nadie… o al menos, no por cualquiera.

Había pasado un largo año desde la última vez que tuvo de frente a De Valois por lo que Millie llegó a comprender que, quizá para él, la oportunidad de estar juntos nunca llegó. Ella podría recibirlo con los brazos abiertos en cualquier momento, pero el tiempo pasaba e incluso ella comenzaba a perder las esperanzas.

Quien sabe, quizá nunca estuvieron destinados a estar juntos. Tal vez simplemente fueron el

impulsor del otro para encontrar el camino hacia la felicidad; porque ella lo era, jamás lo fue tanto.

—Señorita, es momento de volver.

—Claro —Millie miraba el atardecer, siendo incapaz de despegarse de su belleza—. Denme unos minutos más.

—Sabe que es peligroso, los depredadores salen al anochecer y…

—Lo sé, tranquilo, volveremos pronto.

Era impresionante los matices que iban desde el rojo más intenso hasta el amarillo resplandeciente que contrastaban a la perfección con las figuras negras que desfilaban en manadas frente al sol, siendo totalmente inconscientes del paisaje que dibujaban en el horizonte de quien lograba tener el ojo y la paciencia de apreciarlo.

Fue capaz de despegarse de tal paraje gracias a las manos amistosas de aquel hombre originario de esas tierras salvajes, quien tuviera un color tan espléndido, que Millie tardó mucho tiempo en terminar de describirlo. Se habían hecho amigos rápidamente y en más de una ocasión la llevó a conocer su tribu, en donde no era recibida con tanta animosidad como lo hacía Elimu.

Ella, por supuesto, no se ofendía por el recibimiento hostil; era de esperarse que las tribus tuvieran una tirria férrea hacia las personas blancas que los invadieron, pero le apasionaba conocer sobre sus costumbres, idioma y tradiciones. Si por ella fuera, dormiría en sus campamentos, pero eso sería imprudente hasta para ella.

No, ella dormía en uno de esos lujosos hoteles desarrollados para los turistas que cada vez estaban más interesados en ir a esas tierras y vivir una experiencia extravagante e incomparable.

En ese lugar había cenas deliciosas todos los días, eventos musicales, bailes y veladas que duraban hasta el amanecer; ese era otro espectáculo fascinante que Millie prefería ver en sobriedad. No solía quedarse en los bares y mucho menos aceptaba las invitaciones de los caballeros que iban ahí con intenciones de probarse a sí mismos como cazadores o aventureros; algunos incluso tenían la esperanza de volverse millonarios al encontrarse un tesoro escondido.

Ese día, sin embargo, estaba disfrutando de su copa de vino en completa soledad después de una exquisita comida. No pretendía hablar con nadie y lo estaba dejando en claro al estar afanada en la libreta donde anotaba su experiencia del día.

—Es un anillo fascinante el que tiene puesto, aunque dudo que le perteneciera a usted, mademoiselle.

Millie sonrió ligeramente y asintió despacio, levantando la vista hacia el hombre galante que pretendía tomar lugar junto a ella.

—Tiene razón, milord, no es mío —movió sus dedos con suavidad y gracia—. Resulta que un muy querido amigo lo dejó atrás para que jamás me olvidara de él.

—Un hombre inteligente, en todo caso.

—Oh, sí, sabía marcar su territorio —asintió, disfrutando del aroma que desprendía su cuerpo.

—Está entonces enamorada, mademoiselle.

—Me temo que no lo sé con certeza.

—Pero no quiere ser molestada.

—Lo siento, parece ser usted un caballero muy amable.

—En todo caso de que decida darme una oportunidad, mi nombre es Zeverik, aunque puede decirme Zev.

—Un placer, monsieur.

—Bueno —tocó la mesa en donde ella estaba sentada y sonrió amablemente—. Supongo que la seguiré viendo.

—Sí —aceptó—. Supongo que, por su traje, es usted un cazador.

—El más famoso del lugar —asintió—. Nos veremos pronto.

Millie observó su caminar, más que nada porque era difícil quitarle los ojos de encima, pero finalmente rio y continuó con su propio hacer. Rechazar hombres era algo tan común en ella, que casi lo hacía por instinto; por ello se sorprendió no haber sido tan contundente con él como lo fue con el resto.

Lo dejó pasar y simplemente continuó con su hacer.

A eso de las once de la noche decidió que lo mejor era partir antes de que la velada se descontrolara. Subió las escaleras en soledad, saludando de cuando en cuando a los huéspedes que conocía después de dos semanas en el mismo lugar. Normalmente tendría una mayor

precaución al desvelarse o permanecer en un lugar en donde el lado masculino predominara; pero en ese momento no, porque desde hacía tiempo que se sentía demasiado segura.

Sonrió.

Tal parecía que en esa ocasión se mostraría ante sus ojos, seguramente enojado por la reciente aparición de cierto cazador a quien ella no pudo rechazar con tanta facilidad como en el pasado.

—¿Qué dices, Kylian? —sonrió—. ¿Te has cansado de seguirme en la oscuridad y al fin saldrás a la luz?

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Jamás te fuiste muy lejos —entró a su habitación y dejó la puerta abierta para que la siguiera—. ¿Me harás la pregunta?

Sintió un escalofrío al sentir su presencia cercana justo detrás de ella, respirando contra su cuello antes de besarlo y abrazarla por la espalda para acogerla en un abrazo tierno en el que ella suspiró.

—¿Aún quieres tenerme cerca, persona exitosa?

Millie sonrió sin pensarlo.

—No lo sé, habrá que ver.

—¿Me extrañaste?

—En realidad, no —se volvió hacia él—. Te fuiste tan solo un mes y después siempre estuviste cerca.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Supuse que tú lo querías de esa manera.

Kylian sonrió de lado y negó.

—Quería que llegaras a la cúspide de tu carrera y me alegra que al fin pudieras venir aquí, a tu sueño.

—Algo me dice que tuviste mucho que ver con el permiso que me dio Lefevre, ¿o es que me equivoco?

—No influí demasiado, pero le di una que otra opinión.

—Claro —negó sonriente, pasando sus brazos por sus hombros, acercando su cuello a la

nariz de Kylian—. ¿Te gusta cómo huelo?

—Admito que es extraño que te pongas mi perfume.

—Pensé que por eso me lo dejaste junto al anillo.

—Debí prever que harías algo tan alocado como eso.

Millie sonrió; aquel anillo fue la muestra más grande de que lo volverá a ver, porque supuso que Kylian le tenía el aprecio suficiente como para tratar de recuperarlo, aunque su destino no fuera estar juntos. Fue por eso que lo usó todo el tiempo, porque pensaba que, si lo quería de regreso, tendría que pedírselo y no robárselo.

—¿Entonces? —ella ladeó la cabeza.

—Entonces… —suspiró y sus ojos se iluminaron—. Te amo, no puedo seguir separado de ti, no soporto la idea de cuidarte de lejos sin tocarte, sin besarte o abrazarte. Quiero dormir contigo, despertar a tu lado e incluso soportaré que nos peleemos todos los días.

—No tenemos que pelear.

—Lo haremos —admitió—, pero lo arreglaremos juntos.

—Suena bien.

De Valois dio un paso al frente, abrazándola con fuerza, como llevaba tanto tiempo haciendo sin poder lograrlo.

—¿Qué quieres hacer ahora, Millie?

—Probarnos —dijo contenta—, intentarlo.

—¿Casarte?

—Oh, no. Tendrás que esperar un largo tiempo para atarme.

—Lo sé —rio con gracia, acercándola un poco más—. ¿Hijos?

—No pronto —lo miró de lado—. ¿Tú?

—No pronto.

—Me gustaría seguir teniendo aventuras por el mundo; seguro que, con tu ayuda, disfrutaré mucho más.

—Puedo hacer de guía —dijo tranquilo.

—De acuerdo, ¿es un trato? —estiró una mano.

Kylian miró el gesto con una sonrisa, porque recordaba otro momento muy parecido al actual, aunque entonces estaban acordando separarse y ahora, lo hacían para nunca separarse.

Al menos, eso era lo que él pretendía.

Por eso mismo, tocó su mejilla con sutileza, acariciándola antes de acercar su rostro para besarla con todo el cariño contenido, con el orgullo que le dio verla conseguir sus ideales hasta llegar a ese continente con el que solo pudo soñar por mucho tiempo.

—Tardaste demasiado en tomar valor, Kylian.

—No quería cometer otro error.

—¿Cómo lo era dejar ir al amor de tu vida?

—Sigues siendo tan engreída como siempre.

—¿Qué dices? Soy peor que antes.

—De acuerdo, cambia todo lo que quieras y las veces que plazcas, porque sé que me enamoraré de ti en todas ellas.

Ella sonrió, abrazándose a él.

—Yo tendré tiempo para enamorarme de ti en el viaje.

—¿De qué hablas? —le hizo cosquillas para separarla de él—. Llevas un año usando mi anillo y mi perfume.

—¿Quién dice que no es porque me gustan? De hecho, encuentro muy atractivo al cazador de allá abajo, ¿lo recuerdas?

—No empieces.

—¿Cómo es que se llamaba?

—Millie…

—¿Qué? —sonrió, dándole un beso furtivo—. No seas celoso, De Valois, prácticamente llevo esperándote todo un año.

Él sonrió con cariño.

—Y yo, toda una vida.

En ese momento Millie comprendió que De Valois estaba dispuesto a dejar toda su vida e intercambiar su libertad por acompañarla en sus sueños; quizá porque se dio cuenta que en

realidad sus caminos parecían converger de forma armoniosa y perfecta, porque solo un par de locos podrían enamorarse mientras intentaban capturar a un despiadado asesino que asoló las calles de un distante París.